

EN TORNO A LA TIZA

Ramón Jiménez Madrid

EN TORNO A LA TIZA



Región de Murcia
Consejería de Educación, Formación y Empleo



Región de Murcia
Consejería de Educación, Formación y Empleo
Dirección General

1ª Edición 2009

Reservados todos los derechos. De acuerdo con la legislación vigente, y bajo las sanciones en ella previstas, queda totalmente prohibida la reproducción y/o transmisión parcial o total de este libro, por procedimientos mecánicos o electrónicos, incluyendo fotocopia, grabación magnética, óptica o cualesquiera otros procedimientos que la técnica permita o pueda permitir en el futuro, sin la expresa autorización por escrito de los propietarios del copyright.

© Ramón Jiménez Madrid
© Región de Murcia
Consejería de Educación, Formación y Empleo
Secretaría General. Servicio de Publicaciones y Estadística

ISBN: 978-84-692-3029-9

Depósito Legal: MU-2.176-2009
Impreso en España | Printed in Spain

Impreso en papel Cyclus Print: Fibras 100% recicladas post-consumo. Homologado internacionalmente con el Ángel Azul, Cisne Nórdico y NAPM.

Imprime: F.G. GRAF, S.L.
fggraf@gmail.com

P RÓLOGO

Recopilo en este volumen un centenar y pico de artículos que he ido publicando en *La Opinión de Murcia*, salvo uno de ellos, a lo largo de una veintena de años, fruto en su mayor parte de mi experiencia directa como profesor y director –durante catorce años– de una entidad tan importante como el IES Alfonso X El Sabio de Murcia, un centro al que he dedicado particular atención a su historia y a su proyección a lo largo de los días y que, forzosamente, reaparece en muchas ocasiones. Tal centro anda siempre presente en mis textos, sea en su rica historia y en su peculiar patrimonio, o en su proyección cotidiana. Me hubiera gustado evocar mis primeros pasos en el IES de Santomera, pero quiso el destino que mi contribución como colaborador del mencionado periódico coincidiera en toda su extensión con mi permanencia como catedrático de Lengua y Literatura en el centro de mis amores y de algunas de mis fabulaciones.

Y sea desde la experiencia personal o desde la documentación, he ido desgranando una serie de aspectos educativos que se refieren a zonas amplias de la enseñanza, unas puntuales, otras no tanto, al borde mismo de la sociología o del ensayo, entre defensas y estrategias, propuestas o condenas rotundas aunque anticipo que siempre he defendido antes la vía ancha de la libertad que las estrecheces de los fanatismos. Nunca me he definido como articulista agresivo e hiriente, pero tampoco he cedido a los empalagosos trabajos que acaban en la mera adulación o en el algodón de la mera complacencia. He pasado gran parte de mi vida junto a los jóvenes y siempre me ha preocupado conocer sus reacciones, sus problemas, sus ocupaciones, sus mismas contradicciones que pueden ser las mías, por supuesto la dura tarea de enseñar, apartándome en ocasiones, siempre que me ha sido posible, de los gremialismos de la profesión, mucho más los derroteros que llevaba la educación en los últimos años, sujeta y atrapada por la política, en manos de gentes que la han conducido a un lugar oscuro del que debieran sacarla lo antes posible. De ahí la presencia en diferentes textos de los males de la educación, una causa que me inspira, como a los noventayochistas, dolor

y amor, tristeza y ternura, malestar y rebeldía. Por eso unos textos salen tristes o amargos, pero los hay otros irónicos, principalmente reflexivos, bien que no tengan la condición de especulativos. Hay que pensar que los textos iban dirigidos al periódico y buscaban entretener o hacer pensar, dar a conocer asuntos o problemas educativos desde la práctica y la gestión, apuntar soluciones y marcar direcciones, elogiar al profesor anónimo que se desvive por la enseñanza y que pasa desapercibido, dar triste cuenta de algunas muertes de profesores, la despedida de los alumnos al final de año, señalar costumbres y ritos, indicar rumbos, mostrar asuntos internos, abordar la declinación de las humanidades, el recorte de la materia de literatura, mi asignatura predilecta, también por supuesto dar cuenta de lo que la sociedad piensa del estamento profesoral. Y hasta me he introducido en cotas universitarias en ocasiones y me he salido en otros de las convencionales coordinadas..

Bien puedo decir que han sido los jóvenes objeto puntual de mi atención en muchas ocasiones, unas presentes en estos artículos que fueron escritos en el transcurrir de mi vida institutera o en los interesantes y fructíferos siete años que anduve en la misma Consejería –entonces de Educación y Cultura– desempeñando las funciones de jefe de Publicaciones, en contacto con la gestión de los centros educativos, al cuidado de archivos, documentación histórica, estadísticas de la educación en la región. Una nueva manera de ver el hecho educativo desde fuera del aula, en su vario registro y que me hicieron ampliar la perspectiva sobre la enseñanza. Y hube de conocer a nuevas gentes que encontré a mi paso que, de tiempo en tiempo, se cuelan de rondón en estos textos volanderos que dejan testimonio de mi paso por ámbitos generales.

Mi interés por los temas educativos está acreditado de antiguo. Viene de cuando escribí de la ética machadiana en revistas de pedagogía, de la depuración de los maestros de escuela en la posguerra, de la historia del Instituto más antiguo de la Región de Murcia, de numerosos textos de historia educativa que permanecen inéditos de momento: Sin embargo debo decir que soy el primer sorprendido al haber encontrado tantos textos relacionados con la enseñanza entre los miles de artículos que he escrito en el periódico a lo largo de mi vida.

Quien piense que estos artículos se desenvuelven en un plano teórico de la educación, corre el riesgo de equivocarse. Son textos frágiles, sencillos, que abordan lo que ha sido mi profesión, también mi pasión a lo largo de muchos años. Incluyo asimismo un texto Tres momentos que fue leído en el acto de apertura del curso escolar 2008.2009 en el Instituto en el que presté mis servicios, en donde doy cuenta de la experiencia que he sentido como

alumno del mismo y finalmente como profesor e incluyo, para rematar el libro, un texto sobre la educación en mi pueblo a principios del siglo pasado con la sola idea de dar cuenta de mi triple condición de profesor, de lo que ha sido mi larga experiencia de cuarenta años relacionados con la enseñanza, y de mi condición de estudioso del hecho educativo, presente en mis muchas publicaciones.

Agradezco a la Consejería de Educación y al Servicio de Publicaciones –que tuve el honor de fundar– la ocasión que me proporciona de darle segunda vida –espero que incluso más amplia y dilatada– a unos textos efímeros y frágiles que fui entregando al periódico a lo largo de los años. Ojalá sirvan para dar cuenta de cómo vivimos la enseñanza los profesionales de la educación en Murcia en el cruce de los siglos XX y XXI.

Ramón Jiménez Madrid

D E LA BATUTA A LA TIZA

Tras una ristra de vaivenes y un largo rosario de incertidumbres, me aseguran las fuentes bien informadas que le ha llegado a Carlos Collado Mena la hora de cambiar la poltrona de la Comunidad Autónoma –que es tanto como regir los destinos de la feliz Arcadia– por el humilde puesto de profesor de instituto en el convento alfonsí en el que ejerzo la enseñanza. Es, a primera vista, como pasar de jugar en regional tras haber militado por espacio de diez años en primera división junto al Madrid o el Barcelona. Pasar del poder y la gloria al lugarejo anónimo y apartado. De galopar por el verde césped del Bernabeu o por los prados alfombrados del Nou Camp a pisar ahora el polvo ceniciento del estadio de Barinas, si es que tiene campo de fútbol. Las acometidas de los *enanos* y los achuchones de los *jumeros*, mucho más que los apretujones de los *peperos*, han hecho posible que quien ha sido desertor de la tiza durante dos lustros regrese al redil de donde partió para gobernar con rienda firme la Asamblea Regional. Más tarde, tras embridar al partido, se desbocó por los meandros del mismo, y ahora, finalmente, perdido entre las acequias familiares y los entresijos de las casas grandes, le llega el turno de ingresar en la cofradía de los enseñantes.

Los cambios bruscos nunca son del todo positivos, y si de mí hubiese dependido, hubiese aconsejado periodos intermedios o pausas para que se fuera acomodando a los nuevos asientos, no tan cómodos ciertamente. Carlos Collado Mena tendrá que despedirse del chaqué y de los teléfonos monclovitas, de la corbata permanente y de los discursos afeitados por asesores engominados. Dejará de compartir mesa y mantel con reyes incluidos, cosa que no es precisamente moco de pavo. En poco tiempo abandonará el coche envitrinado y dejará de cobrar dietas de todo azul y las trocará a cambio de cuarenta *coveños* en flor y ascuas que desconectarán de Kant y San Agustín al menor lapsus, que son muchos en quien pasa por ser tan generoso como despistado.

Carlos Collado Mena, con la parsimonia y pachorra que lo caracterizan desde que lo conocí en el pueblo más famoso del mundo, verá cómo se le

convierten en esqueleto sus ya pasadas ilusiones, sus ya famosos optimismos, así como ha visto cómo sus antiguos camaradas de la rosa en el puño le han traspasado a puñaladas las telas del corazón; verá ahora cómo le espera la dura tarea de no ser conocido por aquellos que le quisieron vender todas las motos del mundo; observará cómo su reposada figura –ahora más redondeada– irá desapareciendo del contorno informativo y dejará de interesar a los teletipos y a las agencias de prensa. Pasará, por contra, a ser ese oscuro ciudadano que se levanta a las siete de la mañana, ayuda a la parienta a vestir a los peques, los lleva al cole y corregirá, al calentor del brasero, las barbaridades que escriben los niños de la LOGSE.

Carlos Collado Mena, premioso de palabra y lento de reflejos, por la sabiduría que proporciona la experiencia del mandarín y el apartamiento que otorga el alejamiento de las *res pública*, cambiará oro molido por un terrón de tierra, la batuta por el polvo blanco de la tiza, una preciable pagamenta por una raquílica masita; habrá de cambiar los finos encajes y las cinco estrellas por el café y el bocata matutino, las altas estrategias con las pequeñas emociones, la delicadeza y la sumisión por la aspereza y la rebeldía, la vieja esperanza por el reniego y la protesta.

De Gran Pez pasará a ser pescado frito en el discurrir de la existencia política. En lugar de proyectar las carreteras de la Región, se dedicará a bostezar en aburridos claustros; en lugar de dirigir la política cultural, vigilará la ausencia del compañero en la guardia; cambiará las subvenciones a la agricultura por la tutoría, y morará, en definitiva, con los mortales tras haber tuteado a los inmortales y haberse codeado con la flor y nata de la patria. Será pueblo tras haber salido del pueblo. Tampoco está nada mal, y encima te enteras de lo que pasa por estos y otros andurriales.

(16-4-1993)

MADERA ALFONSI

En plan irónico, y sobre todo cuando me encuentro con algún compañero en camino hacia el lugar de trabajo, le indico que yo también voy al club de tenis o a la piscina municipal. La ilusión dura poco, porque pronto el funcional edificio –años sesenta, frente franquista, moyen stile, solo rojo en el ladrillo– me devuelve a la realidad de que para mí el instituto Alfonso X el Sabio es como mi propia casa, en la que he pasado ya casi tanto tiempo como en mi dorado reino de la infancia.

Allí, en el por entonces viejo y cansado caserón del río, descubrí los aires y las volanderas brisas alfonsinas y allí, con el transcurso de los días largos y las noches cortas, se han ovillado los años de ejercicio profesional; allí he bajado a los subterráneos de la historia educativa de Murcia y allí, si nadie lo remedia y ningún político me remueve, pienso consumir los días que me queden entre el paipai de la Logse y el abanico de Villar Palasí.

Unas veces me he adentrado en los intestinos del Alfonso, repletos de legajos y sabiduría, y otras en la cocinica, donde se esparce el aroma tibio y cotidiano de los días. Unas veces he ayudado a quitarle una arruga de su cara y otras, por el mimetismo de los espejos, me la ha prestado. Por eso y por otras cosas, me levanto sabiendo que voy al Alfonso, que doy clases en el Alfonso, que me jubilaré en el Alfonso y que algunas veces, cuando también me da por bajar el colesterol, no hago otra cosa que pasear por el paseo Alfonso, eje neurálgico de la ciudad y cita de románticas farolas que convocan a la meditación y a la nostalgia. Paseo arriba, paseo abajo, entre álamos y sillas, con amigos o con enemigos, con la boca fina y la mente turbia, me presto a los lances de juego y disputo enanos maratones que conducen directamente a refrescar la garganta en el mostrador, bien abastecido de gambas y crustáceos, supuesto, del bar Alfonso, lecho dulce en donde se ahogan las pocas penas del alma y en donde se avivan las fuerzas dormidas. Para reparar los defectos del estómago, sometido con anterioridad a torturas, no se me ocurre otra idea que visitar el restaurante Alfonso, foco de buena cultura gastronómica y almacén de gratos alimentos, lugar en donde se ad-

quieren buenos modales, justa panza y larga bulimia si me dejo llevar por los sabios consejos de Ismael Galiana. Y si, por el contrario, en día ordinario y moliente, me da por tumbarme a la bartola, bien abastecido de flexo y espíritu, a leerme un libro, antes he de pasar por la Academia Alfonso X el Sabio para saber cómo se vivía en Mula en el siglo XV, cómo se enterraba a un muerto en el Paleolítico o cómo se lanzaba un pregón auroro en medio de la huerta.

Les aseguro que el destino me la tenía guardada desde que mi bisabuelo Alfonsito, gran jugador de billar, celebraba su santo el 23 de enero –más de un mal pensado lo hubiera trasladado al mes siguiente– y que mi mejor tío se llamaba también Alfonso –era el más generoso y me daba un duro cuando todos los demás soplaban una peseta en los duros tiempos de Maricastaña y en los dulces recuerdos de los primeros arrumacos– y uno de mis mejores amigos, ya que hay tan pocos, se llama Alfonso y me gusta trasladar el espíritu alfonsí a mi hija, que estudia, para variar, en el Instituto Alfonso y que de seguir así me compraré una casona larga y estirada, de humilde cuna y noble prosapia, a la que llamaré Alfonsina y patatín, patatán, que esta historia no termina y me he de ir de prisa y corriendo a consultar los reglamentos internos que dispuso el rey Sabio apelado Alfonso, y debo iniciar clases de canto gallego para recitar las cantigas y que pronto, muy pronto, se celebrará el setecientos o el ochocientos centenario de quien historió desde la Biblia en pasta hasta nuestros días y debo apresurarme a iniciarme en los misterios de esa oscura maniobra alfonsí que envuelve mi vida toda. Esta oscura trama de efectos redundantes que me persigue desde que puse los pies en la Murcia, cómo no, alfonsí hasta los tuétanos.

(3-12-1993)

25

AÑOS DESPUÉS

(En memoria de Pepe Sempere)

Resulta sencillo como beber un vaso de agua. Siempre aparece el que tuvo alma de evangelista y larga el chivatazo a los olvidadizos. Luego aparece quien sigue las consignas salinianas y escribe cartas en primavera a diestro y siniestro o, ya anclado en la modernidad y funcionario en carnes, se pega al teléfono y le da el orejazo a los alejados en el espacio y en el tiempo. Con el primor de las cosas bien hechas, se despliegan los manteles en un restaurante de lujo y se aguarda la iniciación del desfile. Por el arco triunfal, y tras sonar los claros clarines, asoma puntual la estampa del profesor, algo menguada tras el fatigoso día a día de la vida. El viejo gladiador, con el peso y poso de los años, conserva en la mochila la nostalgia del pretérito y la sabiduría de los sexenios; va ataviado con rica corbata y cede la derecha a la parienta eterna, la misma con la que vivió sus primeros años en celo; por la puerta principal, bien envueltas en grasas y perfumes, reaparecen aquellas damiselas que nos robaron todos los sueños en la segunda alba de la vida; caminan con el capote de lujo y con el garbo de la bien avanzada madurez estética e intelectual. Con la plenitud guilleniana del beato reloj, se reparten besos, abrazos, interrogaciones, exclamaciones, admiraciones, se redoblan los abrazos, los ósculos que se llevan algún refilón de crema, las pequeñas verdades humanas, los fuertes saludos, las interminables preguntas que precisarían de un montón de horas y que han de ser saldadas en segundos, el sí ¿de verdad? Dos hijos, ¿sigues en Albacete? No, no, el otro se trasladó al Norte y ya tiene un hijo con el doctorado a cuestras, fulanito tiene ya una nieta, zutano se separó, y un blanco ramillete interminable de mensajes profidén, disparados desde el fondo de la ternura y la melancolía, brotan con ansiedad.

Cuesta trabajo reconocer algunos rostros, desfigurados por el tiempo, mudados por el aire corrupto de la contaminada ciudad. Continúa el encanto

y la sorpresa y nuevo revuelo surge cuando aparece el catedrático reluciente y una nube de asombro puebla el comedor cuando resplandece el ácrata del curso, el rojo progre, convertido la vieja galerna, según cuentan las lenguas, en brisa amable y tierna. Se come con la vieja furia de los años mozos en los primeros momentos, y luego, conforme avanzan las anécdotas y se deslizan los recuerdos, descubres cómo se aplican signos evidentes de comedimiento gastronómico. Vuelven a coincidir las viejas parejas en una misma mesa y se intercambian juegos de equivocaciones y sospechan que su vida hubiera podido ser otra de no haberse quebrado la antigua fidelidad. Se rememoran los famosos copiateos en clase y las espléndidas chuletas, las primeras huelgas provincianas en un calmo y cálido tiempo, se recuerda al ausente y se festeja por volver de nuevo y pronto a otra celebración mientras brotan los primores discursos evocando las horas pasadas al solaz de la vieja amistad, al compás de la juventud. Se recitan versos para la ocasión y surge el gesto noble, el discurso retórico y el corazón se encoge y se alarga en tanto que el champán remoja las gargantas y se confrontan las variadas generaciones de españoles que pueblan el mundo. Y como son del gremio de la tiza, recalán en los exámenes y en las evaluaciones, en las tutorías y en la reforma, en los tramos y en los proyectos, en las publicaciones y en las elecciones, porque se trata de promociones éticas, siempre al efluvo de los gases que destiló la factoría del 98 o la del mayo del 68. Y se alarga la noche hasta el infinito con el deseo unánime de acercar pasado con presente, de chocar viejos ritos con las nuevas fronteras. Y se estira el vaso y las rondas y cae la noche con su vestido de luto y se terea de blanco, con la luz a flor de piel, deseando, en definitiva, ser cutre, pero tener la suerte y la certeza de estar celebrando, cinco lustros después, lo que te apetecía. Con algunas heridas en el rostro y en la cabellera, con algunos kilos de sobra, con varias piezas dentales de repuesto, pero esperando a que pasen otros 25 años para consuelo de nuestra existencia y repetición de la jugada.

(25-6-1993)

EN PRO DEL FRANCÉS

(Para Mari Carmen Cremades y Cari López)

Seiscientos doctores de la iglesia escolar y de la tierra arcadiana acaban de firmar un panfleto en defensa del francés, idioma que, aunque usted no lo sepa, anda renqueante, con hernia de disco y con lumbagos de órdago a lo grande. Quien fuera en su día honra y prez de las aulas, está ahora, y sin tapujos, casi desnudo, como los hijos de la mar. Conozco, dicho sea de paso, profesor de gabacho que está siempre dispuesto, con la mochila al hombro, a mudar de casa, a cambiar de puesto siempre al acecho, por si pasa una perdiz por el aire y le dispara un *c'est formidable*. El hombre, acostumbrado ya a tanta veleidad por la fortuna, a tanto de pasar de la gloria a la miseria, ha decidido instalar una academia en el jardín de un instituto a fin de persuadir a los jóvenes escolares a que opten por la lengua del chispeante Rabelais. Según me cuentan en el convento alfonsí, en el mismo en donde mora el ex-presidente, la recesión del francés obedece a los ataques continuos y a la artillería pesada del inglés, lengua experta y soberana en material científico y deportivo. Aunque otras voces, acaso más acordes con la realidad juvenil, me señalan que la lengua de Shakespeare se ha convertido ahora en el general que manda todas las tropas por motivo de la música pop, rock, y así como el empuje de la informática, la ciencia de escribir en ordenador, la teología del kas y otras coyundas. Incluso, y siempre según fuentes bien informadas del mismo convento, se me indica que hasta el alemán, esa enrevesada lengua de los países del frío, rebasa ya al francés en el mencionado recinto. Los ya citados doctores de la iglesia y de la tierra de Arcadia, entre un montón bueno de razones intelectuales, ya han hecho hincapié en la necesidad de ponerle sulfamidas y antibióticos al enfermo crónico y, como quiera que no han consultado conmigo –ni falta que hacía– para ensalzar las virtudes y excelencias de nuestros vecinos, me apresto ahora con pequeñas razones, y siempre desde un ángulo estrictamente personal, a cantar una oda –y no una elegía– por una lengua a la que estimo como si de una novia se tratara.

El francés fue en la primera lengua en la que oí hablar de la libertad y en la que leí a Proust, que tampoco es moco de pavo. A través de Francia y del francés, una vez abandonada la verdadera arcadia de la infancia, aprendí cosas como que existía la nieve, la televisión, la doble vuelta en las elecciones y unas efusiones sentimentales en plena rue, dicho sea de paso, que me dejaron traspuesto una vez trasplantado, con mis quince añitos a cuestas, al fortín cosmopolita en donde naciera Víctor Hugo. Allí, al contacto con una cultura asentada, disfruté durante meses del crudo invierno, de la amistad con unos comunistas que no llevaban rabo ni azufre en el rabo y que me abrieron los ojos a una realidad que si ahora se me antoja natural, entonces, y sea por el relieve que adquieren en la lejanía, me pareció un hecho mítico. Estoy de acuerdo con los santos varones de la terra nostra, con todos aquellos que, sin decirlo, se avendrán conmigo en que el francés debería ser de uso obligatorio en las aulas carmelitas en los tres estamentos en los que está parcelada la enseñanza en este país. Voy más lejos, las matemáticas deberían ser explicadas en la lengua del cartesianismo para evitar tanto fracaso escolar y, de la misma manera, debería ser herramienta de lujo para acometer las fuentes de la razón y del pensamiento, y si todavía pudiera añadir algo, señalaría lo hermoso que resulta perderse por París, la ciudad del ensueño, pero será conveniente hacer una simple pregunta: Si yo, año palurdete de perdido lugar, tuve ocasión de aprender cuatro palabras allá, en la senda hermosa de la dulce Francia, empiezo a correr el peligro de no poder intercambiar tres mots con nadie y eso si que no lo perdono. Tanto como me costó debruillarme y ahora resulta que ni siquiera me sirve lo que tanto me costó. Mon Dieu que no es justo, que me siento triste, sin jardín, bien solo, camino de bien merecer una otra cosa. Cómo de ahora en adelante, y a quién, le diré yo palabras tan hermosas como amour, la neige, ma première liberté, la gauche la vie, ulalá.

(9-7-1993)

C ON LA TIZA EN LA MANO

Ahora que los profesores respiran tranquilos, recuperándose de la carga psicológica del año escolar, pergeño estas líneas sin ánimo de turbar su bien merecido descanso. Entrar en el resbaladizo campo de la educación y emitir juicio supone o bien topar con el corporativismo que todo gremio entraña o sucumbir de muerte súbita antes los furiosos embates –a veces trasmutados en tortazos– de los ardientes padres de los alumnos.

Ahora que los profesores toman puro jugo de caldo estival para reponerse de las asechanzas –y son muchas– que merodean por el entorno escolar, conviene, y sin ánimo de incordiar, establecer una serie de cuitas acerca de la disciplina escolar, la misma que ha estado en los papeles en los meses anteriores y que ha motivado, entre otras cosas, que un profesor como la copa de un pino en bondad, haya recibido un soplamos en forma de bofetada por parte de una furibunda madre que no ha dudado en la vía de apremio para establecer una justicia que se nos antoja, cuando menos, de juzgado de guardia.

Conviene comenzar por el principio, y si viene a cuento la gloriosa época del nacional sindicalismo, mejor que mejor. En aquellas remotas calendas, uno que era escolar, paseaba su siempre escasa presencia por el viejo caserón de la calle Flomesta, un instituto anclado ya en la historia de Murcia. Recuerdo que, para paliar los desgastes a los que doña Herminia Perales o don José Andreo, ilustres y sabios profesores, sometían a nuestro espíritu, teníamos por costumbre acompañarnos de una larga banderilla de atún o *fua-gras* de la que dábamos cuenta en el recreo, allí sentaditos en un banco de la entidad. En cualquier momento, y cuando más atareados estábamos en nuestra investigación científica y más adentrados en la armonía que proporcionaba el *karma* –o el maná, que para los efectos es lo mismo– pasaba por allí el nunca bien recordado don Rafael Verdú y, salvada sea la parte, debíamos, como estirados por un resorte, levantarnos, cuadrarnos, engullir el bolo y dejar que pasara su bien compuesta figura. No había leyes, supongo, que nos dijeran que se debía obrar así, pero así lo hacíamos. Sea por respeto, sea por

tradicción, lo cierto y verdad es que ésas eran nuestras costumbres. Pero esto que recuerdo de aquel tiempo pasado se corresponde con la Edad de Oro de la enseñanza, cuando los profesores podían discurrir con garbo y donaire por umbrales y claustros. Ahora, por contra, y gracias a una ley emanada en los tiempos del cojo Mantecas, hay –o parece claro que existe– un enorme paraguas protector en torno al alumno, y el profesor, de manera continua, teme que, al igual que sucedió recientemente en Águilas, se produzca una avalancha de madres contra la nuez de cada docente. Todo es muy propio de esas dos Españas que nos hielan el corazón machadiano de la enseñanza. O agarramos el as de bastos y repartimos estacazos a diestro y siniestro o, con leve pausa, tratamos de soltar mamporros con papel de estraza o, a lo sumo, con algodón en rama. O acudimos al campo de concentración para acabar con el adversario –en este caso, el alumno– o se opta por que el educado sea el educando quien ordene y mande en las instituciones educativas en virtud de ciertos principios y verdades y folletitos y leyes que sólo valen para que el que administra recetas desde un sillón, pero nunca para quien lidia con los toros de la realidad, aquellos que transcurren al pie del cañón, junto al estrado, al lado de la tiza, dentro de los recintos en donde se libra la verdadera batalla de la cultura y de la educación. En poco tiempo, y en prueba evidente de las dos escrituras, hemos pasado del palo y la estaca al más acentuado paternalismo, y todo va a terminar por inhibir al profesorado de sus responsabilidades, porque éste cree vivir desprotegido de las mismas leyes que tan bien custodian a sus presuntos enemigos. Y cabe pensar que los sesudos varones de la casa grande de la tiza deben tender puentes para que se camine en ambos sentidos sin peligro de que unos y otros se sientan en una hipotética batalla en donde todos tienen mucho que perder.

(23-7-1993)

LAS EMULACIONES DE SONIA

Sonia, la criatura nacida en el seno de la clase media, siempre soñó con acabar su COU (Curso de Orientación Universitaria), siempre soñó con acabar dicho curso en un Instituto murciano y hacer la carrera en Madrid, allá donde la azul sierra de Gredos arroja una bandada de sueños a las jóvenes provincianas antes de chocar con los rascacielos urbanos o con las torres Kio.

Obtenía notas altas en el Bup y estaba acelerando motores en el Cou para que le saliera una media de pértiga para saltar por encima de los números clausus. Durante muchos meses cobijó la idea de estudiar Ingeniería en la Complutense o Ciencias de la Información en la Autónoma. Pero la lectura de revistas como Tola, 10 siglos y Texturas, impregnaron su espíritu de una rara y extraña mixtura que desconcertó a sus aturdidos padres, asombrado ahora de ver cómo su primogénita, otrora seria y responsable, aparecía de golpe y porrazo, en todo tiempo y lugar, contoneando el precioso culito con el que la naturaleza le había obsequiado. El viejo y grueso tomo del Espasa, en otra ocasión pozo de consulta y ciencia de Sonia, por extraña mutación, se había convertido en fiel balanza para alegres devaneos femeninos y para oscura pasarela, trocada ahora en fina modelo. Los padres de Sonia, perplejos ante el hábito de los hábitos nobles que había atesorado con dignidad su hija, trataron de indagar en el origen de aquella mudanza y, tras largas averiguaciones, dieron en quemar, como el cura y el barbero de El Quijote, tan provechosa escritura. Con tiento y discreción dieron en quemar página a página las bien coloreadas estampas en donde aparecían los artistas de cine, los cromos de las mujeres de los políticos, los collares y salones de la clase aristocrática, el rostro alegre y triste de la Tarolina de Mónaco y de su hermana Espefanía y las fotos en color de la Tantoja, cupletista de cuajo y garbo. La misma senda siguieron los relicarios de los toreros y las portadas de Julio Trotaconventos, cantante de moda en Miami y Getafe. Pero Sonia, de todo cuanto había leído, y esto lo saben Uds y yo, soñó con emular las hazañas de la hija del tenor madrileño, antaño portero de fútbol y más tarde cantor de la vida sigue igual. Sonia dio entonces de pronto en casarse con personaje de relieve, de la Jet y de la Fet y de la Jons y en celebrar su

boda no en casa privada, con Ramón Pendoza como padrino y José María el Tutanito como acólitos, y con doscientas mil personas en las gradas del estadio Ternabeu. A cuarenta mil cuca la entrada por cabeza y con dos mil fotografías por la exclusiva en las revistas de color rosa. Si la Chachelito había conseguido con apenas dieciocho años una verdadera fortuna, ella, Sonia, no iba a ser menos. Abandonaría las matemáticas por excesivamente lógicas, las resbaladizas Químicas y las trocaría por hallar mozo de casa y casta hidalgas, guapo y con perfil airoso, con futuro cierto y con pasado glorioso. Y Sonia, ya soñadora, alejó de sí los malos espíritus que brotan de los manuales y libros de texto, se alejó hasta de los apuntes de clase y de las chuletas de los compas de curso y dio en hacer un listado con presuntos implicados en materia de bodas y banquetes, herederos de rigurosa estirpe, ricos hereus de la marca catalana, principitos de ojazos azules, y larga bolsa y con una sonrisa diabólica, ella, que siempre había llevado un ángel en la boca, se convirtió en una fenicia de la feria de las vanidades. Sonia cambió las ilusiones de la adolescencia por cuatro kilos de billetes azules, de esos que escasean en el mercado inmobiliario de los valores espirituales y cambió conducta y trocó voluntad y ya no quiso seguir el día a día de la escuela sino la noche noche de sus nuevas aspiraciones. Y como permaneció en la cima de las tinieblas, este narrador no tiene nada que añadir porque no sabemos si llegó a hacer realidad sus sueños de efímera inmortalidad.

(10-12-1993)

L LA TRAGEDIA DE LA EDAD

Incluso el más viejo ha sido niño y todavía lo recuerda y, sin duda de ninguna clase, bien quisiera coger los trastos y regresar al origen para convertirse en un nuevo Adán. Asimismo todos alguna vez hemos sido adolescentes, como palomos ardientes, y hemos conformado las bandadas de sueños y quimeras que han revoloteado por los aires y han sembrado la tierra. Y generalmente, y tal cual crecemos, nos hacemos hombres talludos, ya bien marcados por el peso de los días y el paso de la edad, y nos encontramos y tratamos con otros de similar envergadura, parecida contextura o lo que es igual, con goteras en el cuerpo, espitas en el grifo y grietas en el corazón.

Leía el otro día un texto en el que se decía que los adolescentes son clientes en pleno derecho de una sociedad que les viste, los distrae, los alimenta, los cultiva; en la que florecen los macdonalds, los burgers y las boutiques de moda. Nosotros íbamos a guateques, ellos a discotecas; nosotros leíamos un libro, ellos se rodean de cassetes. A nosotros nos gustaba comulgar bajo los auspicios de los Beatles, ellos se encierran en el autismo del walkman. Se ve incluso esa cosa increíble de barrios enteros confiscados con adolescentes, gigantescos territorios urbanos entregados a sus vagabundeos.

Como puede apreciarse se deslindan dos culturas. Por una parte aquellos que viven en permanente bullicio y se refugian en formas distintas a las pasadas y las de aquellos, que fueron jóvenes, y que ahora se encierran en la guarida de sus viejas costumbres, ya pasadas de moda para los que profesan de jóvenes. Pero en determinadas profesiones, y en particular en la enseñanza, ambas culturas tienen la obligación de mezclarse por imperativo categórico, y ocurre que mientras el profesor sigue cada trescientos sesenta y cinco días cumpliendo un año más, el que tiene delante siempre tiene la misma edad o casi no la altera. Así, mientras que el profesor cuenta batallas de su pasado heroico –¿por qué será siempre épico el rugir de los enseñantes?– el alumno, impávido, desconecta las baterías de las orejas y se pone en sintonía con el compañero de al lado.

Un médico pongo por caso, puede pasar consulta a un niño, a una mujer o a un alegre abuelete; un jefe de estación le da la salida a los trenes de todas las edades (Aves, ferrobús, tartanas) y un banquero sólo se trata con adultos. Pero el profesor, por contra, ha de enfrentarse siempre a la eterna juventud, a una juventud que no desaparece nunca, que puebla y masifica las aulas –muy especialmente si se trata del convento alfonsí– hasta extremos insospechados. El maestro o el profesor siempre se han de enredar en motivos y asuntos que no les concierne porque están de moda pero que no han sido de su tiempo. ¿Por qué, pregunto, voy yo, próximo a cumplir diez lustros a interesarme por una hamburguesa cuando se puede poner un filete por medio? ¿Por qué entrar en una discoteca, con el ruido de sus cuernos, cuando se me saltan las almorranas del alma con la música de rap? ¿Por qué me voy a montar en una nintendo cuando disfruto con los futbolines?

Y sin embargo la tragedia del profesor radica precisamente en que mientras su edad aumenta día a día, ha de librar batalla con esa eterna juventud que reposa en su tiempo, que no cumple los días, como se decía antaño, que siempre es fiel a sí misma y se mantiene en el elixir de la eterna felicidad. Y encima has de desear que no se cure su enfermedad, esa que se lleva el tiempo, porque de otro modo el ataúd puede pasar por tu propio nicho.

(11-3-94)

DON FRANCISCO ROS GINER

Los profesores de hoy tenemos bien poco claro el porvenir. Las asociaciones de padres piensan que no motivamos a sus hijos y que solo estamos en la tierra para contribuir a engordar el fracaso escolar; la sociedad, por el asunto de las vacaciones, estima que los maestros no dan golpe al contar con una legión de días de asueto; los estudiantes, en virtud de sus pocos días, tampoco están en disposición de valorar el trabajo de los encargados de su educación. Y para colmo brotan de debajo de las piedras radiadas o visionadas los Aberasturi, José María García, Fofito, Piqueras, que son los faros de luz y los focos de prestigio que hoy atalayan los jóvenes cachorros tras las fatigosas jornadas en los colegios, las intensivas horas instituteras o las ya más despejadas tareas universitarias.

Y, pese a todo, de tiempo en tiempo, aparecen personajes excepcionales que echan por el suelo todas estas viejas y gastadas teorías. Y echamos mano de ellos cuando, y desgraciadamente, un cáncer de colon se lo ha llevado por delante, cuando, tras mucho tiempo de silencio, aparece una esquila en el periódico y descubrimos que nos hemos quedado ya sin su presencia humana. Y es que el profesor, por un hado trágico, tan sólo parece triunfar cuando se jubila de la vida, cuando ya no puede extender su consejo o su sabiduría. Don **Francisco Ros** era ya director del Instituto José Ibáñez Martín de Lorca en los años cuarenta y extendía su benefactor radio de acción por toda una inmensa frontera que llevaba desde Caravaca a Águilas, desde Puerto Lumbreras a Alhama. Era una firme columna en donde se asentaba el aparato educativo en los duros años de la posguerra española, cuando la enseñanza pública era casi una insinuación o una quimera, y pilotaba, con matemática mano maestra y hábil, una nave en donde remaban don **Ricardo Cano, Belín Calero, Ángeles Pascual, Antonio Hernández, María Agustina, don Alfonso, La Gallega**, etc., y otras santas instituciones que nos dulcificaron-y amargaron- muchos de nuestros primeros días. Y las cosas quedaron petrificadas, paralizadas en el tiempo, hasta que don Francisco Ros

quiso cambiar de aires, vivir una aventura murciana, estar con don **Francisco Morote**, don **Luis González Palencia** y otros catedráticos murcianos de la vieja casta, la transición política se abría en flor y ya algunas cosas le faltaban. Y se convirtió en Paco Ros, en un extraño y diplomático inspector que no vigilaba escuelas ni institutos, sino que se entretenía en coleccionar nuevos amigos, una vez ya desligado de su hábitat natural, y en saludar a los viejos y más que numerosos alumnos que pululaban por los ámbitos de la Arcadia alegre y confiada. Y en todas partes iba dejando su franca sonrisa, su mano amiga, su viejo recuerdo.

Y en una tarde desapacible y lluviosa, de protesta meteorológica, se va para siempre camino del descanso eterno. Y ya de vuelta a la adoptiva tierra lorquina, a la que siempre estuvo asimilado como el erizo a la roca, como la torre alfonsina al castillo o la casa Guevara a sus columnas barrocas. Se le acabaron los días y sentimos los que nos quedamos provisionalmente que todavía quedan personas en donde poner los ojos, que no todo pasa en balde, porque su recuerdo seguirá vivo mucho más allá de su propia vida en una interminable saga de alumnos, en el fervor de los más de mil profesores que estuvieron bajo su égida tan poco dictatorial –lo que habla de su abierto espíritu– y en la mente de tantos amigos con lo que adornó su larga trayectoria profesional y humana. Y fue en su tiempo y hubiera sido en el nuestro.

Por tanto no hay que desesperarse en las dificultades que antepuse al principio, sino tan sólo, con paciencia, tratar de imitarle. Cosa más difícil todavía que pasar por encima de todos los tópicos.

(22-4-1994)

SUICIDIOS Y FRACASOS

Desde los tiempos clásicos eran los médicos los que se llevaban las críticas y las diatribas de la sociedad, y muy especialmente las de los escritores. Basta con leer a Quevedo, un señor que tenía los pies llenos de tristeza, para hacerse una leve idea de las pullas que se clavaban en lo alto del morrillo de los sepultureros de la vida; luego, algo más tarde, vino la mala uva contra los jueces, abogados y otros menesterosos de la justicia. Desde siempre han tenido fama de liantes, enredadores –y bien que lo tienen merecido– y traficantes de relaciones. Pero de un tiempo a una parte somos los del gremio de la enseñanza los que nos llevamos para casa, y a cuestras, todos los insultos, castigos y hasta las veladas amenazas, como si fuera poco aguantar estoicamente durante cinco horas al día el berrear de los terneros ajenos en la escuela, el soportar a cuarenta pares de ojos hora a hora, día a día, mes a mes, año a año, aunque te miren con torva faz.

Como si fuera poco estar condenado a pasarte la vida en medio de jóvenes eternos, como ya tuve ocasión de manifestar en un artículo anterior. Y encima, como ha sucedido recientemente, ocurre la desgracia de que un joven adolescente ha tenido a mal quitarse la vida con una pistola y de pronto y porrazo, sin comérselo ni bebérselo, ya tenemos a los responsables: los profesores. Sin mediar juicio, sin casi posible defensa, cae el veredicto tan poco salomónico: los profesores lo han suspendido, los estudios le iban mal, ergo: todo ha sido consecuencia de un sistema viejo y trasnochado y debemos encontrar uno nuevo –algunos lo creen encontrar en la Logse al quedar reducida a la mínima expresión la posibilidad del suspenso– que imposibilite tamaña determinación por parte de los jóvenes adolescentes.

Poco o nada saben, dicho sea de paso, los que piensan que un suicidio se debe a una sola causa. Existe, si no son falsas mis noticias, toda una conjunción de fuerzas y factores que se cruzan y entremezclan para llegar a tan triste resolución.

En lugar de poner las aviesas intenciones en la escuela, en vez de señalar con el dedo de culpable al ya afligido profesor –que bastante tiene con intentar mantener su ilusión pese al paso de los días– debiera la gente pensar en otras posibilidades y que, sin exceso de imaginación, podemos encontrar en la lamentable situación social que, entre otras cosas, dejará a casi un millón de jóvenes sin poder trabajar ni un solo día de su vida. Se podría pensar en las causas sentimentales que rodean al tiempo turbulento de la mocedad y, en su defecto, en las existenciales o, y por qué no, en disposición anímica de cada persona en cada momento.

Pero no, es más sencillo cargar las tintas negativas sobre el profesor de Matemáticas o el de Lengua, causantes últimos de una tan negativa decisión por parte de un joven adolescente que a lo mejor sólo pretendía jugar cuando estaba con el arma en la mano, realizar un juego peligroso que, de forma habitual, se refleja en las pantallas de televisión. Como si no tuviera bastante con restregarle por las narices el número de días de vacaciones que tiene al año el profesor, el sueldo encogido, su escasa motivación, ahora ha de pechar con una nueva carga, por lo demás inesperada: ser el homicida involuntario, el causante indirecto de un mal destino.

Y no debe ser así, ni siquiera pensar que una nueva regularización de la escuela iba a cambiar las por otra parte las inevitables tendencias suicidas que asoman y afloran de manera inexplicable en la turbia adolescencia. Los jóvenes, y la literatura bien lo expresa, siempre han tomado estas decisiones fatales. Puede de los fracasados –no importa en qué–, hasta de los triunfadores como Larra. Unos y otros se suelen llevar el misterio de su fatal determinación.

(29-7-1994)

LOS DÍAS FINALES

La jubilación del profesorado ha pasado de ser un tema soso, sin sal ni ninguna trascendencia, a la máxima consideración política. Hasta hace no mucho tiempo los profesores cumplían 70 años y con una leve patadita en el trasero se les mandaba a la reserva pasiva para el siempre jamás, un poquitín antes de que la sin nombre las arrastrara a su paso. El que cumplía la edad reglamentaria para la jubilación veía muy sensiblemente menguados sus intereses económicos ya que desaparecían de su raquítica y pálida nómina todo aquello que no fuera base, con el consabido adiós a los trienios y sexenios que endulzan la existencia del enseñante. De esa manera el profesor, atemorizado por un futuro que se preveía difícil, procuraba dilatar tanto cuanto pudiera su vida laboral. Pero un poco después, y al socaire de una mayor actitud vitalista, cundió la idea de alejarse de los estrados, de la tiza y de la bata, para poder disfrutar de una bien trabajada liberación de los traumas que la enseñanza encierra.

Hubo cantos de sirena de una anticipada jubilación y hasta se premiaba el gesto de retirarse diez años antes de la vida profesional con unas golosinas que llevó a algunos a apostar por el definitivo alejamiento de la pizarra. En general se rebajó el listón y se estableció que la pértiga no podría rebasar los sesenta y cinco centímetros de altura, aunque los hubiese tan telendos como para saltar hasta medio metro más.

Y un poco más tarde, y con el apoyo logístico de algunos medios de comunicación y en pro de una legítima defensa de algunos genios insertos en el ámbito universitario –la secundaria y la media no cuentan para nada en este país de superdotados– se opta de nuevo por alargar el chicle los cinco metros que se habían perdido con anterioridad. Y, dentro de no importar qué tiempo, se reclamará retornar al lugar de origen, por ese penduleo tan especial y natural con que nos obsequia la vida nacional.

Motivos hay para apoyar a unos y a otros. Si por una parte se debe tener en cuenta lo mucho que una figura haya de abandonar su cátedra cuando más

puede contribuir a la formación de las futuras promociones, no menos se ha de considerar el daño que se hace con que cientos de profesores verbeneros, aunque recubiertos de una falsa pátina y apoyados en las convenciones de la tribu, persistan en sus puestos, impidiendo el paso de otros más jóvenes y obteniendo más provecho personal que colectivo. Cabe pensar que no todo el monte es orégano y que abunda más la maleza que el grano en los alrededores de los campus. De todo es sabido, y ocurre en todos los sectores de la enseñanza, que hay quien se merece la “verde”, por su falta de preparación, objetividad y vocación, con cuarenta años como quien podría continuar su actividad académica frizando los cien, sin merma alguna de sus neuronas, siempre en su sitio, fuera de las habituales depresiones con que el Ministerio de Educación y Ciencia obsequia a sus funcionarios.

Y como no deseo permanecer ajeno al lance, al margen de las cosas, emplazo al Ministerio y al sanedrín universitario –que se podría hacer extensible a los otros ámbitos– a que sólo se le alargue la vida escolar a quien se lo merezca, pero de la misma manera que se le recorten los vuelos intelectuales a los gorriones –¿o gorriones?– del área que no hacen sino impedir que se cumpla la ley natural. Que solo se les deje pisar el campo a los delanteros más innovadores, a los que han luchado bravamente contra la secular miseria y la eterna desidia, contra las defensas acorazadas que imponen la patada en la ceja y el golpe bajo. A los que realmente aporten algo al parque o al monte. Pero que se les impida continuar asimismo a los que causan quebranto y siguen en la brecha y a la sopa de la teta más por un falso y convencional compañerismo que por sus verdaderas cualidades.

(5-8-1994)

P ROBLEMAS DE LA LENGUA

(Para Carlos Jorcano y Cristina)

Por circunstancias familiares y de amistad conozco cuanto acontece en las comunidades históricas en torno al idioma castellano, también llamado español. Por padecerlo mis propios sobrinos en sus propias carnes, tan sólo les pregunto cuando regresan de San Sebastián para las vacaciones estivales, ¿Qué asignatura les ha quedado, al margen del euskera? De sobra sabemos que nunca los pobres podrán dominar tan enrevesado trabalenguas, tan complicado engranaje ni tan berroqueña estructura. El hecho de ser maquetos, de haber nacido en raíces lejanas, no les exime del obligado cumplimiento académico y mi animoso cuñado, riojano de origen, no podría figurar nunca en la plantilla o en el escalafón de funcionarios públicos de la autonomía norteña de no mediar su entrada en una ikastola, porque su lengua nativa no le permite sino trabajar en el espacio privado. Y la misma observación cabe hacer para Cataluña, en donde se vive la “inmersión” de manera más sofisticada, sin tanto alarde, pero con tendencia a llegar mucho más lejos en su radicalidad. No todos los charnegos están en condición de subirse al Canigó ni a la Moreneta y así deambulan por los escenarios modernistas de las Ramblas con más pena que ganas. Y hasta me cabe decir que los gallegos que se expresan tan sólo en el castellano de España son mirados de reojo por parte de los radicales grupos nacionalistas.

Y no deja de ser una curiosa ironía del destino que esto ocurra cuando el español comienza a vivir una época gloriosa fuera de nuestras fronteras. El auge de nuestro idioma en las escuelas foráneas es ya un hecho incuestionable y me basta y me sobra para afirmarlo el ver y contemplar a los grupos de escolares alemanes, franceses e ingleses que llegan anualmente al convento alfonsí para atestiguar el fortalecimiento que está adquiriendo nuestra lengua en los institutos y universidades de otros ámbitos. Y no hace muchas fechas he podido contemplar in situ el interés que la lengua español-

la despierta entre un montón de hispanistas árabes –marroquíes, egipcios, sirios– en la Universidad de Fez, por no citar el caso radical de algunos de ellos que pretendan escribir en castellano pese a que piensen en una lengua distinta. El embajador de España, el agregado cultural y los directores de los institutos Cervantes de aquella zona no nos hablaban de otra cosa que no fuera el prestigio que el español despierta en el país vecino. E insisto: no hay peor enemigo de la madera que el que nace de su propia cuña. El español, en un régimen de expansión triunfal, está sufriendo en sus propios lares no la agresión de otras lenguas peninsulares, sino la torpeza de gentes que, so capa de conservar el orgullo provinciano y la marca rural, desean ahogar entre leyes y artículos el ritmo, el tono y el acento de un pueblo. Y uno, que nunca ha sido excesivamente casticista, no tiene sino que manifestarse tenuemente lastimado por estos factores punitivos contra el vehículo que nos lleva a no importa qué rincón del planeta. Y como prueba, no hace mucho tiempo, en una ciudad del antiguo telón de acero di, como agudo escuchador de Canal Nou, en hablar valencia, y juro que no me entendieron ni en recepción. Así que opté por quebrar albos en lo de siempre y hasta me dieron la llave de la habitación. Mi dicha fue grande. Algo es algo.

(3-3-1995)

D E LA NOCHE DE LOS TIEMPOS

Me llama un buen día un periodista de la radio, con mucho pico marginal, y me hace largar sobre viejas retóricas, antiguos planes educativos, normativas y otras lindezas de tal calaña, nunca de ellas inferiores al siglo de vida. Puesto a hablar, con especial deferencia para los sonámbulos, búhos y descendientes de los mochuelos, me da por explayarme sobre la historia de un viejo Instituto murciano, de un colegio de internos que se pretendía construir y casi estoy a punto de rematar la faena –con suerte me hubieran podido conceder un apéndice– cuando el locutor, como quien no quiere la cosa me pregunta sobre las diferencias que podía existir entre la enseñanza en el siglo decimonónico y ésta –que siempre se ha de añadir tan desgraciadamente– nos ha tocado en suerte. Y claro, yo, ni corto ni perezoso, acogéndome a que cualquier tiempo pasado fue mejor, me decanto por el decimonónico, hablo de que entonces, entre la calma y la lentitud del pasado, las cosas se hacían con artesanía, con tranquilidad, sin prisa, con tiempo para todo, y además los que se dedicaban a la enseñanza no eran más allá de cuatro gatos. Descendientes directos de los ilustrados, con más atrasos que un tren expreso, los docentes del siglo pasado confiaban ciegamente en la educación, en su trabajo y en el pleno cumplimiento de sus objetivos. No sabían nada de los currículos, consideraban que con las clases, a los pobres alumnos, siempre habitantes de un planeta oscuro, se les encendían los faroles del alma y que seguramente quedarían redimidos para el siempre jamás. Combatir la ignorancia, abrir frentes, derribar oscuridades, conseguir el progreso, términos eran que utilizaban uno tras otro, cuando no en letanía en las muchas hojas sueltas que nos han legado. Tenían los viejos profesores fe ciega en su labor, plena garantía de que su prédica no caía en el vacío estéril o en el yermo infecundo. El profesor, que ganaba de seis a diez mil reales al año en 1850, era considerado y estimado por la sociedad burguesa y paseaba por la Platería como si fuese una lumbrera. Tenía prestigio, de tal modo que muchos viejos mozos recuerdan con entusiasmo las celebridades de don Simón García, don Olayo Díaz Jiménez, don Andrés Baquero Almansa,

don Miguel Rivera, don Isidoro Martín Ibáñez, don Francisco Morote o, por citar un último e irrepetible ejemplar, don Luis González Palencia. Aquellas vacas sagradas tenían *pedigree*, aureola, mito y hasta leyenda a sus espaldas. Y estuve a punto de decirle que no sucedía lo que ahora, que en esto de la tiza anda la tira de gente, y cada uno es de su padre y de su madre, y con cuarenta pares de ojos vigilándote desde que entras en el aula hasta que pares la mayor parida que se te ocurre, y después de esos ojos vienen otros cada cincuenta minutos y ojos que no saben ni cómo te puso tu madre en la pila bautismal, gentes que no desean que les suelten rollos ni persianas, gentes que están allí porque no les dejan estar en otro sitio, gentes que por mucho que aprendan no van a salir de las tinieblas del paro, de los sótanos de la competitividad, de las heces del capitalismo. Y alimentas, al final, no la luz sino el desasosiego y explicas para explicar tu mismo desconcierto, porque sabes que tu mensaje no sirve sino para ensuciar más la incertidumbre que merodea por todas partes. Pero contuve mi palabra. Me limité a decir que la educación fue cosa minoritaria en el pasado, cosas de gente burguesa o de liberaloides dispuestos a hacerles la pascua a los curas y a los absolutistas. Que ahora todo se había democratizado, que los tiempos adelantan que son una barbaridad, que la didáctica había avanzado mucho y para bien, que éramos la pila en la Región, que lo de la noche de los tiempos...

(12-5-1995)

L A HORA DEL ADIÓS

Los que estamos metidos hasta el tuétano en la artesanía de la tiza sabemos de sobra que no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague. Y el plazo último le ha llegado a los antiguos pipiolillos que, recién llegados de los colegios de la zona, dieron con sus huesos en los antros instituteros con la barba lampiña. Llegaron con la confusión en la mente, la inocencia en los labios, el juego en la cabeza y el miedo en el cuerpo tras pasar como almas en pena ocho años por las escuelas y colegios adonde llegaron juguetones ellos, inocentes como cubos o como ángeles traviesos, acostumbrados desde siempre al sabor mimoso de la fruta cálida.

Nada más cruzar el rubicón de la puerta se le aparecieron mozos custodios y fortachones que los sometieron a las penalidades propias de los primeros días (que si me atas esta cordonera, que me prestes cien pesetas para cervecita, pipiolillo, reconoce tu insuficiencia mental, arrodíllate ante el padre) cuando apenas habían traspasado el umbral de la comunidad educativa. Antes de que llegara diciembre ya sabían a qué sabe el olor traidor del muy deficiente y del deficiente (antiguos ceros o a lo sumo de dos o del tres) y asistían boquiabiertos a las zahúrdas del suspenso. Hubiéronse de despabilar camino de febrero, cuando el segundo trimestre, compuesto por cuatro meses y dos amonestaciones, los puso en guardia de la adversidad que se les venía encima. Para ese momento ya habían perdido totalmente la sonrisa, el gusto por jugar y el intercambio de cromos. Soñaban con saltar el plinto o la pértiga y caer en la otra parte del curso segundo, ya con la voz mudada, la química y el latín como únicas novedades, y la seguridad de verse ya convertidos en viejos veteranos de las aulas, en gladiadores de los espacios del bachillerato.

Y mientras rompían sillas y garrapeaban las mesas y luchaban por lograr la perfección soñada, se encontraron de golpe siendo ciudadanos tercerícolas, con crisis dentro y hasta con opciones distintas como dejar los estudios, meterse a científico, echarse novia, sacar más nota para superar el número clausus ese del que hablan y no paran los profesores. Y de la noche a la ma-

ñana, como quien aguarda el alba, se encuentran en la cúspide de la cuarta montaña, al pie del pico de la selectividad, camino de la Universidad y sienten por primera vez el vértigo de echar la vista atrás, ellos que siempre han mirado hacia delante, porque han vivido hacia el mañana y se encaminan hacia el futuro. Y se perciben de que ya cuentan con pretérito, que se han jugado en la ruleta de la vida cuatro largos años que se han deslizado como una muda serpiente al pie de la canasta, junto al laboratorio, contra el poste más sólido que puede ser el de matemáticas o el químico de turno y entonan un mea culpa por tantos ratos perdidos al ardor del candor o junto a los futbolines, en los aledaños del aula.

Han cumplido dieciocho años, intercambian puntos de vista sobre la insumisión o la objeción de conciencia, se sienten ecologistas, aficionados a la litrona y a la música de Morrison o Nirvana y sienten que comienza una nueva era para sus vidas, una nueva melodía que pasa por escuchar cantos de sirena al pie de campus y de las facultades. Si tenue se presentó el cambio del colegio a la escuela, brusca se les antoja la rotación a la tercera esfera educativa. Les han hablado de los túneles y pozos que siembran el trayecto y no saben si vale la pena cruzarlos. Mientras tanto, tras pasar a nado los tres cursos del bachillerato y con hélice el curso preuniversitario, se aprestan a curtir su cuerpo en las pruebas de selectividad, ese amargo pájaro dulce que los llevará de corrido hacia las puertas de un nuevo mundo.

(9-6-1995)

Ya tengo dicho en un escrito anterior que anda don Eugenio, claro varón de esta Arcadia en la que vivimos, solicitándome que procure definirme desde los distintos ángulos (que quiere decir en España en el plano político, religioso, económico), especialmente desde la vertiente educativa. Y a fin de clarificar posturas, me asesta golpe bajo cuando el pasado lunes me espeta de sopetón si yo, de condición catedrático o catedrático de condición, estaba a favor o en contra de la ley orgánica que hoy preside el modelo de enseñanza no universitaria en España, la llamada Logse, Lode, la Eso, Lo Otro o lo de Más allá de las que hablan y no paran tu amigo Pombo en El Mundo o el otro Jiménez, en el ABC.

“Amigo mío del alma, le dije yo, bien quisiera decirle de pe a pa cuanto quisiera y me pregunta, pero esta vez me pilla en pelota picada, porque yo soy tan solo un residuo, un vil desecho de la sociedad educativa, la misma que se arroja por la tubería de los desagües, no sé si para abonar nuevos barbechos o para corromper los verdes prados. Lamento, por tanto, decepcionarle pero en los graves asuntos que no he vivido in situ ni padecido en mis carnes, hago mutis por el foro y me hundo en las profundidades abismales de mi querido convento alfonsí. Hasta que no pruebe –continué diciéndole– del todo el pellejo de vino, no te podré decir el gusto que tenía el tinto, si era clarete o tenía poso y peso. No obstante, preclaro patricio, entre otras varias cosas que yo, en este incierto presente en el que me ha tocado decir, puedo trasladar serían cuestiones oblicuas como las zozobras e incertidumbres que la tal Ley está creando entre el personal de bachillerato tradicional, las vacilaciones que le han infiltrado al personal de primaria y los problemas académicos que se están creando por aquello de llamar “segmento de ocio” al recreo o “red conceptual” a un vulgar mapa. También le puedo señalar las esperanzas derramadas para que el tiempo –o el apremio de parné– se lleve tamaña revolución, la desmotivación de los viejos profesores que lucharon por denuedo por enseñar una ciencia y que ahora se pretende, bajo la filosofía de conseguir la felicidad y la dicha del alumno con el descenso del

fracaso escolar, que los profesores se conviertan en payasos de las aulas, en amenos y divertidos personajes que cuenten chistes y chascarrillos en lugar de aprender y traspasar las muchas ciencias y destrezas que aprendieron en las reñidas oposiciones de aquellos días. Pero también le digo, le seguí indicando a don Eugenio, que todo cambio en cualquier lugar trae recelos y desconfianzas, engendra confusión y crea innecesaria tensión. La gente joven acepta la nueva religión sin rechistar –porque no conoce lo anterior– mientras que los veteranos de muchas otras guerras tienen a gala discrepar por naturaleza; pero como estamos en una sociedad mestiza, le digo, los hay ya curtidos en el oficio que prefieren discurrir por el canalillo ya mencionado de los desagües, con dignidad, en silencio, sin creer del todo a los que se limitan a esperar el plan que pretende hacer trabajar en comunidad de anarquistas y genios ni a aquellos otros que te venden la escoba por el solo hecho de venderla. Es más, patrón mío, como estudioso que he sido de los ciento un plan de enseñanza que hemos tenido en este país desde aquel lejano día de 1837, le puedo asegurar que los socialistas tenían pleno derecho a poner su peculiar firma en el libro becerra de los planes de estudios, así lo han hecho todos los que le han precedido. También te digo que no hay plan que cien años dure –ni haya durado en este país–. Así que no me queda otra cosa que decir que la Eso y lo Otro han sido, han estado y servido de momento para especular sobre su verdadero valor” Y punto en boca..

Y dejé a don Eugenio, obvio es decirlo, sumido en un mar de estupor, rascándose el cráneo y cavilando sobre la verdadera naturaleza de la ley educativa. Pero lo calmé más tarde, cuando le prometí que reincidiría en el tema cuando hubiera probado el jugoso menú.

(18-8-1995)

LA DELEGACIÓN JAPONESA

Hace ya casi diez años, recién llegado al carguillo educativo que todavía ostento, tuve que vérmelas con una delegación japonesa compuesta por doscientos orientales impecablemente vestidos con su pantalón claro, su chaquetita azul, su máquina de fotos al hombro, la camisita blanca, bien planchada, la sonrisa de boca a boca y hasta su corbata azul, pese a que estábamos a 1 de julio de 1996 y Murcia se presentó radiante de calor, como en sus peores días –y son muchos– sofocantes. La delegación japonesa –según me contaron mis rectores pocos minutos antes de que hicieran su aparición en el recinto– estudiaba el sistema educativo español, probablemente para fotocopiarlo en el más amplio sentido de la palabra, y la mejor manera era la de visitar in situ un instituto de enseñanza media, ahora mal llamados de enseñanza no universitaria o de secundaria.

Los doscientos japonesitos me parecieron todos iguales de cara –tal como nos suele ocurrir a los occidentales cuando miramos a los orientales– y excesivamente reverenciosos, en contraste con la ausencia de jerarquía en nuestro estamento. Recorrieron conmigo las dependencias del centro con meticulosidad oriental y tomaron fotos hasta del último ratón escondido debajo de las sufridas tarimas, sin olvidar el rincón en donde moraban las arañas de la clase de hogar. Visitaron las treinta aulas, todas simétricas, con todo rigor y escrúpulo con el que visitaron las dependencias administrativas, el gimnasio, la sala de evaluación, la cantina, las salas de dibujo, los museos de Ciencias Naturales y Física, los seminarios del convento alfonsí y hasta los servicios –retretes para ser menos fino– de los que tomaron centenares de imágenes, probablemente para hacer un estudio comparativo de la buena literatura escolar, tan poco conocida hasta ahora. Los doscientos animosos japonesitos, casi preparados para un desfile de modelos, con su sonrisa de marfil, ni siquiera se turbaron cuando el jefe de la banda, siempre serio y ceremonioso, al filo de las tres de la tarde, y tras dos horas de intensa exploración por la selva murciana, ordenó a sus pupilos tomar asiento para iniciar, una vez saciados los ímpetus visuales, la tortura del interrogatorio en

el salón de actos. ¡Dios mío la que me cayó encima ese día! De aquí y de allá salían disparos, metralla, bombazos llenos de su ansia de conocer y saber, de su desordenado afán de aprender los pasitos del parvulito españolito hasta el coueño en flor, pero lo que más llamó mi atención fue cuando se advirtió que en unas clases había crucifijos y se me interrogó sobre si lo que intentábamos era potenciar desde las alturas educativas el sentido religioso, o si, por el contrario, en otras, al estar presente las fotografías de los Reyes de España, era el sentido monárquico lo que pretendíamos imbuir en los jóvenes estudiantes. El aldabonazo final fue de antología: que si predicábamos el agnosticismo porque habían visto en clases en donde no había referencias simbólicas o emblemáticas ni a lo político ni a lo religioso.

Ahora, a casi diez años después del suceso, transcurridos dicho sea de paso como si se trataran del vuelo de una cometa, no estoy ni siquiera en condiciones de responder a la cuestión que se me propuso en aquel momento. Pero como regresa de nuevo la guerra de la religión en la enseñanza, estoy con la idea de ordenar un inventario de cuadros, fotografías y crucifijos para saber qué ha quedado de aquel minucioso recuento que hizo la delegación japonesa. A lo mejor me llevo una sorpresa y queda algún resto.

(22-9-1995)

DON FRANCISCO MOROTE CHAPA, UN VIEJO PROFESOR

Mientras viajaba por Italia, me llega la triste noticia de la muerte de don Francisco Morote Chapa, un viejo profesor, a la antigua usanza, que dio muchos días de cultura y gozo al Instituto Alfonso X El Sabio, centro al que perteneció desde el curso académico 1942-43, cuando don Ignacio Ibáñez Martín regía sus destinos, y permaneció en él hasta que su jubilación en el año 1975, ya que, tal como había escrito, nunca quiso ser mera ave de paso.

El propio don Francisco llegó a ser designado brevemente director –desde diciembre de 1968 a ese mismo mes del año siguiente– y se despidió de su actividad profesional rodeado de la admiración general de sus compañeros de casi toda la vida como Luis González Palencia, José María Almela, Herminia Perales, Belín Calero, Rodrigo Fuentes, Julio Cruz y un largo e interminable etcétera, y muy especialmente del cariño de cientos de miles de jóvenes que habíamos desfilado por sus clases, que habíamos aprendido asuntos tan varios como la Beltraneja o las plazas españolas en África, porque, me apresuro a recordarlo, don Francisco Morote, con su cachazuda, irónica y airosa manera de ver el mundo, llevaba en su cabeza la historia del mundo, los hechos y los sucesos que se han dirimido, las anécdotas que celosamente se guardaban en la letra pequeña de los documentos, la faz científica de un mundo todavía no acelerado como éste que hoy estamos viviendo a ritmo de lambada o de ordenador ultrasónico.

Él, como si de otra galaxia fuera, recordaba al momento tal fecha, tal batalla, tal día, tal hora, sin ayudas, sin auxilio de los kas ni de los bit, una memoria prodigiosa que funcionaba a pelo, una memoria lista, presta, dada a lo festivo, a lo económico, a lo social, a la búsqueda impenitente del dato histórico, al hecho específico que situaba la relación de fuerzas de una época, de un periodo o de una existencia. Y de un dátil a una naranja, de una naranja a una cereza, y de la cereza, con la facilidad que le concedía su portentosa facilidad para combinar hechos y sucesos, a toda una categoría del hombre. Y sonreía siempre y de su colmillo, a veces revoltosillo y acerado, crítico y epicúreo, brotaban cientos de conversaciones lentas, parsimoniosas y miles

de temas, porque te encontrabas en la calle Traperia, cerca del Casino, y tras saludarte con la afabilidad y ceremoniosidad plenas, te/nos ponía a nuestra disposición un caudal de historia y vida, sin que llegara a olvidar nunca que lo científico también esconde una parte amable. De lo único, y no quiero olvidarlo, que se olvidaba era de que el reloj seguía su hora de modo inexorable, pero eran cosas que había que perdonarle porque nos situaba en otra dimensión y, además, cuando la guadaña ha cortado el hilo invisible, lamentamos no haber gozado más de esos ratos entretenidos, al fervor de la enjundia y la sabiduría.

Y tras muchos años de trasvasar conocimientos, tras muchos días de dar prestigio a la institución alfonsí, tras no pocos lustros de servir a Murcia, el señor del sombrero de fieltro, de ojillos traviosos, de hablar correcto y preciso, se marchó para que se cumpla, él que bien lo sabía, la ley de la vida. Tras su porte de viejo señor, de catedrático de pata negra, de caballero decimonónico, encerraba un alma joven, eternamente ligada a la Murcia de siempre, a esa imagen estática y viva que tenemos presente cuando queremos detener el tiempo ido.

(19-1-1996)

M ALES GRATUITOS

(Para Pepa Ruiz)

Recuerdo de aquellos lejanos años de la infancia, con algunos ribetes de la adolescencia –hay mucha gente que nunca pierde al niño que llevó dentro, ni siquiera cuando la percha se dobla por el peso de los años, porque está vieja y apenas soporta los rigores de la edad– las salidas por el mundo, que entonces era ancho y alegre, como las amplias huertas y risueños los mares.

Y bien recuerdo los pequeños hurtos para obtener pequeño beneficio: si le quitábamos unas cañas a la tía Manuela, lo hacíamos porque pretendíamos construir una pequeña cometa que surcara con su frágil vuelo el cielo azul de la tierra aguilena. Y si nos hacíamos con las cañas de bambú, género exótico, era porque debíamos aparejar caña y anzuelos para perseguir a los misteriosos meros, seres ya desaparecidos de nuestras riberas por el estropicio burbujeero de las bombonas de oxígeno.

Y si, era un casual reincidente, le birlábamos a la pobre Manuela –que en el cielo estará con su mucha paciencia– unas frescas lechugas del huerto, era porque debíamos aliviar la intermitente sed y restablecer con vitaminas tiernas que nos dejábamos en los campos de fútbol que íbamos tejiendo en torno a su casa y huerto.

Recuerdo que eran pequeños destrozos, insignificantes objetos que dicho de paso, la propietaria nos hubiese cedido con simplemente habérselos pedido, extremo éste que forma parte de otro cantar de gesta. Pero, y voy a lo esencial, aquellos pequeños robos se hacían para sacar una pequeña utilidad, aunque fuera escasa o poco rentable. Sin embargo, y ahora que está reciente la herida de los grafitis en el todavía no estrenado Museo de la Ciencia, observo que desde hace una década los mozos de nuestro tiempo actúan por el solo hecho de destrozarse, con el único afán de romper, sin solicitar –y puede

tomarse como actitud altruista— nada a cambio. Y no sólo está ocurriendo con las fachadas de los edificios institucionales. Cualquier director de instituto —también el secretario porque después ha de firmar en el talonario— sabe que los alumnos arrancan de cuajo patas de las sillas, levantan tableros de las mesas, emborronan paredes, queman persianas, espraítizan vallas recién pintadas con gusarapos escasamente mironianos y basta levantarse temprano cualquier lunes para observar el resto de naufragio que dejan los jóvenes actuales en los parques y jardines de nuestras ciudades.

Ya ni hay utilidad ni se pretende obtener el menor fruto ni beneficio por todo ello. Se hace el daño por el solo hecho de romper. Se pinta por el solo de ensuciar mondas, lisas o blancas paredes. Como Max Estrella, hay que ir pisando vidrios —pero no metafóricos en esta ocasión— por los suelos de la ciudad, cristales que si consideramos su abundancia, están hecho para ser rotos, cuando no olvidados en no importa qué pico esquina, en la puerta o en los parterres de los jardines.

Son, ya lo digo en el título, los males gratuitos, los pequeños actos ejecutados sin necesidad perentoria, sin acuse de recibo, por el solo hecho de destruir. Sin otro ánimo que dejar constancia de su paso, un pequeño rastro desastroso que nos anuncia unas nuevas formas de comportamiento moral en clara disconformidad con nuestra otra manera de mirar el mundo, especialmente de esas gentes normales y corrientes, nacidas en un mundo en donde la necesidad era otra.

Y ahora, en esta rápida y envolvente gregaria sociedad de cleenex, de masas y tribus urbanas y pueblerinas, vamos tirando pañuelos de consumo, patas de silla, persianas, tablas y tablones, porque se van grabando en ellos los rostros sucios de otro estilo de vivir que pasa acaso atropelladamente, sin mirar al otro, dejando huellas de su mirar airado, las muecas del desánimo, la cara amarga de la violencia gratuita, el espejo de las malas formas y de las conductas condenables. No se trata de males radicales, tampoco de grandes catástrofes o espectaculares cataclismos. Se trata tan solo de insignificantes hechos que nos relatan la importancia de los mismos.

(23-12-1996)

Recalé en Murcia en 1961, es decir, que ya he vivido más años en esta tierra adoptiva que en la mía natal. Y recuerdo que pasé el noviciado de la residencia en un cuarto piso sin ascensor junto al Rollo, lugar cercano en donde se asentó más tarde el cine Avenida, lugar al que fuimos más tarde en romería para ver Helga, una película didáctica en torno al parto que fue vista en aquella España, en aquella España de nuestros amores y tormentos, como un tratado estricto de pornografía.

Pues bien, en aquella lejana época, Murcia era una ciudad recoleta y pequeña, acariciada por un río claro y transparente en donde los pescadores instalados en los alrededores del Club Remo –el río era surcado por piraguas– pescaban barbos, carpas y hasta anguilas. Y se soñaba con pescar una trucha asalmonada o un buen besugo.

Y teníamos cada mañana que atravesar la larga calle Cartagena y allí, cada día, camino del Instituto Alfonso X El Sabio –las féminas estaban recluidas en el instituto Saavedra, en el Carmen– o de la reducida Universidad, y cada día nos permitíamos saludar, como si fuéramos amigos de toda la vida, a un grupo de personas con las que nos cruzábamos de manera puntual. Murcia tenía, junto a las tartanas de la estación, un aire de barrio y familia que lleva camino de borrarse para siempre dadas las dimensiones que va adoptando esta urbe que, según consta en los papeles, está a tiro de honda de los 350.000 habitantes, cifra que acarrea perder los antiguos y rutinarios actos, lo que hace que los rostros con los que nos cruzamos todos los días muden de continuo sin saber a quien corresponden. Hoy en día realizo un mismo trayecto desde hace veinticinco años –de mi casa al Instituto– y descubro que las caras humanas raramente se repiten y que, salvo algún que otro elemento de la tiza, encuentro en mi corto destino gente que no existía el día anterior, rostros absolutamente nuevos, hablantes de un mismo ámbito a los que nunca llegaré a conocer porque ya estamos lejos de aquella individualización de la que hablaba.

En aquellos días a los que me refería, el Pichilate era figura popular, querida por todo el mundo tan pronto te acercabas al Tontódromo, eje entonces de la ciudad dormida. El jesuita padre Forcada desplegaba en Santo Domingo su celo espiritual por sobre todas las juventudes estudiantiles, repletas y henchidas de ejercicios espirituales. Todo el mundo decía que el padre Mosquera, que mantenía la Residencia San Isidoro, era un rojeras, que don Dámaso, el canónigo, sabía más latín que Briján, que don Mariano Baquero se tomaba un vasito de güisqui todos los días para dilatar, que Angelín cuidaba con esmero el césped de la vieja Condomina, que la Rotonda se salía del mapa de Murcia y que Antonio de Hoyos, con su jersey amarillo de sportman, había sido extremo derecho del Cieza antes que profesor de la cátedra de cine de la CAM. Se iba a la librería Aula para conocer a un socialista –Miguel Doblado– antes que para conocer la actualidad bibliográfica. Se aludía a los despistes sabios de don Ángel Valbuena, la dureza latina de don Antonio Ruiz de Elvira, el poder y la gloria de don Luciano y del rector, don Manuel Batlle.

Era, como digo, una Murcia aldeana y repetitiva, humilde y modesta, sin pretensiones ni altanería. Se hablaba de masificación en las aulas universitarias porque había cuarenta alumnos en primero de Comunes –mezclados en el claustro de Merced con los alumnos de Derecho– y cincuenta en el Selectivo de Ciencias. Los señores de la burguesía se echaban la capa a la espalda y se usaba todavía el sombrero, a punto de desaparecer como Carlos Ruiz Funes, al que todos sabíamos amigo de Jorge Guillén, un señor poeta que se marchó al exilio, palabra ésta mágica y mítica, aunque nadie supiera la dureza y el sufrimiento que engendraban. Y se jugaba al dominó en la Cosechera, se bailaba con tablacho en el Club Universitario, sito en Alfonso X El Sabio, nos calentábamos en los días de frío en la menguada biblioteca en esa misma calle o en la de la Diputación, junto al río, y visitábamos el colegio de Carmelitas– actual Azarbe– para ligar lo poco que se podía en los llamados guateques. Era ciudad con ley, decente, de misa, monótona y aburridilla, y debemos decir que regresábamos a casa saludando a diestro y siniestro, poco antes de zamparnos, tras cinco horas de largas clases, una sopa en donde te podías mirar, un huevo frito como segundo y una monda naranja por todo postre. Una ciudad parca, reducida como el menú que transcribo, simple y natural, como las cosas sencillas y humanizadas, sin colas ni crecidas descomunales como los actuales y las que vendrán si, como parece, el millón largo provincial acaba por asentarse en esta gran urbe de compras que es en la que la hemos convertido.

(30-12-1996)

VIEJOS AMIGOS

(Para Juanjo Ferrer)

Cuando se habla de los asuntos escolares entre la gente profana siempre se trae a colación las largas vacaciones de los profesores. Que si la Semana Santa, que si la Navidad, que si el largo y cálido verano, como si fueran ellos mismos los que se otorgan los permisos propios y ajenos. Si acaso se añade la coletilla de que “ganan poco” y a renglón seguido se indica “pero tienen plaza segura” que atenúa en algo el matiz anterior. Y no quedan exentos de tales asertos tanto los de arriba –los de la catedral de la enseñanza– como los que viven en la cripta, en la mina baja y oscura de la escuela. Y tampoco están exentos de riesgos los que median entre las alturas y las bajuras sin que la antítesis sirva para encumbrar a unos y vituperar a los otros.

No son los únicos reproches los citados los que la gente señala para referirse a los profesionales de la enseñanza, especialmente por parte de aquellos que no conocen el trabajo interno y el desgaste psicológico al que se ve sometido el estamento profesoral, sobre todo si se imparten cursos masificados, con cuarenta alumnos en cada clase. Se desconoce por parte del público las horas de trabajo que conlleva aprender a enseñar, la tarea de transmitir, el esfuerzo por llegar a los cientos de tiernos infantes –cada uno con sus cuitas– que desfilan a lo largo de los años por las aulas. Poca gente conoce el trabajo oculto, secreto, ese que se hace cuando un buen profesor –y abundan más de lo que se cree– se pone a solas con su conciencia, la que se destila cuando se queman las pestañas ante un libro en donde se aclaran lo que son las sinestesias, despejan una incógnita o cuando se plantean problemas éticos acerca de tal o cual calificación en relación a cualquier tutorado.

Y nadie sabe lo que se hace y se lucha para combatir la rutina y la monotonía, ese largo y afilado tajo que muerde la vocación y rebaja las ilusiones, la que recorta metas, porque se empieza fuerte pero se va perdiendo gas, tal

como se abandona la llanura y la ilusión cuando tropiezas con las cuevas. Nadie sabe –a nadie le interesa– las filigranas que se han de hacer para presentar como nuevo todo aquello que se viene explicando desde hace años. Y lo que se ha de hacer cada mañana cuando se abre la puerta de la clase, cuando la relación entre profesor y alumno se pone en funcionamiento.

De sobra se sabe que la sociedad no va a agradecer en modo alguno el esmero que se haya puesto en la tarea ni va a levantar la losa de haraganes que pesa sobre el colectivo de la enseñantes, en donde, dicho sea de paso, puede haberlos como en cualquier otro oficio, que de todo hay en cada viña o en cada gremio. Pero basta y sobra con la profesión y hasta te olvidas del romántico valor de la palabra vocación, término que va en desuso y del que quizás, me ocupe un día. Te olvidas de los malentendidos y hasta de la adherencia parasitaria que se atribuye a los profesores –cuerpo de vagos– pero llega un día, sobre todo cuando encuentres a un antiguo alumno por la calle, entre los cientos o miles que han pasado por tus cuadernos de calificaciones y pegas la hebra con cariño y hablas de los viejos tiempos –pequeños en su tamaño, épicos en la retina– y le preguntas por la familia, por el trabajo, por los hijos si los tiene y cesan las antiguas batallas de los bienes, notables y suficientes, la vieja contienda, y aparece la faz de la amistad, la simpatía y los viejos lazos.

Nada más grato que, transcurridos los años, saber que los perdió del todo el hilo entre el profesor y el alumno. Hay algo que compensa de los dislates o desafueros: saber que no todo se fue a la papelería del insulto, al cesto de las frustraciones, que aún, pese a los desaires, malentendidos y asechanzas que se ciernen sobre el estamento profesoral, queda un rescoldo amigo, un espacio reservado para recoger del árbol de la ciencia los frutos de los viejos alumnos, aquellos que te salvan de no importa qué ingratitud. Pocos placeres colman y sacian como ver, años más tarde, cómo permanece la sonrisa en el rostro de aquellos que una vez estuvieron bajo nuestra tutela. Un auténtico placer reservado a los dioses.

(27-1-1997)

P ARTE DE UNA HISTORIA

De tiempo en tiempo, especialmente en los nerviosos y turbulentos años de la modificación política— no digo si habláramos de revolución— surgen propuestas de cambios de avenidas, plazas y calles por toda la geografía de la piel de toro, metáfora gastada que debiera ser sustituida por aquella de las diversas ramas de un árbol frondoso. Si han ganado los blancos por un casual, tienen a gala sustituir las placas negras por las albas, como homenaje y adulación a los suyos, y lo mismo ocurre a la viceversa, que no escapa nadie a los peligros del fanatismo y de ese estrecho y endogámico barrer para casa, para los amigos de la propia cuenta ideológica. Y así todos los días, bien sea en nuestra ciudad, en aquella otra o en la más alejada. De momento ahora toca cambiar el nombre del colegio García Alix en el barrio de San Antón.

Que nadie vea en este escrito un entorpecimiento a tal modificación —ni siquiera sé si se ha producido ya el cambio en las sesiones consistoriales— ni mucho menos un ataque a quien vaya a ocupar el rótulo de ahora en adelante. Tan solo quiero consignar en estas páginas tan poco costumbristas el triste destino de don Antonio García Alix, político conservador que había nacido en Murcia en 1842 y muerto en 1911, y que había sido alumno del instituto de Segunda Enseñanza de Murcia, que más tarde sería el Instituto Alfonso X. Don Antonio, que yo sepa, fue en su día abogado, jurídico de la Armada, periodista, subsecretario, vicepresidente del Congreso, director del Banco de España y ministro en diversas ocasiones de Gracia y Justicia y de Instrucción Pública (actualmente de Educación) y merecía que un colegio, aparte de que fue el ministro que aseguró la paga mensual a los maestros por vez primera en la historia de España, llevara su nombre por varias razones, entre ellas un asunto que mencionar pretendo como presidente del Patronato para el Mejoramiento de la Cultura que soy en la actualidad, un organismo anacrónico pero con vigencia en la actualidad y que desempeñó a principios del siglo XX papel más que revelante en el sector educativo.

Pues resultó, como diría un abuelete, que el Instituto de Segunda Enseñanza, contaba en el año 1887 con una más que respetable cantidad de dinero,

superior al millón y cuarto de pesetas –una verdadera fortuna en aquellos lejanos días– que no podían ser utilizadas por razones administrativas y burocráticas. Estando como estaban tanto don Antonio García Alix como ministro de Instrucción Pública y don Juan de la Cierva como ministro de Hacienda y siendo director del instituto mencionado don Andrés Baquero Almansa, cómplice en la operación, decidieron en golpe de audacia crear de golpe el mencionado Patronato y construir cuatro colegios en la ciudad en el periodo que va de 1905 a 1915, centros que se llamarían como los tres ya nombrados más otro que llevaría el nombre de Ángel Guirao Navarro –otro antiguo director y el que había conseguido con anterioridad la fortuna citada– que más tarde se convertiría en Universidad. Todo se hizo con dinero del Patronato. Y con los duros que sobraban, que seguían siendo bastantes, se compró el belén Salzillo a unos marqueses que fueron rebajando cifrar hasta dejarlo en torno al cuarto de millón de las antiguas pesetas. Y sobró un tanto que se dispuso para algo que mencionar no puedo.

Ahora, al cabo de los años, cuando don Antonio García Alix se baja de su rótulo –o lo bajan– y se dirige a la fosa común del olvido, deseaba dejar estas líneas sin ánimo de nada, tan solo para evocar la figura de quien fuera responsable de redactar las Disposiciones para la reorganización de las enseñanzas en el año de gracia de 1900.

Está bien que los nuevos le pidan cuentas a los viejos, pero venir ahora, al cabo de los años, a rebajarle las barbas al ministro o tratar de hacerlo descender de su modesto escaño precisamente a quien más contribuyó a hacer la revolución de la infraestructura escolar más importante que se había hecho en Murcia a través de los tiempos, me parece exagerado. Quede pues, sencilla constancia de lo que había hecho don Antonio, ahora ya desplazado por obra y gracia de quien, más que seguro, desconocía parte de una pequeña historia anterior. Lo que siempre suele pasar.

(10-3-1997)

EL PASEO ANUAL

Todos los años, en el paseo académico, mis alumnos de literatura han de viajar por los campos machadianos, sembrados de paisajes cenicientos, polvorientos, grises con alguna leve esperanza, como la de una verde hoja en medio de un tronco carcomido. Luego han de anidar en el doloroso hospital San Juan de Dios, barojiano rincón en donde se aposentaban todos los males pajarracos, que nunca son pocos, de la patria española. Poco después, casi sin transición, han de visitar los espejos cóncavos y corcovados de Valle Inclán, en donde la piel de toro, maltratada por muleros famélicos y banderilleros hambrientos, aparece hecha trizas, estirada, deforme de tan acartonada.

Y si así llegan a las calendas tristes de la Navidad, y más tarde, una vez atravesada la melancolía de tales fechas, han de surcar las aguas celianas en donde se apiñaba la miseria, la mala conciencia de culpa, el hambre, la monotonía de una época negra y el aburrimiento, que las décadas medianas, llenas de gris sustancia, no daban ni para jotas ni para bulerías. Y prosiguen su inequívoco camino de espinas, poco antes de que llegue la romería de las morcillas y la procesión de los caramelos, ingresando en la galería delibéniana en donde tan sólo hay que relatar la explotación del hombre por el lobo, la división de caciques y pobretones y la degradación moral de una sociedad –ay Dios mío, qué sociedad– tan casi tan similar a lo que se podía ver si se echaba la vista atrás, que es tanto como decir la de una fértil llanura bañada por el río de la impostura y los afluentes de la sinrazón, el atraso, la violencia y tantas cuantas taras quepa mencionar, por no alargar el discurso.

Y no crean que mejoran de vías ni carreteras cuando, casi al poste del curso, han de transitar por las empedradas angustias de Buero Vallejo o por las moralidades de Gil de Biedma, que buenas flechas clavan en las dianas de la patria, me pregunto yo, que se debate entre ese agrio pesimismo del 98 en el que vamos a entrar –miedo me da surcar sus aguas– y la polvareda que vino después, minada de odios, rencores, distancias, rechazos, desprecios y otras gentilezas de esta índole.

Y me pregunto yo: ¿Fuimos siempre así, hemos sido tal o como se trata de una fantasmagórica visión –predominante trágica– que nos persigue desde la eternidad de los días, tal cual si fuera una maldición bíblica? ¿Se tiene derecho y deber de educar en tal caos, en mostrar el rostro turbio de una historia negra y cruel? ¿Hay que meter a los jóvenes en tan empantanadas aguas de nuestra espesa leyenda? ¿Cómo reciben tales mensajes los jóvenes, tan despreocupados, de nuestro tiempo? Cabe decir de principio que España se ha encontrado con varias generaciones preocupadas por los asuntos patrios, interesados en la regeneración, la revolución y hasta en el cambio político y democrático, pero que una vez cruzado el Rubicón de la transición, fuera por el desencanto, sea por la nueva cultura trivial, ocurre que se ha producido como un vacío del molde anterior. Salvo los dos frentes –el país contra el mundo– de la comunicación, la juventud recibe el legado como si se tratara de una historia que no les pertenece, ajena a su pasado, extrañada de que las cosas hubieran sido así. Casi podemos decir que no hay desvelos ideológicos, sueños utópicos, enfrentamientos dialécticos, sustituidos en esta sociedad de consumo y bienestar, por otros motivos que no vienen a cuento en esta ocasión. La nueva generación no está dividida en los dos frentes añejos que mencionaba Machado ni se identifica en modo alguno con el anarquismo de Andrés Hurtado de Baroja ni con el rosario de lamentos que parten de la boca del irónico Max Estrella de Valle Inclán. Ni saben lo que pasó tras la guerra civil ni atraviesan un periodo social, de denuncia y crítica, como ocurrió en los cincuenta y sesenta. Ellos viven y disfrutan en espacios distintos, en ambientes propicios y sueñan con resolver lo más pronto su futuro personal, que para viajes colectivos se precisa pagar un billete demasiado caro.

(5-5-1997)

DE ADIOSES Y RETORNOS

No se asusten por el título, que no me refiero, aunque llegará, al adiós a esta columna de Gajes y otros oficios, como le alcanzará el día al Finiquito y si me apuran a la misma existencia que, como saben, siempre está influyendo en el río manriqueño o en la noria machadiana, que no paramos de girar y girar en el universo, en su espacio infinito, como bien decía la copla antigua, que el hombre, desde que lo es, siempre se está yendo, despidiendo, sacando el pañuelo blanco para llorar por lo ido o lo olvidado. Pero mantengámonos al margen de tales cuitas temporales y metafísicas y pasemos a referirnos a estas otras que acontecen tan pronto como llega mayo, el final de mayo, y se cumplen cuando la Universidad, con apremios varios, reclama las actas de los alumnos de COU que van a ser fusilados (metafóricamente) en el pelotón de la Selectividad en junio, tras haber sido ya cernidos en la estrecha criba del mal llamado Curso de Orientación Universitaria, algo así como un premoderno PREU, con ribetes de saga y fuga.

Ocurre, pues, que a aquellos jóvenes (y jóvenes romerianas) que llegaron como pipiolos/as a los residuales centros de Bachillerato y a la postmodernidad de Logosianos, les llega ahora el telegrama verde de la esperanza con la lili del pasaporte en el bolsillo. Tras cuatro años de permanencia en las aulas instituteras, tras haber puesto la cara a los catorce años para ser embadurnados como indios para la guerra, tras haber soplado seis largas horas durante 76 semanas cada año, cumplen 18 y les deciden por segunda vez en materia educativa que han de cambiar de aguas y parajes. Si una vez dejaron las aulas logosianas (antes de primaria) ahora les toca el turno a las secundarias (no universitarias), antes de entrar en campus o facultades en donde creerán encontrar la dicha eterna de la licenciatura, el paraíso de los másteres y la tesis doctoral de la cátedra. Si les ocurre como a mí, tengo que considerarán el Instituto –ahora no lo saben– como la época más nostálgica de la vida pese a que para algunos críticos y bordes habrán considerado que acaba la cárcel y que se encaraman a los palomares de la vida, en donde habita la total libertad. Pronto se darán cuenta de que ha sido en esos raquíticos

bancos y nimias sillas –ahora los mozos crecen como peligallos mientras los presupuestos del MEC siempre vienen recortados– en donde han dejado transcurrir cuatro años que merecen ser recordados y que serán evocados más tarde, incluso con mayor avidez. Atestiguo, y cada día con más frecuencia, que aquellos que se fueron con vuelo presto, retornan a los lares seculares, a los nidos como las golondrinas por primavera, tras haber partido por los aires varios. Son muchos, más de cinco mil, los que ya han levantado las alas y han soltado amarras y lastre, de los centros para elevar el vuelo hacia los campus. Estarán meses metiendo el hocico por otros agujeros, inquirirán en otras bases y esencias, pero tarde o temprano, regresarán al lugar de origen, al lugar de los hechos –no del crimen– para dar cuenta de qué han encontrado en el camino y de lo que les ha sucedido en el trayecto más o menos azaroso. Ahora son jóvenes y andan ansiosos, pendientes de los sueños y de los exámenes inminentes. Bregan para el porvenir y luchan por el futuro. Andan en deseos de sacar el pañuelo blanco del adiós y apenas le asoma a la ventana la lagrimica de la despedida. Les reclama con urgencia lo no venido, pero pasan los meses y de pronto recuerdan que hasta tuvieron la dicha en la mano y no se dieron cuenta. Y sucede que los que se acaban de marchar, los que se han ido, regresan poniendo la directa y hasta la quinta marcha hacia sus bases, de las que nunca ya reniegan. Estamos todavía en tiempos de adioses y despedidas, de ardor por surcar espacios nuevos, de vivir otras realidades. Luego llegará la otra tanda, la de aquellos coueños en flor que retornan al hogar, al dulce hogar en donde han residido con intensidad y provecho durante cuatro años. Y de ese retorno no se regresa nunca.

(16-6-1997)

AL CIERRE

Tenemos la suerte los que nos dedicamos a las letras y a la tiza la sensación de que hay como dos finales –o diciembres– a lo largo del largo y complicado año. El diciembre verdadero, el que se celebra con champaña y uvas, entre fríos y relojes de la Puerta del Sol, con nieve y abrigos, se comparte con el resto de la población general incluso acudiendo a la matanza del pavo o comiendo cordero o turrón, con cierta melancolía y tristeza porque se nos va un fragmento de tiempo y empieza otro segmento de ocio, que es frase apropiada para los profesionales de la enseñanza.

El segundo diciembre se produce por capricho del destino en julio y es como un tajo o corte distinto por muchas razones. Aparece tan pronto como se firman las actas de evaluación, cesan los estruendos de mil gargantas chillando al mismo tiempo en el estrecho pasillo del cole o en el más escuálido y raquítico del Instituto. Entonces el profesor se embarca en la presurosa rueda del verano, mucho más veloz que un Audi en pista despejada o que un Carlos Sainz soltando maldiciones en un rally. El final primero, rodeado de belenes y nacimientos, aparece como trecho o puente entre un año y otro, entre una vía y otra, entre una actitud romana y otra bizantina. Mientras que el segundo diciembre, que llega cuando estamos en julio, se cubre de ansias y expectativas alegres, ávidas y gozosas tras haberle dado carpetazo al siempre complicado peregrinaje académico.

La gente tiene mal concepto del profesor porque cuenta con todos los puentes, con todos los veranos y hasta con todos los diciembres que venimos señalando. Tan sólo ven la parte externa del hecho educativo, la franquicia de tiempo que se tiene para reponer las fuerzas gastadas y consumidas, mucho más en labores psicológicas y mentales que en las estrictamente físicas. Al parecer nadie piensa que mientras unos disfrutan de sus vacaciones en julio, otros lo hacen en agosto, con lo que de mal manera se podría continuar impartiendo clase en las fechas estrictas del verano. Mucho más, nadie sabe que los alumnos acabarían locos de remate si tuvieran que soportar diez u once meses de clase sin interrupción, siete evaluaciones al año, doce exáme-

nes por mes, catorce recuperaciones por estación y otras serie de cuestiones en las que no vale entrar.

Pero dejando al margen prosaicas consideraciones que a nada conducen –nadie que no sea del gremio de la tiza es capaz de entender el desgaste que la enseñanza provoca– regreso al origen, a esa sensación en la que nos parece que se cierra un periplo académico y se abre un nuevo tiempo que sirve para ordenar el desorden impuesto por el ritmo galopante que la actividad proporciona.

Y llega julio y cerramos de forma apresurada ejercicio, balance y carpetas y se abre un tiempo incierto, repleto de expectativas y jornadas risueñas. Y de pronto te ves, sin que te hayas dado cuenta, otra vez empezando el año en el mes de septiembre, ante rostros nuevos. Y así, entre parones y tirones, entre diciembres fingidos y falsos, descubres que ya no hay manera de parar el carro, de echar mano al freno de la vida, de detener el imparable bólido de Fórmula 1 que se escapa entre los dedos más o menos llenos de tiza, a una velocidad de vértigo.

Y es que con tanto apertura y cierre, montaje y desmontaje, reales y ficticias navidades, estamos tocando con la palma de la mano el fondo del existencialismo, la tristeza de los adioses y la melancolía de todo final. Siempre será, dicho sea de paso, mejor que la línea plana de la monotonía y el aburrimiento.

(30-6-1997)

160 AÑOS DESPUÉS

(Para Carlos López Fernández)

Cada cinco de octubre es su cumpleaños –son sus días como diría Mariano José de Larra– y no iba a ser distinto en este año de gracia en el que vivimos. Desde que en aquel lejano año de 1837, la reina gobernadora, María Cristina, le diera el sí amoroso, el instituto Alfonso X El Sabio –nombre adoptado tras la guerra civil– se constituyó en la institución educativa más prestigiosa de toda la región, auténtico almacén y vivero de las fuerzas culturales de esta diminuta región que hoy se llama Murcia. Desde que fuera fundado en el solar belluguiano que servía para formar curicas, picos de oro en la predicación y en la oratoria, hasta nuestros días, han pasado chorros de ilusiones y esperanzas, revoluciones gloriosas y penosas dictaduras, apreturas sin cuento y holganzas sin límite (algunas de ellas, si lo desean, pueden ser leídas en un libro al borde de la extinción que fue editado en lo que un día se llamó Editora Regional de Murcia, ahora ella misma en estado de infinita languidez o en depresión continua). Desde que fuera fundado, repetimos la película, en 1837, el Instituto –ya sin más– se puso en la solapa el lema de “por y para Murcia” y así, pese a quien le pese, lo ha seguido siendo desde su origen hasta nuestros días. Depositario de muchas de las esencias educativas de la ciudad, fundador de numerosas escuelas capitalinas, una de sus derivaciones cristalizó en la fundación de la misma Universidad que hubiera sido regida –de no haber mediado la muerte en 1916– por don Andrés Baquero Almansa, director del Instituto a la sazón. Por el Instituto primero en el viejo caserón de Ruiz Hidalgo –hoy remozado Licenciado Cascales por la ignorancia de quien desconocía la historia de un pueblo– y después en el modesto y funcional barrio de Vistalegre –treinta y tantos años y pico le contemplan– han desfilado una legión de forzudos y talentudos –la cohabitación con las féminas se inició en los finales de los setenta– muchachos que –oh, course– fueron más tarde las auténticas fuerzas vivas de un pueblo barroco, artista y sensitivo, de un pueblo mediterráneo llamado a todavía más altos destinos (y no

añado en lo universal). Por allí pasaron figuras reconocidas (José Echegaray, Gonzalo Sobejano, Eloy Sánchez Rosillo) y genios desconocidos como Olayo Díaz Jiménez y Prósper Reyes. Profesores que donaron y legaron propiedades y obra a la institución (Canovas Cobeño, Ors) como sangre y paciencia (Rafael Verdú, Luis González Palencia, Morote) para que el circuito alfonsí siguiera funcionando correctamente. Y cientos de profesores de los que no puedo dar cuenta (ay, maravilla si pudiera recorrer desde el clásico de los clásicos Julio Cruz hasta la última Mari Eugenia, emperatriz de la tarde), han desfilado por sus cátedras así como miles de escolares que visitaron la Isla de las Ratas o sus museos de Ciencias Naturales y Física, el zulo de la celda de castigo (Balart y los Díaz Cassou la conocieron en otros tiempos) o su impresionante biblioteca, una de las mejores del lugar, a pesar de la sangría que ha sufrido a manos de algunos desaprensivos sabuesos. Y tantos otros que cantaron en la coral del padre Azorín, que aprendieron los latines tiranos con don José Andreu o que soplaron con las leves brisas alfonsinas de don Rodrigo Fuentes.

160 años son muchos, dan para que más de ocho o nueve generaciones orteguianas hayan desfilado por sus arcos y aulas, para que muchos profesores se hayan dejado allí su vida (Ángel Guirao, doña Herminia Perales), o su voz (imposibles colocarlos a todos); son muchos 160 años tratando de borrar el trazo amargo del analfabetismo y el blanco lienzo de la inocencia. Muchos años de permanencias y nocturnidades para vestir con un tejido nuevo los hábitos del espíritu, para quitar la costra sucia de la incultura, para dar lustre a los sentimientos y a los conceptos. Hay, que siempre los hay, que desearían verlo hundido, arrastrado al fondo de las turbias aguas. No lo consiguen. El barco sigue flotando proa a un destino dos veces centenario.

(6-10-1997)

LA SEGUNDA LICENCIATURA

Desde ya muchos años se ha tenido debilidad en la sociedad española por la Universidad, institución que, masificada o no, ha guardado, para bien o para mal, las esencias y el prestigio de los estudios. Desde tiempo inmemorial ha sido considerada la guardiana de los valores científicos y hasta la masónica fábrica de cuidar celosamente los secretos espirituales de la humanidad.

Hoy en día, y pese al esfuerzo desesperado por darle un empujoncito a los estudios profesionales por parte del Gobierno anterior –el presente no está todavía definido en la materia– y de las Leyes educativas que han conseguido finalmente la homogeneización en las antiguas medias –ahora no universitarias–, las familias españolas siguen prefiriendo –cuando está en su mano– que sus hijos realicen estudios del bachillerato extinto, poco antes de penetrar en las facultades, poco antes de arribar a la cúspide de la montaña, a la cima en donde se expiden los títulos que posibilitan llegar a la meta con soltura, preparación y relieve.

Y si me remontara al pasado, de sobra es sabido que para destacar o brillar en la vida, tenías que haber pasado por el aro (arco) del triunfo de los doctores de la ciencia. Aquella vieja Universidad, tan corta de espíritu como de medios, era la única plataforma para los pocos que a ella podían acceder, circunstancia que hoy ha cambiado de tal manera y modo que, muy por encima de los medios económicos, la principal causa de sus problemas estriba en la masificación, en el desorbitado aumento de alumnos, hecho que hace que contemos ahora con una infinidad de titulados universitarios –bastante más que en el resto de Europa– que nunca podrán ejercer en la materia que han estudiado.

Pero, sin darme cuenta, me he ido resbalando –yo diría que desvariando– hacia terrenos que no pretendía. Mi idea en esta ocasión era aportar un granito de arena, echarle una mano a todos aquellos que quieran adquirir una otra licenciatura sin pasar por aulas, sin que se les pase lista, sin que tengan que pasar por exámenes orales de una dureza extraordinaria, sin noches al pie del flexo o del halógeno y con sobredosis de pastilleo y tabaquismo, sin la

posibilidad de que te toque algún mastuerzo de tomo y lomo como profesor en los cinco años de carrera, que de todo hay en los aularios complutenses y autonómicos, allí donde se arraciman enjambres de avispas endogámicas junto a auténticos genios.

Hay, como digo, otra manera de adquirir cultura sin pasar por los campus y laboratorios, seminarios didácticos ni los despachos de los catedráticos, titulares o asociados. La Universidad, y hablo tanto de las públicas como de las privadas, se ha desplazado hoy en día a las Cajas de Ahorro y basta –tal como hacen algunos amigos míos, entre ellos algún jubilado y algún que otro anarquista– con que ese alumno sin matrícula vaya cada semana a las salas, para que aprenda y reciba lecciones de sabia instrucción pública, que era como era llamada la vieja educación y ciencia.

Te vas a Caja Murcia y en una semanica te dan un curso apretado de semántica y semiótica; a la semana siguiente plantas tus reales en la CAM y escuchas a los más famosos historiadores o a sesudos varones dictando juicios y severas razones del ser y del existir. E incluso en una semana te divierten sobre el humor y la gracia españolas –no todo iba a ser monótono y rutinario– y a renglón seguido te planifican una batería de interrogaciones sobre la vida humana. Y viene después la semana de la literatura del siglo XX y la oral, luego te hacen gratis un master sobre el romance y una tesis doctoral sobre el dolor en medicina o la arquitectura en el XXI. Y así, semana tras semana, sin haber pagado un duro, sin copiar apuntes ni gastar pasta gansa en fotocopias ni soportar rollos y persianas, sin créditos, planes ni ligues, te vienes a dar cuenta de que te (se) has (han) hecho con una cultura (currículum) viva que ya quisiera para mí, universitario en aquellos días en donde no contábamos con esta segunda oportunidad, digo, con esta segunda licenciatura que hoy se puede adquirir si se cuenta con curiosidad e inquietud por el saber universal.

(10-11-1997)

D ESDE LA TIZA

El azar ha querido que haya tenido que releer –jamás lo hago para no tener que reprocharme fallos ni corregir olvidos – un articulillo que me mandó escribir de prisa y corriendo quien manda –los mejores libros se hacen por encargo, según cuentan los que de esto saben– a raíz de la dimisión de Carlos Collado, forzada según parece, por gentes de su propio partido político en 1993.

Yo, sin dudarle, y en diez minutos, sentado a su vera, me compuse mi soneto sobre la idea de quien había ostentado el poder –se había subido a un alto trampolín– y era arrojado al vacío de una piscina en donde le esperaba la machadiana monotonía de lluvia tras los cristales. Lo titulé “De la batuta a la tiza” para marcar la transición –o el vuelco – desde la alta poltrona –o competición– a la gris y rutinaria clase. Algo así como si desde la cima de la montaña se hubiera despeñado en la sima de un barranco, de una manera simple y hasta maniquea, sin querer tener en cuenta en esos momentos la dimensión moral que yo mismo puedo otorgar al hecho de ser profesor, es infinitamente más alta que la que suelo conceder a los políticos, sobre todo cuando son profesionales y están para servirse (símil para designar mostrar la panza).

Antepongo ahora, a algunos años de distancia, que mis urgencias democráticas cesaron tan pronto cascó el general en un frío noviembre de hace –o al menos así lo parece porque nadie lo recuerda salvo para sesudos estudios universitarios y cejijuntas tesis doctorales– casi un siglo. Y que pasadas las primeras elecciones, descendió mi pasión guerrera por las ideologías, sin que en ningún momento me dejara arrastrar por su crepúsculo, anunciado por un ministro de cuyo nombre no quiero acordarme. Y que traté, para compensar factores, de trocar los conceptos de plusvalía por la amistad, el libre comercio por los sentimientos, el capital por una grata conversación, incluso la lucha proletaria por algún buen partido entre el Madrid y el Barcelona.

Hay artículos que nacen, crecen y se estrellan tan pronto como se publican y yo, y vuelvo al principio, tan sólo deseaba indicar en este escrito que el aterrizaje de Carlos Collado en el Instituto Alfonso X El Sabio –ahora que ya no

es noticia, ahora que a nadie le interesa su situación– fue tan sencillo como natural, mucho más de lo que imaginar se pueda. Pasado el chascarrillo de los cuatro días en la biblioteca por llegar en mayo, a cuatro días contados del final de curso; cortado el grifo de las reducciones por diputado regional, quien había sido señor presidente se amoldó al centro sin que se le cayeran los anillos a otra más sencilla –o compleja según se mire– realidad. Fue una asombrosa adaptación al medio, al ambiente, sin que pareciera en modo alguno echar de menos el ampuloso ambiente anterior. Sencillo y generoso –regala sobresalientes que es un primor a los alumnos–, Carlos Collado siguió llevando carísimos trajes de representación, fina corbata –supongo que la única herencia de gastos de representación del ciclo anterior– pero ha funcionado–con algunos descomunales despistes– con una naturalidad que ha sorprendido gratamente a todo el claustro, compuesto por más de un centenar de profesores y profesionales, entre los que me gusta contarme.

Y alguien –no me importa– dirá que salgo en defensa de quien no la merece: los mal pensados, incluso que cobro comisión o que me engullo parte del pastel de rica miel; que me han comprado la voluntad y la escritura y otras tanta cosas más que no vienen a cuento en esta ocasión. No me importa ni presto ya atención a las lenguas desatadas de la malicia, prestas a bañarse en su propia mierda.

Yo, tan sólo, quería dejar constancia en este humilde apartado en el que uno habla del hombre, de que aquel artículo no remataba la faena sino que la dejaba a punto de ser iniciada. Collado, como político, pudo ser –a los historiadores les corresponde determinarlo– un fracaso rotundo o un éxito total. Pero en este modesto artículo tan sólo pensaba aludir al Collado profesor, al Collado hombre que desde la tiza cumple a la perfección y con sencillez el siguiente papel que le tocó desempeñar en la vida.

(8-12-1997)

EL MUSEO DE EDUCACIÓN

(Para Rosario Sánchez)

Llevo mucho tiempo, aunque no lo haya hecho por escrito hasta hoy, señalando y advirtiendo de la posibilidad de que Murcia cree un museo dedicado con exclusividad a la educación y a los temas educativos, asuntos de suma importancia en los tiempos que vivimos y que lo serán aún más en el futuro inmediato.

Ha querido el destino que no sean precisos muchos elementos para constituir un museo de tal naturaleza, si acaso un marco digno para cobijar los muchos elementos que ya se encuentran a disposición de unas autoridades que, desde mi punto de vista, jamás han tenido debilidad por formalizar tal entidad o institución porque, entre otras cosas, incluso desconocen lo que tienen a su alcance.

Ha querido el destino que en Murcia, y en concreto en un Instituto llamado Alfonso X El Sabio, de grata memoria, se encuentre la historia viviente de lo educativo en forma de archivo, con expedientes académicos que vienen de 1837 –año del inicio de la enseñanzas medias en España– así como actas, memorias, que hacen posible, aun con los deterioros que el tiempo impone, recomponer la historia de una Región desde planos académicos, sin descartar los sociales.

Y ha querido el destino que se encuentre en dicho Centro una hermosa colección de Ciencias Naturales del siglo XIX, conformada por las excelentes previsiones de un ilustre olvidado, don Angel Guirao, y el magnífico legado que donó el catedrático lorquino Cánovas Cobeño, de gran interés científico y hasta ornamental. Aves, peces y fósiles completarían una perspectiva ya de por sí importante.

Y ha querido el destino que, por el esfuerzo anónimo de un Seminario (el de Física y Química), se haya logrado rescatar de la ruina y miseria toda una buena cantidad de aparatos científicos alemanes y franceses que, bien que

sean de serie, forman una de las colecciones decimonónicas más interesantes que existan en España, según indican catedráticos de universidades de otras latitudes.

Y ha querido el destino –y ojalá que torpes movimientos no dispersen el conjunto– que se hayan salvado de un considerable naufragio la más completa colección de libros de textos que haya en la Región (sin duda una de las más importantes del país) desde que se impusieran estas tan maltratadas enseñanzas que ahora se llaman –para vilipendio de muchos, entre los que me cuento– como no universitarias cuando, según mis saberes, ocurre que los que impartimos tales estudios hemos pasado por campus (aunque tuvieran cuatro metros de largo para todos).

Pues bien, si el destino lo ha querido así, si hay material, textos, soportes, planos, ejercicios antiguos, planes de estudios, antigua legislación, planes de estudios, signos y símbolos, colecciones de incalculable valor, ¿qué se opone a que Murcia enriquezca su patrimonio –y la diversidad museística– con tales fondos citados y aún otros que se allegarían para delicia de los estudiosos, para placer de los historiadores, para conocimiento de los futuros investigadores, así como complacencia de grupos escolares que gozarían de la dicha de la contemplación y de la ciencia?

Quiera el destino que las autoridades, preocupadas según estimo, en abordar el inmediato presente, el día a día (ya de por sí importante) sepan que algún día se habría de saldar la deuda con la historia, con la ciencia y con nuestro futuro como Región.

Murcia podría con facilidad darse el gusto de ser puntera en el tema educativo, marcarse el farol de que los jóvenes universitarios de la Escuela de Educación supieran lo que hubo previamente, lo que se hizo y lo que fracasó. No sería un museo de mera exhibición, sino un conjunto dinámico que abriría las puertas a los temas educativos, un foro de investigación (no importa ahora de qué estamento), que serviría de debate para asuntos que nos conciernen a los de la tiza; un buen tubo de ensayo, agitador de experiencias transversales o culturales y otras cuantas razones que me guardo (en el bolsillo) para el futuro, en el caso de que esta propuesta no caiga en saco roto, tal como ha acontecido en tiempos anteriores.

Y zanjo de momento la propuesta deseando que el destino (mirando a la cara) vele algún día por tales asuntos que hoy traigo a colación no sin cierto pudor (y hasta temor).

(16-2-1998)

EL PAQUETE

(Para Fernando González Manzano)

Hace dos semanas, en un artículo que llevaba por título El museo de Educación, quise llamar la atención sobre la posibilidad de que se creara tal entidad partiendo de los fondos que todavía permanecen en el Instituto Alfonso X El Sabio, en la barriada de Vistalegre, y de todos aquellos que se pudieran añadir y que fueran donados por particulares o instituciones repartidas por toda la geografía regional.

Quise dar cuenta en ese artículo de que en el referido Instituto se encontraba la historia educativa de Murcia desde el año 1837, aun con los deterioros que el tiempo y la barbarie dejan. Y dejé dicho que había actas, planos, expedientes y certificaciones que podían dar cuenta de la actividad educativa y social de los murcianos.

Y añadía que había un Museo de Ciencias Naturales de capital importancia que Angel Guirao, un ilustre murciano, se había encargado de engrandecer y que creció de manera desmesurada cuando un catedrático lorquino, como Francisco Cánovas Cobeño, donó al centro su impresionante legado. Aves, peces, fósiles, y minerales acrecientan su importancia y la posible colección.

Pero quiso el destino que la musas de la imprenta se dejaran fuera del artículo dos cosas que mencionaba, pero que desaparecieron cual fantasmas en ronda. La primera de ellas era el museo de Física que se ha logrado rescatar de la ruina y la miseria gracias al esfuerzo anónimo y altruista de un Seminario (el de Física y Química) que ha hecho posible que esos aparatos, alemanes y franceses en su mayor parte, sean hoy por hoy una de las joyas científicas de la corona murciana.

Y también que los duendes se llevaran de paseo a la mejor colección de libros de textos antiguos que haya en la ciudad, si acaso en el país. Libros de

textos de lo que se llamaba enseñanzas secundarias, medias y que han acabado llamándose no universitarias en virtud de no sé qué extraño concepto.

Y decía que si había material, textos, soportes, planos, exámenes antiguos, planes de estudios, la vieja legislación escolar, signos y símbolos de una tierra, así como colecciones de incalculable valor, no comprendía que se barajara la posibilidad de partir el paquete (o el hermoso legado histórico y educativo en exclusividad) para ir a parar a no sé qué museo, rincón, almacén o desván.

Decía allí que las autoridades académicas, preocupadas por el inminente presente, por el escueto día a día, a lo mejor por las cinco habitaciones que albergan los dos museos, podían llevarse por delante más de 160 años de historia, partir por el eje la unidad de un conjunto que no debiera ser dividido, triturado en partes, destrozado en su unidad.

Por eso, en la ocasión pasada, preocupado por el futuro de ese legado alfonsí, proponía esa realidad –en ningún momento pienso que utópica– del Museo de Educación que hiciera posible que existiera una entidad superior que recogiera los restos de un importante naufragio que ha sido celosamente guardado por unos avisados navegantes, entre los que me gustaría contarme. Y que dicha institución, tal como añadía, sirviera como foro de investigación de temas educativos, si quieren troncal o transversal, de la Logse o del Plan 31, que mucho importa en este caso de tan confusa política educativa.

Que nadie piense que lo que se pretende es simplemente que se conserven en modestas instalaciones, lo que ahora ocurre, tan impresionante legado. Todos los que hemos participado en el rescate, clasificación y arreglo (y son muchos más de lo que se cree) tan sólo pretendemos lo mejor y estamos de acuerdo en considerar que por una simple necesidad se puede cometer una impresionante barbaridad. La primera de ellas, partir el paquete, romper las huellas de identidad de una tierra, romper en trozos el papel de la historia.

(2-3-1998)

SOS: EL PATRONATO

Pretendo hablar hoy de lo que en su día fue llamado “ El Patronato para el mejoramiento de la cultura en Murcia”, una asociación sin ánimo de lucro que se encuentra actualmente en difícil coyuntura –podría hasta desaparecer– pese a los muchos y grandes servicios que le prestó a la tierra que le vio nacer, una tierra mediterránea por donde discurre un río sin agua que arroja triste aliento a su paso. Fundado en 1905 por don Andrés Baquero Almansa, director y comisario regio, teniendo a Calvo como secretario y a Novella como contador –los tres profesores – y a Dionisio Alcázar González como representante de la Diputación Provincial y a José María Ruiz Funez como concejal en representación del Ayuntamiento, el Patronato tuvo desde el principio dos grandes ministros valedores –Antonio García Alix y Juan de la Cierva– y fue programado y diseñado desde su origen para que un dinero sobrante perteneciente al Instituto de 2º Enseñanza – más tarde Alfonso X El Sabio–, que andaba retenido y paralizado desde años atrás, fuera utilizado de manera racional y sirviera para aplicarle una rica inyección de vitaminas frescas al pueblo de Murcia, poblachón que padecía de infraestructura educativa desde los tiempos inmemoriales de la Reconquista.

Un millón y cuarto de pesetas que andaban clavadas con púas en las cajas de los bancos, atrapadas con pesados pisapapeles legales, no podían ser puestas en circulación pese a que tenían como dueño a la mencionada institución. Una vez puestos de acuerdo don Andrés Baquero con los políticos mencionados, se trazó una vasta operación a fin de liberar las ataduras que atenazaban a los billetes de su prisión bancaria y de su cárcel administrativa.

La intervención de don Andrés Baquero permitió desbloquear el asunto y utilizar los valores para crear los cuatro colegios ahora llamados Cierva Peñafiel (Santo Domingo), García Alix (San Andrés), Andrés Baquero (la Trinidad) y el Carmen, lugar éste último que sirvió a partir de 1915 para que la Universidad de Murcia fuera alojada en el último colegio aludido, tal como reflejan las actas de esta asociación y de las que extraigo toda esta noticia. Incluso, puedo añadir, ahora que está de moda (moda que ha llegado hasta el mismísimo brazo de

Carlomagno en la Roma vaticana) mencionar la compra a los marqueses de Corvera y Salinas por 27.000 pesetas –tras una espectacular rebaja– del Belén Salzillo, realizada y sufragada por el propio Patronato.

Los señores marqueses habían solicitado 33.000 duros en 1909 y Baquero era reacio a pagar cifra tan alta porque corría por su mente abrir una escuela de Artes y Oficios, lo mismo que el Museo de Bellas Artes, edificio que también había sido financiado con los aportes del Patronato. La rebaja considerable, tras diversas diligencias, entre ellas la de la Academia San Fernando, provocó que se aceptara la compra en 1914, se realizara la misma el 15 de enero de 1915 y se efectuara el pago el 8 de febrero de ese mismo año, datos que están siendo silenciados, ocultando sistemáticamente que fue el Patronato del Instituto el que remozó con su actuación la infraestructura educativa con la creación de los cuatro colegios mencionados, la artística, con la construcción del Museo de Bellas Artes y la adquisición del ya mencionado belén, circunstancia ésta en la que incidiré en un trabajo más amplio en otra parte para dar justa cuenta de lo que supuso aquel Patronato para Murcia.

Digamos que tras haber sido pura y rica fruta que le dio vigor al cuerpo adormecido de la ciudad, el Patronato, todavía vivo pero paralizado por cuestiones administrativas o burocráticas que la vida y los tiempos imponen, siguió enriqueciendo el potencial educativo y ayudando a muchos jóvenes murcianos a los que costeó sus estudios a través de becas. Ahora, pese a contar con fondos antiguos, con deuda perpetua, intereses anuales depositados en un banco, no puede faenar por ataduras varias, trabas y otros impedimentos que debieran ser subsanados con mimo por quien corresponda.

Muchas veces, no sé en virtud de qué, cuando pienso en el Patronato, me recuerda la imagen de aquellos viejos que, tras vida generosa, han sido abandonados y andan a la deriva por las urbes. Y a veces pienso que merecerían mejor trato por lo que hicieron, mucho más que por lo son.

(15-3-1998)

D ESDE DENTRO

De tiempo en tiempo, sea de pasada o de manera intensiva, salen a relucir en periódicos y reuniones que frecuento temas relacionados con la disciplina escolar o con la violencia en las aulas. Debo decir, como punto de partida, que hay asuntos sobre los que no quisiera opinar por resbaladizos y prestarse a estimaciones complejas que precisan siempre una segunda aclaración y una tercera matización y hasta una infinita corrección. Pero aún a riesgo de poder ser tildado de lo que no soy, con la posibilidad de que se me adjudique el sambenito de haber perdido el norte y el sur, como la paloma de Alberti, he de decir que los centros –y de modo muy especial los de secundaria, que son los que bien conozco y a los que me refiero– tienen la perentoria necesidad de ser operados por un nuevo médico, ya que le sangran las heridas y las llagas que le dejaron los anteriores cirujanos. Que nadie crea tras lo dicho que he alcanzado la vejez absoluta en edad prematura o que soy incapaz de comprender a la juventud actual. Hay que escribirlo sin excesivos rodeos: la educación actual se degrada a ritmo acelerado, y no sé bien todavía si con la satisfacción de alguien. Pero ¿a consecuencia de los recortes económicos a los que se alude frecuentemente? ¿Por la ley que ha entrado en vigor tal como Javier Orrico pretende? ¿por qué no ha sido modificada por el actual Gobierno aunque no se sienta identificado con ella? ¿Por la desmotivación del profesorado veterano, reacio a aceptar los nuevos caminos, la nueva filosofía? ¿por la nueva cultura que se impone? ¿A causa de la competencia que con la escuela tienen los nuevos medios de comunicación, especialmente la televisión? ¿Por tutearse con la privada? Esas y otras muchas razones pueden ser mencionadas en campo tan vasto y en tan poliédrica realidad. Pero cabe decir, para ir centrando el tema, que el deterioro interno en los centros viene de fecha reciente, casi con la elevación a los altares de la popularidad del ya pobre Cojo Mantecas, que fue ascendido a los cielos en su día por romper farolas y organizar bulla y marimorenas a las puertas de un instituto primero y en un ministerio después. Día a día, hemos asistido los profesores perplejos a los cambios que están aconteciendo dentro de las instituciones educativas.

No son pocos los profesores maduros que se llevan las manos a la cabeza, señalando no sólo el hasta dónde vamos a llegar sino el qué está sucediendo. Y lo que ocurre no es otra cosa que la inhibición general del profesorado, convencido de que no encuentran en las leyes vigentes posibilidad alguna de educar a los muchachos. Con tanto hablar de derechos, valores, laterales, troncales y transversales, tolerancias y xenofobias, (que no está mal) se nos ha olvidado que también existen obligaciones para el educando, para ese que debe adquirir en los centros pautas de comportamiento, modelos de conducta, no sólo conocimientos, para el futuro.

Se confundió, tras la transición, la libertad con el desorden, el orden con el viva la virgen, y se sacaron magnas cartas blandengues, una tras otra, en donde se protegía con coraza de acero la blanda materia del escolar, labrado en frágil vidrio porque se podía romper aunque hiriera con sus cristales, pero peor resultaba cuando la paloma levantaba el vuelo e insultaba, pateaba, destrozaba, rompía, se ausentaba, renegaba, ofendía, metía mano en la masa o en las dependencias.

El resultado ha sido inhibición general, sabedores que los expedientes –si es que se formalizan– no van a ninguna parte, que tienen por objeto hechos paliativos que a nada conducen, en todo caso quitarte de encima un buen mochuelo para anidarlo en palomar ajeno, que es tanto como decir, a otra institución escolar similar a la tuya.

Y ha entrado la grosería en los centros, y entrará como un colador, el descaro y la falta de respeto a las personas y a las cosas. Y crecerá la violencia y estaremos asistiendo a un partido de deterioros en el que el legislador no vive la intrahistoria, la cotidianidad, por dura que sea, mientras que el profesional no espera ya cortesía, formas, modales o el escueto respeto –que no los espera– sino un mínimo tolerable en donde el simple respirar sea posible. ¿Pero hablo de la disciplina escolar o de la cultura que impone la vida actual?. Esa es mi duda en estos momentos.

(13-4-1998)

L LA CEREMONIA DEL ADIÓS

(Para Julia Muñoz y Juan Manuel Quiñonero)

El calendario escolar, repleto de pausas, treguas y parones como los de la Semana Blanca y Santo Tomás, siempre nos trae, a lo largo del año, el fin de algo, la liquidación de ciertos intereses, el cumplimiento de plazos. En el sistema educativo, aparte de la muerte decembrina del año natural, contamos con el fin de los estudios primarios, el óbito de los secundarios y hasta la sepultura de los terciarios, éstos que conducen al paro o al tajo, tras haber militado cinco años en la selección de los campus universitarios. Por no contar los muchos jalones que se dan entre nivel y nivel, entre flor y lechuga.

Son finales marcados por muy diversas diferencias y matices. El fin de la escuela primaria, fino y delgado como un filamento, apenas da para nada destacable, excesivamente prematuro como para introducir en la limpia bombilla del niño la melancolía o la tristeza por lo que se deja. Hay todavía, en ese momento, deseos de surcar nuevos rumbos, luces, horizontes, otros ámbitos como diría Truman Capote.

De muy distinta consideración es la estación Termini de la vida estudiantil, tan pronto te licencias y coges portante para echarle la garduña al empleo, el ojo al puesto de trabajo, el adiós a las tácticas militares, a la novia o a la beca de estudios. La gente, ya con el título en el bolsillo, se ve como competidora en el ruedo de la existencia, con demasiados contradictorios afanes e intereses como para compartir la dicha de la despedida o la del esturreo.

Parece que ha de ser por fuerza el fin de la Edad Media lo que proporciona esa unión que falta en las dos mencionadas edades. Si los trece o catorce no dan como para comprender que se cierra un ciclo, tampoco en los veintilargos hay tiempo para analizar que dejas las aulas de manera definitiva y entras en el territorio comanche de la guerra profesional o laboral. En la jungla del asfalto o en la caja fuerte de las cotizaciones eternas a la Seguridad Social.

Así pues, con los dieciocho a la espalda, tan pronto como el alumno (ahora hay que escribir o/a) acaba Cou o 2° del Bachillerato (no me atrevo a llamarlo de otra manera) nuevo que nos han regalado los genios tutelares de los políticos (los que estamos en el gremio de la tiza nunca llegaremos a concedernos lo que realmente deseamos) alcanza el momento cumbre del adiós.

Pues bien, año tras año, y al mismo que las golondrinas regresan a sus nidos primaverales, los coueños en flor, como me gusta llamarlos, abandonan los institutos (o colegios) para incorporarse a los campus universitarios. Y se marchan con la ilusión que depara el instalarse en la zona final de sus estudios, pero pronto comprenden (y es un dato que me aporta la experiencia) que acaban de dejar la etapa más decisiva de su historia, los momentos más estelares, a los que regresarán en el futuro, tan pronto pasa la euforia con la masificación y los anhelos universitarios con la despersonalización a las que se les somete.

Y observo cómo, desde hace algunos años, proliferan las pequeñas fiestas de despedida en los institutos y colegios, fiestas que se montan para festejar, en acto de convivencia final, a todos aquellos que se marchan y saltan el murete de la Selectividad. Y acuden allí, al mismo tiempo que padres, hermanos y adyacentes, bandadas de recientes bachilleres dispuestos en comunión a pasarse una noche de farra no sin antes haber recibido orlas y bandas impuestas por los profesores (también hay que escribir es/as) que les han impartido clase a lo largo de esos cuatro años de permanencia en la institución docente. Y tras un refresco o una cena, se marchan a los lares tutelares dispuestos a tragarse el mundo de una sentada.

Pero la bocanada les llena y sacia el apetito. Pronto vuelven a su albergue natural, a la que ha sido su casa durante cuatro años, al lugar del crimen, en donde tanto han gozado como padecido. Y vuelven con la sonrisa de a palmo, considerándose como veteranos de guerra, sacando pecho entre el torbellino de pipiolos de la eso y de lo otro, dispuestos a pegar la hebra, viejos amigos ya, con los ogros que, hace pocos años, les dieron clase. Y es que hay adioses que se convierten en "hasta luego" en no pocas ocasiones.

(6-7-1998)

TIRO AL PLATO

Han pasado el día de las calificaciones finales y de las evaluaciones de muchas instituciones educativas (entre las que incluyo las universitarias) y se han puesto encima de la mesa sistemas de promoción, evaluación y el efecto de suspensión, propiciado por esos más de mil tipos de profesores que existen, bien que en este caso me centre en esta ocasión en uno de ellos muy especial al que no veo analizado ni sometido a disección en ninguno de los estudios que leo acerca de los caracteres al uso.

Poco a poco, y tal como va España alcanzando nivel en la parcela educativa, se irá acometiendo la investigación, etiquetación y análisis de los sectores integrados en el sistema planetario de la escuela, ese fenómeno tan complejo que miedo impone tratar de no importa qué aspecto, aunque sea tan nimio como el que nos ocupa.

Hay que tener en cuenta que mi generación salió de las lianas de la selva a base de gritos tarzanescos, heroicos comportamientos en las cuatro noches anteriores al examen, y dos o tres gestos poéticos. Pero la educación precisa ahora de muchos doctores que analicen comportamientos dada la dimensión que ha cobrado, el desarrollo que tienen sus brazos y el fin de sus objetivos.

Pero dejemos los preámbulos, apartemos el cáliz de entrar en el juego de las valoraciones y vayamos al grano. El tiro al plato era (y es) un deporte (de ricos hasta hace algunos años) que se practicaba en competiciones (generalmente en los Tiros de Pichón) y consistía en destrozarse platos tan pronto como éstos salen lanzados por un raro artilugio que los precipitaba al cielo en variable dirección. El escopetero, rifle al hombro, balas en el pecho, aprieta el ojo, se apalanca al punto de mira y procura estar atento a fe de hacer fragmentos o cacharros lo que era pieza firme.

De igual manera actúa el profesor que no tiene más norte en su vida que sembrar de trozos de plumón la escarcha tierna de los adolescentes y jóvenes. Se trata de un reducidísimo club en donde ingresan aquellos que

están a la defensiva, siempre atacando para defenderse. Los que ven en los jóvenes fáciles presas que abatir, frágiles pájaros en donde incrustar un fragmento del hierro de sus vidas. Y repican entre los compañeros: "para que aprendan, para que sepan que la vida es una competición en la que sólo ganan los mejores".

Este pequeño clan se subdivide a su vez en los que mantienen un rigor, propenden a la disciplina espartana y aquellos, más arbitrarios, que lo hacen todo con la escopeta rasante y la elevan buscando el tiro (digo, la presa) en cambiante sistema. Aunque el final es el mismo (plumas por aquí, restos por allá) hay diferencias fundamentales. Los dos no tienen más propósito que obtener una cosecha maltrecha y deforme, pero se diferencian como la noche y el día. Uno se cree Dios del universo, del mito y del destino humano (o volador) que se rinde a sus encantos. El otro es un Dios que no tiene en cuenta el sufrimiento de sus criaturas.

Proceden del árbol común de los desencantos y decepciones. Hijos de la amargura y de las frustraciones profesionales o laborales. De aquellos que llegaron sin saber (o sin más remedio) a ejercer el oficio de educador y se quedaron en escopeteros o fusileros; o el que procede del campo de la deshumanización y abate sus piezas con el plomo de sus grises existencias.

Coinciden en proclamar que la culpa siempre la tiene el otro: el alumno. Para ellos no existe la segunda oportunidad. Ni la posibilidad de remisión ni comunicación. Ni el extravío momentáneo ni pasajero ni la desorientación de la existencia, tan propia del chaval cuando entra en la compleja adolescencia. Poco les importa el sufrimiento ajeno (el suyo ya ni lo huelen) y no saben lo que es la palabra compasión.

Fuertes como el mármol y duros como John Wayne, ahí están, siendo piezas singulares que no van a desaparecer nunca del museo de los horrores educativos. Esquemáticos y fríos, propensos a las estadísticas y a las experiencias, al cero y al muy deficiente, al ninguneo y al olvido de los nombres y apellidos de sus alumnos, esos pájaros de alto rango que hay que abatir para que aumente el prestigio de su gloria y sobre todo la de su fúsil, su prenda más codiciada.

Son pocos y pueden tener los días contados. Pero no desaparecerán del todo porque siempre habrá alguien que desee enseñar o exhibir sus tristes trofeos, como esos cazadores de altura que viajan a África para rematar piezas protegidas, en vías de extinción, como ellos mismos.

(13-7-1998)

P ROS Y CONTRAS

(Para Ángel Hernansáez y Rosana)

Dentro de poco aparecerá en la prensa (un pajarillo me ha traído en el pico la noticia) una especie de extraño y original concurso para escolares que, sin duda de ninguna clase, aportará una brisa de aire fresco y, posiblemente, un sentido crítico para aquellos que participen en él. Frente a tanto juego tarugo y repetitivo (no hay sino asomarse a la ventana de la tele), éste, basado en el análisis de un asunto en profundidad y en la técnica del enfrentamiento dialéctico, permitirá que los jóvenes hagan algún esfuerzo más profundo que el que se realiza con el botelleo o la litrona. Se trata, y tan sólo adelanto un poco, de que un grupo de ellos prepare los pros y los contra de una cuestión determinada, por ejemplo, el nacionalismo, la religión, la cultura o sencillamente el amor libre en profundidad.

No se trata de que los escolares se conviertan en defensores a ultranza de uno de los temas propuestos, sino que, trabajando al alimón, determinen los pros y contras de tales cuestiones ya que el aludido grupo no sabrá qué posición habrá de defender hasta apenas unos minutos antes de que comience la sesión, la partida, el cuestionario o el juego. Será el azar y la fortuna los que decidan si un grupo ha de estar a favor de que los nacionalistas insistan en sus posiciones ombliquistas de barrio o, si por contra, habrá de mostrarse favorables a que sean, como quiere Fernando Savater, unos auténticos necionalistas en virtud de que no son capaces de abrirse a posiciones universalistas. Es decir, que los chavales /as deberán trabajar previamente en casita un rato, tendrán que tomar apuntes, determinar grados de implicación, trajinar con los acontecimientos, a fin de debatir hasta el fondo de la cuestión todo lo que puede dar de sí un tema por espinoso que sea.

Y me parece adecuada la propuesta, la ensalzo y la aplaudo al considerar que es un método bastante apropiado para meter en vereda racional a los jóvenes adolescentes de la Eso y a los de ese esbozo de mínimo o enano ba-

chiller que nos queda en España. Me parece conveniente que no partan de planteamientos previos, de bases o cartas marcadas, sino de la posibilidad de relativizar los conceptos, de abordarlos desde perspectivas tan diversas como cambiantes. No me parece mal trabajo (hasta filosófico) situar a los jóvenes en dos aceras contrarias a fin de dilucidar temas eternos como el matrimonio, el verano, la tradición, la ecología, la ciencia o el mito del progreso y que se paseen luego por el mismo centro de la calle.

Más que sumir (y dirigir) conciencias, siempre he estimado más conveniente abrir cauces, vías, caminos para que el joven pueda más tarde, una vez llegado a la madurez, tomar partido y sentido. Nunca me ha parecido adecuado inculcar a cincel y martillo principios (que más tarde no se sienten) u obligaciones (que acaban por cansar y saciar). Moverlos por diversos territorios, llevarlos por diversas culturas y geografías, así como traspasar límites precisos, parece una buena dirección para agitar dormidas neuronas.

No sé de momento cuándo entrará en vigor la propuesta de juego o el ejercicio gimnástico de estar al mismo tiempo a favor y en contra de un tema o motivo, sobre si se debe aceptar que sea el fútbol deporte o negocio o si es mejor la república que la monarquía. Tampoco quién será el jurado que proclame vencedores a un contendiente sobre el otro (que ya sería de por sí una sentencia) pero sí me parece estupendo que se premie a los que presenten argumentos originales sobre si se debe estar a favor o en contra de esto y aquello.

Bienvenidos sean los juegos con el relativismo y la alternancia, la cara y el envés, porque nos evitaremos fanatismos atosigantes que tan sólo conducen a las pasiones desordenadas, a jugar siempre con el mismo perfil, cuando la verdad es que la aceptación de la diversidad (y posiblemente el caos) sea lo más adecuado para reproducir a pequeña escala la compleja realidad que tenemos delante. Llegar al fondo del blanco como comprender al negro, ser azul y no maldecir del rojo serían en última instancia la constatación de que existen y pueden convivir la pasión con la medida, el tinto con el blanco, los pros con los contras en esta fiesta juvenil que se nos avecina.

(21-12-1998)

BACHILLERES DE 1933

Se cumplía septiembre u octubre de 1993 cuando en mi despacho, mausoleo construido con restos de un naufragio arquitectónico, recibí la presencia de don Andrés Meseguer y don José Muñoz, si la memoria no me falla, a fin de rescatar de las negras aguas del olvido las listas (ellos las tenían incompletas) de aquellos que hubieran estudiado bachiller en el Instituto Alfonso X El Sabio en el lejano año de 1933, año de gracia en el que el mencionado Instituto ni siquiera se denominaba de tal manera. Con los servicios de Ángel Navarro, hasta hace pocos meses brazo derecho de los archivos alfonsíes, dimos con lo reclamado, de la misma manera, y ya lo he mencionado en varias ocasiones, que cabe rescatar la historia educativa de Murcia (y gran parte de la provincia) desde 1837 hasta casi los años setenta de nuestra década, una historia que puede ser salvada del todo gracias a un personaje almeriense, don Liborio Ruiz, estudiante alfonsí en su día durante dos años y subdirector de la causa de la tiza, quien hace apenas unos meses donó la –siempre casi– cantidad suficiente para salvar de la humedad y de la destrucción actas, expedientes, libros de calificaciones, matrículas, actas, memorias y otros mil papeles que conforman la historia gris y oscura de la administración y la burocracia, pero que alientan la sangre viva de un pueblo a través de la historia educativa de ese pueblo.

Y quiso el destino que aquellos dos viejos bachilleres que solicitaran las listas se marcharan contentos, no sin antes, exquisitamente educados, cursar invitación para que asistiera en mi calidad de director del Alfonso X a los actos que pensaban celebrar con motivo de su idilio (no hay otra forma de llamarlo) con su viejo Instituto (que siempre aparejan al viejo caserón del río, ahora remozado y restaurado como Instituto Cascales y en donde yo mismo tuve la suerte de acabar mis estudios de bachiller). Y quisieron ambos que les acompañara en una comida que se celebraba en el restaurante El Soto, en donde pensaban hermanarse por segunda vez, tras muchos años de ausencia y nostalgia de sus años mozos. Y fui, pese a que me separan algunas promociones, por delicadeza, y les improvisé incluso unas palabras sobre sus profesores de 1933, sobre su horario en ese ya lejano año de 1933, sobre sus conserjes, sobre

los presupuestos que tenían, sobre cuatro anécdotas que desparramadas andaban en las memorias anuales, no sin antes haberles oído expresarse en prosa y en verso, en sentimiento y en pensamiento, en añoranza y tristeza, en júbilo y alegría por el reencuentro. Pero lo fundamental para mí fue, aunque para otros fuera puro y duro cutrerío fácil en este tipo de convites, esa fidelidad a los tiernos tiempos de la adolescencia, ese aire de compañerismo y complicidad que presta la vieja amistad. Y bien es cierto que hablaban de viejos mitos como don Pedro Lemus, don Ignacio Martín Robles, don Víctor Sancho, don José Bernal, don Andrés Sobejano –por cierto, su hijo Enrique baila y participa algo en esa danza–, don Cándido Banet, don Francisco Jiménez Soto, etc, antecedentes todos ellos de los González Palencia, Rafael Verdú, Pío Larrea, José Andreu, Paco Morote, José Cos, de mi época, pero a floraba, más allá de la fibra sensible que la memoria impone en tales casos, el don de la amistad más allá de los tiempos y espacios.

Y ahora, cuando don Juan Muntaner tiene a bien enviarme el álbum de recuerdos que han tenido a gala editar aquellos bachilleres, yo quiero estampar en él estos pequeños recuerdos de los que doy cuenta en líneas anteriores. Y desearles que sigan fieles a la causa alfonsí, una extraña pasión –como quien lleva al Betis o al Bilbao en el corazón deportivo– que apenas podemos embridar porque hay razones que el corazón, como decía Vauvernagues, desconoce. Y yo les deseo que sigan comiendo muchos años juntos en buena camaradería, y evocando a los que se marcharon sin pedir permiso, al mismo tiempo que reconstruyen en el cinematógrafo de la memoria aquellas pequeñas anécdotas de cuando corrían tras (o delante) de la correa de los bedeles. Y que sigan por muchos años manteniendo esa fidelidad a una institución, ese apego a la amistad que brota con los primeros días de nuestras existencias.

A aquellos bachilleres de la preguerra, a los republicanitos, a los del Plan Villalobos, gracias le sean dadas y larga vida para celebrar en el año 2.037 el doscientos aniversario de su Instituto.

(14-12-1998)

HUELGAS

De hace unos lustros a esta parte (y no es baladí citar distancia a fin de implicar a distintos bandos) se convocan jornadas de huelgas a los estudiantes no universitarios (como los llaman ahora, con lo sencillo que sería seguir denominándolos de media o de secundaria) para fines que, so capa de problemas educativos, no son sino formas encubiertas del actuar político.

Así, y desde organizaciones de varia condición, se convoca a manifestaciones a jóvenes escolares que pueden tener de catorce a dieciocho años (pero que pueden alcanzar la nada desdeñable calidad de doce en el primer ciclo de la Eso). Y pese a la utopía de la enseñanza crítica que tanto se predica (y que jamás se alcanza), hay que decir que por estar en periodo de aprendizaje (como en el rodaje de un coche), la mayor parte de ellos no están en condiciones de valorar las razones por las que han de participar ardientemente en tales contiendas ni conocen los resortes para deslizarse por el asfalto de la denuncia de modo decoroso. Mucho me gustaría poder decir que los alumnos, cuando deciden lanzarse por esas redondas y avenidas con pancartas y con gritos bravos, han meditado concienzudamente antes en el complejo entramado de la educación, con todos sus condimentos e ingredientes. Y nada me haría más feliz que saber que los chavales (ahora hay que escribir chicos/as) toman tal decisión cuando han meditado sobre los escasos presupuestos de los centros públicos, sobre las fuertes subvenciones y conciertos que se hacen con los colegios privados, sobre los beneficios o perjuicios del nuevo sistema educativo, pero, jóvenes en ciernes, bien sabemos los que estamos en el ajo, a pie de obra, que nada de eso sucede, que pronto las huelgas se tornan fiestas, que los jóvenes se toman el día de fracanchela, y se desparraman por jardines y parques o por centros recreativos antes que por el itinerario marcado por la organización convocante. A mí me gustaría decir, aunque sé que se tildará de paternalista, que mejor harían dejándolos en las aulas a fin de que maduraran en sus decisiones, a fin de que cuando actuasen, lo hicieran voluntariamente, sin imposiciones ni arbitrarias órdenes, sin burdas consignas ni falsas engañifas. Que cuando por fin se decidieran a dar el vuelo hacia el compromiso, supieran

de sobra las razones de su conducta y proceder. Y no como ahora, que sin poder sopesar la competencia de un ministro de educación, las posibilidades reales de la autonomía, la compleja trama de las competencias y otros lemas que se corean, se ven abocados a la protesta callejera por imperativo categórico.

Permitásememe a este respecto que diga (bien que siga incordiando) que la mayor parte de los jóvenes actuales (aunque nos duela) apenas le presta atención a los indicadores políticos, están habitualmente desinformados y se mantienen al margen de aquellas actitudes contra la dictadura de hace muchos años por la sencilla razón de que sus afanes son otros. Así que, al olor de la sardina verbenera, de escapar de la gris rutina y monotonía de las clases, optan por abandonar en el día equis, cuando son convocados caóticamente, los lares educativos y se marchan hacia los recreativos o de diversa naturaleza sin sumarse, como digo, a la protesta. En todo caso lo que se consigue es convertir un día de huelga en día de juerga, en hacer de un día lectivo un día festivo.

La mayor parte de los jóvenes estudiantes actuales, y lo digo por experiencia, se limita a moverse en una disyuntiva en las primeras horas del día, abandonan las aulas poco más tarde, tras tres o cuatro confusas razones enarboladas por el líder (que suele ser el más indocumentado) y luego malgastan lo que queda del día sin importarles un comino la verdadera manifestación, la real protesta ante una causa injusta, si es que de verdad (y no entro en ello) la hay. Y que no se hable del compromiso ético, del viejo engagement (todos son de inglés), o de cosas semejantes y demodés. Todo eso formó parte de una galaxia que ya no les pertenece. Su mundo es otro, otros sus afanes y sus anhelos como otra su cultura.

Bien me gustaría desear que los estudiantes de secundaria, material de naturaleza sensible, fácilmente manipulable, no fueran objeto del oscuro deseo para aquellas organizaciones que persiguen intereses de otro calibre, aunque bien me sé que no serán sino palabras al viento.

(21-12-1998)

LA MALA JUVENTUD

No son pocas las veces que oigo voces de veteranos de guerra (yo mismo a veces me apunto a sus plantas en alguna que otra ocasión) quejarse de la mala educación y de la escasa cultura de la juventud actual. No pocos aprendices de pensionistas y empleadillos de la prematura vejez se esfuerzan a diario en periódicos y calles en cantar la grosería con la que se comporta esa juventud (aficionadilla al botelleo y a la litrona). No son pocos los de edad mediana que, dando pábulo a cuanto oyen, se convierten en ecos de los mayores y extienden por todo el universo la idea cenital de que la conducta desinhibida de la juventud actual (con sus achuchones amorosos en plena rúe) nos va a llevar al apocalipsis total, a ese caos general con el que se ve la vida cuando uno no es capaz de ver las cosas desde más esperanzadas atalayas. Parece, si damos crédito a voces sombrías y ecos pesimistas, que estamos en las últimas, próximo a extinguirse cualquier mota de educación, urbanidad, buenas maneras, estilo o clase entre la mencionada tribu liberta. Que, a imagen y semejanza de lo que ven en las películas (la televisión es ahora la gran culpable de todos los mitos), nuestros jóvenes mozos/as no respetan nada, arrasan con las buenas costumbres y acabarán escupiendo en el rostro de aquellos que osen tener más de treinta años, lleven calva, porten corbata o tengan la desgracia de dar clase en un centro educativo (no importa ahora de qué categoría sea), lugares estos últimos en donde está, si cabe, más arraigada la idea anteriormente transcrita.

Sostienen (como Pereira) sin duda, los que así estiman, que fueron buenos sus tiempos, buenos sus modales, buenas sus costumbres, buenos sus talentos, mucho su glamour, larga su esencia y ancho su perfume como sucio el tiempo actual. Espartanos como antiguos soldados, disciplinados como alemanes, ordenados hasta la saciedad, jamás fueron groseros ni eructaron en público, jamás se rieron en clase, nunca organizaron un espectáculo de ninguna maligna naturaleza, jamás se rebelaron contra nada, nada criticaron (algunos ni la dictadura) y siempre respetaron hasta la extenuación a todos los mayores. Como ángeles seráficos nos presentan una sociedad alienada (aunque no se-

pan lo que significan) cuando ellos vivieron un paraíso pacífico y sosegado en donde nadie rompía el más mínimo plato.

Esta tarde, leyendo a Juan Ramón Jiménez, le oigo decir (y habla en el año de gracia de 1931) que “estaba satisfechísimo de no haber tenido hijos en su matrimonio con Zenobia Camprubí pues hubiera sido muy desgraciado de haberlos tenido pues no sabría cómo educarlos, pues de una parte podría parecer anticuada nuestra educación y la que actualmente tienen es una vergüenza...”. Y yo, al hilo de tales manifestaciones, me pregunto: ¿No son los presuntos (o no nacidos) hijos del Andaluz Universal los mismos mayores que ahora se expresan de tamaña manera?, ¿podemos imponer unas normas antiguas a un tiempo moderno? ¿hemos de educarlos como nosotros fuimos o como ellos van a ser?, ¿puede la sociedad modificar unos hábitos o unas conductas o estamos condenados a considerar fracaso el valor ético de la juventud (cuando somos mayores) de la misma manera que el joven no entiende las conductas de los mayores, ocupados en asuntos baladíes?. ¿Siempre han de llevar razón los mayores (y han de ser los educados) y han de ser los más jóvenes gregarios sin tasa, hijos nacidos de la grosería y de la falta de modales?. ¿Puede llegar la humanidad a un más alto grado de zafiedad y a un mayor nivel de insolencia o llegará alguien un día con un látigo en la mano bien dispuesto a azotar el culo de todos los jóvenes no digo de Murcia, ni de España, sino de toda una humanidad inmadura que, pase lo que pase, resulta, aunque nos duela, que tomará el poder más tarde, ocupará nuestros puestos, repetirá nuestros conceptos y se expresará como lo han hecho todos aquellos que ya andan indicando que la juventud actual es gregaria, inútil, mal educada, falta de modales, sin estilo, zafia y poco disciplinada, extremos fácilmente comprobables si nos empeñamos en ver el mundo joven tal como siempre ha estado si no interpreto mal las palabras del Premio Nóbel, las de las voces citadas y las de muchos ecos que, como bien se sabe, no tienen nada nuevo que aportar a la eterna contienda de la incómoda juventud.

(18-1-1999)

T IEMPO DE CONFUSIÓN

No hace mucho, relejendo historias de posguerra, me asomé a un tiempo de silencio, que era metáfora de un fracaso, tanto individual como colectivo de todo un pueblo; luego, días más tarde, me asenté en un tiempo de destrucción en el que había que cavar zanjas para enterrar un bolsón de valores muertos y, para completar el ciclo de la posguerra, me entretuve en un tiempo de cerezas, que era tanto como decir de melancolía y hasta de esperanza.

Y viene todo a ello a cuento porque llevamos una larga temporadita –antaño se decía generación cuando transcurrían 30 años– que no sabemos a qué atenernos los que estamos trabajando en los recintos educativos de la enseñanza media. Podemos estar viviendo tiempos de silencio, destrucción, de esperanzas y de confusión al mismo tiempo.

No hace mucho vino un partido, con mayoría absoluta y con una ley orgánica, cambió de cuajo el sistema educativo del pueblo. Asesorado por un fuerte ramillete de psicólogos y pedagogos con poco hábito de clase, trocó las viejas realidades para crear otras que aspiraban –siempre hay una declaración abstracta y previa de buenas intenciones– acercar los estudios a la vida y al mundo del trabajo. Rebajar las pretensiones clasistas de una sociedad que enviaba a sus hijos a las universidades en lugar de a los centros de Formación Profesional, y otras muchas cosas que no conviene ahora mencionar cosas porque el espacio de un artículo no da para recoger los buenos deseos. Y se acometió, a la velocidad del caracol para recorrer la ruta del Transiberiano, una reforma basada en un interminable plan que no ha concluido ni siquiera hoy que ponía en solfa autonomías, métodos, sistemas, planteamientos, materias y otras cuestiones (imaginen a los viejos profesores con treinta años de servicio modificando hasta sus esquemas mentales) que, ahora, los que han llegado al poder en virtud de unas legítimas elecciones, no están dispuestas a secundar. Aquella obra faraónica, a ojos vista, se derrumba día a día, rompiéndose desgranada por el aplastamiento de la yema de un dedo o por la sonrisa rubia de una ministra (y a partir de ahora por una barba gallega) que no cree –y tiene derecho– en los presupuestos anteriores.

Y así estamos ahora los del gremio de la tiza en los sectores medios, que no sabemos si sepultar el ataúd en la fosa ajena o cambiarlo de sitio, si vendrá un tiempo de cerezas o si nos darán la boleta, como Azaña con los militares, a los que discrepamos con lo existente. Cada tres meses (con algún susto), como no se puede cambiar la ley porque no hay mayoría absoluta, la prensa saca a relucir un borrador, un proyecto, una ley o un contrafuero que conculca el anterior, parcheando, modificando, cambiando, mudando o raspando aquel primitivo plan.

Y como Penélope, la tela se hace y deshace porque quien ostenta el poder puede paulatinamente ir demoliendo o triturando la ley desde dentro por razones tan poderosas como que no hay posibilidad de llevar a cabo ideas descabelladas (encima emanadas desde el partido de la oposición), que no hay medios suficientes, que no hay que ampliar el espectro de la pública (y dejar paso a lo privado) o múltiples razones (la locura de los idearios, las creencias o el pensamiento político por no entrar hoy en el encaje de bolillo de las materias –con su horario pertinente– que deberían cursar los alumnos. Todo muy justificado si tenemos en cuenta que cada vez que entra un partido político (y lo dice Utande con sus tres gruesos tomos de reformas y contrarreformas) en España, lo primero que hace es cambiar el sistema educativo no sé si para inmortalizar al ministro del ramo o por necesidades estructurales. Y lo sé porque he leído los sucesivos planes desde Claudio Moyano. Para ir terminando: hemos sido (y seremos) muy aficionados a mezclar política y educación, y empiezo a pensar que tal negocio nos ha introducido en los confusos tiempos que estamos viviendo. O se logra un consenso de partidos políticos y técnicos educativos (sobre todo de éstos) o se corre el riesgo de no ir a ninguna parte que es el camino que hemos tomado hace ya bastante tiempo.

(25-1-1999)

CARRERA O TRABAJO

Quiero recordar una situación real que me ocurrió hace años. Tenía un alumno de gran inteligencia natural, dotado para las ciencias y para las letras (especialmente para las tablas), alegre y jovial, que, al finalizar el Cou, le manifestó a sus padres el deseo de estudiar ATS y no Medicina, como era la voluntad de sus padres quienes, una vez enterados de la decisión, vinieron a mi despacho para tratar de que yo mediara, convenciera y persuadiera al hijo de que con las calificaciones tan brillantes que llevaba en su expediente académico (hubiera podido elegir la carrera que hubiera querido), bien merecía aspirar a más altas metas, cuanto menos una carrera universitaria.

Debo decir que esos modestos padres, de manera legítima, no hacían sino una declaración de principios de lo que deseamos todos los padres para nuestros hijos: una buena cátedra (aunque con voto de pobreza) para tener seguridad a lo largo de la vida; una buena carrera de postín como medicina (pese al sacrificio que supone tratar con lo más desagradable de la condición humana y pasarse hasta los treinta entre libros, cadáveres, Mires y sucesivos trabajos en precario) o una buena ingeniería, para casar al hijo con uniforme de pedigrí. Y no sigo enumerando facultades porque el artículo no podría pasar de aquí.

Durante una buena ración de años, esas fueron, han sido y serán las aspiraciones de la mayor parte de las familias españolas, si tenemos en cuenta que tradicionalmente se miraban con malos ojos las salidas que tuvieran como resultado trabajar de albañil, panadero, camarero o soldador. España, país de hidalgos y nobles cristianos viejos, siempre ha querido que sus hijos no se mancharan con grasa ni con masa ni se colocaran el azul mono proletario. Y era lógico que las familias humildes fueran instalando piezas en planos más elevados, en cotas más altas y en orlas en donde casi nunca habían estado.

Pero ha querido la vida (y el desconcierto autonómico que vivimos) que las facultades universitarias –algunas de todo menos tales– vomiten licenciados a mantas y que haya excedentes de cupo de profesores, médicos e ingenierías,

por sólo citar las mencionadas anteriormente, que si nos desplazamos a las biológicas, derecho, periodismo, geógrafos, etc, nos encontraríamos con que rebasan todos los toques asignados. Muchos de ellos están condenados al ostracismo, al paro o, tal como ya está sucediendo, obligados a copar puestos en escalas consideradas más bajas. Yo ya he visto geólogos ejerciendo de conserjes, aparejadores de jefes de obra, filólogos de vendedores de pizzas rápidas. Y hasta un universitario de Biología que no encontraba trabajo como tal, optaba por hacer un módulo profesional que le ha permitido acceder al mundo laboral en una piscifactoría.

Y como sigan creciendo los campus universitarios, de la misma manera abrasiva que lo están haciendo en la actualidad, ocurrirá que nos encontraremos con millares y millones de universitarios que nunca jamás ejercerán los puestos para lo que han estudiado. Obligados se verán a desviarse hacia otros oficios y empleos tras haber permanecido durante muchos años enrolados en el barco universitario, un barco que camina a la deriva desde hace ya muchos años, víctima de su endogamia (según se dice ahora) pero sobre todo víctima de haber perdido la universalidad que se le suponía, inmolada en los quinientos mil recintos que se aplican raudamente la denominación de origen (la simple etiqueta) pero que nada contienen. Cientos de universidades incapaces de preparar para el mañana, tan sólo expendedores, como los estancos, de títulos.

Pronto las nuevas generaciones tendrán que plantearse estudiar en la universidad (todas están masificadas y despersonalizadas) con escasa garantía de acceder al mundo del trabajo o la de trasladarse a centros no universitarias en donde parece ser (tampoco lo aseguro de modo tajante) hay más posibilidades de ocupación. Yo, lo que sí puedo asegurarles, es que aquel alumno mío tan brillante del que les hablé al comienzo, hoy trabaja muy dignamente como "ateese" y se gana bien la vida de tal manera como él quiso y además, es feliz y contento trabajando a veces como autor, otras como director, bien fuera como farandulero, tirititero o feliz rapsoda.

(1-2-1999)

T RES LINCES

No recuerdo en qué sitio leí, pero podría ser en los ensayos de Montaigne, autor al que hay que saquear tantas veces como se pueda, que hay varias clases de personas (tontos y listos) asimilados a cierto género de elocuencia: los listos se disparan al segundo con ingenio mientras que a los tontos no le entran moscas en la boca porque ni la abren, incapaces como son de articular palabra en serios compromisos.

Reconozco que mi experiencia personal me dice que la cuestión no es tal cual, así como no resulta fácil deducir de golpe y porrazo quién posee el ingenio y quién la inteligencia, quién es tonto de remate y quién es el verdadero talento (los hay de muy diferente clase, altura, carácter y hasta volumen), mucho más si tan sólo se ha de depender de la siempre tan bien ponderada elocuencia.

A lo largo de mi larga vida de enseñante (con todos los sexenios posibles recaudados en la aljaba) me he encontrado con tres mozos dotados de dones excepcionales, cada uno de ellos dotados con una especial cantera de ricas neuronas. El primero de ellos parecía un sonso, una leve sonrisa por delante, una tableteo de cuerpo para atrás, pero no había manera de aligerarle del morral una palabra ni en público ni en privado. Tímido integral como era, se engullía sus palabras. Era en los exámenes cuando se transformaba y te transformaba. Recogía con su poderosa memoria hasta el aliento de las explicaciones, te respetaba para que le dieras su conformidad y supieras que había manejado tus materiales, pero luego añadía las de otras autoridades, más las suyas propias que, pese a su bisoñez y juventud, parecían las de todo un Séneca. Un prodigio mudo de retórica escrita, incapaz, como digo, de participar en la refriega oral a través de una tesis o antítesis, de intervenir abiertamente en un coloquio en un aula o largar un discurso de más allá de una milésima de segundo. La palabra se la dejaba colgada en el alero de su casa. Ni pronto ni tarde. Lo suyo era el papel, la palabra escrita.

El segundo era una escopeta de feria que siempre daba en la diana. Parecía que el tiro derivaba, pero se incrustaba el perdigón en el epicentro de

la síntesis. Iba tan rápido que no había manera de ver donde rebrotaban las balas de su inteligencia. Su despeje mental iba revolucionado, acompañado de un torbellino de ideas, y no sólo te dejaba meter baza a los pigmeos de sus compañeros sino al enano de su profesor. Un pico de oro, rápido, certero, intuitivo, seguro, con justeza, con sentencias, que ramoneaba por las ciencias y entendía de letras. Daba en el clavo y se comía encima las peladillas en todos los sorteos. Podía haber sido lo que quisiera, pero fue lo que quiso.

Mi tercer (y último) genio era más lento en el juicio que un tren de mercancías o de cercanías. Llegaba tarde como la Renfe y era torpe en los primeros golpes. Pero cuatro días después, tras haber reflexionado en el tema, tras haberse pasado en casa cuatro noches rumiando la cuestión como la cabra la hierba, regresaba a clase con la lección y el juicio tan bien aprendidos que ya no admitía gaitas, vacilaciones ni enmiendas a la totalidad. Siempre me decía: “qué torpe estuve de primeras, no calibré bien el asunto, me lo tengo dicho, lo mejor es evitar la improvisación, la primera reacción, la causa natural que brota de la boca”. Y luego, a continuación, era capaz de presentarte un ramillete de folios o de soltar un discurso con los pros y los contras del pico, pausas y cesuras de la voz, yámbicos y trocaicos de esto y aquello y si yo disponía de tiempo (hubo un momento antes de convertirme en plumilla que era delicia disponer de tal atributo) se podía pasar una semana, como un neurótico, rotando con el tractor por encima de la cosecha bien trillada. Hoy en día son eminencias que triunfan en los despachos jurídicos, junto al cuerpo médico o al pie de un estrado universitario. Son talentos especiales con muy diversos comportamientos y muy diversas elocuencias. Unos son rápidos como John Wayne sacando las pistolas en forma de vocales y consonantes y otros lentos como los caracoles a la hora de cumplir con el trayecto diario Madrid-Murcia. Sus inteligencias eran superiores a las normales y también sus juicios. Lo único es que unos, en lugar de subirse en un látigo de feria, de giros vertiginosos, prefieren la tradicional tartana para visitar el centro de las cosas. Tres lince de amplio apetito con modos distintos de masticar la realidad.

(1-3-1999)

LA CORBATA

Reconozco que la palabra croata llamada corbata me ha sido, desde los días del paraíso infantil (cuando no era necesario racionalizar fobias ni filias), prenda incómoda y molesta y, por tanto, no ha formado parte – pese a las sugerentes propuestas de mi querida suegra que cada Navidad me regala una nueva– de mis ardientes pasiones, incluso, puedo decir, la he esquivado tantas veces como he podido, que han sido muchas.

No podría decir si fue ese vientecillo liberal y marinero aguileño lo que negaba atenerme a las formas rituales (que muchos de mis familiares respetaban) o si fue el espíritu deportivo el que se mostró pronto ajeno a ese artificio o adminículo alargado, cual serpiente de lengua bífida. Lo cierto y verdad es que no me recuerdo de joven portando tan inútil y enojosa tela que no tiene, según creo, otro objeto y uso que apretar la golilla, indagar en la piel del cuello, hundir la nuez y estrujar con denuedo diversas piezas laríngeas que no sabría distinguir.

No hubo problema en la edad mediana, cuando existía lo que se llamaba ingreso, bachiller elemental y superior, reválidas y preuniversitario porque no había protocolos severos y fervientes, pero los problemas se acrecieron cuando ya en la Universidad batlliana teníamos que hacer uso de la prenda lerenda si se deseaba incrementar los ya tardos mecanismos de la sabiduría. Recuerdo a diversos humanistas profesores que les bastaba un simple ojeo a la perdiz en torno a la sala para que fueran capaces, astutos como eran, de columbrar la ausencia del gusano engalanado en dicha sea la parte del pecho, esa que debiera quedar abierta al aire, para expulsar de la clase a esos aviesos alumnos que se dignaban eludir obligación tan cara como era hacerse el complicado nudo Willson, ese que nunca logré rematar de manera artística ya que se necesitan dos manos, y yo, he de confesar, calzo manazas desde tiempo lontano.

No sé si eran los profesores los que nos achacaban rebeldía por eliminar tan peligroso reptil o éramos nosotros los que no estábamos de acuerdo con tan severas restricciones. Y más que ciencia, algunas clases se convertían en

auténticos registros policiales, a la caza y captura de aquellos que hubieran osado saltarse las reglas de juego, las cívicas costumbres y convenciones establecidas, escritas en frontón griego, en donde se señalaba que a la Casa Grande del Saber (aunque no se derrochara en dosis ingentes) teníamos que acudir provistos de ese pedazo de seda diseñado por finos italianos (las únicas que con sus gamas tenían glamour) para sacarnos las pocas perras que yacían en nuestros desvencijados bolsillos. Así que, he de confesar, fui como tantos otros repetidamente echado del aula, arrojado del cubil por la borda o por la ventana en varias ocasiones, mucho antes de que el bueno de Antonio Labaña (toda una saga filosófica) fuera anunciando “la hora”, momento que anunciaba que la clase había terminado (los relojes y la técnica de los timbres no habían penetrado en el recinto universitario, ajeno a los adelantos de la técnica y del progreso y a otras ciencias).

Y el recelo contra la corbata aumentó con el paso del tiempo. No sólo porque amordazara mi cuello y perdiera toneladas de conocimientos que me hubieran más pronto auspiciado a la cumbre de la Filosofía, sino porque la sociedad me exigía en actos puntuales lucir mis tristes y desjuarizados nudos. Y había que pasar por el aro si deseabas integrarte en el seguro sistema de la estabilidad, en la vulgar continuidad de la sociedad y otras consideraciones que no vienen a gala en estos momentos. Y así, obligado me veía a estar molesto, a sentirme punzado o desasosegado externa e internamente, tan pronto como se me lanzaba al cuello el hilo de la guadaña o el filo cortante y puntiagudo de la peligrosa sierpe.

Y así han ido transcurriendo los días entre ese quita y pon, entre el deseo y la realidad, hasta que ahora, cuando aparecen las primeras goteras en el cuerpo y las segundas grietas por todas partes, descubro que cuento nada más ni nada menos con todo un enunciado unamuniano, digno rector salmantino, para pronunciar me abiertamente contra esa piltrafa –aunque pase por modelo de elegancia como Petronio– que es la corbata. Don Miguel, esclarecido genio y confuso ingenio, despotricó contra la tal y yo, ahora, confortado con sus auxilios, me adhiero a su demanda por muchas razones que no puedo colocar ahora, entre ellos la dichosa corbata.

(3-5-1999)

Duro oficio el de la docencia por todas las partes que se le mire. Tiene garantizada la austeridad que proporciona la modesta seguridad, pero carece del aprecio y estima de la sociedad, en la opinión ésta de que el profesor disfruta de un estatus de privilegio sólo por el hecho de contar con largas vacaciones, ésas que todos envidian desde fuera sin conocer, por contra, el desgaste psicológico que conlleva pertenecer a tan singular estamento.

Sin embargo no nos vamos a detener hoy en tales considerandos, sino que vamos a pasar a los momentos actuales en los que gran parte del profesorado se ha aprestado (obligados a pasar por el aro, según otros) a entrar en un sistema nuevo (que se puede llamar tan poco estéticamente como Eso) sin que ninguno de ellos –ejerzan en Murcia, Cartagena o Lorca–, haya sido advertido de cuáles son las prestaciones que está obligado a satisfacer, cuál es su función, qué método debía utilizar, qué objetivos se pretende, teniendo en cuenta, se supone, que se ha entrado en una nueva ley, en parámetros de muy diversa equiparación y en pretensiones bien distintas a los que tenía el anterior plan de estudios.

Parece como si se hubiera decidido que sean los profesores, desconocedores de los que se les exige para esta ocasión, recibieran en sus buzones la ciencia infusa de aplicar técnicas distintas a un ejército de hormigas revoltosas y zánganos inquietos procedentes de culturas bien distintas. Y han de ser esos veteranos de guerra, curtidos la mayor parte de ellos en cien batallas, los que hagan el rodaje con el nuevo coche recién salido de la factoría sin saber qué marchas ha de introducir, que palanca apretar, si es conveniente hundir el acelerador de la calidad o ha de levantar el pie para dar paso al freno en los conocimientos, al parecer, más limitados que en días anteriores si se tiene en cuenta que las nuevas carreteras perjudican a aquellos que quieran ingresar en las facultades universitarias. Rodando y rodando días y meses, sin haber

recibido instrucciones, consejos o apreciaciones sobre esta nueva madera que se cuele en la fábrica, el profesor ha de impartir –está impartiendo– sus clases con sus hábitos sin saber si le son precisos para el momento presente o han quedado desfasados ante materia tan frágil como es la educación. Nadie le ha dicho que ha de enseñar en la diversidad o en qué consiste la misma, si ha de fragmentar sus discursos en ocho niveles distintos o si ha cambiado la evaluación (lo mismo que la motivación) tras ponerse en juego la carámbola del discurso logsiano. A un buen pico de miles de profesores que han estrenado sierras y gubias en la empresa este año (yo tan sólo oigo ayes, quejas y lamentos), se les ha cambiado de cuña y obligación y se les ha colocado ante una realidad diferente sin haber sido preparados y apercebidos para el evento. A todos, imagino, les ha llovido el espíritu santo de lo pedagógico y habrán abrazado blancas palomas para salir como han podido de esta primera refriega con un sistema que no conocían. Han de preparar a alumnos de enseñanzas obligatorias cuando acostumbrados estaban a lidiar con los de carácter voluntario y han debido enfrentarse a problemas nuevos sin haber realizado el Mir sanitario (necesario para salvar enfermos). El profesor, tuviera experiencia o no, ejerciera hace treinta años o acabara de estrenarse en este curso con su primer año de expectativa de destino, no ha recibido la más mínima indicación de cuál deba ser su misión, qué caracteres se modificaban, qué se pretendía, qué tipo de alumno se desea formar, qué deseaban hacer, qué tipo de educación debían recibir los briosos córceles y delicadas sirenas que llegan a las aulas de secundaria de manera muy distinta a como lo hacían en años anteriores. Y han surgido interferencias, malos entendidos, conflictos en el seno de la comunidad, en los claustros y en las comisiones.

Parecería como si entre plan y plan no hubiera abismos (¿entonces para qué se reforma?), como si entre sistema y sistema no se modificara nada (¿hay realmente diferencias?) o, lo que sería peor, que no se quisiera cumplir con lo que la misma ley en vigencia manda. Lo que conllevaría que todo fuera papel mojado y los que están al pie de obra, es decir los profesores, tuvieran que cargar una vez más (tal como ocurre con los aspectos de disciplina) tanto con sus culpas como con las ajenas.

(24-5-99)

CITA CON EL FUTURO

(Para Evaristo Ibáñez)

Cada año por estas fechas se produce en el centro donde ejerzo (ese convento alfonsí al que aludía en mis primeras colaboraciones en La Opinión) una fiestecilla modesta por la que siento debilidad. Consiste en la despedida de los 500 alumnos de Cou que, año tras año, se disponen, si los hados les son propicios, a abandonar el recinto que pisaron por vez primera cuando solo contaban con trece o catorce años, apenas destetados de sus biberones, con voz de pito y que ahora, cuando pisan el mes de junio, lucen vozarrón (ellos), novio / (ellas), y vuelan hacia alejados campos o campus universitarios si tenemos en cuenta que se trata de un centro en el que se imparte el antiguo bachillerato, ese plan que tantas nostalgias va a dejar y que, por otra parte, tan mal fue recibido en su día.

Hace trece años, un grupo de novatos en el oficio de gobernar centros e instituciones educativas, algunos salidos de la gauche divine, tuvo la idea de convocar tal cita a fin de lograr un acto de convivencia entre alumnos, padres y madres, y profesores, el triángulo en el que se asienta toda comunidad escolar. Era un acto oxfordniano sin el glamour que le dan los ingleses a este tipo de celebraciones, sin el mal gusto que los americanos lucen en estas ceremonias, sino una sentida reunión en la que el centro ponía la bebida y los padres –cada uno tenía que aportar su plato favorito o aquel que saliera de sus fogones– la hogaza que se comía. Así que podíamos tirar, los tragones como yo, de una ristra de morcillas o de un tiramisú estrictamente italiano, de una merluza en vinagre o de una tira de dátiles sahariano a un redondo de ternera bien trufado de piñones.

Y pasábamos tres o cuatro horas de alegre camaradería, de cháchara agradable y distendida, más allá de las distancias que marca el estar en campos diferentes, en edades distintas, hasta en culturas adversas. Allí nos fumábamos la pipa de la paz, nos bebíamos tragos de diálogo y nos repartíamos

ensaladas de amistad. La fiesta, como la evolución del hombre, mudó de piel, de emplazamiento y de ritos, y se fue enriqueciendo con la entrega de las orlas, bandas, regalos, premios y otras zarandajas que comportan preceptos y laureles. Palabras de la Asociación de padres, palabras de los alumnos salientes, palabras de los que perduran, de los profesores, del director, que las miles de personas que asistían al lúdico acto, soportaban con estoicismo, baba en las comisuras y alegría en el corazón.

Eran jóvenes y se iban transcurridos cuatro años de estancia en una casa que había sido suya. Y los despedíamos con la alegría del deber cumplido y con la tristeza de perder a muchos que, con el paso del tiempo, se habían convertido en buenos amigos, gentes que, cuando pasan los años y los encuentras en la calle, te hablan de pequeñas anécdotas –que conforman su mente– que vivieron en su espacio educativo con la misma intensidad que vivían en el suyo. Y da grima despedir a alumnos que se han impregnado de una cierta esencia inexplicable que da el haber pasado por las aulas alfonsíes (supongo que admite otros adjetivos), así como nos alegramos de saber que, tras un periodo de rodaje, pueden lanzarse por esas carreteras y autopistas de los oficios y la sabiduría.

Observo (acabo de comprobarlo el pasado fin de semana, que persiste el fervor, el embrujo y las ganas de continuar celebrando esta fiesta de convivencia (abierta a la nostalgia) y despedida a los alumnos de Cou, cuando declina en otros centros. Me parece apropiado seguir manteniendo ese diálogo festivo con padres que no han pasado por el centro, con alumnos que se van con el rostro encendido, con profesores que han procurado prestarles su ciencia y su amistad.

Puedo decir que uno ha tenido la edad suficiente de haber visto cómo fatuos individuos pasan por celebridades; cómo, tras la máscara de la pureza, se esconde la negrura y el engaño de la hipocresía; cómo, bajo aparentes honestidades, habitan buitres dispuestos a comer joven sucia carroña. Sin embargo, aún sabiendo que parte de la humanidad se presta a consideraciones negativas, pese a que digan que se le da pábulo al botelleo, que forman los jóvenes una panda insolidaria y gregaria, una patulea de animales, hay que creer en ellos porque son nuestro futuro, el único que tenemos. Y por eso, puntualmente, cada año, desde hace muchos años, acudo a la cita.

(7-6-1999)

LA DIRECCIÓN

A menos de un año para consumir mi periodo de legislatura como director, a más de trece (mal fario) años de distancia de haber tomado posesión democrática (por sistema electoral) del cargo, leo en la prensa capitalina que los profesores, con buen criterio y no poca cabeza, se resisten a ocupar tan delicado cargo, hasta el punto de que la administración ha llegado a designar a dedo nada menos que al 65% de los mismos en el curso académico 1997-98 (algo menos en el siguiente), lo que indicaría que la enseñanza, granero de muchas depresiones y algunas frustraciones, goza de buena salud mental, si tenemos en cuenta que se hace mejor elección que la que hice en el lejano año de 1986, año en el que subido a la parra del deseo cultural, me atreví a pisar la otra realidad, mucho más completa, a dar un paso del que se sale con otra concepción global de la existencia y, muy especialmente en el campo educativo, de la enseñanza, un frente bélico tan complejo como la guerra de los Balcanes. Ver la corrida (con los problemas que surgen) desde el balcón de la presidencia reporta un manantial de experiencias positivas junto a un verdadero surtidor de amargas referencias. Es como ver el refinado cuello del cisne blanco así como las tripas negras del bello toro tras la corrida. Tocar el oro y la mierda al mismo tiempo, Lo mejor y lo peor.

Dicen las encuestas que el absentismo directivo, en crisis desde su mismo nacimiento, viene provocado por la intencionalidad de evitar ese estado de ansiedad que proporciona la responsabilidad, y que tal situación de pesimismo aumenta cuando se tiene en cuenta el creciente ambiente de indisciplina (cierto) y violencia (está al caer) en las aulas que aflora por aquí y por allá, especialmente en las áreas urbanas, sobre todo por parte de esos alumnos que han de estar en los centros de manera obligatoria sin que ni ellos ni sus padres lo deseen. Y mucho más, sigue el análisis, cuando el director percibe el desinterés de los propios compañeros (muchos de ellos quemados de mil años de rutina o de reformas urgentes y nocivas) y padres (que será analizado en un nuevo artículo) que se niegan a participar en la empresa colectiva que debiera ser una comunidad escolar.

El estudio aludido sigue indagando en la naturaleza de los problemas internos de las instituciones educativas generados por camarillas (hay centros con guerras civiles dentro que duran diez años mientras que en otras abundan los duelos al sol sin la Mengano por medio) las trabas administrativas, la sensación de falta de apoyo por parte de las autoridades, etc, que determinan asimismo que nadie opte por sentarse en un sillón de director que se queda a medio camino entre el todo todo y que por tanto comporta la nada.

El viejo cuerpo de la dirección profesionalizada fue engullido, zarandeado y sepultado en la transición política, probablemente al creer los bisoños rectores educativos que la dirección profesionalizada procedía de la antigua designación digital franquista, cuando la misma contaba con más larga historia, incluida la republicana. Los modelos europeos (especialmente franceses, ingleses y alemanes, con los que he dialogado en coloquios internacionales en años anteriores) se llevan la mano a la cabeza cuando, aparte de algunas realidades educativas españoles, les recuerdo que cada cuatro años los directores han de pasar la dura realidad de las urnas y velar armas (con la consiguiente dependencia de los votos que conllevan ocultaciones) para acceder a la plaza. Y se pasman de que el voto del alumno pueda ser decisivo en la designación del director.

Allí, en los países de nuestro entorno, se nombra de manera distinta, tras concienzuda carrera dentro del engranaje educativo, cuando se ha demostrado que se está maduro para desempeñar un cargo que exige conceptos morales, éticos y pedagógicos no al alcance de cualquiera. De todas maneras, decidan lo que estimen las autoridades, no pienso perdurar en el empeño por razones que precisarían un ramillete de nuevos artículos.

(13-9-99)

EL PATRIMONIO

(Para Pepe Vidal de Labra)

Por hace o por be, sea porque yace olvidado y marginado de lo que debiera ser adecuado uso, sea porque no importa qué intruso cada año acaba señalándole destino singular, casi todos los años me he de referir al importante patrimonio científico y educativo que atesora el Instituto Alfonso X El Sabio, un centro que ha conservado de la mejor manera posible (y no es poco en medio de la desatención que siempre ha existido) un riquísimo patrimonio de Ciencias Naturales, una importante colección de aparatos de Física, una rica biblioteca y un material ingente de documentación educativa (muchas de ellas se inicia en 1837) que debiera, tal y como he clamado en diversas ocasiones, acabar en un Museo de la Educación (en donde se trabajara en experimentación educativa) y con los viejos materiales como libros de textos, planes de estudios antiguos, mucho más que en segmentos de ocio o diseños curriculares que sólo valen para incrementar créditos y puntos en la mayor parte de las ocasiones. Se aprende más cuando se mira hacia atrás que cuando sólo divisas porvenir.

No hace mucho se recibió la llamada de socorro de un Instituto francés –Rennes, capital de la Bretaña– para que participáramos en un programa común que tiene por objeto, entre otras cosas, poner de relieve –como ellos dirían– o salvaguardar los patrimonios de esos viejos institutos que, tal como el nuestro, fueron creados en Italia, Rumanía y Francia (no sabemos la causa de la ausencia de ingleses y alemanes) hace ya más de 150 años. Y confrontamos material, documentación, opiniones y hasta soluciones para hacer frente al futuro de esas reliquias que se han salvado, aunque con las heridas del tiempo, de naufragios y muertes.

No era yo excesivamente optimista con respecto a estas reuniones cosmopolitas que aspiran a mucho y se quedan en nada (recuerdo de una de ellas en la que pretendíamos conseguir un pasaporte educativo común europeo y acabamos todos y cada uno de los siete países convocados hablando de nuestro

sistema educativo y los españoles, para incrementar la hoguera, de nuestras respectivas autonomías o nacionalidades, que uno termina por no saber a qué jugamos). No fui a las bretonas nieblas –luego resultó que en lugar de brujas me salieron oleadas de calor que brotaban suavemente de aquellas praderas verdes– con muchas esperanzas, pero regresé con ilusión, embarcado en un proyecto común que nos puede deparar satisfacciones más amplias en un tiempo no muy lejano.

Bastaría decir que hay ya personas que no sabían que existiera Murcia en el mapa del mundo y que ya han manifestado su deseo de conocer in situ tan rico patrimonio. Y no son pelagatos ni turistas ocasionales que siempre se encuentran en los Institutos a la caza y captura de un viaje. Se trata de profesores avezados en diversos campos los que se han interesado por ese legado que pacientemente aguarda una mano generosa que lo saque de su ostracismo, no sé si la batuta de un político humanista o la varita mágica de un científico. Y si importante resulta la visita, mucho más importante es la posibilidad de intercambio entre personas interesadas en que el futuro sea correctamente entendido desde ese pasado que vivieron otros.

Y fuimos allí, como iba diciendo, los institutos españoles de Santiago de Compostela y Segovia, lógicamente el Alfonso X, asistidos (o eso espero) por el programa Comenius a fin de intercambiar experiencias, información y posibilidades sobre uso, mantenimiento, divulgación y difusión de esos materiales que yacen en subterráneos, han sido mutilados, se perdieron o permanecen erguidos, bien dispuestos a dar guerra si necesario fuera.

Murcia, y es ya casi mi postrera indicación, estrena autonomía educativa y cuenta –no ya el Instituto Alfonso X– con ese tan rico legado –no pocos fueron los que mostraron su incredulidad de que fuera posible tan grata herencia– que ha de servir para hacernos reflexionar incluso sobre cosas e instrumentos que aparentemente para nada sirven, pero que explican apropiadamente lo que ha sido la vida educativa en muchos pueblos del mundo. Y Murcia, tan pobre en tantas cosas, es una auténtica mina de oro en todo ello, pero una mina que no ha tenido la explotación que podría hacerse de tanto recurso.

(27-9-1999)

De tiempo en tiempo sale en la prensa estadísticas en las que se detalla la debilidad que sienten nuestros jóvenes, como bien se sabe, al botelleo, especialmente en los fines de semana, al tabaco, casi a diario, y a otros juegos y ritos de iniciación que de momento reduzco a los meramente recreativos o lúdicos como el fútbolín, el billar o las máquinas electrónicas que son, según parece, los que preocupan y ocupan a nuestros jóvenes mozos, partidarios todos de engarzar con la informática, enrollarse cumplidamente con la música pop (en inglés, si es posible) y de frecuentar las tinieblas de la noche, mucho más que otras claridades.

Cabe decir que las directivas de los centros educativos han de redactar un proyecto en la que se deben indicar las condiciones sociales en las que se halla inserto el centro en cuestión. Sin contar con personal de estadísticas, los comisionados han de elaborar un informe en donde se pormenoriza sobre las clases sociales que conforman el barrio en donde está ubicado el recinto educativo, se sutaliza sobre aspectos educativos y hasta se diseñan los menús educativos que se han de comer más tarde los jóvenes logseños, con más o menos apetito, pero siempre voraces.

Y hasta ahora nadie se le ha ocurrido pensar en introducir en esas memorias que aducen los entornos, la verdadera realidad de los centros educativos, instalados por esos misterios de la vida, casi pared con pared con instalaciones bien dotadas para practicar todos los juegos, como una buena, fácil y cercana invitación para que el alumno olvide la austeridad que impone el estudio, la disciplina que impera en los años escolares, y se dedique al noble arte de introducir blancas pelotas en la portería del arquero cojo o del portero rojo chillón. Ya digo: bien cerca al colegio o instituto siempre se impone la presencia de unos poderosos locales recreativos en donde pueden ir a recalar aquellos alumnos que llegan tarde a la primera hora de la mañana, los que se entretienen más de la cuenta tras el recreo, o segmento de ocio como se le llama ahora, y que bien pueden dedicar parte de la hermosa jornada a hacer carambolas artísticas o tacadas de estimable consideración. Sea el tres bandas

o a blasonar con la corbata, basta una pequeña partida para hacerles olvidar sus otras obligaciones.

Y, paradojas de la vida, siempre un estanco a escasos metros o millas. Uno, que ha de vérselas y tenérselas para hallar viuda de militar que regente garito apropiado para comprar sellos, por esas peculiaridades de la singular vida española siempre halla, junto a un recinto educativo, un buen espacio en donde se despachan toda clase de paquetes de tabaco, quinielas y papel del Estado. Y si por esos milagros de la vida, no apareciera el susodicho comercio, siempre estaría allí el quiosco de frutos secos que, sin permiso oficial para expender tabaco, siempre tendrá a mano ese conjunto que va siendo fragmentado y vendido en unidades o por parejas, que desde siempre ha sido más grato fumar en compañía.

Y apuesto que si falta un estanco, un quiosco de lo que sea o unos juegos recreativos, siempre habrá por la zona un bar o club que reúna las condiciones necesarias en donde dialogar tras dos horas de lucha con el programa, un garito para despachar pequeños refrescos matutinos que más tarde, tal como van oscureciéndose las luces del día, tornasolan esas bebidas a las que tan aficionados se muestran nuestros herederos. E incluso, si ocasión o atención le prestan, verán las importantes rebajas que les ofrecen desde todas las posiciones. Pregunto: ¿Y si no son los jefes de estudios los que conceden tal gracia, quién es el guapo mozo que expende la gracia de la licencia de tal enjundia bien cerca de los centros educativos? ¿Cómo es posible que proliferen tales locales y en tal cantidad en torno a un centro educativo? ¿No serán los mismos que más tarde se lamentan de lo mucho que soplan nuestros muchachos, de lo temerario que resultan sus conductas, de lo aficionados que son a respirar en espacios herméticos y cerrados? ¿Seríamos capaces de decir que somos nosotros los que los colocamos en la antesala de excursiones a lugares más peligrosos?

Haría muchas más preguntas de esa naturaleza y de otra índole, pero de momento me basta con que se den una vueltecita por los alrededores de los centros y comprueben la veracidad de lo que les cuento. Seguro que me dan la razón.

(15-11-1999)

¿QUÉ QUIERES SER DE MAYOR?

(Para Juana Madrid)

Era la pregunta que se nos preguntaba por parte de los abuelos, papis y antepasados y toda la parafernalia – tías abuelas, tías segundas, tías lejanas, primas primeras y primas inter pares– que se reunían en torno a una enorme familia frondosa de ramas, como las higueras, por todas partes. Bastaba apenas que despegaras dos milésimas del suelo, tuvieras tirabuzones de oro en la frente, la inocencia en los ojos, y no tuvieras un dedo de frente en el entendimiento ni un pelo en el sobaco, para que se arremolinara todos en torno a tu frágil entidad para que fueras sometido al interrogatorio. Muchas veces más tarde, me ha recordado mi madre aquella surrealista respuesta que le di en su día a no se qué precursor de la moderna psicología cuando me hizo tan manida pregunta de lo que quería ser cuando de mayor fuera: “cura, toro y torero”, así los tres seguidos, parece ser que dije en un ya primer intento de desconcertar al juicioso inquisidor de los destinos humanos.

Como bien saben, mis malos pasos no me guiaron ni me llevaron de cabeza al Seminario, adonde fueron a poner sus huesos muchos de los mozos jóvenes que sintieron algún día en sus venas la llamada divina y la más humana de obtener el bachiller. Torero, para desgracia de Antonio Parra que ahora estaría haciéndome jugosas entrevistas, tampoco he podido ser, antes bien he despotricado, como iluminado del XVIII, contra tamaña fiesta que tan poco arte proporciona. Y lo que sí he conseguido ser de tiempo en tiempo ha sido torico bravo que se crece cuando lo empuyan, pero nunca he sido indultado ni se me ha permitido en modo alguno contraer nuevas nupcias con vaca campera ni hacer de sultán o semental en efímera cabaña.

Pero voy a dejar viejos recuerdos, pequeños traumas y posteriores reflexiones, para centrarme en una encuesta que un tutor de la E.S.O. ha realizado a los 30 mozo/as (ahora el Ministerio de Educación tiene la costumbre de transcribir los sexos de esa manera) que componen la totalidad del curso que

pastorea con vara y cayado. El susodicho, en su afán de conocer a fondo los resquicios de sus tutorandos, incluyó la tópica (las preguntas, como los miasmas y las moscas, se trasvasan de generación en generación) de qué querían ser cuando fueran mayores, hubieran terminado el muro berlinés de la ESO, y estuvieran dispuestos a enrolarse en la tripulación del mercado (y nunca mejor empleado este término, tal como se tendrá ocasión de saborear).

El tutor no salía de su asombro cuando, una noche (y de estas noches bien poco saben los padres de los alumnos), ya en su casa, leía las respuestas que dieron sus treinta alumnos/as, todos ellos en edad de catorce a quince años. 27 de ellos/as habían decidido tener el mismo oficio, la misma profesión, la misma condición cuando fueran mayores. ¿Y creen Uds que habían decidido ser médicos para ayudar a salvar cuerpos o misioneros para salvar almas? Pues no señor, ni uno solo se había decidido por los placeres espirituales ni habían optado por los quirófanos ni por los bisturíes pese al prestigio que esa profesión tiene en la sociedad. Tampoco, contrariamente a lo que se puede pensar, habían decidido hacerse políticos para confundir a la sociedad ni maestros para salvar a la tropa de la ignorancia. Tampoco notarios ni registradores, carreras de gran rendimiento si sales indenne de oposición tan espartana. ¿Pues qué eligieron los 27 mozos/as de la clase de mi amigo? Pues ser ricos, pero tan ricos como Rivaldo, Ronaldo o Rauliño, personajes vibrantes que andan arrastrando erres y millones por esos verdes campos. Nada de filósofos para descubrir la verdad, ni informáticos ni economistas que tienen futuro, a lo sumo –dos de ellos se inclinaron por lo menos por esa profesión– periodistas como José María García, J. Ramón de la Morena o Julia Otero que, según estimaciones, no deben tener nóminas muy alejadas de los nuevos directores ejecutivos de la Telefónica, de esos que fabrican en sus casas stock options.

Queda claro que la juventud murciana, aquí se hizo la encuesta, siente inclinación (¿podríamos hablar de vocación?) decidida por ocultar cuentas corrientes en Suiza, jugar en la bolsa, participar en pelotazos inmobiliarios o de infraestructuras como las del Ave, y salir en la portada de las revistas de colorines, única manera de alcanzar la cumbre de toda buena fortuna. ¿Hay o no crisis de valores?

(22-11-1999)

(Para el ciezano Pepe Marín)

Estábamos a comienzos de los sesenta en una Murcia recoleta, más pueblerina que provinciana. Venía yo, tras un silvestre bachiller repartido entre Águilas y Lorca, en tenebrosos y machadianos trenes, a la capital después de haber vivido con deleite aquellos días dorados de la infancia, días que se hubieran prolongado de no mediar un inesperado viaje fuera de nuestras fronteras (por entonces cerradas con férrea cremallera franquista) que me hizo abrir los ojos (por entonces bien hermosos, según mi madre) a otras realidades.

Llegué a casa de unos cariñosos familiares, ya desaparecidos, que me acogieron con el mimo de las ataduras atávicas. El territorio familiar estaba colmado bien pronto, no así la franja de los nuevos amigos, cada cual en su rincón, como los villanos del teatro clásico. Pronto, tan pronto se abrió el telón, desapareció el inicial temor a lo desconocido, el recelo ante la novedad: la escuela pública (entre otras virtudes) tiene la de hilar pelo de distinto cuño, la de unir sangres godas, moras y judías y la de establecer un sinfín de prósperas relaciones incluso para los tímidos, tal cual era cuando me encaramé en las aulas alfonsíes, en el viejo caserón del río, en donde un grupo de profesores como Luis González Palencia, Francisco Morote, José Cos, Rafael Verdú, desbravaban criaturas (becerros al tratarse de un centro educativo masculino) de diversa condición.

Y recuerdo que pronto se acreció la amistad con los miedos que deparaban las clases de un agriado profesor de Latín, impartidas todas ellas en el mismísimo salón de actos, en donde, subidos en sus altas perchas, dormitaban, bastante más que nosotros, su sueño eterno los retratos de las personalidades que había pintado Antonio Meseguer. Allí, bajo un altisonado oscuro, artístico y solemne, vivíamos cada día, a primera hora de la mañana, una pesadilla en donde sólo salía victorioso de los hexámetros Eneas, el hijo de Anquises. El profesor sembraba el pánico entre las tiernas filas, escrutaba con su fino

olfato los cabos de cualquier conversación y nos apabullaba con su estridente vozarrón. El resto eran ceros, suspensos y un rumor triste de latines muertos, estrellados en una letanía de fúnebres o bélicas traducciones.

Pero no todos los asuntos clásicos eran tan ariscos ni enojosos. Con Aquiles, el de los pies ligeros, y la guerra de Troya, nos iba mejor, así con Menéndez Pelayo, pese a ser carca a machamartillo. De vez en cuando, impulsados por el resorte deportivo de José Víctor Rodríguez, llegábamos a los verdes prados de la Condomina, cuando el equipo militaba en la división de oro y, acompañados de una trompeta de mortadela o salchichón, atisbábamos desde la grada a los héroes de los domingos dando cumplida cuenta del instrumento musical.

Pero no todas las escapadas tenían el mismo destino. Algunos, que llevábamos genes de tapete verde, nos dirigíamos a los billares Fontes o a Recreativos Alcázar, sitios ambos, cual suele ser habitual, cerca del Instituto. Allí, mucho más que las partidas con carambolas que siempre ganaba Pepe Fernández o Castillo, nos gustaba picar en las 31, ese curioso juego que consistía en ir derribando débiles palitroques que tenían asignado cada uno un número. Y si no se quería ir palo a palo hasta consumir la cifra mágica, los osados se la jugaban a la desesperada haciendo la real avenida de parte a parte.

No eran frecuentes, salvo excepciones, los novillos ni siquiera para visitar la delgadiana Isla de las Ratas. Los "puntos" volaban con facilidad y bastaba liquidar el crédito para tener problemas en lo académico, circunstancia que bastaba para preocuparse por las salidas que en muchas ocasiones nos llevaban a mocear con las gabardinas de Los Zagales o al jardín de Floridablanca, eje neurálgico en donde era posible la coexistencia educacional con las cuatro muchachas que por aquel entonces estudiaban en el Instituto Saavedra (actual el Carmen).

Pronto, con esas fugaces escapadas, fui intimando y cerrando esas amistades que, con el transcurso de los días, no se han agostado porque, entre otras razones, son las más generosas y desprendidas. Ahora, ya con abierta calva o con los cuatro pelos que prenden de la cima, todavía permanecen vivas, tan vivas como el recuerdo.

(29-11-1999)

F ORMACIÓN PROFESIONAL

(Para Yolanda Royo)

Leo en los periódicos y veo en la tele –privilegiado espacio que se elige para las grandes apuestas– anuncios favorables a la Formación Profesional, a fin, supongo, de alistar a muchos alumnos en sus filas, de seguro no tan saturadas como las del Regimiento Alfonsí en el que apuro mis días. Y dicen los que de esto saben que el Ministerio de Educación y Cultura se ha gastado pasta gansa (y no es frecuente que se derroche succulento maná en tierra pobre y austera) en persuadir y convencer al auditorio de las bondades de las 135 modalidades de las que se disponen en tales estudios. No hace mucho, un alto mando educativo al que bien aprecio, me contaba la extraña paradoja de que un biólogo que, tras mucho tumbo no hallaba trabajo, encontró, tras hacer un curso de formación profesional, un buen puesto de trabajo, anécdota que bastaría por sí sola para levantar expectativas favorables a la propuesta que se hace ahora.

Y hace tal apuesta el ministro Mariano Rajoy cuando se ha publicado en la prensa que raro es el alumno de tales enseñanzas que está en el paro seis meses más allá de cuando dejó la escuela, extremo éste que, como bien se sabe, se repatea con el tiempo que tarda un médico en tener plaza fija en un sanatorio (sume seis de carrera, uno de preparación del Mir, cuatro de prácticas, otros tantos de oposición, etc), los años de curre que ha de echar un abogado para entrar en un bufete y aprender las treinta técnicas y cuarenta leyes que hay que saber para ganar un pleito o, y no quiero apuntar a la diana de la enseñanza, los años que ha de echar un opositor con listas cerradas para sacar una oposición de Lengua y Literatura, Historia o Químicas en un centro de educación no secundaria, pongamos por caso.

Como nada se hace en vano, el Ministerio de Educación y Cultura pretenderá que sean muchos los jóvenes que piquen en el anzuelo, tal como ocurre, por ejemplo, en países como Francia y Alemania, lugares en donde tales enseñanzas tienen un prestigio inexistente entre nosotros por razones que bien quisiera

conocer. No sé si la campaña obtendrá resultados positivos y rebajará el número de alumnos de bachillerato, que es, según parece (todo me hace indicar que si se destaca una cosa es para ensombrecer la otra), lo que más eligen los jóvenes españoles, sea por el glamour que las carreras universitarias desprenden, sea porque poca gente aspira a colocarse el mono azul (si bien hay connotaciones poéticas en tal prenda hernandiana, las hay también de sabor proletario) como uniforme de trabajo. Parece ser que el español, descendiente de linajudos e hidalgos varones, prefiere acudir al trabajo con chaqueta y corbata antes que como obrero cualificado; o que busca el confort de las aulas universitarias antes que el runruno de los motores, la luz atosigante del soplete o los asientos en los libros de contabilidad compuesta. Y no sólo son los chiquillos los que optan por los campus universitarios, son las familias las que apremian en tal elección desde la más tierna infancia. ¿Quién no ha querido, incluido yo mismo, que su hijo sea pomposo ingeniero de Puertos, Caminos y Canales? O en su defecto, economista o informático de primera línea, que son, junto con Telecomunicaciones, los bombones universitarios. Legítima aspiración de los deseos que, como bien saben, no se corresponden con lo que más tarde ocurre en la realidad, siempre tan deformada y deformadora de ilusiones. ¿Y qué lleva al Ministerio, padre de varios hijos, a legar su herencia a uno de ellos olvidando a los otros?. ¿Se trata de una estrategia para conseguir que haya menos universitarios (caros, críticos, con pocas salidas en el mundo del trabajo) y aumenten las filas de los trabajadores cualificados? ¿Se persigue que las aulas vacías de la formación profesional se pueblen con voces y trinos?. ¿Nos sobran licenciados a raudales? ¿Hay necesidad de buenos artesanos y obreros que ocupen de inmediato los puestos de las empresas? Pero podemos hacernos nuevas preguntas: ¿Acaso es que están más profesionalizados unos centros que otros? ¿Se debe a que los centros privados y concertados apenas tocan el mundo del trabajo? ¿Cómo, teniéndolo todo en contra, los centros públicos de bachillerato están funcionando a todo tren, tienen que rechazar solicitudes pese al descenso de natalidad? ¿No se están creando universidades por arriba a destajo y con papel de fumar y se pretende cerrar el grifo por abajo? ¿No estaremos lanzando mensajes contradictorios en educación?.

(20-12-2000)

VIAJE DE ESTUDIOS

(Para Ovidio Bañón y Luis Luengo)

Todos los años, cual tradición bíblica, los estudiantes de Cou de mi centro deciden hacer un viaje de estudios para, entre otras cosas, celebrar que se jubilan de la enseñanza secundaria, a la espera de que más tarde les llegue el viaje del Ecuador, en el meridiano de la carrera e, incluso el viaje fin de fiesta (o de carrera) que será el que le corte las orejas al lobo del aprendizaje.

Hay mucha gente que piensa que tales viajes no son de estudios ni culturales. Debo decir que los he frecuentado, sobre todo en aquellos años en los que uno podía refregar su cuerpo durante 24 horas seguidas contra el duro respaldo de un asiento de autobús y no hablo en estos momentos de la caricia y la ternura gatuna que se consigue durante las largas noches en las que las piernas chocan contra el muro anterior. Antiguamente, los alumnos españoles, hijos de una tribu africana, se conformaban con viajar a los verdes de la cornisa costera, a las verdes costas gallegas, a donde llegaban tras desbravarse por esos embarrados caminos. O les bastaba recorrer dos o tres de las alegres capitales andaluzas para sentir que se abrían a la vida y al arte, al duende lorquiano o la cultura mora. Ahora ya no, insitos en la Gloriosa Comunidad Europea en donde rueda el euro, les has de ofrecer París o Roma como mínimo, si acaso con la coletilla de Brujas o el apéndice de Venecia, para ponerse en ruta. O Londres (ya despejada de niebla y misterio) o hasta Praga con su puente, ya que hasta la tumba de Kafka emigran nuestras jóvenes gaviotas, ansiosas de volar largo, de tender sus alas por confines lejanos.

¿Y cómo son los españoles en ámbitos extraños? ¿Se comportan con la educación que exige la etiqueta o se creen con derecho a imponer sus rudas y bulliciosas formas juveniles? Debo decir, sobre todo, que el español es ruidoso por nacerencia y herencia, incluso, según cuenta el clásico, venimos al mundo lanzando terribles berridos y morimos entre bramidos. Hablamos, y seguimos

conectados a las resonancias, más alto que el resto de los europeos, gentes que intercambian información por medio de susurros y no por gritos, gestos o vozarrones, mucho más en la algarada estudiantil, presta a manifestar su alegría sin que se le sea demandada.

Hay quien cree que la elección de los viajes corre a cargo de profesores que procuran con esa medida conocer ancho mundo. Quienes así piensan no saben lo que supone sacar a la muchachada de la cama cada mañana, casi de madrugada, después de haber pasado con los ojos abiertos la espesa noche. Y no saben lo que es poner en circulación un apretado conjunto en donde cada pieza quiere andar a su aire, (a su libre albedrío se decía entonces) ni saben, obviamente, lo que es ejercer de celoso perro guardián durante las 24 horas del día, tan pronto como se descompone el enjambre y cada abeja, embutida en un humo galopante, decide viajar a célula distinta a la suya, a otra celda en donde le espera el amigo de turno, la amiga de ocasión, la pandilla de siempre. Y no es fácil, digo, entre tanto itinerario y curriculum educativo, regalar a cada moscardón con su ración de tarta. Hay a quien poco le dicen los artesonados, arquitecinos y cúpulas como hay quien viaja para saber el lugar exacto en donde se encontraron hechos tortilla los sesos de la princesa Diana, que la televisión hace furor entre las jóvenes masas, propensas más que otras al mimetismo. Hay razones oscuras para cada cabeza y no vamos a ser nosotros ahora los que descubramos los secretos de la mente.

Es cierto, sin embargo, que las relaciones se han endurecido en los últimos tiempos y son los alumnos (sólo con derechos y sin casi obligaciones) los que quieren marcar territorio, ver más que aprender, divertirse más que verificar, hacer fuera lo que no hacen dentro, bien que la realidad les enseñe que las costumbres ajenas no sean las suyas. Para mí lo más negativo sería la escasa conciencia (que sería la misma que la de la sociedad en la que viven) que el joven español tiene de la libertad del otro. Entran a barullo en los hoteles, procuran vivir la noche, no les importa que los huéspedes y los empleados se quejen y obligan a sus profesores a vivir la noche como gatos en celo, aguardando a que se abra la puerta de una habitación, evitando que todos arañen en la misma telaraña.

Y pese a quien pese, juzgo positivo la salida hacia otros ámbitos. Hasta aprenden que los pueden poner de patita en la calle, con los bártulos en la acera y cobrándoles los desperfectos; que es preciso abrir los ojos para abrir el espíritu. Y juro que lo aprenden.

(7-2-2000)

CONDUCTORES

Recientemente, en algún otro artículo, me he referido a los viajes fin de estudios que efectúan los alumnos de los centros educativos y a la posible polémica que encierran: si son culturales o simplemente una válvula de escape para dar rienda suelta a los instintos (casi salvajes en la mocedad). Si vale la pena llevarlos a la cuna de la democracia (adonde llevan sus gritos y ásperos modales) o conviene dejarlos en casita, sin que tengan ocasión de abrir los ojos a otros ámbitos.

Pero no me voy a referir en esta ocasión a esa problemática que acompaña a todo viaje estudiantil. Prefiero, sin embargo, en esta ocasión referirme a la dura labor que efectúan esos sufridos señores –que pueden llamarse Antonio o Domingo, Paco o Juan– a través de un largo trayecto que comienza tan pronto como le dan con el látigo de la llave al motor y el tubo de escape del autobús ruge aceleradamente. Apenas se han encendido las luces de los faros o las hogueras de la calefacción, cuando una veintena de jóvenes estudiantes se agolpa en la parte delantera a fin de que sean perforadas sus cintas para que brote de sus adentros un maná amargo que huele a pescado podrido, una especie de bacalao en descomposición, ritmos alocados y dispersos, africanos o bárbaros, celtas o minnesotarios, gritos tarzanescos o estructuras dislocadas. Y han de tener harta paciencia los conductores porque el penetrante olor en descomposición (que no en salmuera) se prolonga a lo largo de las muchísimas horas que dura un viaje de estas características en las que se pretende ver Milán en veinte minutos, Venecia desde el puente de los suspiros y Roma o París en día y medio de estancia.

E inmediatamente se han de colocar otro cilicio en el cuerpo los esforzados rutereros, casi tan atentos a las cornadas del tráfico como a las punzadas que proporcionan las heridas de las dulces melodías juveniles. Tan pronto abandonan los norays del puerto, los alumnos se marchan a colocar sus gruesas maletas o enormes sacos en los vientres de los hoteles, pero los conductores, al acabar la jornada de trabajo, han de barrer su casita y, cargados de escobas,

se aplican a la doméstica tarea de recoger los muchos papeles, chicles y gomas que en el suelo han dejado los mozos.

Y cuando llegan a un lugar, bien les gustaría marcharse con la muchachada a visitar lugares, sitios, monumentos, templos románicos o iglesias góticas. Pero no pueden. Su misión es custodiar, escopeta al hombro, su herramienta de trabajo, la novia a la que tanto cortejan, rondan y quieren, a la que se sienten unidos por un amor que puede llegar a la desesperación, un amor de los de antes. Son como hombres pegados a un ingenio mecánico, a un artilugio semejante a una enorme y molesta cucaracha. Y no pueden abandonar la garita ni la hora centinela –también llamada imaginaria– porque han de esperar la puntual llamada de la tropa, la señal acústica que les indica el cambio de tercio, la modificación butoriana, el que salte la chispa que activa el móvil al que siempre permanecen amarrados.

Y son duros y fuertes como soldados, forjados en recia disciplina que ya ha desaparecido, acostumbrados a mantener abiertos los ojos, a luchar en el cuerpo a cuerpo por abrirse paso en las trincheras urbanas –otros la llaman jungla o selva– en donde se lucha por un centímetro, en donde llegar al punto de destino es tanto materia del azar como de la sabiduría. Aunque desempeñan fino oficio (la destreza en la conducción y la finura en el oído) han de estar a las duras y maduras y algunas de ellas conlleva incluso pasarse dos largos días en vela luchando contra el cansancio o la pesada costumbre. Y siempre, atentos al volante, esclavos del tacómetro, prestos a auxiliar a quien lo necesita, intercambiando solidarios saludos con todos aquellos que, como ellos, viven en la carretera en todo tiempo y ocasión, incluidos fechas señaladas en rojo en el calendario.

No sé si ganan mucho o poco, si abundean o escasean, pero desde hace tiempo siento admiración por todos aquellos amigos conductores –que decía la canción– que nos llevan a los sitios en donde habita la belleza que ellos no disfrutaban (Luego, más tarde, recuerdan las bellas ciudades por el sitio andrajoso en donde lograron aparcar). Sometidos a los imperativos empresariales, cocineros por necesidad (¿qué tal un cocido con tocino y chorizos en París y unas migas con tropezones en Roma?), dignos son de recuerdo en este momento en el que me alejo de esos viajes casi para el siempre jamás.

(14-2-2000)

DOS ESCUELAS

(Para Juana García Izquierdo)

Han pasado muchos años desde que abandonara las aulas de la escuela, un tiempo que, dada la larga distancia que nos separa, siempre queda aureolado por el nimbo dorado de la nostalgia, por el mal olor que desprendían aquellos primeros lances de cagón monjil, poco antes de pasar a la escuela pública en la que recuerdo a estupendos maestros como don Rafael Rivas, don Emilio Lázaro o don Ginés Mula, y a otros tantos que se llevó el frío viento de la vida.

Han pasado muchos años, tantos que da miedo hablar de la leche en polvo y del queso americano, dos condimentos adosados al apartamento de la primaria en la dura posguerra. Por ello, y sin ánimo de olvidar del todo a otros varios maestros que podría citar –doña Amalia, don José Martínez Flores, don Mariano– prefiero ceñirme en estas líneas a las dos corrientes pedagógicas que han existido –y persisten en la actualidad con algunas matizaciones– a lo largo de los años, y si no son dos procedimientos, serían como maneras o métodos distintos a la hora de encarar la relación con el siempre inquieto alumno, no importa mucho que ocupe asiento de parvulito o silla de coué en extinción.

Si abordamos los caracteres sin rodeo, diría que he tenido la ocasión de seguir a dos tipos de profesor en mi vida de pupilo. Pasé por el aro de la línea dura, bien guarnecida de úlcera y estaca, malos humores, palmeta y regla para hendir y cuartear las líneas y venas de la mano. De maestros que ponderaban, aparte de las razones del miedo, las razones de que la letra entraba con sangre, presente en el recuerdo de muchos escritores que la han evocado en sus escritos posteriores. Los que así se comportaban seguían reglas estrictas, marcadas por el rigor espartano y la orgullosa tiranía del que posee la sartén por el mango. Enemigos del diálogo, basan su estrategia educativa en construir alto muro entre dos partes enfrentadas en el ya de

por sí complicado campo educativo. La clase, entre pánicos y terrores, se convierte en trinchera o campo de batalla.

Los tuve afortunadamente de los otros, de esos que, tan dotados de sabiduría como los anteriores, preferían otra manera de practicar el arte de enseñar, un arte que no se acaba nunca de aprender del todo. De aquellos que preferían transitar los caminos de la dulzura y que anteponían el optimismo y desplegaban ante los alumnos la bandera airosa de la amabilidad. De los que antes que echar mano a la palmeta para atormentar a los torpes o a los que no cuadraban la suma, la resta o el dictado, elegían la senda de llevar una mano al sedoso y alborotado cabello del alumno lelo o torpe y añadían una palabra cariñosa disculpando los fracasos puntuales en la confianza de que podían ser reparados los fracasos y las equivocaciones. De aquellos que desplegaban abiertamente la sonrisa y eran condescendientes con la efímera estulticia o con la misma travesura, con la primera rebeldía o con la natural reticencia, recordando de paso aquellos lejanos días en los ellos ocuparon los pupitres y vivieron parecidos tragos dulces y amargos, confiando, y es lo principal, en que siempre hay un mañana.

Cólera cruda contra blanda paciencia, palo o espera, clases en el bunker de los estruendos o en los estrados de la concordia, a mil metros de distancia o acercándose a la oreja del alumno. Una enseñanza que se practica con la severa disciplina y otra que juega con la comprensión de la niñez y la adolescencia. Dos maneras, por tanto, de encarar la enseñanza. Dos librillos para desempeñar delicada tarea. Con el trabuco o con la palabra cariñosa y comprensiva.

Y ahora, acumulados todos los sexenios en el carcaj de la enseñanza, tengo la intuición personal de que hay dos escuelas pedagógicas muy desarrolladas en el amplio de la enseñanza española a través de la historia sin que me atreva a definir cual de ella impera, triunfa o arrolla. Tras alguna experiencia (con lo que a veces retrocedes en sabiduría) puedo, no sin ciertas reservas, decir que la tipología del profesor –ya fuera del uso de armas, golpes o amenazas– no difiere en gran medida del que existía en tiempos del cólera. La del profesor que se mueve a la defensiva, el que levanta el muro, dispara balas, arroja flechas, suspensos a mantas, granadas de mano, imponiendo la ley seca del silencio o por el contrario aquel otro modelo que elige la aproximación al alumno, el diálogo, y saca la bandera blanca de la comprensión; aquel que rebaja las pretensiones para introducir algo más que pastillas y dosis académicas en el cuerpo y en la mente de los jóvenes. Dos maneras, dos corrientes, dos escuelas.

EL ESCALÓN SIGUIENTE

El siglo XIX, confiando en el petróleo del progreso y en el carbón de la ciencia, fue soltando lentamente humo por la chimenea del tren de la historia. Lento y pacífico, sólo acelerado por el plomo a la sien de Mariano José de Larra y por los trinos que le envió Bécquer a las golondrinas que siempre volvían, resultó un siglo estable, apenas quebrantado entre la acartonada estética carlista y los golpes bajos de los liberales, la genética de la sangre y la evolución de las especies. Hubo desesperados jadeos y gritos estridentes, pero todo sucedía en el interior de los teatros en donde se representaba el Tenorio, en los salones, nunca en las calles. Luego apareció el tipo y la costumbre, las regiones y el chipirín folklórico y el siglo se disfrazó con las máscaras de las autonomías.

El siglo XX, por contra, amaneció pitando, con el coche de la escudería Marinetti soltando gas como un condenado por el estrabismo picassiano, por las pistas vanguardistas, tropezando con las puntuaciones, reglas ortográficas y en los escalones de los lánguidos museos. Un siglo que nació mareado, con vómitos continuos por todas las calles y esquinas, con angustias constantes de embarazada y vacíos por todas partes, como si el universo estuviera repleto de agujeros negros o estómagos perforados. Con hiel y marcando el centurión paso atlético, trotando en el alambre de la fuerza y el empuje, fue fascista, dictatorial, derramó cadáveres por todas las cunetas del mundo, redujo a cenizas a los judíos y polacos y se olvidó de las teologías. Lo peor fue su viaje al corazón de la mente, turbia y negra, su escapada hasta la raíz última de los sueños. Un viaje a la oscuridad de los tiempos. Y además, las multinacionales cotizaron al alza en la subida y bajada de los valores espirituales, de tal manera y modo que todavía prosigue la especulación.

El siglo XIX fue siglo tranquilo, pacífico, bonachón como Galdós, sereno y hasta objetivo, con apenas incrustaciones irónicas, dos onzas de anticlericalismo y un batallón defensor de las tradiciones seculares. Fue el siglo del tú. El XX se abrió con el yo y se cerró con el mío. El siglo en el que Proust se lanzó a la tarea de encontrar por el azucarillo de la memoria sus yoes disueltos en los recuerdos. Amaneció con utopías que se vinieron abajo y acabó, dicen, con el

muro de Berlín, cuando la economía se impuso a la geografía, cuando se barrió con la escoba el campo de las ideologías.

¿Qué será de nosotros tan pronto acontezca el 31 del año 2000 y entremos por segunda vez, con marcha triunfal de los hoteleros y agencias de publicidad, en el siguiente milenio? ¿Seguiremos instalados en los parámetros del XIX, atados al corazón romántico y a la razón científica o nos anegaremos en las aguas irracionales, fragmentarias y relativistas del XX? ¿Habrá escuela, institutos y universidades o el conocimiento se adquirirá en la calle, en la tele, con los bellos discursos transparentes de las modelos o con los eléctricos mensajes que envían desde el púlpito olímpico los astros del balompié? ¿Seguirán existiendo Platón y Aristóteles o construiremos una hermosa república bananera gobernada por las siete magníficos que controlan el comercio y la industria? ¿Trabajaremos en las casas, delante de la ventana internauta o al lado de la pantalla del televisor? ¿Seremos masas gregarias que vivamos en los rascacielos urbanos –seguro estoy que no quedará hortelano que cuide el huerto con mimo– o dioses de nosotros mismos, sin hablar con nadie, dueños de nuestros grandes destinos narcisistas?

Antiguamente hablábamos los profesores –esos seres que perturban la creación con sus taxonomías– de la ley de las generaciones históricas, del embudo, del péndulo, de asesinar al padre y de todas esas mamarrachadas que nos servían para indicar que somos dados al orden o a la aventura, a la intuición o a la razón, a creer en los dioses o en el hombre. Hoy en día, que sólo creemos en el quinielón o en la primitiva, en el pelotazo y en el informal, incapaces somos de predecir lo que nos (os) tiene reservado el siguiente escalón de la raza española, y por ende la europea, una tribu dispersa, mudable, cambiante, casi tanto como ese barón que iba de árbol en árbol, de rama en rama, sin poner los pies en el suelo.

Hay quien, leyendo la historia, fabrica el futuro. Hoy ni éste se sabe leer. Entre otras cosas porque hemos vuelto a ser analfabetos totales, ciegos, mudos (por falta de la palabra) y riesgo corremos de ni saber pensar.

(1-5-2000)

D E LA LITERATURA

(Para José Luis Martínez Valero)

Han cambiado mucho los tiempos a lo largo de estos treinta años en los que, como tantos profesores, he procurado enseñar literatura española, una asignatura tan abierta y polivalente (mi admirado José María Pozuelo hubiera hablado de la semiótica de signos que conlleva) que para enseñarla adecuadamente se precisa que el profesor que la imparte, incluida la historia literaria, supiera su poquito de historia y su algo de filosofía, su partecica de retórica y su pizca de arte, su mínimo de sensibilidad y un cuarto de gusto por la palabra. Y no con ello agotamos todo aquello que hay que saber para adentrarnos en sus primorosos territorios. En los primeros tiempos, ya lejanos, nos enseñaron la literatura desligada de la herramienta con la que se construye. Aunque sea partidario en última instancia de separar la lengua de la literatura en los estratos inferiores, dos materias geminadas que pueden independizarse y vivir con plena autonomía, en aquellos días de los que hablo, prevalecía el criterio historicista en el que las clases del Bachillerato se limitaban a ser una especie de recopilación de reyes godos puestos en fila india, unos reyes de los que el alumno debía saber de corrido dónde habían nacido, cuántas hijas habían nacido y criado, cuantos bastardos había dado al mundo, qué géneros o modalidades había criado en su ganadería, sin que importara mucho ni nada tener idea del texto, antes bien sin hacer uso de él. Hubo día en el que el empollón sin sensibilidad de ninguna clase podía sustituir, cual papagayo, a quien tuviera el don del deleite artístico. Se valoraba más el valor de la ciega repetición que el de la lectura de los textos que habían escrito los famosos que aparecían nombrados en los libros de texto.

Y se salió de aquella etapa en la que se obligaba a recordar fechas de nacimiento del autor, las mil quinientas obras que había escrito Lope de Vega (menos mal que no se nos sometía al tormento de recordar todas las mujeres que se ligó ni los nombres de los hijos que dejó por los caminos) y hasta los

asuntos de las novelas, para entrar en aquella trampa seducea de creernos que bastaba conocer los textos antológicos de los escritores considerados cimeros para transmitir al alumno el sublime orgasmo del conocimiento artístico y literario.

Así que de golpe, sin quererlo ni beberlo, habíamos pasado de la memoria a la antología selecta y escogida, del balance interminable al matiz concreto, de la larga historia al comentario breve al que se contestaba rígido formulario de preguntas interrogativas. Y más tarde se puso de moda o dar largas cabalgadas por los periodos literarios o hacer lectura completa de ocho o nueve obras de autores representativos que eran descuartizadas en clase, analizadas en sus partes mayores y menores.

Ahora, en estos momentos y sin que casi nadie clame en medio de esta grande olla de grillos que es la enseñanza, hemos llegado a ninguna parte. Ya no se estila, como dice la copla, la literatura en los estudios y la que existe está tan al final del programa –tras la morfología y la sintaxis, tras la preceptiva y la retórica, la semántica y la métrica– que resulta imposible enseñar ni siquiera que tuvimos períodos literarios, escritores punteros, novelistas de garbo y salero y poetas de tronío. La literatura, aunque nadie lo haya dicho hasta la fecha, la han arrumbado en el rincón olvidado de las humanidades, junto al orín donde yacen oxidadas las armas del Quijote. Aquella vieja historia de la literatura ha sido pasada por la turmi de las mutilaciones, triturada en el frágil, enano y liliputiense bachillerato que nos ha nacido entre las manos hace apenas unos años. Para encontrar un profesor de literatura comparada habrá que salir con lupa de aumento por la jungla universitaria. Para diseccionar en clase un libro durante tres meses, para sacar cuchillo y tenedor para devorarlo, se precisaría de un tiempo del que no se dispone. Así que ni siquiera se despliegan los manteles de la literatura.

La lengua se ha devorado a la literatura. En las escuelas e institutos la batalla entablada es con la coordinación y la subordinación, no con la batalla de Don Carnal y doña Cuaresma ni con el amargado y cínico Lazarillo. Los antónimos y las conjugaciones se han jalado el fuego y el hielo petrarquistas. Los predicados se avalan las desilusiones barrocas y engullen la ética neoclásica de aquellos que planearon una utopía racionalista. Ya no podemos disfrutar con las desesperaciones ni los gritos a la luna de Larra y seguro estamos que, de seguir los derroteros actuales, nos quedaremos con un leve aperitivo sin participar en ningún banquete.

(8-5-2000)

E_MPLEOS

Ha querido el destino que en poco tiempo haya sondeado el mercado a la caza de un puesto de trabajo tanto para una persona que rebasaba los cincuenta como para otra que no llegaba a los treinta. Alejado de la lucha por la vida, no andaba yo muy curtido en esta danza que es buscar un nido laboral en donde poner el huevo. Algunas veces, en contacto con tropa ajena a la educativa (que se cree relegada en sus emolumentos y castigada en prestigio), me había acercado a otros guetos a fin de tener noticia de cómo rodaban los bolillos del engranaje laboral. Pero fueron indagaciones incompletas, averiguaciones de poca monta, más por curiosidad intelectual que por imperativos categóricos, ganas de saber si la verdad residía en la palabra del político (que siempre suele mandar un mensaje de optimismo aunque haya menos puestos de trabajo que agua de riego en esta región) o en la desesperanza del joven que se cansa de ir de oficina en oficina de empleo. Llega un partido político y dice que ha creado un millón y llega el siguiente y dice que en corto trecho alcanzará el doble. Y si hubiera un tercero en la reserva, seguro que prometía triplicar las cifras con la seguridad que proporciona el divagar sobre la realidad, una realidad mucho más compleja de lo que parece, sobre todo cuando metes el hocico en el ajo, tocas la bolsa y te hueles la verdad que no es otra de que no se atan los perros con longaniza para sintetizarlo en una frase que bien se conoce por todos los andurriales, desde el despacho en que se asienta el poder hasta el pie del andamio en donde los albañiles (por cierto un sector bien pagado) paran a las once para echar el vale.

Oyes las noticias y no hay día en que no se diga que el empleo crece y crece y ruge como la marabunta. Que basta salir a la calle para que te llueva trabajo. Leemos las ofertas de los periódicos y se ofrece el oro y el moro. En la televisión se nos dice que se han generado puestos por un tubo, que estamos en la tasa más baja de paro del último siglo y que tocamos la luna o la tasa tres que, según parece, es mejor que la del cero absoluto. Que incluso precisamos de 200.000 emigrantes para cubrir el déficit de peonadas. Todo huele a paraíso terrenal. Mi experiencia personal, tras unos meses en husmeo, vuelve a ser

dolorosa, o todo el mundo miente (como titula Soledad Puértolas) o no hay tal bonanza. Más sombras que luces, bien que haya intereses en crear un clima de optimismo y bienestar. Pero vuelvo a mi experiencia personal, la que me ha brindado ir de un sitio a otro ofreciendo a dos personas de las que respondo plenamente en su preparación y seriedad. Para el mayor de los cincuenta, avalado por una larga trayectoria profesional en terrenos que se llaman incluso punteros, con muchos cursos en el extranjero, dominio de lenguas y 32 años de servicio en multinacional, nada se pone a tiro, antes bien, casi todos dicen "es tarea imposible", "a esas edades...". Y te dejan casi sin poder meter la cuchara en el guiso. Yo, al principio, pensaba que sería tarea sencilla tratándose, como se trata, de un profesional envidiable que tan sólo había tenido el fallo de confiar en una empresa que tras explotar lo mejor de la vida, tras haberle pagado fuertemente, dispuso que, tras la pertinente indemnización, se fuera a casita a edad temprana. Dos novilleros mal pagados bastaban para hacer faena de maestro.

No fue mejor para el que tiene edad joven, pura fibra. No basta ya título universitario, master polivalente, don de lengua extranjera ni ganas de trabajar por vez primera. Tras ofrecer buenas palabras, todos te acaban diciendo: "si no tuviera 29 años... si tuviera menos...". Y es, te comentan, que hasta esa edad es posible aspirar a trabajos basura, pero después, tan pronto cesan las subvenciones, nadie prorroga un contrato, nadie concede oficio seguro.

Así que, muy ceñidamente, esa ha sido la experiencia a lo largo de unos meses de indagar en lo que se llama mercado de trabajo. Y a lo largo de la investigación he oído que llegará un día en que los jóvenes tendrán que saborear siete u ocho trabajos de diferente factura a lo largo de su vida laboral. He oído asimismo que los futuros empleados no se moverán de casa, que tendrán que rendir cuentas ante el ara de Internet a través de un cable invisible que impida ver la cara del jefe, el rostro del compañero. Y muchas cosas más que me gustaría poner encima de la mesa de este artículo.

Y yo, de nuevo en mi solitario retiro, tras haber picado en muchas puertas que se han ido cerrando, presiento que algún día volveré a llamar. Para cuando de verdad sea cierto lo que afirman.

(22-5-2000)

(Para María Dolores Sanz Cuadrado)

Como todos los años, cuando acaba el Cou, último curso de un bachillerato que ya nos parecía raquítico pero también enmohecido, un selecto ramillete de alumnos del Instituto Alfonso X El Sabio, y tengo entendido que ocurre lo mismo en otros centros educativos, recoge la cosecha de lo que han sembrado durante cuatro años de sacrificio, estudio y esfuerzo. Y en una pequeña fiesta de convivencia en donde, como esas graduaciones que hemos visto en las universidades americanas, asisten padres, alumnos y profesores, se les conceden bandas, orlas y otras distinciones o reconocimientos a los estudiantes.

Quiere el destino, y en este caso la autoridad académica, que para lograr tal empresa, sea necesario atarse bien los machos (término que habrá que cambiar por las bragas o el sostén como se advertirá posteriormente), ya que es necesario contar con un expediente trufado de sobresalientes para hallar la venia, ya que tan sólo la presencia de unos pocos notables rebaja el mérito, impide el premio y chafa toda posibilidad de que sea concedido el galardón. Quiérese decir con ello que son verdaderos elegidos de la fortuna aquellos que pueden recoger en sus mochilas los laureles, los mirtos y los premios.

Pues bien, de entre la veintena larga de alumnos que sobresalen y consiguen premio cada año (que no deja de ser un simple reconocimiento en forma de regalo que las Apas le efectúan), son mayoría casi absoluta las chicas, quienes, desde los primeros meses de clase, dejan sentir su sentido de la responsabilidad, su seriedad en los luminosos otoños, y me atrevo a decir que su sensibilidad e inteligencia con más empeño que la parte masculina incluso en la recta y calurosa final de mayo, cuando finaliza la jornada. Más sufridas y calladas, más encerradas en sí mismas, año tras año tengo plena constancia de que son ellas las que justifican muchas clases que impartimos los profesores, cada vez más habituados a contemplar la desidia que nos rodea.

Un amigo, padre de familia, ajeno a la enseñanza, el año pasado, se dio cuenta de esta enorme diferencia entre sexos a la hora del premio y en el refresco posterior se interesaba si era tónica habitual lo que había contemplado o tan sólo había sido una excrecencia que había padecido aquella promoción masculina que acababa de presenciar. Yo le dije, producto de la experiencia de muchos años, que no, que esa era la media y la tónica y que incluso había años en que las mujeres copaban prácticamente todos los primeros puestos. Y empezamos a divagar a continuación acerca de la paradoja que suponía que las mujeres fueran mejores estudiantes y, sin embargo, no acaparasen de igual manera el mismo papel en la vida social. Cada cual presentaba sus cartas, echaba sus oros y sus bastos, y acabamos discutiendo pros y contras que se fueron limitando a conceptos generales y abstractos hasta acabar aceptando conjuntamente que son ellas las que están dispuestas a sacrificar su trabajo por un ideal familiar, que son ellas las que anticipan los intereses personales por los colectivos en un acto que podemos calificar de generosidad desinteresada. Que son ellas, las mujeres, las que prefieren su felicidad en la vida a su dicha, digo, en un consejo de administración de un banco. Y ha querido la fortuna que un año después, al reincidir sobre el mismo tema en un acto similar, otro padre, ejecutivo de una gran institución de la provincia, me dijo que la empresa ha decidido de manera unilateral llevarse a todos sus gallitos a un lugar del Caribe o del Báltico a una sesión de trabajo para pelarle las plumas. Y que no cabe decir amén porque las empresas son las empresas, los jefes, sacerdotes de una iglesia y hasta pontífices y no se está en condición de quebrantar sus designios.

Si hubiera estado presente el padre del año anterior, yo ahora, apoyándome en lo que me contaba ese segundo, le hubiera dicho: ¿estaría en condiciones una mujer de abandonar a la familia durante diez días para ocuparse sólo de las estrategias que ha de elegir la empresa para pisar fuerte en el mercado de las multinacionales? ¿dispone de la misma libertad de movimientos una mujer que un hombre para despreocuparse de cualquier otra actividad y centrarse sólo y en exclusiva en su relación laboral?. ¿No podría ocurrir que muchas de ellas se conforman –sin traumas de ninguna clase– con trabajos medios como la docencia sin ambicionar cuanto podrían?. Y muchas otras preguntas que nos seguiremos haciendo cada año que pase, cada año que participe en esos actos en donde la mujer avasalla con su empuje, con sus méritos académicos sin que, años más tarde, se vea reflejada su presencia en la misma sociedad en la que se han iniciado tan brillantemente.

DOS ÉTICAS

(Para José Ignacio Nájera)

Conviene, ahora que dobla la raspa del milenio, anotar que se han hecho varios intentos para fijar fechas claves desde la posguerra a nuestros días así como la de distinguir las distintas promociones que se han ido conformando desde aquella del medio siglo –de los años 50– hasta esa otra underground que es, al parecer, la última que suena en el tocadiscos de la historia sociológica. Todo se complica cuando se ensayan promociones, gentes o generaciones.

No sé yo tan selectivo y me voy a limitar a contraponer dos de ellas grosso modo, aquella que surgió en la inmediata posguerra y que puede frisar ahora entre los cuarenta tacos largos y los cincuenta cortos y aquella otra que tiene como sujetos activos a los jóvenes de hoy en día, aquellos que no han llegado a los treinta pero que pueden estar ahora incluso en los 18. Casi cincuenta años partidos por el eje.

Pues bien, cierto Congreso de Educadores en Valores que se ha celebrado no hace mucho tiempo en nuestro país ha dictaminado que se ha pasado de una ética del esfuerzo a una ética de la diversión sin que se nos haya remitido cabal información de momento de lo que conlleva tal axioma, pero presiento que, como testigo de ambos tiempos, puedo añadir algún elemento para clarificar esa división que ha separado a los jóvenes que fuimos con los jóvenes que son, puesto que una parte la viví como sujeto activo y la otra la estoy mirando desde mi atalaya de haber estado 32 años cerca o al lado de ella.

Digamos de la primera que, por ejemplo, comenzamos casi cincuenta el bachiller elemental en un pueblo sin instituto, sin profesores, sin libros, sin bibliotecas, sin posibilidades y que fuimos sólo dos los que acabamos el bachiller superior de más de cincuenta que lo iniciamos. Los otros se fueron quedando a lo largo del camino. Muchos de mis compañeros, más inteligentes que los que acabamos, quebraron los estudios ejerciendo duros oficios o emigrando

otros a tierras fértiles, generalmente Barcelona o Madrid, en donde posible era llenar la olla en tiempos de poca chicha. Había que echar manos a becas en las que se exigía media de notable para que te la concediera al curso siguiente y padres hubo que se entraparon seriamente para poder costear estudios universitarios a los que no todo el mundo accedía. No siempre se comía lo que se quería, sino lo que había. Eran años duros en los que no se podía gritar ni decir lo que uno pensaba. Se predicaba la sumisión, incluso la humillación. La vida era desigual, tal como era la sociedad de aquellos días.

Se pegó el estirón y vino el despegue de un aeroplano que echó a volar. Nos dimos cuenta del milagro no hace mucho, cuando descubrimos que los españoles, con un complejo de inferioridad secular, podíamos airear banderas, ser como los otros europeos, vivir como ellos, incluso copiar formas ajenas, que es lo que está ocurriendo en este tiempo en el que la televisión –no siempre pernicioso– marca el paquete y la existencia. Se llenó el país de escuelas e institutos y ley hay que hace obligatoria la enseñanza hasta los 16 años. Y se llenaron de alimentos los frigoríficos, especialmente lácteos que hicieron olvidar la leche de cabra que producía maldades y otras plagas, y la vieja tiza y el polvo de las pizarras, ha dado paso al limpio ordenador y a las clases con proyecciones y colorines, películas e imágenes en movimiento.

Pero los sociólogos de ahora se dan cuenta ahora de que los mozos de aquellos días luchaban por conseguir algo, querían algo, acaso trabajar para probar cuerpo de mujer (no quiero entrar en cuestiones eróticas) o para poder desalojar a los padres de la carga que representaba tener larga descendencia. Y se buscaba a toda costa y honra la independencia y la emancipación del hogar paterno, pero a veces había que colaborar con los padres, devolver lo mucho que ellos habían entregado previamente. Y se penaba, se luchaba para lograr algo, por afirmarse como una autonomía sin identidad propia.

Cambiaron las tornas. Tienen más facilidades. Se quedaron atrás las necesidades primarias y viven en un nivel superior, con pisos altos y con ascensores. Los padres de ahora, partidarios de las libertades, bajamos la guardia y, blandos, incapaces éramos de exigir dureza o férrea disciplina a la tropa joven, aficionada –no toda– a la botella y al pop, a la noche y a la moto, gentes que ya son totalmente de una cultura nueva, hijos de las facilidades y del consumo, de una moda de algodón, cuando nosotros paseamos la del bombacho o la pana.

No quiero decir si mejor fue aquello o esto, tampoco me importa hoy saber si son más felices o desgraciados. Hoy por hoy tan sólo quiero dejar constancia de que en España hay ya dos países y dos culturas bien distintas. La que se hizo con la necesidad y la que se forja ahora con el consumo.

REMEMBRANZAS

(Para Blas Gómez Gimeno)

Con motivo de las fiestas primaverales de Murcia, y entre algunos viejos artilugios que hacen acto de presencia en el siempre nostálgico Bando de la Huerta, me llamó poderosamente la atención uno de ellos, un pequeño cochecito de tres ruedas que utilizaba una pastelería –sospecho que la de Barba– para distribuir rica dulzaina por toda la ciudad, antaño pacífica y sosegada, como las tartanas que ejercían de taxi. algo más desordenada en los tiempos actuales.

Nada tenía que ver tal vehículo motorizado (creo recordar que marchaban al ritmo que le aplicaba en el piñón la fortaleza del ciclista) con los aperos de labranza ni las remembranzas que se hacen de la huerta en dichos eventos abrileros. El artilugio al que me refiero era netamente urbano y solía aparecer tan pronto como acababan las clases de Preuniversitario en el Instituto Alfonso X El Sabio, emplazado entonces en el actual Licenciado Cascales, y se empezaba el recreo tras haber escuchado con no cierto respeto las secas y áridas clases de don José Andreu, las más alegres e irónicas de don Francisco Morote o las de don Luis González Palencia en torno a un católico a machamartillo como lo era don Marcelino Menéndez Pelayo.

Solíamos los mozos de aquellos días tomar fuerzas, no como los de ahora, a base gruesos bocadillos de atún bañados en la tinta blanca de la mayonesa y en la más espesa del periódico Línea, una anómala combinación de gastronomía e ideología. Y encontrábamos nada más salir, en la misma puerta, a quien astutamente combinaba los dados bajos los pechos sexuales de un coco partido dejándonos embobados y sin las pocas pelas que frecuentaban nuestros bolsillos de pobres estudiantes. Y a veces llegaban por los aledaños de la Isla de las Ratas dos o tres buhoneros o quien vendía los parises, esa rica sustancia que yace olvidada en los arcanos de la historia. Y podíamos, dando breves paseos, acercarnos a la Glorieta para espantar a las asombradas palomas del Ayuntamiento.

Los más osados, a los que le hervía la sangre, durante el recreo, se marchaban hacia el jardín de Floridablanca, lugar de encuentro con las féminas del Saavedra Fajardo (actualmente el Instituto del Carmen) con las que se podía establecer un puente de afectos si había suerte y fortuna y sobre todo algún hermano dispuesto a derribar filtros. Pero había que andar presto porque podía suceder que perdiéramos por el camino, y sobre todo a la entrada, los pocos puntos todavía quedaban en nuestros carnés, cogidos in fraganti por un profesor (no quiero dar nombres en esta ocasión).

Y los había todavía más atrevidos que se daban un garbeo por los billares Fontes o por el Alcázar, dos locales en donde se le sacaba brillo a las carambolas. Por allí, si había rubia de sobra, podíamos los estudiantes de aquella época antes combatir a los metalizados futbolistas que entrar en el mundo heráldico de don Juan Golobardes Vila, un catalán que le gustaba más internarse en los dominios del escudo que en las aventuras de Aquiles, el de los pies ligeros. Había quien se quedaba sin faltar a una clase –por ejemplo, Javier Díez de Revenga, que ya iba para catedrático e investigaba a Saavedra Fajardo en los archivos municipales– pero muchos de nosotros, entre ellos José Víctor Rodríguez o Ramón Torres Bernabéu, arrastrados por la pasión del balón, nos olvidábamos de don José Cos, de don José Almela, y nos sentábamos en las aulas graduadas de La Condomina en los tiempos dorados en los que Lalo– ¿o eran Sornichero y Candela?– marcaba goles. Pero no sé por qué extraña noción, de los muchos y buenos recuerdos que conservo de aquella estancia en el glorioso Instituto Alfonso X, me quedé fijo en aquel extraño aparato ambulante que brotaba de las sombras del pasado.

Aquellos pequeños carricoches o biciarmarios que procedían de la calle Torre de Romo, si mi memoria no me falla, contenían rico panal de miel, triángulos de cabello de ángel, piononos, bizcochos borrachos y toda esa variada gama de productos con los que los mediterráneos murcianos combatimos las grasas del colesterol. Protegidos por un cristal para ahuyentar las moscas, siempre solícitas al azúcar, pero abiertas a las miradas gástricas de aquellos mozos que se ponían de pie tan pronto el director del centro, don Rafael Verdú, pasaba por delante de nosotros, no sé si por respeto, por temor o por costumbre. Así, entre carrozas, máscaras, mayorettes, comparsas, dragones y bandos, soflamas y reinas, hacía acto de presencia un viejo armatoste que había desaparecido de las calles murcianas y de mi memoria y que yo siempre asociaba a la golosina del mediodía, a esos refuerzos que se precisaban para combatir la disciplina académica, la dura jornada preuniversitaria. Al verlos en tan festiva ocasión me llené la boca de melancolía.

EL ESPÍRITU PERDIDO

(Para don Antonio Pérez Crespo)

Llevamos tiempo hablando de la reforma de la enseñanza, de la reforma de la reforma y de otras cuestiones que afectan a un ingente batallón de profesores (casi quince mil en todas los frentes murcianos de batalla) sobre los que cayó el obús de la Logse, una ley que, como toda novedosa ley educativa, perforó los techos del sistema y taladró de cuajo los viejos cimientos de la escuela. Una ley que afecta cada año a más de doscientos mil escolares en esta tierra que se ven obligados, tal como el reglamento manda, a elegir entre las potencialidades que ofrece el sistema, un sistema, y se dirá más tarde, puesto en entredicho tras la corta experiencia acumulada. Una ley de efectos colaterales –perdigones y metralla– que estalla ante el estupor y la ignorancia de los padres.

Hace ya muchos años, (la cosa a partir de los cuarenta se dispara tanto que aunque toque el mando del freno, el coche va siempre acelerado), tuve a bien entretenerme con tres libros negros, un tanto luctuosos, que fueron escritos por Utande, un señor que recopiló todos los planes de estudios que en esta España han sido, y muchos, dicho de paso, fueron. Y los hubo, lo hay –y los habrá– si tenemos en cuenta que el libro está compuesto en papel biblia, que siempre suele ser el más liviano, bien que sea el que más perdure.

Pues bien, recuerdo de aquellos días de entretenimiento –ahora lo son de reflexión– que bastaba que ganaran los liberales para que el ministro, se llamara como se llamara, se dijera, “tate, vamos a modificar las materias, vamos a darle un giro radical a la instrucción pública”. Lo que pasa es que después, casi siempre, regresaban los absolutistas, tradicionalistas o los de la Jons y de nuevo le imprimían sello propio a la enseñanza y también, con más o menos glamour, restablecían medidas e ideología en un nuevo plan de estudios y modelaban el mundo a su manera. Y así hemos viajado, a bordo de un tobogán que, como el rayo de Miguel Hernández, no cesa. A veces

con giros radicales, a veces con remiendos y parches, a base de danzas y contradanzas, entre sospechas, recelos y contiendas legislativas.

Resulta que nos hemos pasado la vida en España mudando de materias, variando asignaturas, pugnando si el bachillerato debía ser generalista o finalista, rompiendo planes, ensayando, o, tal como está ocurriendo ahora, caracoleando con una ley socialista que— cuando ya no están en el poder— aparece a veces como callejón sin salida para los que están, dispuestos, y de manera tan legítima como los anteriores, a meter la tijera a fondo, cortar la manga por aquí, las optativas por allá o para hacer una reforma de las humanidades.

Estamos, pues, en un tiempo difícil todos, en una época en la que los más veteranos de guerra —aquellos que están trabajando con la tiza más de treinta años— solicitan la retirada completa —unos de la ley y otros la suya propia— de la Logse o la revisión de la misma. Y están los que todavía proponen estirar la vigente hasta que se consume el proceso, hasta que haya vencedores o perdedores en la guerra, si es nociva la ley como creen unos o positiva como estimaban los que veían en ella la panacea a los males —que los había— anteriores. Y otros que se aprestan al combate valerosamente, a cuerpo limpio, sin saber siquiera el peligro que acarrea cruzarse con las balas enemigas.

No creo que sirva de mucho volver a conjugar palabras como consenso, tal como se hizo en aquellos días de la transición política, pero hora va siendo de regresar a aquellas posiciones en las que nos estábamos jugando el destino de los españoles. Hora va siendo de aplacar las furias desordenadas, los negros días que ha ido recopilando el mencionado Utande, la continua revisión de los modelos educativos, unas veces porque son necesarios y otras porque el ministro cede al capricho del lunático del psicólogo o pedagogo (que podría ser un demagogo) de turno. Hora va siendo de sacar la bandera blanca de la paz en el tema de la educación, tan delicado asunto como el terrorismo vasco. No se puede ni se debe perseverar en algo que se mantiene sin ilusión, sabiendo de antemano que está condenado al fracaso, entre otras cosas porque no hay tantos medios como se presumía. Ni que vamos a sostenerla y no enmendarla porque fuimos los diseñadores no se sabe bien si del engendro o del prodigio. Contradicciones entre lo que existe y lo que se debe suprimir por no ser válido ni estar acorde a la razón. Hora de volver al espíritu perdido, al pacto para que partidos políticos y educadores coincidan en materia de enseñanza, entre otras cosas porque nos la jugamos para largo. Sé de sobra que son buenas palabras, pero ahí quedan.

DOS TIEMPOS

No hace muchos días encontré por la calle a Alvaro del Valle, catedrático de Física y Química del Instituto número 5, también llamado El Carmen, con el que me gusta evocar aquellos lejanos días en los que él, como director, y yo como soldado de infantería, trabajábamos en el Instituto de Santomera, apenas iniciado éste en su aventura educativa. Aquellos días dorados (ahora) que se mezclaban con las aguas sucias (entonces) de los fortines políticos.

Alvaro, aparte de mi director favorito, es persona de grata memoria y no hace mucho, entre las hojas que caían del frondoso árbol del recuerdo, me evocó aquella circunstancia acontecida en los principios de los setenta cuando se convocó claustro para solicitar que el Instituto, entonces sin nombre, recibiera el de Pablo Picasso, artista genial que, según consta en las diligencias, formaba parte de esa “gauche divine”, enemiga del Régimen español y con tendencia a conectar con el Partido Comunista, único opositor en aquellos años duros de lo que había, de lo que iba quedando, de lo que poco a poco iba agonizando, descomponiéndose pese a los intentos baldíos de restaurarlo (o de embalsamarlo), un sistema que como fruta madura, estaba a punto de caer del árbol. Podía Picasso ser pintor famoso, pero no era un personaje eximio como para que se le otorgara el don que pedía el claustro santomerano.

Prospereó el expediente y fue remitido a las autoridades educativas, concentradas (como el poder político) en dos o tres personas. No se hizo esperar la respuesta, primero con la zanja del silencio y más tarde, según me contaba regocijadamente mi interlocutor, con la propuesta alternativa de la superioridad en la que se aconsejaba nueva reunión, nueva asamblea y el bautismo del instituto con el nombre de General Carrero Blanco, de lo cual podía devengar beneficio para el propio instituto, según debe rezar en algún papel administrativo.

Era entonces un instituto el de Santomera, formado en lo esencial, con gente joven, heterogénea –como suele ser habitual en cada claustro– y hasta opuesta. Predominaban, sin embargo, los que ya se empapaban de Triunfo y visitaban con frecuencia Cuadernos para el diálogo. Algunos oían Radio París –pese a

que Butanito hacía furor por aquellas calendas– y se habían hecho los primeros tanteos para conseguir una libertad que era negada. Continuaban las luchas en la Universidad y Comisiones Obreras estaba ya plenamente operativa. Muchos de los profesores se habían curtido en las huelgas universitarias de los sesenta –algunos de ellos incluso en universidades tan formalitas como la murciana– y los había que ya eran “correos” de otras provincias. No descarto que hubiera de los que nadaban a gusto en aquella bahía de calma y tedio, pero ya flotaba en el aire, en los tiempos a los que refiero, un deseo que quería ser abortado, unas ansias de Cambio –la palabra haría furor más tarde–, y tres o cuatro años se antojaban siglos dada la tardanza en producirse modificación sustancial. Pero hervía, bullía y se necesitaba aquel cambio que no llegaba a producirse porque la eterna estatua se eternizaba en su último vivir.

Pero la recomendación de la superioridad educativa, entendida ahora desde la distancia, no era sino un intento de perpetuar hasta el juicio final el poder imperante. No había opción. Aquel poder vivía de espaldas a la realidad social que tenía delante. No entendía lo que estaba sucediendo y no podía intuir que los tiempos habían mudado, que se regía a ciudadanos a fuerza de golpes o de sentencias de muerte, sin que hubiera posibilidad de crear puentes, tal como surgieron cuando la democracia asomó sus dientes blancos, casi incipientes, esas ferocidades que resultaron sumamente tibias más tarde.

Cuando los regentes no entienden a su pueblo, lo peor que hacen es imponer sus criterios. Siempre acaban fallando. Cuando el poder no oye, se estanca en la espuma y en la baba que desprende su boca podrida. Cuando los jefes creen que llevan la razón y anteponen su credo a toda costa, es cuando no dejan que sus hijos se hagan hombres y sean capaces de tomar una decisión. Llenan de huevos el cesto, enarbolan medidas magistrales y arrebatos irracionales. La policía en primera instancia. Así estábamos en aquellos tiempos. Unos, los citados, con la soberbia y la arrogancia de sentirse en la verdad más absoluta, sin presentir que no dejarían estela. Los otros, anhelantes y temerosos, entre esperanzas y desesperaciones. Estaba claro que se vivían en dos tiempos y culturas distintas.

Álvaro del Valle, un extraordinario profesor de Física y Química, me rescató una anécdota que yacía dormida en un cofre. Como la memoria es caprichosa, yo retenía hilos de aquellos días pero me faltaba la cometa que volara. En este caso un nombre. Y ahora cuando regreso a otro tiempo sólo me queda recordar que el Instituto de Santomera ya no se llama Pablo Picasso ni Carrero Blanco. Se llama Julián Andúgar, un local poeta rojo y cojo que no figuraba en los expedientes emanados del claustro ni en los que quiso imponer la superioridad ciega.

NUEVOS ROSTROS

(Para Miki)

Hasta hace no mucho, como bien saben aquellos que me siguen, consumía edad y aumentaba hasta el infinito trienios y sexenios en el glorioso Instituto Alfonso X El Sabio. Quiso el azar que cambiara de plantilla (provisional hasta el regreso al redil amado) y empezara a formar parte de otra muy distinta. Del aula a los expedientes de la Administración, de la tiza a los formatos de las encuestas y a los diseños de libros, de la dirección a la Intranet y a los carpetas de color pistacho, una vez abandonadas las grises de viejos tiempos.

Y en aquel magno reducto de la Consejería de Educación que nació insuficiente, entre auxiliares, administrativos, asesores, inspectores, jefes de sección y de servicio, vices y triples, secretarias y algún que otro Consejero, me vi pronto rodeado de más de trescientos nuevos rostros, algunos bien conocidos y otros, los más, de los que no había tenido conocimiento anterior. Sin nombres ni apellidos. Sin señas de identidad. Gentes que trabajan y se afanan en sus mesas renovadas ante cuatro toneladas de papeles que no esperan en vano, sedientas de clasificación, de ser signados por las autoridades que viven por las alturas, casi tocando las nubes, y no vean en ello intención sarcástica, metáfora o símbolo, sino simplemente que los jefes ocupan las estancias de los pisos superiores.

Trescientas personas que cada día se dedican a asuntos que no han de pasar a la Historia, a pasos que no han de quedar grabados en los libros becerros de la Administración, sí acaso en la cotidiana historia. Trescientas personas que gestionan, como hormigas, todo aquello que depara un ejército numeroso de 16.000 combatientes al servicio de la marabunta logseña, que hace contratos, que hace inversiones y que hasta paga (capítulo 1) puntualmente la nómina al personal.

Trescientas nuevas voces que hube de ir registrando en mis ya gastados oídos. Trescientos nuevos anhelos que fueron desgranando conversaciones varias en esos adorables cafés que los funcionarios estrenan cada día sobre las once de la mañana. Ante la deliciosa tortilla de patatas del Loren o del Romero que es la que asegura la estabilidad hasta más allá de las tres de la tarde. Ante la media tostada con aceite y tomate que se avala como si se comulgara por vez primera. Un sustento divino para hermanar argumentos, ideas y pensamientos que aligeran la vida cuando se trabaja en un organismo al que poco méritos se le concede y que por contra recibe todas las críticas. Muchas justas, no todas ciertas.

Y anduve por la planta baja en un despacho blanco sin vistas que no daba a otro mar que a los ojos de una guapa abaranera llamada Pilar Belmonte. Y cuando había estrechado algunos afectos, renovado otros, y a punto de subir muros que se iban abriendo, se me envía a otro recinto complementario en donde laboran todos aquellos que no tienen acomodo en la Sagrada Casa que se ocupa de los asuntos de la Tiza y la Pizarra.

Y nuevamente me predispongo a fijar rostros cuando uno creía estar en los comienzos del Alzheimer, cuando presentía que ya no podía alojar nada que no fuera ya conocido en el interior de la cabeza, cada vez más despejada de cabello y de otras sustancias grises. Y son casi otros cien los nuevos nombres, con sus dos y hasta tres apellidos. Me dicen, no sé si con malicia o con envidia, que ahora voy a estar en la sección de elite, con los “intelectuales”, los que le ponen una banda dorada de glamour o de estilo a la gestión de la enseñanza. Cien nuevos que se afanan ante sus carpetas del inevitable color pistacho, ante sus ratones y el mar mediterráneo de sus pantallas, ante sus secos expedientes y áridos papeles.

Cuando estaba oscureciendo y desaparecía la posibilidad de abrir ventanas, al cabo de los años, me encuentro en la coyuntura de compartir nuevos cafés en nuevos bares con nuevos compañeros a los que habré de apelar por sus nuevos nombres, que son viejos, que llevan y portan mucho antes de que yo llegara a ellos. Así que, como Baudelaire con la mar, *toujours recommencer*. Volver a empezar. A grabar con cemento o con pegamento todo lo que pueda de ese otro que el azar me depara, que el destino me manda. Cuando uno se cree gastado, como los oídos, se remoza en la amistad, en los afectos, en la memoria, en esos pasajeros o continuos encuentros en los que se teje la malla de la vida profesional, acaso menos importante que la otra, esa que se dispensa en los fugaces momentos en los que no hay un papel delante, en los que no hay que rellenar una comisión, en los que no hay que calibrar un expediente de gasto.

Yo, que había almacenado a lo largo de mi vida profesional miles de nombres de alumnos, cientos de profesores, casi una cascada de padres, ahora, cuando apenas retengo el vuelo suave de una mosca, me enfrasco en ir repasando todos aquellos ratos que pasé junto a aquellos trescientos y los que me aguardan frente a esos nuevos cien rostros que se yerguen un poco antes de archivar la carpeta definitiva.

(21-4-2001)

LA BELLEZA

Decía Aristóteles que la belleza es la mejor recomendación que puede presentar una persona. Que una cara bonita es mejor que no importa qué enchufe, recomendación o carta de presentación. E Inés Sastre, una modelo que va para actriz, declara recientemente que la belleza era un don muy grande que ayudaba en muchas cosas, aunque a veces sucedía lo contrario, que no siempre hay que estar de acuerdo con los filósofos. La belleza es lo primero que nos entra por los ojos, lo que se inicialmente se capta y ese inicial destello mágico se introduce en nuestro ser, posiblemente con bendiciones desde el mismo momento, pero que no siempre se aprecia de manera tan súbita. También puede ir decantándose poco a poco, aunque yo, me fío de esa ráfaga que deslumbra, de ese primer nivel de contemplación.

Ahora, cuando leo en un libro de un ensayista que los hombres y las mujeres, considerados físicamente atractivos por la mayoría, suelen ser favorecidos por sus profesores de colegio y universidad, por los jefes en el trabajo, por las agencias de trabajo y por los miembros del sexo opuesto, he de echar la vista atrás a fin de escarbar en los recuerdos de mi etapa académica. Antepongo que el tema casi siempre ha sido omitido en las conversaciones entre profesores, pero basta una mirada picarona, una tos a destiempo o una sonrisa cómplice para certificar que se está cerca de la belleza (que no hay que confundir del todo) con la rotundidad de las formas femeninas, acaso más sólidas que la belleza misma. En ocasiones, por ejemplo en una evaluación, aparece un breve comentario sobre los encantos de un alumno de la misma forma que pueden surgir sobre el talento, la condición social, la desgana, la apatía o la buena voluntad de no importa qué alumna que, como decimos, puede estar aureolada por el don de la belleza, por la hermosura del cuerpo, o por otros contornos en los que es necesario insistir. Apartado ahora del aula, recuerdo que siendo varón y amante de la belleza (también de la femenina), he recibido en clase multitud de muchachas que tenían un encanto especial, aspecto no muy inhabitual en estas tierras levantinas en las que la mujer madura, como la fruta, de manera temprana; en una tierra, y no me cansaré de decirlo, que lleva en sus genes

la hermosura de la mujer, más en sus caras que en sus formas, mucho más en la estética que en la fonética. Y le he dado clase a numerosas mozas que tenían un atractivo físico singular que podía residir (puede ser a veces una cara simpática, un pelo rubio, unos ojos claros ateniéndome al canon clásico o de pelo negro o zahíno si me muevo por la tradición romántica del extranjero) o lo verificaba más tarde entre la tropa, alborotada ante la percepción de la belleza (aunque también podía hablar de las pugnas sensuales por lograr tan preciado galardón, las rivalidades que se engendraban en torno o que eran las primeras que se enganchaban al brazo de mozos venidos de otras latitudes, facultades o barrios).

¿Influye realmente en un profesor, lo mismo podríamos considerar si se tratara de una profesora con respecto a un alumno, la presencia de una alumna guapa? ¿Se introduce una corriente de simpatía interna capaz de arrumbar la objetividad y desechar la justicia? ¿Puede modificar una cara preciosa la calificación parcial o final de un profesor? ¿Se trata de un mero efecto favorable que desaparece tan pronto como comienza el curso, se desmadeja el hilo, y se reparte la justicia académica, no la estética?. ¿Es capaz de trocar la virtud y la mesura un delirio pasajero, condenado de antemano al fracaso? ¿Es posible que se deje seducir por los gajes de la imaginación en detrimento de la estricta virtud? ¿Puede dejarse arrastrar por esa simpatía hasta el punto de ser parcial en sus puntuaciones?.

Sigo creyendo que los enamoramientos entre profesores/as y alumno/as se prestan más a la fábula y a la literatura (por supuesto al mito) que a la realidad (al menos, esa ha sido mi experiencia tanto personal como externa); pienso que no pasan de categoría de anécdota y que tienen caso excepcional, aunque también he de decir que sé de algún que otro profesor que ha pretendido enseñar algo más que materia académica a sus alumnas, incluso impartir clases de educación sexual sin que haya sido materia reglada. Pero es la excepción a la regla y eso tiene gancho, cautiva por ese carácter extraordinario cuando sucede, que no son tantas como parece.

No discuto cierta predisposición a detenerse en la contemplación de la belleza (a nadie le amarga un dulce), ni siquiera la curiosidad de saber si esa belleza va acompañada al mismo tiempo de la inteligencia (que pueden ir perfectamente apareadas), pero mucho me temo que el ensayista que no menciona, pero al que mucho respeto, se haya cegado ante las luces deslumbrante que despierta la belleza.

(2-4-2001)

(Para Juan Pedro Gómez)

No hace muchos días, leyendo un artículo de José Manuel Pérez Tornero incluido en un libro que ha coordinado Javier Ballesta, quedé atrapado en una observación en la que venía a indicar –si se puede ser fiel al pensamiento ajeno– que el sistema educativo, centrado en principios tradicionalistas, es elitista mientras que la televisión, moderna e irreverente hacia el pasado, deriva hacia la vulgaridad y la masificación. En una palabra, y esto lo añado yo, que la escuela y la tele nunca van a fornicar en el mismo camastro, como si la primera fuera vieja y anticuada para lances amorosos y la otra, la tele, no fuera sino una impetuosa y joven zagala que persigue pasiones de más alcance. Sintetizando al máximo, lo que presupone liliputizar el pensamiento, pareciera (y creo que refleja la más absoluta realidad) como si la escuela trasladara saberes, convenciones establecidas y noticias viejas, mientras que la televisión, que alimenta y devora la actualidad en su proceso de socialización, viviera al margen de los procesos educativos, antes bien perjudicándolos ostensiblemente. La escuela, seria y aburrida, tendría la misión de aporrear las estructuras mentales de nuestra juventud, mientras que la tele, lozana y frescachona, sería la que los seduce (no hay sino conocer las estadísticas que indican que cada joven español aparece amarrado cuatro horas diarias a la pantalla) a través de ese manojo de temas que brotan a cada hora de la pantalla o de ese amplísimo repertorio de palos musicales que ofrece y toca a lo largo de un día. Bastaría ver la televisión un día– y no importa que sea pública como privada– para darse cuenta de que puede pasar en un momento de la novela folletinesca a la programación rosa, del suceso catastrófico al gol rivaldiano, del informativo cargado de muertes y guerras a la mayor frivolidad de lo que entendemos por cultura. Así que la televisión, en caso de seguir con la analogía erótica, se casa a gusto con las causas políticas o se mete de lleno en el fragor publicitario por la explotación comercial que conlleva. Interesada en los planteamientos de carácter lúdico y festivo, fuera de las imposiciones que mandan los cánones

del sistema educativo, la televisión sigue su marcha ignorando los materiales didácticos. Es decir, mientras que en una se impone el mercado económico y el mercadeo político, en la escuela prevalecen las reglas del juego académico de espaldas a la realidad cotidiana.

Es decir, como dos ejércitos en guerra que no se han encontrado en ningún momento. Las dos se huyen y se temen. Se han alejado desde siempre y no han optado nunca por acercarse. La televisión porque de sobra sabe que si visita con menudencia lo académico o lo cultural perdería pingues beneficios. La audiencia se le marcharía y pasaría inmediatamente al panel más bajo. La escuela porque incluso temería que se viniera abajo el tingladillo en el que está montado el sistema. También el profesorado ha considerado al medio televisivo como la enemiga, el recio competidor al que hay que aislar (no importa sin embargo que después la frecuente). Recuerdo que el medio se desarrolló en España cuando yo empezaba a ejercer la profesión. Y yo, como otros muchos, en ese mundo interno al que nadie alude, se nos aposentaba la posibilidad de que el Ministerio de Educación decidiera apostar un día por permitir que fuera un profesor el que impartiera las clases desde los tubos catódicos a todos los alumnos del país (ese temor se tuvo hasta que apareció el territorio de las autonomías que anulaba la posibilidad). Un profesor que tuviera voz preciosa, rodeado de todos los materiales y medios que no dispone el profesor normal, siempre en precario, y que dispondría de todas las imágenes del mundo, circunstancia que le permitiría enriquecer la charla con solo darle al botón o a la tecla adjunta. Finalmente el profesor ha sabido que una imagen de la televisión anula cien horas lectivas de una asignatura, mil de un curso o el triple de un ciclo. Y que no se puede “educar” cuando las “enseñanzas” las imparte hoy el televisor mucho más que la palabra humana.

Creo que el profesorado grabó en el cuerpo el miedo a la televisión y no ha terminado de soltarlo, pese a que ya hay algunos que han echado mano al vídeo para paliar muchos ratos de monotonía. No es el momento, pero día habrá en que se hagan las presentaciones, para que los dos aludidos elementos se avengan, se estimen y hasta se comprendan. Ese día la televisión, se lo aseguro, habrá abandonado el mundo zafio en el que se desenvuelve y la escuela, rancia, habrá sabido adaptarse a la medida del mundo en que vivimos.

(15-1-2001)

UN PROFESOR

Por si no lo saben, les digo que desde hace un tiempo he dejado el Instituto Alfonso X El Sabio para desempeñar labores distintas –dentro de los mismos terrenos educativos– y creo llegado el momento, después de pensarlo durante años y de darle vueltas al asunto, de escribir sobre un profesor que, y va para cinco lustros, me ha causado siempre hondo respeto, por el que siempre, fuera director o soldado raso, he sentido profunda admiración. Se llama Sergio Rodríguez Ribó, vive en La Ñora y es de matemáticas, aunque fuera químico de origen. Como quiera que nunca me he atrevido a decirle lo que pienso en la cercanía, ahora que dispongo de la distancia como pasillo y colchón, me atrevo a pergeñar una aproximación que deseo objetiva, en donde no medie en la pasión, si acaso el fervor que inspira la contemplación de la rectitud moral.

Sé bien que otros profesionales –y no son pocos– del mencionado centro podrían ser traídos a esta modesta columna –a algunos de ellos los conozco mejor y a otros, unos poquitos, para qué negarlo, preferiría haberlos desconocido para siempre– en la que tan sólo pretendo rendirle un pequeño homenaje a un hombre con el que he compartido muchas horas de trabajo (menos que la que debiera en la amistad,) sin que quiera decir que hayamos hablado mucho (la buena amistad siempre ha de ser silenciosa), porque Sergio, suele ser parco con la palabra, escueto en sus comunicados, austero en sus maneras, casi monacal (debe ser porque ha vivido junto a los Jerónimos toda su vida) en sus explicaciones. Guarda lo mejor de sí mismo para cuando está en la clase, con sus alumnos, único objetivo de su vida, de su ser y de su condición. Como ha mamado desde la cepa la docencia (su madre fue la mítica maestra del pueblo de la Ñora, de esas maestras que ya han empezado a desaparecer) Sergio vive y ha vivido para la enseñanza, nunca, como otros entre los que me cuento, para otras labores, sean culturales, inmobiliarias (estas se las dejo para otros) o políticas (que ahora a mi vejez no descarto, especialmente cuando descubra de qué pie cojeo). No se le conoce otra dedicación que ser profesor de matemáticas, la de entregarse a la enseñanza en cuerpo y alma, con voluntad, con terquedad. A costa de su cátedra, porque su espíritu no busca condecoraciones

extraordinarias ni galardones económicos, sino que camina hacia la sustancia misma de la docencia. De tal manera que cuando otros acumulamos trienios y sexenios, cursos y créditos, publicaciones y méritos académicos, él atesora el respeto de sus alumnos, el cariño incluso de los que suspende, cosa más difícil de conseguir de lo que parece en estos días tan poco nítidos. Y cuando le vino a bien, bebió en la copa de los agrídulces sabores de los cargos directivos, otra manera de ver por dentro las tripas de una institución educativa, en contacto, no pocas veces con intestinos que supuran recelos y amarguras. Y, cargado de bondad, se retiró de las pequeñas responsabilidades, no sé si amargado o desengañado, eso no me lo ha dicho, cuando aprendió que una cosa es lo que se habla y otra la que se ejecuta, que no hay estricta paridad entre lo que se es y lo que se hace, entre teoría y práctica, que media un abismo entre palabra y acción. Y se retiró en moto a su noria árabe para proseguir en silencio su obra humilde y diaria, que no es otra que enseñar ecuaciones a sus alumnos, resolver los problemas matemáticos que tantos quebraderos de cabeza han proporcionado a los españoles, acaso menos dotados para las cuentas, según dicen los expertos, a lo largo de los muchos años que lleva en el Centro.

He dicho que Sergio es un silencio y que le basta una breve sonrisa para traslucir su alegría en un rostro que se quiebra y muda de color con suma facilidad. Puedo decir que es el profesor modesto con problemas de tensión que jamás agobia con sus males ni pone encima de la mesa de profesores sus enfermedades. Jamás, en tierra de espejos pequeños, se echará una flor ni se mirará en el agua transparente, como hacemos todos los muchos narcisos profesores, enamorados de nosotros mismos, aunque no tanto como otros soberbios que se creen dioses. El deja que sean otros los que juzguen, critiquen, enfaticen o se sienten a la mesa de los elegidos, los que lleven las riendas del malhumor o de la crítica. Su tarea es otra: entrar en clase, plantear las ecuaciones, acercarse a los problemas humanos, ayudar al que no puede, auxiliar al que quiere, animar al voluntarioso, incitar al que se abandona, aplaudir al que sabe y llevar cabal cuenta de todos los actos que puntualmente registra en sus pulcras libretas. Un hombre con un planteamiento moral que hoy en día evoca la vieja virtud del enseñante de otras calendas. Se llama, por si lo ha olvidado, Sergio Rodríguez Ribó y ejerce en el Instituto Alfonso X El Sabio.

(8-1-2001)

I NSTRUCCIÓN PÚBLICA

(Para Carmina Sánchez)

Los temas de la enseñanza siempre resultan complejos, se prestan a la polémica y ofrecen distintas caras. Basta ojear La Opinión cada día para apreciar la importancia que ha adquirido en nuestro tiempo los asuntos educativos, hasta el punto de convertirse con demasiada facilidad en batalla política, los requerimientos que comportan desde los mil y un lugares de la provincia en donde se reclama la construcción de un instituto, de un colegio, la instalación de la calefacción o la apertura de un colegio que albergue a los menores de tres años, por no citar otras muchas que van ligadas al mantenimiento de los centros.

No hace mucho, un ex colega me decía que me veía demasiado optimista en los temas educativos pese a la que está lloviendo, a los dimes y diretes que llueven sobre mojado en un terreno mucho más resbaladizo que los secos bancales de nuestra huerta. Y le digo que sí, que probablemente en estos momentos parezca que me encuentro en tal disposición, aún venciendo la inclinación que siempre se padece hacia el lado pesimista, porque ando en los últimos tiempos que tengo libre indagando en la situación de la escuela en la provincia de Murcia a principios de siglo, con especial incidencia en alguna localidad a fin de ver cómo estaban nuestros antepasados en materia de enseñanza, o Instrucción Pública que era la vieja denominación que se le daba cuando dos murcianos, don Antonio García Alix o don Juan de la Cierva, ejercían la titular ministerial junto al conde de Romanones.

Les anticipo que la situación no sólo era caótica, sino cruel. Los municipios no pagaban a los maestros y los ediles se repartían la pasta, los maestros no acudían puntualmente ante tamañas irregularidades y pasaban tanta hambre física como espiritual, no existían apenas aulas, el nivel de analfabetismo rozaba el 80% de la población en la provincia –una de los seis con mayor porcentaje de España– y no había retretes en las escuelas, lo que

suponía quebranto y peligro para la salud de los pocos niños –las niñas no se tomaban la molestia de pasar por las aulas– que tenían el privilegio de asistir a las pocas aulas que existían. La situación era aberrante, propia de un país tercermundista, sin posibilidades de desarrollo, estancado en un haz de atrasos y corrupciones, tal como los del 98 nos quisieron mostrar, una España que por fuerza había de desembocar en un largo conflicto (la ignorancia siempre conduce a la guerra civil, a las pasiones atoradas y a los callejones sin salida).

Nos encontramos en una situación bien distinta. Los presupuestos, sin ser lo que debieran, reparten precariedad si no riqueza. Pero queda impregnada del espíritu de exigencia que obliga a la autoridad a no ser parco en el reparto. Se obliga a los niños/as (no me gusta esta combinación que sin embargo ahora uso con agrado) a acudir a los centros de instrucción pública hasta los 16 años y ocurre ahora que ya la escuela no garantiza el acceso a la clase más elevada porque entre otras cosas hay hasta exceso de puestos universitarios en los momentos actuales.

Si tuviéramos en cuenta los datos que la historia de la educación nos proporciona llegaríamos a invertir la frase y a decir que cualquier tiempo anterior fue peor. Ahora disputamos entre si el gobierno favorece a la privada en perjuicio de la pública cuando antes ni la reglada funcionaba ni la privada podía compensar los desvelos de un pueblo que tan sólo podía alardear de ignorancia y desidia. Ahora disputamos sobre si la reválida va a solucionar los bachilleratos o el acceso a la universidad, cuando antes pocos eran los llamados a entrar en las Facultades y menos los que podían hincar los codos ante los libros, tal era el hambre y la desesperación de las familias. Ahora utilizamos la escuela para debates políticos cuando antes los prohombres de la patria se interesaban por sacar de la ignorancia a sus más súbditos que vasallos. Y otras serie de consideraciones que no aduzco porque me lo impiden los renglones que mi directora me tiene consentidos.

Evidentemente hay problemas en la actualidad, claro está que no se discurrir por un valle de lirios y rosas, que hay numerosas espinas. Pero claro quede que el pasado del pueblo español fue tan doloroso que miedo da pensar introducirse en el túnel educativo de aquellos negrísimo días, abrir las actas capitulares de los ayuntamientos, penetrar en los sufrimientos de los famélicos profesores, captar el tedio del ambiente, las carencias y los olvidos. Hasta mejor veo, mira por donde, el título de Educación y Ciencia –aunque no lo sean tanto– que el de Instrucción Pública que, por otra parte, no era ni una ni otra.

LOS OTROS

(Para Juan Navarro, alumno y compañero)

Un pajarico me acaba de decir que en el año de gracia en el que nos encontramos hay un total de 7180 alumnos extranjeros en las aulas de la Comunidad Autónoma de Murcia (hay momentos en los que no sé la causa pero dudo si escribir provincia, región Autónoma, comarca o Distrito Federal). Y me dice un jilguero que hay mayoría masculina ya que 4.212 son hombres (acaso cuando montan el petate sólo se traen a los varones para que echen una mano en la faena) y 3.698 mujeres, con velo o sin él, con burka o con crucifijo, con rasgos latinos o ucranianos, sobre todo si tenemos en cuenta que otro canario, flauta en esta ocasión, me indica que la Murcia académica (también llamada Consejería de Educación y Cultura) reúne en su seno ni más ni menos que a ciudadanos de 60 naciones distintas, una auténtica ONU, Sociedad de Naciones o Comunidad de Naciones, que tampoco vamos a discutir ahora cómo denominar a la gran superioridad.

Sigamos, un colorín en esta ocasión, me informa de muy buena tinta que en el centro X conviven armónicamente (la edad dorada no suele entenderse en términos discriminatorios) en las aulas niños y niños de tan alejados rincones como Asia (si consideramos que hay chinos), africanos (que son los que más abundan si se tiene en cuenta que es Marruecos la principal aportación de extranjeros), americanos (con los ecuatorianos seguidos de los colombianos, peruanos y argentinos si no me rectifican posteriormente los datos de un tal Pepe Reyes (no lo confundan con el pintor), aventajado mayor del reino de los datos en la Consejería de la Tiza y de la Pluma desde hace poco.

Y algunas veces, en esos raros momentos poéticos en los que uno sueña (no crean que es fácil evadirse de la realidad cuando ésta avasalla con su tremendo potencial administrativo), y piensa en qué es lo que dirán estos críos y crías foráneas que hoy por hoy ocupan los patios y pasillos de nuestros centros académicos, los comedores de nuestras escuelas, los ciclos formativos de las

enseñanzas profesionales, tan pronto como logrados ciertos ahorrillos, vuelen a su país de origen para proseguir su vida tras el paréntesis de la mochila a cuestas. Pero ¿volverán todos al viejo redil? No considerarán, tal como ocurrió antaño con los españoles que se marcharon a Francia y Alemania, que su patria era la tierra que les daba de comer, la tierra que los alimentaba, que les suministra lo pertinente para seguir adelante. ¿Pero no creen que se aclimatarán en esta tierra tan hospitalaria y acabarán vistiendo, sean ellos o sus muchos descendientes (de momento son ellos los que mantienen la media de la natalidad y los que aportan grandes conglomerados de población) el traje huertano, la blusa del lechero o la montera en las fiestas que vamos a celebrar de un momento a otro?. ¿Perderán sus hábitos y aceptarán los nuestros? ¿Renunciarán a sus religiones o entrarán en otros santuarios o iglesias? ¿Se darán cuenta que se puede ser religioso con la simple ética? ¿Permanecerán anclados en el recuerdo y en la nostalgia de lo que dejaron? ¿Serán felices en territorio extraño o se amargarán con sólo pensar que han de romper para siempre con los vínculos anteriores? Y así, podríamos seguir acumulando pregunta tras pregunta (últimamente me advierto un tanto interrogativo y he de consultar qué rasgos estilísticos o qué carga connotativa aportan tales signos) de no mediar esa verdadera realidad de tener que lidiar en las aulas con gentes que no hablan nuestro idioma, con niños que vienen de otras costumbres, muchachos que no sabían lo que era encaramarse a un servicio, criaturas que difícilmente podían comer todos los días más allá de unos tristes mendrugos.

Quisiera retener el dato bruto (los números son implacables pero pueden y tienen corazón) de ese fuerte contingente de chavales que cada día entran en clase a las nueve de la mañana (hay más extranjeros en las aulas primarias que en las secundarias), que juegan con nuestros niños (parece ser que a partir del año próximo estas palabras tendrán real y total confirmación), aprenden nuestra lengua y se hacen día a día más nosotros. Son ellos, son los otros, pero también son nuestros si tenemos en cuenta que el mañana no nos pertenece a los que estamos, sino a los que serán.

(25-3-2002)

EN JULIO

En julio, a finales de mes, a punto de iniciarse la estampida, puede ocurrir que hasta unos camaradas (no falangistas) de la Consejería de Educación (y con no poco de Cultura al lado) decidan verse por la noche tras ocho o diez horas de trabajar, circunstancia que, aunque parezca increíble, también ocurre en la Administración (aunque cierto sea que hay quien se toca la flauta o la flor).

Y deciden, unos de Rodríguez y otros de Jiménez, meterse en un restaurante para, al mismo tiempo que despachar unas bocas de marisco, darle a la muy sin cesar, que eso sí que es ya más difícil cuando se juntan buenos compañeros de compañeros dispuestos a meter baza en los asuntos humanos y ajenos. Y hay que apresurarse porque si no, llega la reina de los presupuestos (una especie de María Luisa de Saboya, pero natural de Molina de Segura) y te deja con la garganta rota y quebrada. Y quieres manifestar tus gustos hacia la dorada que no sea de piscifactoría (algo sonsa) y ya está el Jefe de los Servicios Jurídicos, un tal Joaquín Belmonte, largándote un drive listado por encima de tu comprensión marinera. Y no decides tomar partido por Fortuna, porque allí anda la archenera María Jesús, futura generala de los ejércitos documentativos, para venderte el huerto y las termas de Arचना. Y puede, si tienes suerte, que Miguel Ángel Centenero, un cascabel de Director General, se acerque al piano y te largue una tocata y fuga de los tiempos mozos, cuando no andaba en los huertos cultivados, o en el cultivo del huerto. Y podría aludir a pelirrojos que dominan los centros públicos y concertados, a diversas aves muy especiales que vuelan diversamente (algunas hasta trasmigran de director general en director general) pero lo cierto y verdad es que desde que dejé de ser docente (que roza lo indecente) procuro sacar el máximo partido al tiempo que me queda libre, como dice la copla.

Y en esa noche de ausencia, cuando yo, junto a otros muchos, festejábamos que se acercaba el brindis final de julio; cuando enardecidos de júbilo y bromas, derrochábamos al aire la alegría de la compañía y las doradas burbujas del champán, alguien llamaba a mi teléfono y manifestaba que quería

hablar conmigo, que era la hija de Julio Cruz, pero que como yo estaba de vacaciones, ya lo haríamos a la vuelta. Y punto. Y algo de eso recogí en el contestador automático cuando daban las dos de la madrugada, había que dormir unas horas para volver al día siguiente a reencontrarme con todos aquellos a los que acababa de dejar.

La llamada no dejaba sino palabras neutras y deseos de encubrir la tragedia, pero me la supuse. Sabía que Julio Cruz, viejo compañero de trabajo y sobre todo amigo, catedrático de Griego del Instituto Alfonso X El Sabio, andaba renqueante y dolorido, atravesado por un cincel que escocía su castigada vejiga. Y sabía que el bisturí le había pasado por quirófano una pila de veces, tan pronto se hinchaba el órgano y que en no pocas ocasiones en los tiempos finales tenía que recogerse porque no quería mostrar al sol su pena y su dolor. Y durante muchos domingos, que habíamos compartido juntos en el Rastro de San Andrés buscando libros antiguallas, había tenido que abandonar una antigua gramática latina apremiado por la necesidad y la urgencia, por la herida anticipada y la cornada esquiva.

Tras el trabajo bullicioso de la primera mañana siguiente descubro su esquila de hombre discreto, de hombre reservado. Y sé que en menos de 24 horas he de compartir la alegría y la tristeza, el principio de la amistad y el final de otra. Que al mismo tiempo que abría la espita para que entraran en el corazón nuevas vías de afectividad, las cerraba con ese otro con ese hombre alto y serio con el que he dialogado ampliamente durante muchos años, con el que he conversado de libros y de hombres, con el que había conectado por espacio de más de más de treinta años en un mismo espacio, con el que había compartido evaluaciones, gustos, conjeturas. Y al mismo tiempo que se profundiza en otras tierras, ya sé que me quedo con el recuerdo y dos caballos de bronce para mi colección que Julio Cruz, hombre cabal, me cambiaba por los libros (una especie de cromos para los de mayor edad).

Y ya ven: casi todo en la vida se presenta de manera incorrecta. Cuando estábamos a finales de julio, cuando se inician los preparativos para la gran fiesta del año (la que dura 31 días), cuando se cogen ánimos para reparar las heridas que deja el fregado cotidiano, la áspera naturaleza de los papeles. Compartiendo plato y tajada. Careciendo de ahora en delante de la dicha de encontrarme con un maestro de humanidades (ahora que se van, que se pierden), con un hombre liberal que siempre me otorgó su mano. Y, mientras yo me iba en julio, mar afuera, él, Julio, se iba tierra adentro. Y ahora, a los algunos días de su muerte, me acuerdo de Julio Cruz, de aquel julio...

(16-9-2002)

A PRENDIZAJES

(Para Isidoro Quirante)

Difícil resulta aprender en el negocio de la vida, lugar en donde todo el mundo acaba perdiendo. Cuando se es niño, y se abren con asombro los ojos al mundo, se confía por completo en las suaves y blandas manos de la madre y en el pulso firme y sostenido del padre, pilares de la primera existencia, sobre todo si uno y otro viven en el mismo lugar, extremo cada vez más infrecuente dado el acelerado proceso que la historia conlleva y el matrimonio impone.

Luego, cuando uno se iba haciendo adolescente, se confiaba ciegamente en el maestro, verdadero hechicero, encargado de desvelar las verdades gramaticales y algebraicas, al que convertíamos en mago de la tribu, médico que nos sacaba con sus polvos mágicos de nuestra crasa ignorancia, nunca restablecida por los padres, amparado uno en los esfuerzos de la oficina y la otra en los quehaceres domésticos. También en el pudor que encierra abrir la cortina a seres tan cercanos. ¿Cómo se le iba a indicar a la madre, aunque fuera suavemente y con palabras insuficientes, las inclinaciones malignas de la prematura masturbación y al padre, terrible y enfurecido, de idéntica manera, la afición que se le tiene al seno materno incluso cuando se ronda la adolescencia? Por no hablar de otras y mayores pervertidas manifestaciones que dejamos para que sean usadas por Freud, antes artista pleno, con recursos imaginativos de toda índole, antes que médico.

Tampoco se le concedían a los maestros audiencia plena, ni siquiera autoridad total, tan sólo académica. Ellos estaban en sus negocios pedagógicos, en sus rollos eruditos y rara vez calaban en la sicología interior, en el proceso de adquisición de realidades cambiantes. Había que confiar en los amigos, que eran los únicos sabios que nos podían despejar el horizonte incierto, los que nos abrían la puerta a la auténtica experiencia que la vida nos ofrecía a manos llenas, como racimos maduros.

Creo que la academia real la hicimos en la calle los hombres de mi generación, en los campos y en las playas, en las conversaciones fuera de las aulas y en los salones lejanos de las jefaturas de estudios. De lo que oíamos, erigíamos mitos, levantábamos leyendas, fabricábamos los lugares que se han ido sedimentando en nuestro interior, ese interior que cada día se va diluyendo, desintegrando, conforme avanza la edad, se disuade la idea de la verdad absoluta y se deshace la peladilla de la perfección.

Para cuando nos damos cuenta, ni el bachillerato ni las facultades universitarias nos habían labrado del todo y descubrimos que la escuela de la vida es una carrera en la que nunca se termina de aprender, mucho menos adecuadamente, que todo fluye como un torrente en la montaña. Se desprende uno del aprendizaje libresco y aparece el de la existencia, ese que sólo se consigue si te interesa el otro, comprender parte –jamás la totalidad– de la naturaleza humana, una porción de una realidad que se limita al estrecho margen geográfico en el que habitamos, al corto ámbito de la inteligencia, a las cuatro enciclopedias que se manejan, a los ocho libros que se leen con denuedo, verdaderas biblias paganas de una vida.

No creo que mucho aprendiera de aquellos que se cargan de felicidad e interpretan la vida como un lecho de rosas ni de aquellos que tratan de sacar del gusano de seda el algodón dorado. Siempre se me han quedado grabado en la cabeza, y no los he olvidado nunca, los pensamientos que me han señalado aquellos que venían del sufrimiento, aquellas personas que habían padecido en su momento el rigor de la amargura, el estoque del dolor, la punzada de la muerte de un ser querido y joven. Recuerdo especialmente a aquel exiliado que nunca pudo regresar a la patria –y que llevaba en su fueron interno durante treinta años la utopía de regresar a su tierra– o la de aquel que hubo de soportar, aparte del ruido de las balas, los dolores de la extrema pobreza, la miseria plena.

Si hablas con el triunfador, adviertes que siempre será un eterno niño que se regodea en sus gloriosas conquistas, en sus proezas que siempre suelen ser económicas, viajeras, placenteras, la pequeña épica de lo sustituible. Si hablas con aquel que conoció la derrota o que fue víctima o sintió el dolor, si no se ha llenado de madera amarga ni cuñas neuróticas, sabes que ha de recordar aquellos días en donde prevalecía la angustia, cuando se prefería la muerte a la vida, cuando se sentía cerca de los otros, no amparado en el paraguas del egoísmo brutal.

Gente que ha conocido la emoción, los sentimientos nobles, el dolor agudo. El ingenioso y el divertido te presta la momentánea sonrisa, la mueca simpática, el rato agradable y ameno. El que ha sentido el maremoto en sus entrañas, el que sabe de la tristeza, el que te ayuda en el consuelo de sopor-

tar los sinsabores que a todos nos llegan tarde o temprano, como cuando se despiden los padres, se van los amigos, se enfrían los ánimos y se hace gris lo que fue rojo intenso.

(27-1-2003)

JUEGOS

Dentro de muy poco tiempo una autora novel, llamada Juana Bernabé, va a sacar, tras seis rigurosos años de trabajo doctoral y experiencias de campo, un libro en torno a los juegos populares que han practicado los niños murcianos a lo largo del ya fenecido siglo XX, juegos y cantos que han tenido lugar en los patios de los colegios, en la calle, a cielo abierto, en no importa qué barrio de una ciudad o en el centro de una recoleta y simpática plaza que era donde se juntaba antiguamente el pueblo, sobre todo los fines de semana, al atardecer, cuando los quehaceres se extinguían, se aliviaba el espíritu y se comadreaba en comunidad. Ágora, la plaza, en donde se concentraban los diversos estamentos de una ciudad o de una vecindad, en donde: mayores y niños coincidían. Si los padres hablaban despreocupadamente en torno a un aperitivo, eran los niños los que jugaban a los indios, a las cuatro esquinas, al trompo hasta meter honda herida en la madera del contrario, al guá o al chinche monete (que en otros sitios se denominaba el burro) mientras que las niñas, mucho más formalitas, modosas y pacíficas, como siempre lo han sido a lo largo de los siglos, se dedicaban a hacer difíciles equilibrios con la piedra de la rayuela o, cual equilibristas, saltaban a la comba con virtuosismo.

Mientras se asoma al balcón lúdico, tradicional y popular de la cultura infantil murciana el aludido libro (en dos meses estará en los escaparates), conviene indicar las profundas diferencias que se han establecido entre aquellos niños de la generación de la larga posguerra y la de los tiempos actuales, los de la transición política, algunos de estos últimos ya con muchos pelos en las piernas si consideramos que se ha estirado el músculo de la cultura democrática por más de veinticinco años y han tenido tiempo para formalizarse como adultos, comarca en donde se debiera apreciar el hecho lúdico por lo que tiene de libertad, amenidad y diversión, placeres reservados para los privilegiados de la fortuna.

La principal variante entre unos y otros, desde mi punto de vista, estriba en que los juegos de entonces pertenecían a la esfera de lo exterior mientras que los actuales se refugian en la gruta de los dormitorios, dentro del invernadero, al pie del ordenador, en la acera de los ingenios modernos, bajo los techos que recubren la luz del día, junto al hogar de la luz artificial. Aquella, la que yo viví, entre algunas carencias, sin apenas artilugios auxiliares, se celebraba al amparo de la bombilla de la luz del sol, en el ámbito del aire libre, en contacto con la lluvia, el aire o la naturaleza, junto a la playa o a cielo abierto, echando a volar las cometas de la imaginación para salir de los atolladeros que siempre han existido. Sin necesidad de componentes extraños, muy cercana a la que hubo de gozar la civilización cuando comparecía el mundo, cuando los retoños jugaban y retozaban por el placer de jugar, sin aparatos sofisticados, sin consolas plaiesteisen, sin la música que proporcionan los cedés, sin los dibujos animados que salen por todos los satélites televisivos, sin la facilidad que otorga el progreso industrial y técnico, siempre en vanguardia para eliminar facetas creativas. Juegos en donde intervenía la imaginación, la música, el gesto, la mímica, no importaba qué ingredientes que supusieran alteración de los ritmos cotidianos. Regulados por la costumbre, ritualizados en sus formas, siempre con posibles variantes.

El niño de entonces, más inocente y cándido que el actual, partía de la escasez y se las ingeniaba para formalizar un universo con el juego, componente esencial de la edad tierna, una característica que, salvo para los ludópatas, va desapareciendo por desgracia con el paso de los años. Los niños actuales, y puede ser una apreciación injusta que no pretende en modo alguna ensalzar el tiempo pasado, depende de consideraciones artificiales que no brotan de sí mismo. El niño de antes cantaba en la calle, jugaba en la calle, aprendía en la calle, mientras que el de ahora abunda en el aislamiento, practica la soledad del autista, el apartamiento y la incomunicación de quien ha de jugar contra la técnica o de quien ha de beber el biberón del material incesante que fluye desde el fondo de las imágenes enlatadas. Pasividad frente a movimiento, añadiría yo, tancredismo frente a la bullente y activa fantasía.

Me llama la atención del mencionado libro que la autora ha sido capaz de sacar a colación unos cien juegos de los tiempos ancestrales, lo que nos habla de la diversidad de los niños para salir del aburrimiento, de las muchas posibilidades que abastecían nuestro paraíso dorado. En otro tiempo había que ingeniárselas para confeccionar con trapo una pelota para que aparentara ser pelota. Ahora el balón de reglamento no se echa a rodar porque entre otras razones los coches se han adueñado de las calles.

Que nadie crea que yo, con medio pie en el estribo, canto el pasado en detrimento del presente, un tiempo más difícil por cuanto la vida se ha hecho más compleja y dura. Que nadie crea que considero que la civilización no puede divertirse de la misma manera que lo hacía cuando nosotros éramos niños y nadábamos en el mar azul de la infancia. Tan sólo atestiguo la pobreza de los recursos actuales, sobre todos los que proceden del caletre de los niños, frente al arsenal que se disponía cuando la sociedad española estaba sumida en la miseria y era preciso activar los mecanismos lúdicos de la existencia.

(17-3-2003)

Se cuece la gloria artística, como bien sabe, en la capital, rara vez en el rincón de la provincia, lugar maldito éste en donde se cobija la gente que no consigue dar el salto del ángel hacia las alturas (siempre el cielo está por encima, en el norte de nuestras miradas, nunca el sur que se queda para ir a ver al moro). La gloria, la fama, el Olimpo o la cumbre la consiguen escasos y contados artistas –hoy por hoy tan sólo nos ocuparemos de esta parcela– de una manera bien diferente: los hay que la alcanzan por sus méritos propios y los hay que logran abrazarla, aunque sea efímeramente, por una temporada, puede que sea por las fuerzas ajenas que le prestan. El tiempo, como siempre, es el que se encarga finalmente de dejar a cada uno en su lugar correspondiente, el de clausurar la liga de los campeones. Los hay famosos que se perpetúan en las alturas a través de los siglos y los hay que pasan una breve temporada y luego se desplazan para siempre a territorios en donde habita el olvido. Nadie sabe cómo se obtiene un primer puesto, cómo se alcanza la cúspide– como nadie sabe cómo se ha de jugar a la Primitiva para que toque todo el bote– ni de qué manera se deja caer la piedra para que se estrelle contra el suelo empedrado. No es fácil dilucidar sobre estos altos y confusos factores. La fama viene a veces por caminos inesperados a quien no la espera y hay quien la espera toda la vida, quien lucha por adquirirla, pero no la obtiene finalmente.

Observo que poca gente ha dado el salto hacia la eternidad desde el trampolín provinciano de nuestra tierra, posiblemente porque poco hemos sido en el concierto nacional hasta el momento, ahora, cuando según dice, Murcia se ha encaramado al séptimo puesto de la geografía humana nacional, cuando empieza a sonar en el escaparate de los medios de comunicación (no siempre bien, pues origina polémica el trasvase de aguas del Ebro, la electrificación de las líneas de ferrocarril, la fuerte economía sumergida, el alto número de ilegales, la invasión de gentes de otras latitudes). Sabemos que Murcia existe, mucho más allá que Teruel, que Soria, pero tampoco es para echar castillos al aire o cohetes al cielo. Casi me atrevería a decir, y lo sé de sobra porque recibo

a centenares de gentes que vienen de otras fronteras, que hasta el momento esta tierra que vivimos es la gran desconocida en el concierto nacional, y lo puedo decir así porque no poca gente que viene de fuera me lo ha hecho saber.

Se ha de reconocer que todavía nos falta buena marcha y mucho trecho –aunque empezamos a sonar en el (des)concierto nacional– hasta que se reconozca en el paisaje nacional una tierra sin excesiva identidad, sin excesivo ni glorioso pasado –siempre a horcajadas de moros y cristianos, de catalanes y aragoneses, de hidalgos y soldados, y a lomos de los gitanos que han labrado parte de la leyenda– y con pocas figuras que llevarse a la solapa a lo largo de los siglos pese a que haya un par de enciclopedias dispuestas a reivindicar– que no sería tan correcto como reclamar– a más de dos mil personajes que han intervenido en la historia de una tierra. Murcia ha vendido mal a sus personajes, o, al menos, no tan bien como sus empresarios lo han hecho con el tomate y la lechuga, antaño con el pimentón o el esparto. Y salvo para unos pocos que han celebrado y festejan –y todavía lo hacen– con truenos y cohetes la condición mágica de la tierra murciana, poco o nada seguimos contando en ese difícil ruedo de la que era llamada piel de toro.

¿En qué secreto estriba que no haya destacado la tierra murciana entre las otras muchas? Algunos aludirán a la falta de escuelas, hasta fecha muy reciente, lo que provoca la imposibilidad del desarrollo personal, cultural y profesional. Hay quien aludirá a que la sociedad murciana, hortelana y atrasada, no estaba en condiciones de competir con otras en el terreno de esparcir bulas y gracias, mucho menos con espacios industriales como Cataluña o el País Vasco. Hay quien apunta, con no poca perspicacia, que los propios héroes murcianos se han forjado fuera de nuestras fronteras, que han debido escapar de la asfixia que proporcionaba el abatido y atrasado territorio a fin de conseguir alabanzas y medallas, imposible de alcanzar si se estanca en dominio escaso. Se dice, pero siempre en petit comité, que el murciano fanfarronea en casa, pero que desmerece fuera, en dominio que no controla del todo. Y otras mil consideraciones que desde luego no aparecen en los estómagos agradecidos que siempre mirarán hacia dentro con lupa dorada y con reniegos negros hacia fuera, sobre todo por no hacer estricta justicia a los muchos genios que han tenido la suerte de nacer al pie del río Segura, en la vega de Ricote, en el noroeste, en el litoral aguilero, en idilio constante con la tierra hortelana,

Yo siempre, desde hace algún tiempo, he apuntado que se está en proceso de recuperación absoluta y en la adquisición de nuevas realidades que se adivinan una vez que pasen algunos años –o lustros– y que la natural astucia y audacia del pueblo murciano pueda verse acompañada de una adecuada formación. Hasta ahora el murciano se ha guiado por su olfato e intuición,

se ha abierto camino en difíciles coyunturas, incluso cuando vivía en el atraso más ostensible en lucha constante por la supervivencia, proceso que ha terminado ya. Estimo ahora que han de llegar tiempos muy nuevos, que las tornas habrán de cambiar, posiblemente no tan tarde como se cree, incluso dentro de poco tiempo, cuando empiece a dar fruto la política educativa, la económica, la industrial, la turística, la comercial, cuando haya aproximadamente un millar de personas dispuestas a comprar un libro, cuando se abarroten los recintos dedicados a la poesía, cuando se preste atención a las actividades culturales, cuando se adquiera pedigree, se abandone el complejo de inferioridad y el pelo de la dehesa y se busquen horizontes nuevos. Y sobre todo cuando se tenga la confianza de ser uno mismo y no muchos, como ahora.

(31-3-2003)

SOBRE MIS EX

Me llama un medio de comunicación para que hable de mi experiencia en el mundo de la docencia, ahora que ando en ella, pero desde el lado de la gestión, un costado muy distinto, tan diferente como la noche y el día. Me piden que saque a colación conocimientos y experiencias anteriores, que compare el mundo de la docencia con el de la administración y otra serie de asuntos relacionados con ambos universos, circunstancia ésta que no encajan en las breves estancias de un artículo.

Y les hablé de mi experiencia personal y concreta, la del profesor de a pie –como soldado de infantería durante casi veinte años– o de director –una especie de cabo o sargento en casi tres lustros–, la única de la que puedo dar ejemplo y testimonio. Les conté, casi musitando, que tiempo he tenido para conocer a algún famoso profesor, ahora en el estrado universitario, que las pocas veces que asistía a clase era para leer ávidamente el periódico del día que a veces trocaba el diario por el boletín oficial del Estado, prosa que yo no aconsejaría a ningún profesor que se precie. Que he conocido a algún profesor que, de buena gana, si lo hubieran dejado, hubiera arrojado por la ventana uno a uno a alguno de sus alumnos, no importa que diera clase en un bajo o en un cuarto piso. Que tiempo he tenido para conocer a profesores que convertían cada clase en una dura batalla, bien dispuestos a echar mano de la artillería pesada con tal de liquidar a sus adversarios y a otros que hacían tan blanda la guerra que era mantequilla pura. Que he conocido a algún otro que, tras sacar la oposición, nunca más volvió a consultar libro alguno, que bastante había hecho en el tiempo anterior a la oposición, dedicándose a partir de entonces a vender pisos, según unos, a comprar solares, según otros, a montar cooperativas decía el de más allá. Que el peligro de la enseñanza, y eso lo digo yo, ha sido desde casi siempre la austeridad que la acompaña, lo parco de la paga o de la masita mensual, nunca acorde al ritmo que impone la inflación, incapaz de colmar las ilusiones económicas de nadie. Por debajo de otros profesionales a los que miran por el rabillo del ojo, sabedores de sus posibilidades.

Y he conocido, por acabar con tales casos, profesor de ciencias –en letras nunca se cotiza la mercancía– que le daba clase particular a sus mismos alumnos que suspendía en la pública, picaresca aislada que puede existir en cualquier otro ámbito.

Pero han sido casos siempre negativos, aislados, ocasionales, que siempre son, no sé por qué misterio, los que permanecen en mi recuerdo, todavía vivo, y probablemente en los de la sociedad que los soportó, porque entre otras razones son estos casos los que dan la imagen de la enseñanza, no los otros, de los que nos aprestamos a escribir con sumo agrado. Porque a lo largo de mi experiencia personal puedo dar fe de haber encontrado a otros muchos, los más, que han sabido tener encendida la bombilla de la esperanza en un marco en donde todo se presta a que reine la rutina, la monotonía, la atonía, la desesperación, el aburrimiento, el auténtico cáncer del oficio, por donde sangra la herida. Si no se introduce la chispa de la ilusión, sobre todo pasado el momento primero, el aula se convierte en un potro de tortura, una estancia sombría en donde se instala el malestar personal. Si no hay comunicación –y cuesta trabajo especialmente en la etapa madura, cuando profesor y alumno pertenecen a generaciones distintas– entre docente y colegial– no hay posibilidad de entendimiento, que nada molesta más a la pedagogía que lo aprendido con palabra áspera y sombría, a través de la espartana disciplina, así como es triste lo expresado a través de la desgana.

He conocido a profesores que vivían con intensidad sus días educativos, gentes que eran capaces de llamar a cada alumno por su nombre y apellido, de interesarse por los problemas familiares de los alumnos, incluso sabían si sus padres estaban atravesando la crisis de una separación, vivían en ambiente tenso o si habían iniciado una primera bajada a los infiernos de la droga (nunca hay que separar el proceso de aprendizaje del desarrollo anímico y espiritual). Y he conocido a los que no regateaban minutos a la Administración (que nunca le pagaría un plus de más y que nunca sabría de su desprendimiento personal entre otras cosas porque los profesores ganan lo mismo, no importa si ponen el alma en el empeño o simulan depresiones que no tienen) quedándose en clase con los alumnos el tiempo que ellos quisiera, Profesores que estaban dispuestos a participar en una empresa en donde se ha de trabajar colectivamente, al unísono, especialmente en los años en los que la incierta adolescencia depara problemas de toda condición.

He conocido a profesores y profesoras, en Santomera y en el Alfonso X El Sabio, únicos recintos en donde he tenido la ocasión de ejercer, con extraordinarias condiciones para ser condecorados por algunos gestores de la educación que estiman escaso el trabajo de los educadores, seguramente

por lo de las vacaciones. He conocido a compañeros que han hecho de la vocación –que está siendo sustituida por el oficio y es otra consideración que establezco– su auténtica y única existencia, razón de más para seguir confiando en ellos, ahora que casi parece cerrado mi ciclo educativo, cuando me quedan los recuerdos, muchos de ellos positivos, algunos de ellos, menos de lo que cabía esperar en 32 años de experiencia, negativos. Y eso es lo que más o menos le vine a decir a los que me preguntaban en aquella ocasión.

(28-4-2003)

DOS VIDAS

(Para José Vicente Albaladejo)

Como saben, desde que cedí los trastos de la dirección del Instituto Alfonso X El Sabio, hay gente interesada en saber cómo transcurre mi vida actual, si valía la pena, tras más de treinta años en el ejercicio de la enseñanza, en contacto con el aula, estar ahora en el balcón administrativo. Si echaba de menos la actividad académica o si, por el contrario, siento nostalgia de la vida institutera en la que, dicho sea de soslayo, tantos ratos buenos he pasado junto a alumnos que hoy son amigos y al lado de profesores por los que he sentido admiración.

Les digo que todos los sitios tienen su pro y su contra, su vaso medio lleno o medio vacío, que depende sobre todo de una serie de consideraciones ajenas a nosotros mismos en algunas ocasiones, circunstancias abstractas y generales que para un espíritu pragmático no son suficientes. Es cuando te interrogan de modo distinto: ¿Qué es mejor, estar ocho horas en un despacho, o estar cuatro horas ante muchas parejas de ojos que te vigilan en cada gesto, en cada palabra? ¿Qué es más intensa, la vida al pie de los papeles, tratando de desentrañar los pequeños embrollos que la vida administrativa tiene o la comunicación abierta con ese alumno que va a clase a que le administres lo mismo dosis de ciencia, vitaminas de buena voluntad, que un potingue de paciencia para los nervios?

Les digo a quienes me preguntan que es material de diversa categoría, que no se puede comparar un sistema con otro; que si se juzga por horas de trabajo continuadas y resoluciones, estas resultan más dilatadas y anchas en el campo de la administración; incluso más gratificantes porque en el mismo día cabe desmadejar los nudos de la cuerda; no ocurre así con la enseñanza, cuyas mejores satisfacciones nunca son inmediatas, antes bien suceden al cabo de los años, cuando un alumno se acuerda de lo que le explicaste, de todo aquello que acompañó a tus clases, tales como una actitud

ante la vida, una manera de encarar el mundo, una reflexión para salir de un enredo, un comentario sobre una determinada obra, una indicación en torno a la manera de ver un comentario de texto.

Les digo a los de la tiza que a las tres de la tarde, te puedes marchar a casa y que los papeles no hablan; se callan y, obedientes, hasta el día siguiente no bostezan. No ocurre lo mismo con las clases que parecen que nunca acaban. Has terminado una y te llega la otra, a un ritmo superior, más intenso, sin tregua, con un cansancio que puede derivar de los períodos lectivos, muy intensos durante el curso, excesivamente laxos y prolongados durante las vacaciones. Como cuerpos que se llenan de calma y que no siempre están bien engrasados para el rodamiento. Y que te marchas a casa y los problemas siguen vivos, como el tema del misterio del ser. Nunca se sabe si lo has hecho bien, si tienes preparada la clase del día siguiente, si el examen que has de poner te va a servir para alcanzar la gloria. Nunca se aplaza el problema si se vive en el terreno pedagógico. Las preguntas te asedian. La ética te persigue. La razón te exige respuestas.

Las horas de despacho pueden ser tan relajadas como agobiantes. Si los problemas no te apuran, puedes hablar con los compañeros, echar un vistazo al periódico, escuchar la radio si no exige el trabajo mucha concentración. Te mueves con más soltura, sin estar aferrado al duro banco del profesor, a la sala cubierta, a la disciplina del horario colectivo. Los relojes marcan tiempos distintos, incluso cuando se acelera la cosecha de papeles, se agrupan en estribor los trabajos, se apilan los expedientes económicos en la bodega y hay que desalojar las resoluciones por la borda. Si se juntan, pueden estallar como una granada olvidada.

La del profesor que trabaja con materia humana es mucho más delicada que la del gestor, más interesado en preparar campos, cerrar agujeros, zanjar problemas. El que trabaja en la administración sabe que los problemas acucian, que el ritmo llega a ser imponente, que casi no queda tiempo para la reflexión ni la meditación, especialmente cuando las prisas aprietan. Y, sin embargo, hay que algo que unifica a los dos oficios a los que hago referencia: ambos tienen mala prensa, cuentan con escaso aprecio por parte de una sociedad que no valora ni a unos, por holgazanes, ni a otros por ser emblema del absurdo kafkiano. Ni la sociedad tiene en cuenta los desvelos de un buen profesor (que los hay hasta abundar) ni tampoco la actitud disciplinada del gestor para resolver las cuestiones pendientes (y aseguro que hay gente eficaz dentro de un mundo cuanto menos complejo). Pero de todo ello hablaremos en otro momento. De momento me conformo con decir que por debajo de las meras apariencias, chascarrillos y lugares comunes, he encontrado en la vida en el aula valores más morales y éti-

cos que lo que la gente estima; y de la misma manera, estoy teniendo la ocasión de comprobar que la eficacia dentro de la Administración, incluso con la lentitud exasperante de las carretas de bueyes que se le atribuye, es superior a lo que incluso yo mismo consideraba. Así que, de momento, ni me arrepiento del pasado ni reniego del presente.

(23-6-2003)

QUIEN NO SEPA, QUE PAGUE

(Para Jesús, Ángel, María y Pepe)

Me presta el título y el artículo un vecino quien de nuevo, sin pretenderlo, me saca a relucir la diferencia que media entre el obrero, que trabaja con las manos, y aquel otro sector, entre los que no descarto el de los intelectuales, que tienen tendencia a trabajar con la cabeza, aunque para algunos, dicho sea de paso, la tal le valga para bien poco. Y me lo dice de una manera que es posible afiliar, en el tono y en las formas, a la vieja condición del proletario que exige denarios para castigar al propietario, a las del viejo comunista que trata de igualar clases y oficios. A la del especialista, si cambiamos de tercio, que desea poner por las nubes su sabiduría profesional. Una especie de revancha en la que se indica: "tú puedes saber mucho, tener profesión agradecida, poseer la palabra, ser regente, pero estás condenado a pagar siempre, a estar a merced de lo que yo estime oportuno". Por no mencionar otra serie de apreciaciones de otro calibre en donde se abre la zanja entre dos mundos bien distintos.

De siempre me ha llamado la atención esa separación entre las dos partes, siempre presente en mi memoria porque desde niño he visto cómo los trabajos de los ricos, o simplemente pequeños hacendados, eran hechos por los artesanos y operarios, por los oficiales y por gentes que se brindaban a realizar chapuzas como arreglar una tubería, blanquear una pared, reparar una avería, levantar una pared, poner en cintura el grifo que goteaba. En mi casa, en donde no existía tradición de destreza manual ni habilidad para los pequeños oficios, siempre, desde la más tierna infancia, acudía una legión de peritos y aficionados a las labores del hogar para ejercer funciones varias. Este de aquí tendía una línea de electricidad, aquel de allá pintaba las paredes de las habitaciones, el de más allá instalaba el larguero de una cama o reparaba la cisterna, siempre rebelde, del cuarto de baño.

Por eso, una vez llegado a los lejanos confines, me sorprendí de que el francés, dotado para manejar los dedos, no tuviera que recurrir a manos ajenas, sin duda alguna, entre otras razones que comprendí más tarde, por la carestía que representaba pagar a los obreros cualificados, mucho más si la tarea se hacía en los fines de semana. El francés lo hacía todo, se las apañaba como podía –generalmente bien–, mientras que en la burguesía española, fuera provinciana, pueblerina o urbana, era incapaz, posiblemente como resto del atavismo que todo cristiano viejo lleva encima, de valerse por sí misma. Desconfiando de los oficios, apartándose de las formaciones profesionales, nuestros padres nos enviaban a las facultades universitarias huyendo del mono azul, de los viles oficios, y casi nos impedían –su ejemplo era visible– progresar adecuadamente en ese campo.

No sé si las cosas han cambiado mucho o poco en estos últimos tiempos, tampoco sabría decir si es conveniente que el hombre dotado para las letras o las humanidades, se haya de barajar en los territorios que hemos descrito, si los escritores, pongo por caso, aparte de poner en pie los cimientos y los artonados de la obra, los pilares y los ladrillos de la palabra, hayan de acudir a poner los tabiques de su casa, enlucir las estancias y hasta darle barniz al sonrosado parqué.

Lo que sí tengo claro, y lo sé por experiencia propia, es que tal ignorancia cuesta cara, un ojo de la cara, especialmente, como se dijo anteriormente, en los fines de semana, momento en que un cerrajero de guardia cobra el minuto más que la mensualidad del mismísimo presidente del Gobierno, el fontanero más que un presidente de Comunidad Autónoma. Mientras ellos te extienden el presupuesto, te dicen “ y si quiere factura, el Iva supone otro tanto”, extremo éste que te hace dilucidar entre pagar menos (aunque él gane más) o pagarlo todo para que el otro deba pagar al tributo, tal como hacemos aquellos que no tenemos escapatoria.

.Alguna vez, sobre todo cuando te prenden la condecoración del trabajo realizado en forma de papel timbrado, sientes la necesidad de matricularte en un módulo de Formación Profesional, actuar de aprendiz en un taller de mecánica o de pinche en otro de cerámica o cocina. Piensas que poco a poco irías combatiendo tu ignorancia, serviría para rebajar las minutas, te ayudaría a sentirte autosatisfecho, capaz tú mismo de llevar a cabo tu propia empresa, de reparar las deficiencias que surgen a cada paso pero bien pronto asoma la conciencia en forma de obstáculo: “pero si siempre has sido un manazas, dónde vas ahora a tu edad, nulas posibilidades tienes de recuperar el tiempo perdido, si te hubieras iniciado en su día, ahora ya es tarde, nunca llegarías a saber la causa de los destrozos” y te condenas definitivamente a ser carne de cañón, succulento festín para los que llegan

de fuera y arreglan televisores, conocen los circuitos eléctricos, manejan la informática, pintan, barren, enlosan, parquetizan, se suben a las escaleras, le dan a las escobillas, sellan y cobran de manera desahogada.

(20-10-2003)

(Para María Jesús Bayonas)

No sé si regresaré de nuevo a la tiza y al aula, a la clase de literatura española –la verdad es que siempre he huido de las subordinadas casi tanto como de la fonética y la gramática generativa– a bucear en las nuevas promociones, aguas turbulentas que se debaten en un universo mucho más rico y complejo que el de promociones anteriores. Frente a la naturaleza estática y fija de pasadas calendas, los tiempos modernos, como hubiera sancionado Charles Chaplin, nos ofrecen una mudable y cambiadiza condición. Difícil de atrapar para los que no somos capaces de jugar con las metáforas, inquietante en su destino, desconcertante para el ojo viejo.

Por eso, llega el tiempo de la evocación y del recuento, sobre todo como hace unos días he tenido la ocasión de aparecer en un libro sobre el declive del humanismo con tres de mis no tan viejos alumnos, coautores a su vez en el mismo volumen. Como la memoria negra se cuele hacia abajo por el retrete –palabra que apenas se estila en los tiempos actuales– nos queda la clara y límpida que brota del recuerdo amable. El primero de ellos es el de los alumnos que se te han quedado grabados en el alma, aquellos que permanecen en el recuerdo cuando ha llegado la hora de cerrar el libro de la enseñanza. Alumnos que, con el paso del tiempo, han quedado en amigos de los que has podido aprender no poco, tal es la condición mudable de la naturaleza humana, la de verse no sólo reproducido, sino amparado por la amistad. Como la de cartearse a través de ese benéfico invento que es el “emilio” electrónico.

He tenido muchos y buenos alumnos a lo largo de mi vida académica. Algunos porque querían ser, tenían ganas y voluntad, deseos y ansias de superación o porque le acompañaban los genes, las neuronas o los hados que revolotean en torno al misterio. Los del Instituto de Santomera, dotados de fuerzas amigas, luchaban, siendo de familias humildes, por ocupar

un espacio social y los del Alfonso X El Sabio porque, siendo de instancias superiores, tenían sobresalientes en todos las asignaturas, requisito antaño para matricularse en un prestigioso centro en donde a veces te daban clase los mismos alumnos, sin duda con más sabiduría que muchos de los profesores en donde allí impartíamos enseñanzas. Los primeros, entonces habitantes de pobres pedanías, partían casi de cero, no había ambiente intelectual en las casas, muchos de los padres eran analfabetos y no contaban los alumnos ni con libros para poder ejercitar y desarrollar sus muchas cualidades, aunque sí derrochaban voluntad y pundonor sin límite. Los otros lo tenían todo, compartían en sus casas la atmósfera ilustrada, procedían de las capas burguesas de la sociedad carmelitana, pero venían de todas partes porque hay cosas que se heredan y una de ellas era el orgullo de haber estudiado en el Alfonso X, recinto que fue inaugurado en 1837 y por donde había desfilado una legión de genios autóctonos como Juan de la Cierva, José de Echegaray o Gonzalo Sobejano, el decano de los hispanistas actuales.

Como conservo algunas de aquellas libretas en donde iba anotando calificaciones, datos singulares, intervenciones en clase, interpretaciones de autores o trabajos de lecturas, de muchos de ellos puedo hasta evocar el momento en el que me dejaron con la boca abierta, admirado de sus talentos, yo que fue niño salvaje que creció sin instituto ni sección delegada en donde asentar las posaderas. Hijo de un bachillerato efectuado a la intemperie. Y podría ahora, sin ánimo de agotar la lista, mencionar casos prodigiosos como el de Quico Pérez Crespo –a don Antonio, el padre, no llegué a darle alcance por unos pocos años, pero presumo que hubiera sido igual o mejor condición-capaz de sacar doce matrículas de diez asignaturas cada año, a Patri Reus porque reunía el máximo sentido estético junto a una jovial y rubia manera de ver el mundo, o el de Chus García Hourcade, alguien que hubiera triunfado en la ciencia más pura si no se hubiera escorado, como Joaquín Jareño o Miguel Angel Olmos –antaño el terrorista Apala– hacia las letras y las historias de verdad.

Eran los tiempos en los que el que valía se iba a ciencias porque tenían pedigree, pero todavía no se había producido el derrumbe de los estudios humanísticos. El latín era obligatorio desde el principio al final de los estudios, regía incluso el griego y si te descuidabas hasta podías declinar en alemán. La literatura ocupaba espacio y servía para la formación integral, no como ahora que tiene mero asiento decorativo. Los estudios tenían valor en sí mismo y servían para muchas más razones que para ganar dinero. Se buscaba la verdad y se predicaba darle un sentido a la vida pese a que estábamos inmersos en los últimos coletazos del existencialismo, rodeados de la amargura de la pobreza, privados de libertad que advino más tarde, pero habíamos intentado hacerlos vivir en ella, aunque fuera precariamente,

cuando los preparábamos para la reflexión –una palabra ya devaluada y vacía en los fueros educativos– y el análisis exhaustivo, para la democracia y la vida.

No crean que se agarran al recuerdo los linceos y los genios, que también se aferran al recuerdo tipos singulares como Antonio García Medina, que siendo genial abogado hubiera sido famoso en el campo de las Bellas Artes o la astucia de Antonio Jiménez –tan sindicalista ahora– para escabullirse de los fregaos que se montaban a diario; la música escondida de José Miguel Franco, la anarquía de Chumillas, y la de otros tantos que no saco a colación para no agotar en este artículo la relación. Tal es la dicha de haber vivido en ellos.

(10-11-2003)

I DIOMAS

(Para María Jesús Bayonas)

No hace mucho, una especialista en el estudio de los idiomas extranjeros en España, llamada Carmen Morales, me facilitaba datos que hicieron que se pusieran a temblar mis conocimientos en dicha materia. Resulta que no va España a la cola, y hablo de países europeos, en el aprendizaje de las lenguas, y, tras siglos de austeridad y desconocimiento de ellos, parece que hemos entrado en un período de olvidar nuestra lengua (sobre todo la parte literaria) para dedicarnos al estudio de las otras.

Exponía en una charla muy formal en Mirando al mar la citada especialista lo que se había hecho en 1900 –poco más o menos que partir de cero– y lo que se hace ahora que, pudiendo ser más, no es moco de pavo si se tiene en cuenta la obligatoriedad de los idiomas en la escuela primaria y secundaria, el doble idioma, la posibilidad de que se comience a impartir una lengua extranjera desde los tres años, las escuelas de Idiomas repartidas por todas las geografías españolas –en la Región de Murcia contamos con seis–, la cantidad de profesores particulares que imparten clase en su casa y las mil academias con profesores nativos que crecen como las setas en no importa qué ciudad española.

De tal manera y modo que ya no se puede decir que el español es incapaz de expresarse en lengua ajena, antes bien, aunque no haya cifras globales, no pocos compatriotas, y considero tales a los que viven en las comunidades autónomas, pueden hacer uso de modo total o parcial de sus conocimientos bien sea porque los hayan adquirido en la enseñanza reglada o porque se los hayan procurado en estancias en otros países, lugar cada día más corriente en las familias españolas de nuestro tiempo (me parece que fueron los socialistas quienes pusieron de moda en este país enviar los hijos a los Estados Unidos y aún se prosigue, pero ahora entre las familias peperas, la costumbre). Lo que demuestra que no son tan distintos.

Yo recuerdo de aquellos años 60 la proliferación de estudiantes que aprendíamos francés, época en la que se decía que el español estaba poco dotado para expresarse en otro idioma y hasta se nos reconocía cierta incapacidad para prosperar en el estudio de las lenguas. Y recuerdo cómo, de manera insensible, se fue desplazando el interés por el inglés, lengua que obliga a considerar analfabeto al que no la conoce o al que no la traduce, tal es la dimensión que ha ido adquiriendo en los tiempos actuales, primacía que no va decayendo pues los aspectos científicos y tecnológicos no están contribuyendo sino a acrecentar sus proporciones, ya de por sí desorbitadas. Lo que ha aumentado es el estudio de una segunda lengua que posibilita la apertura del hablante a dos sistemas distintos, a dos códigos de comunicación aunque bien sería necesario, desde mi punto de vista, recoger datos sobre el nivel de abandono de los españoles en el estudio de las lenguas si tenemos en cuenta que se precisa mucha memoria, grandes dosis de paciencia para llegar a dominar las riendas de un caballo que se nos escapa. Parece ser que el español, sobre todo el de poca edad, ha perdido el respeto y el temor reverencial a aprender otras lenguas. Parece que el español ha perdido ese sentido del ridículo que le impedía pronunciar de manera distinta a su proceder normal. Parece ser que se han ido perdiendo aquellos tiempos en los que muchos, con el Assmil, decían “my Taylor is rich” –y ya no pasaban de ahí y se han introducido de lleno en los ejes de esa locomotora mundial que es el inglés, habiendo pasado a mejor sueño la utopía del esperanto, un proceso irreversible que nadie se ha molestado en impulsar pese a las esperanzas con las que apareció. Tampoco el árabe, como se creía por la proyección que tendría el petróleo, tampoco ha cautivado a los españoles, centrados preferentemente en los dos idiomas mencionados, con la adenda mínima del italiano y del alemán, con leves incrustaciones del ruso. Y es posible que en un mañana, si no el vasco, demasiado emboscado, sí el catalán.

Cuando hablamos de idiomas, y he sido ardiente defensor de ellos para propiciar ventanas al exterior, siempre se me han antojado preguntas de diversa naturaleza. ¿No sería mejor que los mejores profesores, los auténticos especialistas, fueran los que impartieran las clases a los alumnos que empiezan, a los que se han de familiarizar con sonidos ajenos, con palabras extrañas, antes que los homologados o generalistas? ¿Les puede crear confusión aprender al alumno estructuras ajenas a los niños con tan solo tres años o es mejor iniciar cuanto antes el aprendizaje para que lo sientan como propio? ¿Es posible hacer el bachillerato completo en lengua que no sea la española (y de paso, como me dice una ex compañera, olvidarse de la Logse y sus parcheos posteriores? ¿Será verdad, como dice mi cuñado políglota, que una vez aprendidos tres idiomas, todos los demás vienen solos? ¿Perderá el

castellano su rancio abole y se cruzará con los tonos que nos vienen de fuera en esa sociedad que se adivina mestiza? ¿se enriquecerá más el español de nuestros días con las aportaciones de los extranjeros que se quedan a vivir con nosotros?

(5-4-2004)

NUEVAS ASIGNATURAS

Recuerdo ahora con horror los años previos a la entrada de la Logse en el Instituto en el que trabajaba. El centro, de vieja estampa, debía decir adiós a diversas asignaturas, tanto de humanidades como científicas, para dar paso a las nuevas realidades que aportaba una ley que nunca fue bien aceptada en los centros de secundaria, puede que por el temor que inspira todo cambio, por lo críptico del lenguaje o por el fondo que escondía. También porque los forjadores, que habían ganado las elecciones, se aprestaban a llenar de nuevos contenidos lo que había sido el viejo bachillerato, más tarde el Bup y cualquier otro modelo de plan.

Y había profesores que, pluma en ristre, sacaban a la palestra asignaturas tan distintas que un día faltó pizarra para encajar las más de las doscientas materias que se podían cursar en aquella institución docente que se removía en sus cimientos. Y mientras unas iban y venían, otras eran despedidas para el siempre jamás. Cada cual quería colocar las suyas sea porque pensaba que podían servir para establecer un itinerario o de modo más práctico porque se beneficiaba su departamento con horas que se perdían. La aparente autonomía de los consejos y órganos colegiados servía en aquella ocasión más para sembrar la incertidumbre y la división que para hallar la fórmula mágica que debiera contener todo plan de estudios. Tras horas y horas de reunión, tras semanas de dispersas anotaciones, aquellas doscientas materias se fueron reduciendo a base de votaciones sucesivas que trajeron un pequeño principio de acuerdo que apenas sirvió porque poco después, otra vicisitud legislativa, originó nueva mudanza educativa de la que algún día hablaré.

Y si eso sucedía en el interior, en el exterior –lo de adentro afuera ya es de por sí descorazonador– había no poca gente que ponía en tela de juicio lo que se aprendía en los centros docentes, a los que se tachaba de anticuados, sujetos a consideraciones ya gastadas, no acordes con los tiempos modernos. Se consideraba que la enseñanza estaba fosilizada, llena de anotaciones y datos, marcada por lo histórico, sin anclaje en la sociedad que vivimos. Gente que pone en duda que se pudiera dar formación integral a los jóvenes, gentes

que predicaban nuevas formas de enseñar, nuevas maneras de encarar los asuntos pedagógicos, abandonados a procedimientos formales, desgajados de la realidad, poco atados al cordón de la modernidad. La verdad es que en materia de educación, como en las del balompié o en la política, todo el mundo cree estar en posesión incluso de la fórmula secreta que nadie conoce. Y viene todo ello a cuento porque últimamente estoy coleccionando comentarios y juicios de gentes que quieren darle un giro copernicano a los estudios. Resulta que, y empiezo por un famoso, que un torero que se mide con gruesos y bravos miuras, pretende, quiere y solicita que los alumnos reciban instrucción sobre la fiesta nacional para que ésta no desaparezca del todo, para que entiendan y sepan distinguir los alumnos en qué consiste un natural y cómo se dispone la capa para conseguir un afarolado, circunstancia ésta que le admito –aunque admito que no figuro entre los simpatizantes de una fiesta que los ilustrados llamaron bárbara– porque siempre es bueno distinguir entre ricas gamas o variaciones en torno al arte. No dice el torero si se suprimirán horas de lengua para conceder margen a las taurinas, pero, experto en temas educativos, supongo que lo habrá tenido en cuenta, es decir, las suprimirá de un plumazo. Los claustros se llenarán de banderilleros, novilleros y maestros consagrados que cobrarán algo más que la escueta masita de los docentes.

No hace mucho, hace apenas unos meses, otro famoso, amigo de los coches de carrera, alguien que sigue con atención y desvelos los acelerones súbitos de Alonso en los circuitos mundiales, decía que había que incluir en la escuela la educación vial, las reglas de tráfico, a fin de que los escolares, cuando llegaran a hombres, supieran qué hacer en esos momentos críticos en los que hay que atravesar una calle con semáforo. No indica tampoco cuál sería la materia, tampoco si los alumnos saldrían con el carné de conducir en la mano o con el estudio del reglaje de los camiones, pero queda claro que la enseñanza que se llamaba media debía contar en su cuadro de profesores con una legión de taxistas profesionales, una buena ración de Seat Tipo en las cocheras y miles de litros de gasolina para llenar los depósitos. La educación vial se haría, añadido yo, a costa de las clases de idiomas, pero hay que estar persuadido de que tal materia conviene para que los alumnos, cuando sean mayores, no embistan contra las personas.

Hace más tiempo, me llegó la noticia de que se piensa incrustar en los planes educativos –que es adonde va a parar todas las paridas de los pensantes– la urbanidad y las buenas maneras, y podría ampliarse con la salsa y los bailes de salón, sobre todo desde que se sabe que los jóvenes actuales no se caracterizan por la exquisitez de sus modales ni por la finura de sus actuaciones, tampoco por la manera de marcar los pasos castizos con el pasodoble y el chotis. Pero cabe la posibilidad de recargar el plan de estudio

–y no me invento nada de mi cosecha, que todo lo rescato de lo oído o leído– con el estudio del nuevo lenguaje de los móviles, la retórica de bajarse música de Internet o la de ser mantero, oficio que podría servir para los ciclos formativos.

Quiero indicar que nunca como hoy se ha abierto la zanja entre lo tradicional, aquello que se impartía en las escuelas, y lo moderno, todo aquello que se considera útil y necesario. Que nunca como ahora hay tanto abismo entre cultura y vida, entre lo que es y lo que podría haber sido. También entre el sentido común y el disparate.

(19-4-2004)

EL PACTO EDUCATIVO

Hay artículos que se escriben sin utilidad alguna, llenos de ilusiones que se van directamente del corazón a los cajones de la basura, de las zonas neuronales al baúl del olvido. Y, sin embargo, todos los años, y ya son muchos, se hace patente en mi interior la necesidad de aparecer como un iluso (pardillo lo llamábamos en otros tiempos), sobre todo cuando descubro que la educación, generalmente una cuestión que no interesa mucho, pasa a ocupar primer plano en los periódicos, es materia de debate en la radio y cobra importancia en los telediarios de todas las cadenas. Entonces es cuando pienso que algo funciona mal, que no hay solución para el problema de la enseñanza, cada día más cuestionada, tan politizada, tal como ocurrió cuando en el año 1931 del siglo pasado se crearon las Misiones Pedagógicas, con la esperanza de llevar a las zonas rurales la cultura y el teatro, las bibliotecas y los recitales de poesía, entre otras cosas dignas de encomio. Una campaña de nivel político que encandiló con sus luces republicanas a los pobres maestros olvidados en zonas deprimidas, quienes pensaron en la real posibilidad de sacar del ostracismo a las gentes analfabetas que no habían tenido acceso a la cultura, tal cual ocurre hoy mismo en una sociedad mucho más avanzada técnicamente, acaso más atrasada desde el campo cultural. Y lo que había por detrás de aquella operación estratégica no era –y sé que levantaré ronchas por ello– sino la captación asimismo de una bolsa de votos en ámbitos rurales, desde los pueblos y aldeas de la España. Se vendía la utopía y la redención cultural, pero se aspiraba a ganar las elecciones, sueño final de todo político profesional.

El mismo juego hizo el franquismo con la escuela, incluso lo superó. Primero se ocupó de hacer una buena depuración de maestros y catedráticos para limpiar el parque y luego le dio a los maestros –entonces eran las primeras letras las que se necesitaban– consignas que pasaban por vender pescado fascista a los niños que iban a la escuela y que acabaron recibiendo, aparte de las cuatro reglas y vasos de leche americana, un buen nivel ortográfico a consecuencia de los continuos dictados, queso americano, así como

aplicaciones para que extendieran el radio benéfico de la doctrina oficial de la pasada dictadura.

En uno y en otro caso se utilizó a los educadores para conseguir propósitos dispares. Unos y otros, y pronto pasaremos a la actualidad más radiante, usaron la escuela para la consecución de sus fines. Unos y otros trabajaron con la intención de extender el fulgor de sus melodías, unas republicanas y otras bastante más a la derecha, tanto que rozaban el nazismo puro y duro. Y así anduvo la escuela a lo largo del siglo XIX y XX, con un penduleo que ha llegado a nuestros días. Quiso que vinieran las estructuras democráticas (oh, milagro) a España. Quiso el hado que se olvidaran los viejos mitos de la dictadura, pero no creo que se haya olvidado la vieja maniobra de monopolizar la escuela, tal como ha venido aconteciendo desde tiempo inmemorial. Lo hizo el Psoe inventándose una ley insidiosa y ha seguido el Partido Popular con otra de parches (no creo equivocarme) que no tenía otro objeto que desmontar, corregir o modificar las estructuras anteriores. Un partido, el PP, que no le agradaba comerse el turrón de una ley que no era suya. Y como tenía el poder absoluto que le dieron los votos, el mismo que tuvo el Psoe en las legislaturas anteriores, estaba dispuesto a cambiar los desafueros que se cometieron en su día. Y todo ello de manera legítima, la una y la otra. Y me temo que dentro de no sé cuantos días, ocurrirá otro tanto. Entrará en el poder el partido anterior y modificará los planteamientos del otro. ¿Y así hasta el infinito? ¿No llegará el día en que se llegue a converger en materia educativa?

¿Y quedará la escuela siempre a merced de los designios políticos? ¿No habrá entre los profesores gentes que sean capaces de saber qué sería más aconsejable en los complejos días que vivimos? ¿Qué planes se podrían impartir? ¿elegir entre lo general y lo especial, entre lo histórico o la vida? ¿No sería posible que se dejara a técnicos en la enseñanza que se reunieran para definir por dónde habrían de discurrir las principales líneas educativas, ya de por sí complejas? ¿Serían capaces las centrales sindicales de la enseñanza de abandonar sus pequeños reductos y facilitar los medios y personas para que se discutieran criterios que fueran estrictamente técnicos? ¿hay alguien que haya conocido los planes anteriores de estudio –que aparecen en los volúmenes de J. Utande– y sepa la causa real de su fracaso? ¿Sería posible llegar a acuerdos mínimos sin que sintiéramos la sensación de vivir en continua mudanza cada vez que se produce la mudanza política? ¿No sería posible redactar una Carta Magna de la Educación que fuera respetada por cabezas pensantes de todas las corrientes y tiempos? ¿No puedo regresar la palabra consenso (tal como ocurrió en las fechas de temores y esperanzas de la transición) a fin de aplicarlo a materia tan delicada como la educación? ¿Estaremos

siempre jugando con las sucesivas promociones que se ven obligados a cursar proyectos efímeros condenados de antemano al fracaso?

De sobra sabemos que todo lo anterior, y lo mucho que podría añadir, no son sino un cúmulo de deseos y buenas intenciones que han de chocar con otras fuerzas mucho más sólidas, con unos y con otros, los de ahora y los que vendrán porque todos quieren dejar su impronta en un Plan, en una Ley, en un Proyecto Educativo que, como ven, dura lo que conceden las legislaturas. Pero no acaban ahí las dificultades. ¿Qué ocurriría si cedieran los políticos (ya estoy en plena ciencia ficción) la educación a los propios enseñantes? ¿Serían capaces de diseñar los modelos adecuados (la educación es materia viva y dinámica que habría de ir modificándose continuamente) para que se sostuvieran más allá de diez años? ¿hallarían la fórmula mágica que posibilitara que la escuela no estuviera a merced de los vientos que soplan de norte o sur? ¿Serían capaces de tocar con la varita mágica y diseñar razonablemente métodos y procedimientos más adecuados para resolver la eterna cuestión de la educación, esa asignatura pendiente que no nunca hemos logrado aprobar del todo?

Llegado a este extremo, algo mohíno, sólo me queda esperar otro año y otras elecciones para volver a insistir en ese necesario pacto por el que vengo clamando hace ya tiempo, pacto que, sin embargo, nunca llega.

(28-4-2004)

(A la memoria de don Luis González-Palencia)

Hace no mucho fui a ver a un viejo amigo al que sólo mi indelicadeza me había impedido visitarlo más a menudo, tal como se merecía por muchas razones. Y debería haber estado con él en su casa antes porque fue profesor mío y de él aprendí cosas necesarias cuando ya tenía decidido entrar en los terrenos literarios, tras haber abandonado otras posibles filologías, algunos derechos que apuntaban torcidos y tener prohibido hacer Periodismo, al no estar dicha facultad al alcance de la hacienda familiar, frágil en aquellos días.

Mi viejo amigo es viejo y se ha llenado de achaques, ha sido catedrático de literatura española, ha ejercido toda una eternidad en la tierra que habitamos en un instituto bastante conocido y tiene muchos años en la actualidad, casi tantos como que no le deben faltar demasiados para el siglo. Siempre llevaba cuando ejercía, por pasillos y despachos, la sonrisa irónica y sus ojillos azulosos bajo un tono nasal que ha sido imitado mil veces por las sucesivas ediciones de estudiantes que han pasado por el mítico instituto. Ha sido asimismo padre de algunos amigos míos y más tarde hemos sido compañeros de oficio y de trabajo y de departamento (antiguos seminarios) didáctico, durante muchos años, lo que ha servido para acrecentar la relación y el afecto que no han desaparecido nunca del todo, pese a la diferencia de edad. Muy pronto, en una época rígida y severa como eran los setenta, en donde los catedráticos trataban de Ud a los agregados (entonces las diferencias de tratamiento se marcaban más que en la actualidad en donde no existe ninguna) me hizo que le apeara el tratamiento y me consideraba, si no un hijo, sí un buen ayudante. Mi viejo amigo tuvo librería para sacar adelante los muchos retoños que le nacieron ya que las penas de los profesores siempre han sido muchas, especialmente en los años en los que se podía vivir del prestigio, nunca de la paga que percibían.

Mi viejo amigo, gran lector durante toda su vida, especialmente de la novela clásica del XIX, ya no lee. Y no lee porque no puede leer. Hace tiempo que rindió sus ojos a la divinidad y ahora se advierten como vacíos, tras haber bailado juguetones bajo los gruesos cristales con las mil anécdotas que me ha contado del recinto en donde ambos ejercíamos. Recuerdo especialmente ahora, cuando redacto, la del duelo entre dos profesores de antaño, de hace dos siglos, cuando a consecuencia de una disputa –habitual en los estratos de todos los tiempos sobre todo si iba ligada a los asuntos de faldas– decidieron no batirse en duelo, tal como se estilaba en los ruedos en aquella época de honor, sino a través de una amarga copa en donde se escondía un veneno. Historias románticas y trágicas que le han bailado en su cabeza y que probablemente hubiera debido llevar a los libros de ficción, de no visitar con más asiduidad, como solía, los pragmáticos libros de texto.

Tampoco en los tiempos recientes mi amigo puede entretenerse con las tonterías de la televisión– que diga lo que se quiere confieren compañía y combaten la soledad–, esas que agasajan y entretienen, por los mismos motivos. Me lo dice en tono de leve queja en la última visita, mucho más lamentando no acceder a la letra que a las ondas heztzianas. Y comete torpezas como la de creer vivos y coleando a antiguos compañeros de claustro que han muerto –procuró no avivarle el recuerdo–, mientras recuerda en la conversación a otros compañeros con suma perfección. De sobra sabemos que la memoria, aparte de caprichosa, es selectiva y acota lo que interesa, todo aquello que se ha quedado pegado para el siempre jamás, sobre todo los años primeros. Pese a los años transcurridos, no le llegan todos los sonidos de la conversación, pero puede hoy en día sacar adelante una cita con una dignidad que bien quisiera yo cuando alcanzara su avanzada edad.

Siempre habló mucho, le gustó contar sucesos y chascarrillos, estimular las conversaciones con adendas, relacionar los hechos modernos con los pasados, hablar de su Albarracín inicial, de sus estancias madrileñas, de uno de sus mejores alumnos –hoy ya uno de ellos catedrático de Derecho de la Universidad de la tierra– de su padre, famoso arabista que dio honor y gloria a la Universidad Central de Madrid, de los muchos libros que hubo de saldar tan pronto como hubo que dismantelar la casa que había vivido. El tiempo no perdona –¿qué ocurrirá con los veinte mil de los míos?– y todo hombre se compone un poco de lo que es, mucho de lo que ha sido. Sobre todo cuando se está bordeando la otra orilla, cuando se avanza en los años y en la sabiduría.

La conversación se estanca algunas veces, pero noto siempre su hálito a través de los suaves apretones que trasmite a través del hilo de sus manos, una de ellas se hace con la mía tan pronto traspaso el umbral de su habita-

ción y saludo a su abnegada mujer. Precisa acudir al tacto para hacer sentir sus emociones, para traspasar los afectos, como muestra de agradecimiento, también como testimonio de vida. Y noto que no son necesarias muchas palabras para entender el lenguaje de quien ha sido tu profesor, tu jefe, tu amigo. Basta esa sensación que comunica afecto por medio de la paloma frágil y blanca de su mano, esa que parece conservar todavía la fortaleza del ayer, la que retiene en sus dedos la energía que trasciende al hecho social de la visita protocolaria. Y hoy, transcurrido cierto tiempo desde mi último encuentro, me queda impregnado y condensado el recuerdo de esa mano, la mano.

(31-5-2004)

DIRECTORES

(Para Álvaro del Valle)

Entre los varios asuntos que pueblan la larga lucha educativa, que podría durar más que la guerra de los cien años, entre los dos partidos políticos que se turnan en el poder, está la de la elección de los directores de los centros educativos, tema candente por cuanto en el momento que escribo, según se me dice y leo en la prensa, parece que hay pendiente una nueva movida contra el decreto sacado recientemente en donde se modifica la elección que estaba establecida hasta ahora en el seno del Consejo Escolar en donde estaba representados profesores del claustro, padres de alumnos del centro, alumnos y personal no docente. De sus votos dependía la elección y era corriente, cuando había división entre los profesores, que fueran los otros quienes decidieran una elección. El tema de la elección de directores no es nada nuevo para mí y quien haya leído mis puntos de vista, comprenderá de sobra que voy a seguir sosteniendo en esta ocasión aunque, uno que sigue afortunadamente vivo y respirando, me voy a permitir incluir alguna que otra variante sobre el pensamiento anterior.

Conviene señalar que hay dos planteamientos generales que sobrevuelan sobre tal designación: que sea la administración quien coloque a sus peones al frente de los recintos educativos o que sea, partiendo de las libertades plenas, que sea el propio claustro quien decida poner a un jefe durante un período dado, efímero, limitado a unos cuantos años. Puede que gravite sobre todo la eternidad del mandato del que es nombrado por la Administración, persona que ha de mantener firme el pulso y ser odiado, como ocurre en Francia, por el resto del profesorado que no juzga al director como amigo y claustral, antes bien como brazo armado de la Administración. O que esa libertad que emane del claustro acabe en oposición frontal contra una lejana Administración que no conoce la intrahistoria, la vida interna ni los movi-

mientos –a veces tampoco la precariedad– de los colegios e institutos. Pero que es la que paga todo desde el principio hasta el final.

Recuerdo en cierta ocasión, y algo he dejado dicho de aquel encuentro, una reunión en donde acudíamos directores de centros escolares de nueve países europeos de la UE para debatir el sistema educativo de las distintas nacionalidades, buscando, si posible fuera, asuntos comunes para localizar lo que por entonces se denominaba el “pasaporte común europeo en materia de educación”. Ver si era posible hallar fórmulas comunes sin vulnerar en exceso la singularidad de cada país, las ordenanzas académicas propias de cada realidad nacional. Sobrevolar sobre el nido del aula. Ampliar cauces de entendimiento en los asuntos de la tiza. Y cada director, cuando le llegaba su turno, contaba la peculiaridad de su sistema escolar y entre las muchas cosas que salían a colación en aquellas intensas jornadas celebradas en un palacio neoclásico, se acometía el modo de elección de los directores y recuerdo la cara de asombro y perplejidad que se les grabó en el rostro a los representantes de Francia y Alemania cuando expuse de manera sencilla que los alumnos, menores de edad, incluso con catorce años, participaban en la elección del director de centros de secundaria en un país que entonces se llamaba España. No daban crédito a lo que escuchaban la mayor parte de los convocados a la reunión y afortunadamente tampoco me preguntaron si los alumnos de seis años participaban en la de los directores de los colegios, cosa que agradecí, cumplido como soy. Bajo ninguno de sus principios racionales, podían imaginar los susodichos directores que fueran los alumnos los que pudieran otorgar a través de su voto la máxima autoridad a un profesor del claustro que, de serlo, se convertía automáticamente, por el hecho de serlo, en el mismísimo representante de la Administración dentro del recinto escolar, pudiendo ser, tal como les expuse en su día, más fiel partidario de los criterios emanados del claustro, si teníamos en cuenta la autonomía de los tales, que defensor de los principios de quien lo sostiene. Por ejemplo una Consejería de Educación. Los directores europeos, acostumbrados a saber que tras la carrera docente, se abre la de la gestión, no podían imaginar –aunque sé que los franceses últimamente aspiran casi al actual y abierto modelo español– que sin casi preparación –el asunto de la acreditación previa de la dirección no se lo expliqué para que no nos tacharan de lo que somos– que los directores españoles de los centros pudieran salir de las votaciones de los profesores– por hache o por be divididos en facciones salvo casos excepcionales–, padres –más tarde insistiré en este punto– y alumnos que, y lo sé por experiencia propia, salvo excepción, no están preparados –otra cosa es que puedan ser fiscales de una gestión– para soportar las reuniones intensas en las que se debate la problemática más acuciante a la institución docente, también los aspectos rutinarios, administrativos, económicos, pedagógicos,

culturales. Y de los padres, que siguen sin entrar en la dinámica educativa, tan sólo diré que en mi última elección para dirigir el Consejo Escolar del Centro—que siempre obtuve por unanimidad, lo que en principio parece que me inclinaría por mantener el estatus actual con el que no estoy de acuerdo— el padre que más votos obtuvo fue el de 31 sobre un total de 3600 potenciales electores. Lo que prueba la bondad y el altruismo de aquellos padres que desean participar en el juego educativo.

Parece que una parte de la administración educativa —en donde estamos asistiendo a una asimétrica cohabitación— quiere ampliar su participación en la elección, contar con colaboradores mucho más afines, rebajar el peso que antes se le otorgaba a padres, alumnos y personal no docente. Y, desde mi punto de vista, y es la única contribución que haría en esta ocasión, me gustaría dejar dicho que no nos vendría mal que se seleccionara a un grupo de docentes que, tras haber trabajado en las aulas, pudieran ejercer el cargo tras ardua preparación —insisto en no hablar de la actual acreditación— en manos de aquellos que tengan experiencia concreta de los problemas con los que se ha de encontrar como futuro dirigente en un lugar en donde no siempre es sosegada la convivencia. O recuperar el cuerpo de directores escolares que se llevó la transición.

(14-6-2004)

MADERA DE ETERNIDAD

Recuerdo algunas conversaciones con compañeros docentes en las que nos quejábamos de las escasas satisfacciones que concede el mundo de la enseñanza, por una parte mal entendido por la sociedad –que nunca valora el esfuerzo de quien pretende educar a sus hijos y se escuda en las dichosas y siempre envidiadas vacaciones de los docentes– ni por nosotros mismos, acaso sumidos en la angustia existencial que aquejó a los jóvenes de nuestra generación, marcados por el pesimismo de la época, la grisura de los procedimientos y la falta de horizonte y criterios en lo que era la materia educativa, una madera que tiene algo de divina si se le mira, tal como veremos, desde planteamientos distintos a los que habitualmente hacemos.

Descartado el humano sueldo, siempre bajo según las dignidades, suprimido el placer de gozar las fiestas para recuperarse de la cornada psicológica que supone estar vigilado durante cuatro o cinco horas diarias por los setenta u ochenta ojos que vigilan amenazantes, presagiando victoria, tan sólo entre nosotros se hablaba del placer de ver triunfar años más tarde a aquellos mocosos que ocuparon las aulas en las que explicábamos a Garcilaso de la Vega o las ecuaciones de segundo grado, la batalla de Guadalete o las comarcas o la tierra del Pan y el Vino, a todos aquellos a los que podíamos modelar con el barro de nuestras manos, con las palabras con que les enseñábamos no sólo las cuestiones científicas o técnicas, también aquellas otras que podían hacer de una madera una persona, de una piedra, un filósofo de la vida.

Casi todos los profesores tenemos la sensación de que aquellos esfuerzos –y casi todos los conocimientos– iban a parar a la mar, que es el morir, que apenas nada permanecía de aquellas clases que impartíamos cuando nos estrenábamos en la contienda escolar, cuando empezábamos a practicar con métodos propios o técnicas ensayadas en los cursos anteriores, después de probar en distintas tribus nuevos sistemas, saboreando la vieja esperanza de conseguir logros importantes. Cuando, tras llevar varios sexenios a cuestras, saborear los dones que nos dejaba inaugurar una nueva materia, entrar con pie creativo en una disciplina abierta –a veces fuera del aula– en donde podías escapar

del cartón piedra cotidiano y rutinario que anquilosa a muchos enseñantes tan pronto se aprueba la oposición y se dedica el resto del tiempo, que largo se hace, a cumplir con resignación el papel de profesor.

Pero tan sólo queda nuestro orgullo y nuestra ética para no caer en el desaliento en el que recae el profesor con más frecuencia que la debiera, la dignidad personal para librarte del desaliento que produce la rutina anual, la rigidez académica, la dependencia burocrática y el apremio de los seminarios didácticos, ordenados de tal manera que sólo se beneficia al infractor. Y ahora, cuando ya retirado de la enseñanza, leo en Henry Adams que un maestro afecta a la eternidad, y que nunca (se) sabe dónde termina su influencia, me pongo a pensar en la intensidad de ese juicio que casi coloca al magisterio en el lugar de los ángeles (si es que existen) y, aunque no logro del todo captar la esencia del mensaje –bien podría ocurrir que se refiriera a los juicios de los profetas que traspasan fronteras–, empiezo a pensar que alguna verdad queda cuando no se rompe del todo la cadena que nos lleva de nuestros antepasados a lo que hoy somos, a la última generación, que todos somos hijos de algo y que venimos de alguna parte. Que algo de la impronta del profesor–aunque mejor sería conservar la pureza de la palabra maestro– se graba en el corazón de aquellos que estuvieron con nosotros y que estos, aunque no lo sepan, se lo han de trasladar a los que vienen detrás de ellos, bien sea la anécdota que sucedió aquel día en no importa qué aula, el suceso o la batallita que nos hizo disfrutar de la dicha. Pensando en algo más profundo, es posible que se transfirieran partículas de nuestra personalidad a las generaciones siguientes, que el mundo del saber avance de otra manera a como se consigue un aprobado, un notable o un sobresaliente. Puede que cada profesor viva en los poros de sus alumnos, que haya posibilidad de resurrección en las promociones siguientes, que las miasmas que despedimos se trasladen en vuelo, como el polen de las palmeras, a muchos siglos de distancia. Que las palmeras siempre son hijas de nuestras palmeras, algunas sembradas en otros continentes.

No me cabe duda de que todos, y ya no sólo nos ceñimos al campo educativo, nos relacionamos con nuestro tiempo y con los que han de venir, que no todo acaba tan pronto nos despedimos de la vida, que siempre flota el azar por encima de nuestras limitadas existencias, que siempre es posible hallar la trascendencia en la rutina de la vida y la eternidad en medio de la vulgaridad que acosa la vida ordinaria de los hombres. Nada depende exclusivamente de lo que hayamos hecho, pero puede que se tengan más posibilidades cuando más empeño se ha puesto en que una vida sea algo más que unos años consumidos, cuando se confía en que nuestro trabajo sea algo más que una simple obligación. Acaso una especie de estancias con ladrillos para construir una enorme casa.

D

OBLE FUNCIÓN

(Para Carmen Batres)

El haber pasado de la docencia –en donde he servido durante 32 años– a la gestión educativa –apenas cuatro años en ella– me ha permitido, en poco espacio de tiempo, situarme frente a dos mentalidades, culturas y actitudes bien distintas, pese a que una y otra trabajan en principio en torno a un mismo asunto. La forma de enfocarlo, sin embargo, es tan distinta que casi podríamos hablar de la cara y la cruz de la misma moneda, es decir, nunca se ven, jamás se hablarán entre ellas, se desconocen completamente, pero, añadido yo, ambas deben comparecer juntas para que se efectúe el pago y tengan su valor correspondiente.

Pero conviene, antes de entrar en terrenos sembrados y complejos, decir que existe entre ambos estamentos no poco recelos, por no hablar de prejuicios, posiblemente la parte menos científica de nuestro entender como humanos. Los profesores, especialmente en sus cargos directivos, estiman que la gente encargada de llevar a cabo la gestión educativa apenas entiende de educación, que quien nunca ha dado una clase ni ha estado en contacto (otros dicen que encerrados frente a los muros) con los alumnos, jamás sabrá lo que consigo lleva aparejado el cargo; que no es factible, siguen diciendo, gestionar la educación si no se la conoce por dentro, si no se entienden sus mecanismos específicos, si se convierte la pedagogía en mero papel administrativo y se anula el efecto integrador de la educación a cambio de cuatro papeles (que siempre son muchos más porque no se concibe la gestión sin ellos, muchos de ellos estériles). Pero no crean que son solos los docentes los que juzgan preocupante ser regidos por personal no docente –no importa que sean abogados, economistas o ingenieros– también los gestores administrativos muestran recelos frente al papel del docente al que, siguiendo la tradición y el rito –probablemente dos de las consideraciones más perezosas que rigen el mundo–, lo consideran como una simple necesidad en el siste-

ma, alguien que no trabaja ni entiende el ritmo que impone la gestión, con muchas vacaciones, con desconocimiento de la realidad administrativa, de palabras como crédito modificado, barrar, RPT, capítulos dos, declaración responsable, arte de combinar y estirar los dineros para que den lo suficiente. Aunque no he sufrido en mis propias carnes rechazos de ninguna naturaleza, me dicen eso compañeros docentes que actúan como asesores en diferentes servicios, que son mirados con recelo, como si privaran de plazas a los otros, desde el momento que se considera que en el área administrativa no deben figurar los que no saben lo que trae consigo una mesa de negociación, cómo se efectúa un convenio de cesión, de qué manera se realiza un crédito ampliable o modificado.

Quiero indicar de todas maneras que no existe rechazo visceral y total por parte de los agentes mencionados, sino por aquellos miembros que no entienden que el tema educativo puede ser abordado desde posiciones tan múltiples como las del Director General de Centros, un jefe de servicio, un catedrático, un conserje, un miembro de la asociación de padres, un profesor interino, un miembro del gabinete de orientación y que poco o nada tenga que ver una mesa de contratación de obra de un colegio o un instituto con una sesión de evaluación, la enojosa tarea inspectora con la de tutor de un curso de la Eso, y sin embargo todas ellas son actos que emergen de una misma y compleja entidad: la educativa. Pero cada cual aborda la cuestión desde su cantinela, desde su sitio en el umbral sectorial de las profesiones. Porque resulta imposible atrapar todos los haces en una mano.

El hecho de funcionar por tribus, sectas, capillas o direcciones generales limita mucho el alcance y la visión del ángulo educativo, un tema que puede ser tratado desde el simple planteamiento funcional al hecho político, una realidad que puede servir al pedagogo para debatir sobre la necesidad de los gabinetes y al administrativo para calibrar la eficacia de la gestión. Si se trabaja en un centro de Secundaria, se estima que el gestor gasta sus dineros en superficialidades en lugar de proporcionarle al centro el ascensor que se precisa para subir al tercer piso, especialmente para los profesores veteranos que han derrochado su vida al servicio de la enseñanza. Si se trabaja en la parte opuesta, la simple enumeración del capítulo uno, los pone a temblar, pequeñas regalías que se solicitan desde los centros en donde pretenden vivir como pachás, sustitutos a chorros, como si la administración contara con crédito infinito para llevar a cabo los mil asuntos educativos. Si se aborda el asunto de las sustituciones del profesorado, los gastos de funcionamiento de cada centro, la atención a la diversidad, los extranjeros en las aulas, las bajas (reales o fingidas) por depresión del profesorado, no se para de echar cuentas, de medir el alcance y las posibilidades que se tienen para distribuir entre tanta hambre tan poco pastel (seguimos siendo país en donde se dedica

la educación tan poco que incluso asusta y pasma y así nos va cuando se abordan las encuestas y las calificaciones de nuestros alumnos).

Entre los administradores defiendiendo la labor de los docentes, la necesidad de que se incorporen al engranaje de la gestión al estar al tanto de lo que se cuece por dentro en la auténtica cocina pedagógica. Pero cuando regrese – si no media antes cese galopante por jubilación total– al redil del que salí hace cuatro años, defenderé a ultranza a quienes saben aplicar conceptos que redundan en beneficio de los actos puramente académicos, de aquellos hombres y mujeres que sin haber dado una clase, sin haber pasado por el trance de montar una guardia para alumnos de la Eso, procuran gestionar con tiento y delicadeza el dinero que se destina a lo único que hace posible que un país tenga futuro.

Ni le prestaré plenamente atención a aquellos gestores que presuponen unilateralmente que todo depende de sus planes, programas y proyectos ni a aquellos profesores que estiman que la educación es sólo dar una clase, establecer un currículo, incrementar el saldo de la historia del centro para buscar el espíritu de la institución. De los muchos fenómenos complejos, ninguno como el de la educación, un combinado mixto con muchos ingredientes que hay que tener en cuenta a la hora de analizar fríamente los muchos agentes que entran en juego.

(7-2-2005)

De un tiempo a esta parte recibo por correo textos, muy bien escritos y razonados, de todas partes, de instituciones implicadas en la batalla, de personajes relevantes de la provincia, de escritores agremiados a la enseñanza, en la que solicitan mi firma electrónica y mi apoyo (supongo que moral) a sus ilusionados proyectos de impedir lo que, anticipo, no van a poder detener (y lo sé por experiencia personal). Pretenden, bien sea desde planteamientos individuales o colectivos, que no se derriben, como castillo de naipes, lo que tenían, pequeños reductos, cotos o dominios ahora amenazados por la picota de las leyes universitarias, por la erosión de la Ley de Títulos, por el pico carpintero de los nuevos tiempos que nos llevan en volandas hacia nadie sabe dónde, tal es la incertidumbre de aquellos que contemplamos, algunos hasta atónitos, cómo marcha el planeta educativo de bien revolucionado desde que entrara una ley llamada Logse que ha convulsionado los cimientos de los colegios, los ladrillos rojos de los institutos y que ahora, tal como llegan las cosas, ha alcanzado con su estela la cumbre de las fachadas universitarias en donde, según parece, no se podrán seguir –en el sentido de continuidad– aquellos estudios que considerábamos clásicos. Por si no se acuerda, les indico que el griego desapareció de los mapas académicos y lleva el latín velocidad de crucero para, incluso contando con la defensa a ultranza de Rodríguez Adrados, desaparecer para siempre del turbulento mar de las enseñanzas. Total ¿para qué?. Son lenguas muertas.

Los hechos hasta ahora han sido los siguientes: reunión alterada y tensa de un grupo de profesores que ven como caen sus cartas y sus horas lectivas y que se agrupan para llevar a cabo protestas. Medidas en contra. Cartas a los medios de comunicación. Defensa numantina de sus posesiones. Desvelamiento de lo que hacían y desmoronamiento posterior, de lo que siempre está por llegar. Siempre, como punta de lanza, se acude al cobijo de una personalidad relevante que escribe una “tercera” en el ABC en un intenso desesperado de paralizar proyectos que nadie sabe si proceden de

altas instancias universitarias, si son disposiciones del Gobierno de turno, si emanan de las Comunidades autónomas, de las propias universidades, tal es la riqueza de los 17 países pedagógicos en los que está estructurado este país que no ha cedido (de momento que yo sepa) las competencias de Defensa, pero ha entregado todas en materia de Educación, primer elemento que podría lanzar al aire como posibilidad de evitar ese laberinto confuso que se cierne sobre nosotros, incrementado todo ello por la presencia de leyes y borradores, realidades y proyectos que se ocultan en un juego de siglas incomprensibles.

Se fue el Griego al olvido y le siguió, sin que nadie dijera nada, la Literatura pura y dura al pozo de donde no ha salido. Y fue fagocitada por la invasión y las hambres de la lengua y la preceptiva y la añeja retórica. Y está al paio la Filosofía, porque para el porvenir no se necesitan pensadores ni gentes de habla y cabeza. Y parece que los estudios de Arte no se hallarán en los currículos y no existirán facultades que libren las tales enseñanzas (seguramente por inútiles, estériles e innecesarias para la vida moderna). Y Música puede seguir con el mismo ritmo asincopado y se acabará impartiendo la falsa historia de las autonomías en contra de la gran (con mayúscula) Historia. Y un día le tocará a la misma Lengua del paladar.

¿Cuál era la causa de todo esta interminable novela por entregas, de este folletín insensato? ¿por qué se comienza nombrando una asignatura o a una titulación y más tarde se resbala a la otra, y a la otra y al final toca la bola? En principio siempre pensé que eran los efectos nocivos de una Ley Perversa, de una Ley que arrasó con los estudios de Secundaria –lo único a mi juicio que estaba en condiciones de rendir por encima de sus exigencias– pero, para no parecer parcial, supuse que los tiempos modernos reclamaban espacio para las tecnologías y las materias científicas, lo que ocasionaba un retroceso en los dominios humanísticos, relegados al pedigree de la cultura, a su prestigio, pero sin posibilidad de convocatoria ni ámbito de actuación. De sobra se sabe: cuatro gritos al viento, ocho artículos en los periódicos, cartas de apoyo, correos para unirse a la oposición, derecho al pataleo y poco más. Al final todo se muere. Todo pasa y nada queda, como diría alguien que no interesa nombrar.

Así que, yo, que fui “asesinado” como profesor de novelas y cuentos, de poetas y ensayos hace ya algunos pocos años, he ido contemplando paulatinamente la “muerte” de varias asignaturas que eran veneradas en los santuarios de las Letras, en los claustros de las Facultades de Filosofía, en donde nadaban con brío las filologías y otras piedras pesadas. Veía cómo caían poco a poco aquellos baluartes, cómo se agrietaban sus edificios y se

despintaba un santo para vestir a otro. Pero ahora, cuando empiezan los profesores de Tecnología, en pie de guerra, a reclamar su parcela perdida, me pregunto diversas cosas: ¿necesitan mi firma?, ¿Hay alguien que entienda lo que está ocurriendo? ¿No sería mejor doblar página en materia de educación? ¿Quién guía y gobierna este guirigay? ¿Habría cabeza pensante que me pueda proporcionar una aclaración a mis cuitas? ¿Es todo un mero sueño o cruda realidad?. ¿Estamos viviendo o soñando? ¿Vivimos en España en el siglo XXI o en la de pachanga y pandereta?.

LEÑA AL MONO

(23-5-2005)

Tengo lectores que me siguen –circunstancia que sólo mantienen futbolistas y cantantes, folclóricas y salseros– y que me reclaman atención e hincapié en los asuntos de actualidad palpitante, y me ruegan encarecidamente que entre a saco semanalmente en temas palpitantes, cuando siempre he tenido a gala afirmar que no hay más nada palpitante que lo inactual. Me explico con un ejemplo: hubiera podido coger por los cuernos el reciente debate del estado de la nación –y hasta hubiera podido recurrir a las briznas del pasado sobre la región– en donde, al parecer, se ha repartido “leña” entre los vivos y los muertos –hay quienes no paran de hablar y aplaudir y otros mudos– tema que ha interesado enormemente a gran parte de la población, tanto que veía yo que cuando comenzaba cada sesión, se paralizaba la tierra, no giraba el mundo y se cerraban los despachos y las tiendas del Corte Inglés, tal era el ansia por oír a los orates. En un momento dado, pensé que el debate de la nación podía desbancar en audiencia al partido Madrid –Juventus o al Chelsea Barsa, tanta es la afición desbocada y desmedida por los asuntos políticos (que sólo interesan, según me dicen, a los que comen y viven de las cábala).

Los enfrentamientos, cuerpo a cuerpo, han acaparado la atención universal hasta el punto que yo mismo recibía mensajes de Australia, en donde se frotaban las manos cada vez que Rajoy zurcía los cueros y Zapatero remendaba el discurso, por otra parte, según me cuentan, inagotable. Mientras los pequeños reinos de taifas de las autonomías eran despachados de un plumazo, los centuriones, con bula, tenían prédica y réplica, temblor y eco, estallido y salpullido. Ah, se me olvidaba: los buenos siempre pertenecían al bando de los que subían al estrado y lanzaban al aire sus versos inflamados, llenos de candor e inocencia, de furor y pasión. Los malos eran los que tenían que quedarse en las gradas maldiciendo y mascullando y pateando si se los

permitía un tal Marín. Pero cabe otras interpretaciones más convincentes: los buenos son los que gobiernan y los malos aquellos que quieren subirse al poder. O los malos son los que sufren las asechanzas de los que desempeñan el oficio de gobernar. O los buenos, y sería insólita circunstancia, los únicos buenos son los que nunca tocarán pelo del poder y los malos los que se alternan en él. Luego, más tarde, se realiza una encuesta y se da el triunfo al partido en el poder –por parte de unos– o al bando vencedor –por parte de los otros–. Y paz y concordia hasta que de nuevo se retome el pulso al país. Interesante actualidad.

Sigo diciendo: ¿de qué quieren que hable? ¿De si doy a Zapatero vencedor en la contienda o si otorgo, ganador por puntos, a Rajoy en el asalto definitivo? ¿Qué es lo que desean saber? ¿Si me inclino por uno o me como el bocata con el otro? Porque me resulta impensable que se pretenda, a estas alturas de la película, lo que yo pueda pensar sobre esa efímera actualidad. De sobra sé que digas lo que digas, o te pones a favor de uno o de otro o sólo te cabe la posibilidad cínica de ir contra las dos grandes reservas de las que dispone España para llevar las riendas (cosa de caballos). Pero prefiero decirles, a los que me acosan, la causa de mi desconfianza hacia los temas de inmediata actualidad: la pierden tan pronto el día ha muerto, el periódico ha servido para envolver sardinas –antes el oficio era menos noble: limpiar el culo– o tan pronto como se derriban en los contenedores de la basura para el reciclaje. En más de una ocasión he aludido a mi afición a las hemerotecas, a ver cómo pasaban por mis ojos cantidad de cosas vivísimas que no sólo están muertas, antes bien embalsamadas, apenas transcurridas unas horas. Sin posibilidad de resurrección. Y alguna vez me he referido a una serie de artículos míos, encajados en la sección nombrada El Finiquito, en donde se procuraba dar cuenta de lo que había ocurrido durante esa semana. Leídos posteriormente, sin el apoyo del referente, nada entendía yo mismo de lo que había escrito. Así que frente a lo actual, lo inactual, aquello que tiene posibilidad de resistir los duros embates del tiempo, vana pretensión, porque tampoco es sencillo elevar a las alturas las bajas emociones, las plebeyas razones, cuitas o pretensiones internas.

Pero entremos en un tema de actualidad. Por el periódico me entero de que un francés llamado André Amtibi, ha descubierto que existe lo que denomina la “constante macabra”, un libro que ha tenido enorme trascendencia y en donde, al parecer, se aborda la figura del profesor que suspende a diestro y siniestro, acudiendo a la “selección de la especie”, en tiempos, como pueden imaginar, donde lo natural es el fracaso escolar. Alude el referido estudioso a exámenes deliberadamente complejos, preguntas excesivamente largas, a limitaciones de tiempo para llevar a cabo las pruebas y en donde se ha llegado

a situaciones tan espeluznantes –que yo mismo he vivido de cerca– de tener nota por debajo del cero en algunas asignaturas, que es mucho saber eso de estar por debajo de la peor calificación. Y todo esto me ha traído recuerdos de un tiempo ido. De algunos –afortunadamente pocos– profesores que le daban “leña al mono” y que todavía siguen en pie de guerra. A eso yo lo llamo plena y descarnada actualidad. Todo aquello que regresa. Como la eternidad.

(30-5-2005)

POR LA MAÑANA

Les he dicho en alguna ocasión que cuando impartía clases, tenía tendencia nocturna, vivía como las lechuzas, tan pronto llegaba la oscuridad del día. Rara era la noche que no me vencía el sueño más acá de las tres, en plena madrugada, cuando los crujidos de los muebles evocaban lenguajes misteriosos y se escuchaban los murmullos de la calle, las voces de los cuatro borrachos que desafiaban al silencio, los rudos pero necesarios servicios de la limpieza, ahora ya, hay que decirlo, amortiguados, para respetar el descanso de la gente.

Mi entrada en la gestión educativa, entre libros y cifras, supuso un cambio radical en mi formas de vida. Ya no había manera de cerrar los ojos después de las doce, por razones tan sencillas como que cuando se llega a una determinada edad, se duerme bastante menos, y sobre todo porque había que fichar a las ocho de la mañana en los aparatos tecnológicos llamados ordenadores, esos tiranos que van a regular la vida de los humanos (sobre todo si son funcionarios, proletarios en empresas privadas o administrativos de poco pelo), con la misma importancia que antiguamente tenían el pan, las campanas o los ritos festivos. No había manera de rebasar las campanadas de medianoche y, enemigo de la siesta, los biorritmos me habían cambiado. Pronto dejé las antenas deportivas, las tertulias políticas, las noticias cotidianas, para tratar de soportar el madrugón que se avecinaba.

Y empecé a tomar costumbre y hábito tan pronto le daba a la tecla a las ocho en punto, otras veces incluso antes –¡y yo era el primero en admirarme de la abnegación y de la heterodoxia!– y me dirigía a un pequeño reducto en donde actuaban algunos mozos que conocía de antemano por ser de mi país natal, que los aguileños acostumbra a hacer colla, peña o gueto (otros llaman mafia). Allí estaba el periodista Miguel Ángel Blaya, que tiene la misión, entre otras, de confeccionar los menús que los jefes supremos se desayunan todos los días y allí supe que la clase política es posiblemente la clase social

–y no baja precisamente– que más dependencia tiene de lo que aparece en el escaparate de la prensa, en el corazón de las ondas, en el runrún de los pasillos. No importa que sean periodistas serios o rigurosos, columnistas caprichosos, la misión de un gabinete de prensa es confeccionar un menú que se prepara –otra cosa es que haya tiempo para comerlo con avidez, de probarlo con cuidado, o simplemente saborearlo– cada mañana y la de la tribu suprema tragárselo y devorarlo bien troceado. Un menú compuesto siempre por todo aquello que depara la tribu educativa, una tribu por cierto bastante agitada, movida, que proporciona noticia succulenta y apetitosa, una tribu que genera –salvo en vacaciones– información inagotable, como la que emana de la salsa rosa.

Hay quien va a la busca y captura de la agresión a un profesor– en las páginas, todavía húmedas, del periódico; hay quien selecciona, para incluir en el rancho, las protestas de tal Consejo Escolar para que se amplíen las dependencias de tal estancia. Por aquí salta el asunto de las Humanidades y por allí se lanza sin paracaídas al Consejero, desde las alturas, porque no ha resuelto el asunto de los profesores de adultos. En aquella esquina salta a la vista los exámenes de la Selectividad y por la otra, las actividades de un centro educativo en donde todavía hay preocupación y curiosidad. Todo lo que huele a colegio, instituto o Universidad, o todo aquello que lleve cierto aire o lustre de cultura, sea la inauguración de un museo, la presentación de una obra de la Editora Regional, el primer champán de los archivos o los horarios de la Biblioteca Regional, la presencia de un Director General en unos baños árabes, todo queda recogido en esa olla revuelta que se sirve a todos aquellos comensales que quieran participar en el ágape. Con abrir la Intranet, ya se puede uno desayunarse con noticias, sin necesidad de pagar, tampoco de entregar propina al camarero. Pero antes de que eso ocurra, se convoca a cónclave –de ocho a nueve– en donde participan médicos, abogados, archiveros, pedagogas y algún catedrático despistado para elegir las noticias que han de figurar, entre las muchas, en el repertorio. Pueden ser regionales o nacionales, autóctonas o foráneas, con tal de que hablen de gente de la tiza o de gasto público en materia de educación, cuestiones que afecten a la admisión de alumnos o a convocatoria de oposiciones, puntos de vista o columnas pedagógicas que han de ser más tarde matizadas, analizadas, discutidas y engullidas en los altos despachos. Allí, en ese congresillo, antes que disquisiciones políticas, brota todo aquello que ha de ser triturado por todo aquel personal de las Direcciones Generales y sucursales.

El cónclave acaba sobre las nueve, tan pronto el nervioso y eléctrico Pepe Hurtado, decide que hay que verle la cara amarga al café negro. Y entonces, la dulce María Canelles, no la confundan con otra que se llama María

Canalla, que se ha pasado los treinta últimos minutos escrutando escrupulosamente lo que otro se ha dejado, deja de hablar y ordena la huida a la barra. Chus, algo tardía en la recolección de espigas, la secunda, Maribel nos abandona y se marcha a su régimen tan especial y entonces es Loren, de quien daré un siglo de estos amplia noticia –aunque sea para que saquee mis ahorros– ordeña la vaca y prepara la infusión que anima la mañana. Empieza de verdad el día.

(13-6-2005)

EL ADIÓS DE UN RECTOR

No pasan ocho largos años en balde, dan para mucho, incluso en ocasiones para hacerse todo un hombre, aunque, por otra parte, haya que acudir al sabor salado de las lágrimas, experiencia saludable que muestra, aparte de una especial sensibilidad, que se cumplen los títulos de los autores, en esta ocasión la de aquel Linus Mundy en la que se rezaba que Los hombres también lloran.

No pretendo en esta ocasión disfrazar la realidad con la metáfora ni con la ocultación. Cuando hablo de ocho años, me refiero a los que ha estado en el poder José Ballesta, el actual rector de la Universidad de Murcia, quien, como todos saben, se apeará de la poltrona en marzo, dejará el trono que ocupa, circunstancia esta que nos da espacio para reflexionar sobre el poder, la fugacidad del tiempo, la aventura de la investigación, el regreso al hogar, el papel del profesor y otra serie de cosas que no voy a comentar porque he de explicar apresuradamente lo de los ocho años y lo de pasar de un sitio a otro. Y es que hace ocho años, cuando Pepe Ballesta, hecho un chava, con el cutis de melocotón con pelusa que todavía conserva, accedió a las alturas, yo mantenía en este mismo periódico una nerviosa, satírica e irónica sección titulada El finiquito en donde comentaba los sucesos de la semana, a veces trastocando los hechos, manipulando la información que me servían inexorablemente mis compañeros de La Opinión, una sección que algún día me gustaría resucitar, sobre todo cuando me haya despedido de ciertas reservas en torno a la actualidad. Allí fue, en El Finiquito, donde bauticé a Pepe Ballesta y a sus muchachos, recién llegados a las alturas celestes, como “la Quinta del biberón”, a imagen y semejanza de aquellos jóvenes españoles, que con apenas cuatro pelos en la barba, se tuvieron que marchar a las fatídicas y malolientes trincheras de la Guerra Civil, entre ellos, mi propio padre.

No conocía de nada a Pepe Ballesta, pese a ser casi vecino, vivir en el mismo barrio y cruzar nuestras miradas en más de una ocasión. De ese niño

alto, con estampa de ala de baloncesto tirando a pívot, con gafas del eterno empollón, me habían dicho por aquellos días que había obtenido la Cátedra de la Facultad de Medicina con apenas 25 años, que contaba con una cabeza privilegiada, y que, libre de dependencias, según me decían los cuatro amigos que todavía me quedan en aquel recinto mandarinesco, podía realizar una estupenda labor en el puesto que la historia le había reservado. Otras veces, cuando preguntábamos por un personaje, se nos daban referencias de sus inclinaciones políticas y tendencias religiosas, prueba evidente de que no habían muerto las influencias de los escritores del 98 como Unamuno o Baroja. Pero llegado a los años 90, sobre todo cuando finalizaba el siglo XX y ya estaba en marcha— o se estaba acabando— la transición política con su Logse, nos preocupaban otras cosas y ya no preguntábamos por tales considerandos. Lo que me sorprendió muy pronto, y de qué manera, fue la poderosa memoria que guarda. Frente a débiles como la mía, verle citar de cabeza, repetir estrofas, darle un giro personal a sus intervenciones públicas no hizo sino aumentar mi simpatía hacia un hombre que estima en lo que vale la desahuciada literatura de nuestros días. Ahora compruebo que también se despide con vena íntima, elegíaca, a la espera de que nos deje muestras de su arte en estrofas de la experiencia, siguiendo las trazas de Eloy Sánchez Rosillo.

No miento si les digo que me dio pena entonces que asumiera un hombre joven y competente como Pepe Ballesta el rectorado, tal como había sucedido con un amigo mío gallego, al que nunca le he perdonado que teniendo al cabeza mejor amueblada de España para los estudios novelescos, se afincara en la tribal lucha universitaria, al parecer, según deduzco, plena de intrigas y ocios pasilleros, tal como reclama Miguel Espinosa. Y ya se sabe que cuanto más arriba se llega, más grandes se estiran los odios. De sobra sabía que se iba a meter en un berenjenal de donde podía salir con los pies y las botas manchadas. Y no hablo de lo que llegó después, aparte de la parte administrativa y las leyes universitarias, con la aparición de otras instituciones de esta región, porque no estoy al tanto ni me ha interesado. Quien ha tenido malos profesores, sueña con haber contado con algunos de la talla de Ballesta, de ahí mi rechazo en aceptar que sea la misión rectoral más importante que la de enseñar en el aula a los alumnos. Ahora se sabe que renuncia a otros cuatro años, según anticipó La Opinión, y que sabe llorar, que tiene el llanto fácil, según nos contó la oportuna foto de la portada. Y que se apresta a volver a su cátedra mientras que otros, musitándole al oído, lo reclaman para funciones de alta alcurnia. No seré yo — probablemente el menos indicado al no tener arte ni parte en ello— quien le señale el camino que ha de elegir en el futuro, tampoco si debe optar por un nombramiento de otra índole —al parecer se los disputan ambos bandos— o seguir el resto de sus días siendo

lo que había sido. Quien fuera de la quinta del biberón, pienso, ya es todo un hombre curtido en la lucha cotidiana y en la de existencia, en los altos frentes de guerra en donde se dispara con denuedo cañonazos, no leve tiritos. Ocho años son pocos, pero pueden ser muchos. Pero sea consejero, alcalde, presidente de la Comunidad o maestro a secas, le auguro (y también le deseo) luminoso porvenir.

(3-10-2005)

LA FAMILIA REDINED

Durante los últimos tres o cuatro años, sin pretenderlo yo y tan sólo por cuestiones estrictamente laborales, he ido penetrando poco a poco en una pequeña y original familia española de la que, si puedo y soy capaz, daré cuenta. Una familia, como digo, peculiar, entre otras muchas cosas, por cuanto cada miembro –y casi se llega a la veintena– pertenece y reside en una comarca distinta, en una región, comunidad o nación autonómica –no hay que descartar tampoco el oxímoron– de lo que antaño fue ese campo de batalla que fue llamado España por parte de unos locos que pretendieron hallar la identidad, sus señas de identidad, sobre todo cuando rondaba el final del siglo XIX. No creo que todavía la hayan averiguado aquellos Unamunos y Machados si nos atenemos al sarampión que, como si fuéramos criaturas, rebrota en estos días de estatutos y nacionalidades.

Como siempre suele ocurrir, especialmente para los que estamos impregnados de la cortedad y de la timidez congénitas, tiento a tiento, sin prisas, observando en cada sesión que se celebraba cada tres meses los movimientos de este sujeto que procedía de la Universidad o de aquel de más allá que, como yo, procedía de los bancos de los Institutos de Enseñanza Media, ahora también llamada Mediana. O de aquel que procedía de los puestos centrales de la administración, del propio banco del antiguo Ministerio de Educación, o de las filas de los investigadores con tesis y títulos propios. Y claro, en aquellas primeras y largas misas laicas– lo digo por las sesiones maratónicas y espartanas que comenzaban con los primeros albos y se quebraban cuando cantaban los gallos– hube de hacerme a recoger la entonación de los extremeños, la melosidad mallorquina, los ritmos catalanes, las eses madrileñas, los dejes ibicencos, los tonillos manchegos, la nobleza navarra, los pulcros castellanos de Valladolid, los finos olfatos riojanos, tratando de comprender el discurso y el lenguaje de una serie de gentes que, unidos por vínculos técnicos y profesionales, trataban de organizar –y acaban de cumplimentarla– una amplia red bibliográfica que se llama Redined, o sea, dicho en cristiano: Red informática de Edu-

cación o lo que es lo mismo: tratar de meter en un pozo sin fondo todos los libros que se han escrito sobre la cuestión –y debo reconocer que son muchos miles–, los artículos que brotan de las mentes privilegiadas tanto de nuestra tierra como de la ajena, un vaciado completo de revistas regionales y nacionales de todo aquel que le haya prestado atención al sector de la tiza, se interesara por los métodos de aprendizaje o quisiera desarrollar una técnica metodológica. O una innovación educativa o cualquier parida porque resulta que no hay materia que haya deparado más información que la educativa, voto a bríos, si tenemos en cuenta que en los próximos dos años la red puede disponer de dos millones de títulos en su zurrón, con la posibilidad de empalmar con las redes latinoamericanas y por supuesto con las europeas, interesadas ya en conectar con nuestros nidos. Y todo ello, y parece mentira, al alcance de cualquier maestro perdido en la serranía, a no importa qué profesor de cualquier instituto de España, cualquier investigador que se precie.

Y así, reunión a reunión en consejerías, palacios, mansiones señoriales, conventos, claustros universitarios, humildes salas de institutos, se ha llegado a donde se deseaba: la creación de un portal en donde todo el que lo pretendiera bebiera y saciara su afán de saber. Y a lo largo de esos años, dejando en el camino los primeros temores, y aprovechando que se han saboreado caldos elaborados, calderetas en clubes náuticos, arroces en masías, lechones en auténticos museos artísticos, también no pocas comidas ascéticas y alguna mística, a pura agua y con cilicios, nos hemos ido acercando hasta conseguir que sin ser nada de uno, seamos algo más que simples peones que se reúnen para poner al servicio de la comunidad escolar algo más que una simple red. Mi presidente Mikel, es ya como mi primo hermano de Felanitx, Ernesto, el alma de la causa, es como el padrino de bodas de una cara ceremonia; Toni, socarrón y culé, podría ser como el orondo abuelo de pelo blanco que todos hemos tenido; Carmen, la que pone claros a los oscuros rincones de los asuntos matritenses, es la hermana menor con la que establecemos comunicación en la playa sureña; Myriam y María José, al tiempo que nos traen el olor de la dehesa salmantina y el perfume de la Vera, podrían ser como nuestras hijas. Y Javier, el navarro que persigue con denuedo el pinsapo rondeño, sería para mí, aficionado al viaje y a la naturaleza, el amigo íntimo que todos hemos deseado. Y de Fernando, que ahora abastece su casa con nuevos cristianos viejos, podría ser el hijo que nos proporciona los nietos que todavía no tenemos. Mauro o Eufemio los familiares que hemos perdido en la aspereza de la vida. Y hasta mi pareja de baile, María Jesús, podría ser la cuñada que nos da cuenta de todo y nos hace que nos enteremos de todos los entresijos de una endiablada red que hoy es un copo cubierto de peces.

Y, como suele ser habitual, poco a poco se ha ido dando cuenta de que pese a la diferencias entre las tierras de España, disparidades políticas por asuntos de agua, habla o de límites, cabe la posibilidad de establecer conexiones, vínculos, enlaces profundos. Al menos entre nosotros. Una pequeña familia amiga que se alegra hasta cuando trabaja.

(14-10-2005)

A VUELTAS CON EL PACTO

Por si algún lector no lo sabe, le señalo que de momento ni hay acuerdo ni habrá pacto educativo entre los partidos políticos tras no haberlo habido en las anteriores legislaturas. El Psoe nos obsequió con la Logse y desde entonces el sistema educativo no ha cesado de chorrear sangre, tinta china y sobre todo tinta negra, unas veces por el aspecto curricular, otras por el espíritu, por la religión, no pocas veces por el acompañamiento económico. Una ley socialista que no aceptó ni asumió en su día el PP, de la misma manera que tampoco avalará la reciente Loe, que tan vivos rechazos acapara. Y lo mismo podemos decir del PP, que bien se encargó en su día de modificar con parches los acuerdos anteriores, con la idea de distanciarse, sin llegar al cisma completo. ¿Y qué ocurre ahora? ¿Estará condenada España a perseverar en esa actitud durante los cien años que puede durar esta nueva y singular Restauración de nuestros días? ¿Acabará obligando la sociedad a pactar, dado el malhumor, a los dirigentes aunque estos no hayan querido? ¿Llegará a forjarse un partido de los docentes que estén dispuestos a arrebatar de las manos la educación a los políticos para entregársela a sus técnicos? ¿resucitará la UCD para mediar entre los dos adversarios y conseguir un nuevo articulado? ¿Podrían estos, llegado el caso, elaborar un proyecto que pudiera contentar a tirios y troyanos? ¿Sería factible retirar las competencias de educación a las comunidades autónomas tal como ocurre en materia de Defensa? ¿Llegará algún día en que nos mostremos orgullosos de nuestro sistema, atacado ahora con denuedo desde todas las bandas, convencidos todos –los profesores en primer lugar– de que hace aguas desde hace ya mucho tiempo por todas partes? ¿Aparecerá el genio que sea capaz de lograr que su método permanezca operativo durante cuarenta años? ¿Volveremos al plan del 57, con la Formación del Espíritu Nacional? ¿Habrá de nuevo Examen de Estado?, ¿regresará el Cou? preguntas que a veces me formulo sin tener la respuesta adecuada, entre otras cosas porque algunas de ellas son tan impensables como descabelladas.

La división que afecta a los partidos –y seguimos con el principio– también repercute frontalmente en el profesorado, mayoritariamente dividido en dos secciones no muy distintas o distantes a las mencionadas, hecha la salvedad de que hay un mayor número de docentes a los que no les gusta ni la gran ley, ya mencionada, que fue la que puso en revolución todo el sistema, ni tampoco las que se han ido sucediendo, ni posiblemente toda aquella que venga impuesta desde las alturas, una ley que no hace suya si previamente no ha tenido noticia de ella y no ha participado desde abajo en su elaboración. Todo aquello que se haga desde las alturas, sin contar con la base, está condenado al fracaso, como bien sabe y cuenta Antonio Viñao, uno de los expertos en educación en este país, un país que vive de espaldas a estos dominios de no mediar el aspecto político. El fracaso de la educación de un país no significa sino la derrota de la sociedad a la que pertenece.

Una cosa es la teoría, otra la práctica. En las alturas se pugna por imponer unos parámetros que ejecuta el que está abajo. ¿Se ha llegado en algún momento reciente a aplicar las distintas leyes que se han establecido? ¿Se ha preocupado el poder, una vez servido el menú, de saber si los comensales comían, repartían y se servían a gusto? ¿podría suceder que hubiera distancia tajante entre lo que se legisla y lo que se aplica? ¿Han servido de algo estos más de quince años de experimentación educativa? ¿nos habremos cargado a toda una generación de alumnos y vamos a desquiciar a la siguiente de manera irremediable? ¿Será verdad que no importa lo que estudien y aprendan en la escuela los alumnos si al final lo meramente importante es el título? ¿Existe un divorcio total entre las enseñanzas y la vida? ¿Llegará el día en el que se organice una enseñanza que proporcione satisfacción a dirigentes, padres, profesores y alumnos?

La verdad es que esas y otras mil preguntas me las hago y rehago sin que pueda contestar del todo (tampoco pretendo resolver de un plumazo). No creo que haya campo más complejo que el del que estamos hablando. Podemos pasar la vida dentro del engranaje y tener la certeza de que no se comprende del todo la dinámica educativa, basada en un terreno que comprende lo social, lo económico, lo político, lo religioso, lo moral, la vocación, el oficio, la repulsa, la abnegación, las depresiones, la administración, las mil posibilidades de sajar por una parte y que se reproduzca el tumor por la otra, de que se controle parte de una correa de transmisión y te falle la torre de comunicación. Nadie puede tener la certeza de la absoluta verdad ni el procedimiento mágico para dar con la fórmula propicia que solucione los problemas. Se han hecho intentos, se ha experimentado, se procura, pero la verdad, lo que permanece, es la insatisfacción general que cunde cuando abordamos este problema de la enseñanza, la dificultad que se tiene para

hacer planteamientos objetivos, pese a que desde muy diversas instancias –que no excluye tanto a los ministros que rubrican con su firma los últimos inventos como los mismos sindicatos– lo tienen todo muy claro. Así nos luce el pelo. ¿No será que si falla la educación es porque también nos falla la sociedad?

(21-10-2005)

En un determinado momento de una tertulia, cuando se comentaba el ascenso de un viejo amigo a la gloria profesional y al paraíso social, otro compañero se saca el as de manga que siempre aparece donde media el éxito e indica que “pues, habrá llegado por amistades al puesto, porque lo conocí de estudiante en su día, y nada nos hacía indicar que llegaría hasta donde ha llegado”. Puede que medie honra personal, pequeñas diferencias de aquellos días de la juventud, puede que ese tercio de la envidia que siempre se le atribuye al español y del que no hemos conseguido desprendernos, según parece y atestiguan voces antiguas, pero yo, acogiéndome a la experiencia que me proporciona haber estado 32 años en la enseñanza, y sobre todo la de haber visto prosperar a muchos de mis antiguos alumnos, ahora muchos de ellos encaramados en las alturas y otros tantos disueltos en la medianía, disiento de la apreciación de quien cree que sólo el alumno brillante, el de inteligencia clara, el que destaca en las aulas de los colegios e institutos, es el que alcanza la cima. Es cierto que el alumno brillante juega con todas las cartas favorables, que tiene un don adquirido de antemano que parece proceder de la genética, del misterio o de cierta predestinación si nos atenemos a las enseñanzas espirituales, pero ello no quiere decir que corran paralelos las buenas calificaciones en las etapas estudiantiles y los grandes cargos cuando se alcanza la madurez laboral.

Si acudo a mi experiencia personal, cercana en algunas ocasiones a la más pura genialidad, próxima a la inteligencia pura en otras, es que no han de coincidir genio y figura en las aulas y en la vida social que, por no sé qué demonios, siempre relacionamos con los puestos cimeros de la política o los secundarios de los empresarios. Me acuerdo ahora del alumno que era capaz de recordar y recitar mil páginas con tan solo acudir a la memoria, tal era el grado de reproducción de quien servía para notario o registrador de la propiedad, que siempre se han considerado carreras de postín, o para componer un poema erudito y retórico en donde estuvieran juntos todos los jugadores de fútbol que han jugado la Liga española desde sus primeros pasos, para

saber el pie que gasta el delantero centro del Arsenal y los resultados de la Champion League desde que se fundara, porque siempre hay que contar y distinguir entre lo que podemos hacer de potencia y el uso que hacemos de ellas. Muchas veces hemos visto como alumnos especialmente dotados, con mente despejada y clara, desperdiciaban sus dones en asuntos de baja estofa, en cuestiones de plena actualidad mientras que otros, más sumisos y tímidos, esperaban a que llegara su hora y su día.

Que bien los he visto, me refiero evidentemente a los alumnos, que eran capaces de derrochar por el suelo todos los talentos del mundo por razones tan obvias y sencillas como que, durante el bachillerato, época de captación de la mayor parte de los componentes intelectuales, habían sufrido la mayor empanada del mundo, también la mayor decepción, a consecuencia de un proceso amoroso que a miles se dan en la adolescencia, en esos momentos en los que los jóvenes, más que estar preparados para la vida, lo están para el dolor o para la tristeza, para consumir de golpe las primeras emociones fuertes. Y de la misma manera he visto como alumnos que apenas destacaban en los primeros cursos y que poco a poco, cuando llegaban a los finales, plenos de responsabilidad, eran capaces de ofrecer sus mejores frutos, reduplicar su capital, hasta el punto de que han hecho más que lo que ha conseguido aquel que podía. Cierto es que cuando hay conjunción de querer y poder, los caminos quedan libres, pero no hay que olvidar que el alumno capaz, con emociones más profundas y consideraciones más abstractas, suele recaer en situaciones de mayor complejidad.

Media una enorme distancia entre lo que ocurre en la madurez y todo aquello que se vive en la adolescencia. Hay dones y valores que se van ganando conforme pasan los años, se adquiere experiencia, se viven problemas que sirven para desarrollar en pleno la personalidad humana. Hay quien, por razón de su trayectoria, obtiene el triunfo inmediato o gana la plaza y se echa a dormir la bartola –es el caso de gran parte de los funcionarios que aprueban una oposición y viven de las rentas el resto de sus días, algunos hasta procuran olvidar todo cuanto habían aprendido– y de aquellos que día a día, trabajando poco a poco, uniendo sustancias, sumando montones, añadiendo constancia, consiguen llegar al límite, al lomo o a la suave colina social que otros identifican como saltar la pértiga por encima de sus posibilidades. Extremo este en el que no debemos entrar para no tratar de profundizar en ejemplos evidentes con sólo abrir las páginas de los periódicos en donde, desde mi punto de vista, no se encuentran gran parte de los grandes talentos que esta tierra produce. Empezando por el mío.

DON MANUEL

Habito durante ocho horas al día, a veces más, una destartalada torre, deshumanizada como todas las que sacan la cabeza del tiesto, en donde se agitan, como hormigas laboriosas, gentes que administran colegios e institutos, miles de expedientes de maestros y profesores, archivos de pata negra y papeles sobre la depuración tras la incivil guerra, cajas rojas de la Logse y las negras de la Loe, mesas que sobran de los despachos y viejas máquinas de escribir. Lo mismo revolotean en aquella instancia las becas que se conceden que chirrían los goznes con las denuncias que se desprenden de los tabloneros sindicalistas. En aquella torre, en donde se cocina con hervor y fervor el cocido educativo, ha pasado casi treinta años un hombre bueno que vino de las verdes galicias, seguramente para casarse con una archenera, acostumbrada a las aguas calientes y a los melocotones que brotaban de aquellos y fecundos campos.

En aquella destartalada torre en donde se ubica la Consejería de Educación y Cultura, antigua Dirección Provincial, vive un curioso personaje al que yo siempre le llamo, probablemente por la condescendencia que proporciona haber sido profesor de sus hijos, Manolo, pero desde hace seis años también sé que todo el mundo lo llama con cariño y admiración, no desaparejado del respeto, Don Manuel, el hombre que sabe todos los secretos de la casa. Posiblemente haya permitido que lo tutee porque lo haya visto debatirse entre la vida y la muerte bajo una burbuja cuando fue atacado con rencor y odio por esa enfermedad que martillea a los que pasan horas y horas asidos a la silla y al despacho, a los expedientes y a los líos de la siempre convulsa escuela. Y don Manuel por aquí, don Manuel por allá, no creo que haya persona que pueda dar cuenta de todo cuanto haya podido ocurrir en aquella casa –olla a presión en ciertos momentos, hervido de verduras en otro– desde la transición a nuestros días, a estos en donde, al parecer, según me cuentan las malas y agoreras lenguas, se marcha a zonas más tranquilas y suaves después de haber ejercido el noble oficio de maestro, después de haber viajado por los ásperos campos de la inspección, después de haber luchado cuerpo a cuerpo

con los cupos y las dotaciones de los centros, tras haber lidiado con cuatro o cinco generaciones de personas y personalidades que regían con audacia o sonsería los dominios de la tiza. Y de haber intimado con toda una legión de directores que, cuando acababan su paciencia y solicitaban la dimisión de algún director provincial –¿se llegará alguna vez a pedir la baja inmediata de un Consejero o de un Secretario General?– se acercaban a su vera para buscar no sólo consuelo, también manera de reparar las ofensas que se cometían con sus centros. Y es que siempre se le ha visto como el hombre bueno capaz de comprender lo que es la impotencia, la rabia, los deseos de mejorar las infraestructuras.

Manolo o don Manuel, ha sido por una parte el paño de lágrimas y por otras el compañero que poco a poco iba abriendo puertas cuando se cerraban las otras, el capitán de un barco administrativo que guardaba la sonrisa en momentos de apuro, el técnico que era capaz de bajar a las catacumbas de la casa –situadas en la cripta en donde debe el archivero Pepe Hurtado debe tener encerrado a un catedrático– para solucionar un problema, para salir de un apuro, que alguien me ha soplado que en más de una ocasión aquella torre –nunca mejor llamada– que no es hotel ni dispone de suites de lujo– lo ha cobijado durante noches enteras, siempre a la tarea de despejar un asunto, despachar un problema o despedir una pelotera, palabra corriente y moliente en el argot administrativo. Un hombre dedicado a una causa: la Dirección General de Educación o la Consejería de la Tiza, que es lo mismo aunque no lo parezca.

Manolo o Don Manuel toma café y se pone a tono todos los días, a primera hora, en el Loren, alardea de la pelambrea de los leones de su Atlético de Bilbao –se nota que es fruto de una cultura que ha desaparecido– y si no se atranca en su voz pausada y suave, se marcha todos los días a sus asuntos, que son muchos si tenemos en cuenta que lleva treinta años metido en la máquina espesa y sin alma de la gestión educativa, siempre entre secretarios, diputados, asesores, anas y pilares, administrativos y ordenanzas, pero sobre todo amigos, don Manuel para unos, Manolo para otro. Aunque sea zurdo de corazón, o sea por ello, le sale la humanidad por los poros de un cuerpo que fue grueso, ahora planchado por esos muchos paseos que se sacude por calles y avenidas de una tierra murciana que ha hecho suya tras haber pasado por esas Galias, dejando, como siempre, su maestría y su amistad, esa difícil sencillez.

Ah, don Manuel o Manolo lleva adheridos a su alma dos atributos como Fernández y Nogueira, dos apellidos que han sonado mucho y repicado de continuo por las paredes de una Consejería, la de Educación y Cultura, que ahora, según dicen, abandona. Personalmente creo que Don Manuel o

Manolo no se irá nunca a gozar de sus deleites nuevos, porque estoy seguro que hasta las mismas paredes que lo han visto durante tantos años, lo seguirán reclamando. Y nosotros, los que nos quedamos, también. Tanta era su humanidad y su fama de hombre cabal.

(18-7-06)

EL FUTURO BACHILLERATO

Hay quien cree, como yo, que una ley educativa que sigue prácticamente vigente en la actualidad se llevó para siempre aquel viejo pero estable bachillerato que estaba situado entre una primaria minimalista o esencialista, primeras letras, las cuatro reglas y muchos dictados con acentos y cuidadosa ortografía, y una etapa universitaria a donde sólo llegaban los elegidos, tal era la criba que ocasionaban las dos reválidas y los preuniversitarios, los obstáculos de la memoria y las crisis de la adolescencia. No es que fuera la panacea universal la enseñanza media de entonces, pero estaba conformada y estructurada. Llegó la revolución, tanto a nivel español como europeo en los años 80 y, como un ciclón en la lejanía o un tornado en cercanía, arrastró papeles, quitó tejados, removió los cimientos, ocasionó pérdidas lamentables que todavía no han sido hasta la fecha remozados, antes bien, siguen soplando vientos borrascosos sobre las materias y currículos (hasta las palabras como asignaturas han desaparecido del mapa como por ensalmo) y persisten las brisas racheadas que no dejan tranquilo el viejo árbol, ya achacoso, a punto de venirse abajo, sobre todo porque ya no se sabe cuáles son sus funciones, a qué jugamos, en qué nos vamos a entretener en las siguientes generaciones, hasta dónde vamos a llegar en materia de innovación (¿pero verdaderamente se lleva a cabo?) cuando ni siquiera sabemos si aquel viejo bachillerato de seis años ha desaparecido sustituido por otro de dos años, uno en manos de los institutores y el otro coordinado desde la Universidad, a la zaga de los mandatos que vienen de fuera o si nos encaminamos a conseguir un título generalista o especialista, uno que coja cosas de aquí y de allá o que cuando llegue a la Universidad, haya decidido ya en donde pondrá el huevo. Y no quiero entrar en esos diecisiete bachilleratos que nos han de venir una vez que se ponga en práctica la modalidad terruñera que padecemos en todo su esplendor porque le hemos de recordar a quien no lo sepa que pronto todos los escolares de Águilas sabrán en donde se encuentra la Rambla de las Lagartijas o La Chimenea La Loma, pero me temo que no sepan que Lugo tiene murallas romanas, que en Cudillero, pueblo de Asturias, se come

besugo fresco o que hay vino, y bueno, a las orillas del Duero, un río que no pasa por Huelva.

Algunos que conocen los recelos y la desconfianza que me inspira desde hace más de veinte años la situación escolar, hacen bien en solicitarme, y a eso me apresto, que indique, ya que soy un pequeño dios que declama en el púlpito, qué haría yo en los momentos actuales, cuando estamos en esta sociedad mestiza que nos ha metido el alma en el cuerpo, ante este impulso foráneo que anula toda posibilidad de legislar para unos pocos, aunque sean de los nuestros. La verdad es que a la gente que me pregunta lo que yo haría, les digo una cosa clara: si las posiciones anteriores han fracasado, no debemos volver a lo mismo. No debemos repetir los mismos fallos, entre otras cosas para impedir el fracaso escolar que sigue, como el precio de los pisos, subiendo de cota en cota aquí y allá pese a los muchos desvelos de las autoridades. De siempre he dicho y mantenido que el profesor que suspendía más del 50% de sus alumnos –si lo hiciera ahora lo colgarían– se suspendía a sí mismo. Pero volviendo a lo que tendrían que estudiar los jóvenes, añadiría que les enseñaría cuatro o cinco horas de urbanidad y buenas maneras, que no chillaran ni rugieran como motos en la calle, que aprendieran electricidad para reparar las averías eléctricas que se producen en la casa, que tuvieran que leer cuatro periódicos en clase todos los días para que conocieran las tendencias de la derecha y de la izquierda, sobre todo para evitar el fanatismo, que aprendieran tres idiomas desde que llegaran al pupitre para que pudieran entenderse con los colegas de otras naciones que, oh casualty, son capaces de expresarse con apenas años de aprendizaje en nuestra lengua mientras que nosotros, con diez años de inglés, incapaces somos de hacernos entender a la orilla del Támesis, tampoco en los intercambios. Que viajaran mucho para que vieran cómo se vive y se trabaja en otros contornos, que tuvieran que resolver crucigramas para acrecentar el vocabulario y que de paso, tuvieran que dar todas las semanas de un libro, fuera de ficción o de divulgación. Cada semana la dedicaría a un personaje célebre con la esperanza de que no se confundieran con los genios que abastecen Salsa rosa y otros programas de similar catadura. Dejaría que ellos mismos explicaran en clase y dijeran qué quieren ser, qué pretenden, adónde van y que elijan ellos mismos el camino que quieren tomar, sin prevenciones ni componendas, incluso que si no llegan a ninguna parte sean capaces de volver al mismo sitio. A los profesores, de paso, les pediría en estos momentos que olvidaran sus doctrinas, dejaran sus clases magistrales y sobre todo que trasvasaran su ciencia a través de gozosos contenidos. Pero como todo lo anterior lo doy por sabido y aceptado, propondría, y sería lo único novedoso hasta el momento, que la enseñanza elemental alcanzara hasta los 16 años a fin de

que coincidiera la laboral y la académica y que partir de ahí, teniendo en cuenta el aumento de vida de los humanos, especialmente en las mujeres, que el bachillerato comenzara a los 17 años y se rematara sobre los 25, a fin de que coincidiera con la primera madurez intelectual. Y luego que continuara la carrera universitaria, reducida a cuatro o cinco años, lo que nos llevaría a adquirir la pericia profesional sobre los 30, edad propicia para rendir los mejores frutos. Y además, una vez lanzados en la modificación, propondría otras muchas cosas que podrán aparecer en cualquier otra ocasión.

(26-2-07)

LOS NUEVOS

Me gusta intercambiar impresiones y vivencias con profesores universitarios, aquellos que fueron amigos míos, instalados ahora en el Olimpo de sus trayectorias, orgullosos de su estatus, conscientes de sus posibilidades científicas, pendientes de sus publicaciones para pasar comisiones. Aprecio en ellos un deseo de perdurar y mantenerse en sus puestos del que no participan los profesores de enseñanzas no universitarias, entrados en depresión profunda, en un estado calamitoso que no es el más adecuado para la actividad que desarrollan si tenemos en cuenta que la transmisión de conceptos no es posible si no se contagia fe en lo que se enseña.

La diferencia entre unos y otros es tan tremenda y absoluta que mientras los primeros esperan y suspiran por consumir hasta el final de sus días (setenta años) su estancia en los recintos universitarios y aspiran incluso a prolongarla a través de ser titulados eméritos, los de mi cuerpo, especialmente si imparten los últimos tramos de la Eso y los primeros del cortísimo y casi inexistente bachillerato, sólo están por cortarse la coleta, prestos a solicitar –si no se han ido ya todos al mismo tiempo– vía transitoria la jubilación. Es más, casi les puedo asegurar que casi el único que permanece en activo sigo siendo yo, seguramente por estar fuera del sistema educativo secundario. Los demás ya han cogido pindingue, han pedido la lili y andan por ahí reponiéndose de las heridas que deja un sistema educativo que no hay quien lo entienda, tampoco quien le ponga remedio por la falta de acuerdo y pacto de los dos partidos que desgobiernan desde hace más de veinte años el asunto escolar. Pero no quiero ahondar en ello hoy en día, tampoco hacer pensar que los profesores universitarios descansan y gozan de mayores prerrogativas mientras que los no universitarios siguen incursos en un penoso proceso carcelario que conduce a la desilusión al tropezar con un material ya muy distinto al que tuvo cuando empezaron a ejercer la profesión.

Me encuentro a un profesor universitario que me cuenta en breve espacio de tiempo el desnivel que media entre las nuevas generaciones –que si

muestran sus exámenes plagados de faltas de ortografía, que si desconocen lo más elemental, que si redactan mal— y aquellas nuestras que rendían armas y pleitesía en las clases universitarias en los años sesenta del siglo pasado, que tampoco es moco de pavo haber podido convivir en dos siglos, en dos culturas, en dos períodos tan distantes como una dictadura, en donde todo estaba pesado y medido, y en democracia en donde cabe todo, como en botica, o como en una novela que ingresa en sus filas aspectos económicos, sociales, religiosos, políticos. Mucho más compleja es la relación con la democracia que con la dictadura. Con esta bastaba con oponerse, con la otra es preciso recabar soluciones a los problemas que acucian.

Como siempre suele ocurrir, parece que los viejos somos y éramos héroes homéricos, emperadores de la sabiduría, frente a ellos, proletarios del saber, seres indefensos sin cultura y sin agallas, tan sólo bien preparados para festejar el jueves por la noche con los estudiantes que vienen de los pueblos y con los viernes y sábados con aquellos otros que son capitalinos o que prefieren quedarse en la movida antes de marcharse a sus aburridas aldeas. Evidentemente lo indica tras haberle dicho yo que los bachilleratos de antaño estudiaban más, les podíamos exigir sin tasa y contaban con mejor con mejor preparación antes de partir hacia las Facultades. Y le decía, poniéndole el ejemplo de la Literatura, que un alumno de Letras podía ser recibido en el campus habiendo leído completo el Poema del Mío Cid, la Celestina, Don Quijote, El alcalde de Zalamea, incluso habiéndolos discutido, analizado, conformado y no ahora que van con escaso bagaje humanístico. Le digo, según creo, que lo esencial no era eso sin embargo, sino el ansia de saber, de aprender, de aprovechar los estudios para dar un paso al frente. Me dice mi amigo que echa de menos la amplitud de miras, ayunos de curiosidad los alumnos, limitados a conocer su estricta materia, sin ánimo para beber en fuentes distintas, hasta el punto de que podemos encontrar excelentes profesionales, auténticos doctores, pongo por caso en Biología, que jamás de los jamases han asistido a una proyección de cine de ensayo, a una conferencia sobre la guerra civil, Derecho romano, el arte de hablar en público o la poesía de posguerra.

Lo que caracteriza la edad moderna es el diseño unifuncional de los estudios, sin ramas que se abran a otros frutos. Predomina un criterio cerrado que favorece el que los jóvenes estudiantes sólo se interesen por aquello que han elegido en contra de esa cultura general que tenían los años comunes, antes de pasar al hecho específico. Ahora se va directo al grano, se ataca la materia desde el comienzo, se apartan las hojas secundarias y se va al tronco, sin importar mucho ni poco los canales que comunican entre sí distintas porciones del saber. Incluso se habla que las antiguas oposiciones se han convertido en las deposiciones actuales y que todo anda, como se puede

comprobar a punto de caramelo para entrar en el gran desastre final. Pero creo que sólo se trata de nuevos problemas que requieren nuevas soluciones. Pero ¿quién es capaz hoy en día de cambiar el curso de los acontecimientos? ¿Está al alcance de cualquiera? ¿Ha de ser el político el que modifique las condiciones? ¿Ha de ser el profesor el que comience a revalorizarse? ¿Ha de ser el alumno, quien vuelva a sentir la curiosidad que otros sintieron?

(14-5-2007)

Los que pertenecíamos a la enseñanza media o secundaria –actualmente denominada como no universitaria –que ya desde la titulación nos define el desconcierto legislativo que se cierne sobre nuestras cabezas– tememos, aunque llevamos muchas horas a cuestas en la experiencia y en el juicio, hablar sobre la cota más elevada de la enseñanza, probablemente porque si la elogiamos corremos el riesgo de ser tildados de simples aduladores o botafumerios, a la caza y captura de un puesto en la institución máxima de la enseñanza, cargada de prestigio desde la Edad Media, y si, por el contrario, le atizamos con saña a una institución que no cumple con sus funciones, caemos en el escarnio de ser reconocidos como rencorosos porque no hemos saciado nuestro apetito comiendo trozo del rico y succulento pastel universitario, participando en sus claustros, portando el birrete y gozando de los privilegios de impartir clase unas cuantas horas, pocas, a lo largo de la semana, que a la fin y a la postre es el sueño deseado de todo enseñante.

Y digo todo ello porque creo que después de acumular unos cientos o unos miles de artículos a cuestas, me parece que jamás me he acercado a la vera de la institución académica ni he expresado juicio crítico sobre una entidad en la que rinden servicios muchos de los compañeros que tuve en su día, en donde trabajan, como en todas las instituciones, gentes que creen saber mucho y no son conocidos en parte alguna, y otros muchos, bien modestos, que no lo dicen, pero lo saben todo en su oficio o en su gremio, que de ahí deriva parte de su ser. Y otros muchos que son buenos investigadores y malos pedagogos y grandes oradores, con pico de oro, con nulo bagaje intelectual a cuestas. Por supuesto en donde hay personas que por sí solas son capaces de otorgar carácter y que sólo pueden ser localizables junto a los Departamentos o Seminarios. Es decir, más o menos como ocurre por todas partes, individuos de toda naturaleza, fenómeno que juzgo negativo porque en la máxima institución de la enseñanza española deberían estar las personas más destacadas, las más respetadas, las que merecen méritos y prebendas y dineros para la investigación o para la enseñanza. Y la verdad,

si digo lo que pienso, en la actualidad no está ocurriendo ni mucho menos eso. Al contrario, motivos hay para juzgar deprimente el panorama, mucho más en provincias, en donde para completar el cartel hay que echar mano a novilleros y torerillos sin arte ni sabiduría y que más tarde llegarán a regentar cátedras para las que no están preparados.

¿Pero qué ha ocurrido para que ahora, a la vejez y con viruelas, me acerque a un tema casi tabú? Pues que acabo de leer un artículo de un catedrático jubilado en donde se expresa el profundo malestar que le ocasiona la Universidad endogámica de nuestro tiempo, casi con la misma mirada crítica que lo hacía Ortega en sus Misiones. Y creo que yo puedo contribuir a dar mi opinión en este apartado exponiendo el siguiente silogismo: si antes sólo había once universidades en toda España, corremos ahora el riesgo de que haya no menos de doscientas en el país si persiste el crecimiento desorbitado que, a mi juicio, está ocurriendo hoy en día, un crecimiento que no va acompañado ni mucho menos del grado de calidad y rigor que se le suponía antaño a los jefes del saber. Más bien parece, siguiendo el precepto político de otorgar placeres a todos para perseverar en los agradecimientos y en los cargos, un deseo de quedar bien con todos los hombres de todos los lugares y caminos. De esa manera puede haber universidad en Murcia, en Cartagena, en Lorca, en Yecla, en Águilas, en Totana, sin duda que en La Paca tarde o temprano, con todos mis respetos para la pedanía en donde nació Juan García Romera, posiblemente el que hubiera sido el mejor rector de dicha Universidad y que se quedó sin impartir clases en la docta institución. Hay quien dice que las antiguas oposiciones de profesores de enseñanza media se han convertido actualmente en leves deposiciones en donde se obtiene plaza con poco saber. ¿No va a ocurrir lo mismo con los cientos de universidades públicas y privadas que se están creando en los últimos tiempos al filo del auge de las autonomías? ¿No serán meras academias regionales y autóctonas en donde se reciba leve y ligera lección científica? ¿Hemos entrado en la era de la devaluación del saber en todos los estamentos? ¿Por qué la Universidad no ha protestado de cómo le llegan las nuevas generaciones a sus altares?

Me da la impresión de que teníamos un concepto mitificado de la Universidad que se ha perdido con el paso del tiempo. En ella antes moraban los mejores, los elegidos, máximos especialistas, y cada Universidad destacaba por las letras, tal como ocurría con Salamanca. Pero ahora hay cientos de instituciones universitarias que antes que guardianas del saber, podrán ser meras expendedoras administrativas y empresariales de títulos, misión por otra parte que siempre han cumplido porque de sobra se sabe que media diferencia abismal entre las enseñanzas que se reciben en los recintos uni-

versitarios y los trabajos que se han de realizar más tarde. Una separación convertida en divorcio completo. No creo, y es a lo que iba, que se deba seguir generando universidades en todo espacio y lugar por el solo hecho de contentar al personal que las solicita y ganar votos, mucho más si se mantienen de modo artificial, silenciando los vacíos y los fallos de infraestructura, la falta de personal cualificado pero si me aprietan por estos modestos dichos, incluso estoy dispuesto a decir que a mi edad, poco me importa lo que ocurra en la industria del saber (si es que lo sigue siendo).

(4-6-2007)

Una vez que he vuelto al origen educativo –ya quisiera como Carpentier regresar a la semilla– me intereso por la ESO, lo que llaman Educación Secundaria Obligatoria, una parcela que no había tenido ocasión de saborear ni catar –como si se tratara de un melón– pues cuando abandoné el reducto del Alfonso X El Sabio en el año 2000, todavía no se había producido la entrada de tal ciclo (¿o es un ciclón?) en sus siempre viejas y bastante castigadas aulas. Así que, a la hora de elegir horario, y lo puedo hacer por ser el decano en el Centro y el más antiguo profesor en el centro –y no hay que considerarlo como mérito sino obra del tiempo–, opto por la tajada del primer curso, huyendo de los enrevesamientos bachilleriles tardíos así como de los tiernos nenes de teta que llegan, biberón en la mano, a las clases nunca tan mitificadas del instituto alfonsí que cumple este año, dicho sea de paso, la friolera de 170 años, sin que nadie haya dicho esta boca es mía. O al menos yo, cada vez más sordo, no lo he oído.

Los viejos compañeros de fatigas, guardias y claustros, se interesan los primeros días por ver cómo he encajado el cambio de la gestión educativa o cultural por el pie de obra, junto a los pupitres, la tiza, las lagartijas eléctricas de los chiquillos y los timbrazos. Junto a la jauría humana que se arracima cada vez que hay que subir las escaleras del primer piso, cada vez que suena la voz que clama y anhela el liberador recreo –alivio matutino–, cada vez que falta un profesor, cada vez que se desbocan los ánimos y los bríos de gentes en la flor de la vida. Y una vez que se ha consumido la primera semana se interesan los compañeros de si he advertido cambios en el alumnado de aquel entonces –y solo han pasado ocho cursos– a la edad presente.

Bueno, puestos a reflexionar, les digo que lo primero que me extraña es que ya no están la mayor parte de los compañeros que me acompañaron en una travesía de casi treinta años, que muchos, escapando del rugido de la marabunta, se han marchado a la vida junto a la naturaleza, a oír, sin duda, la música que brota de las hierbas, la dulce armonía que desprende la jubilación, no las melodías de los sonidos a destiempo, las asperezas y el ruido

de entre clase y clase, el alboroto, siempre feliz de la juventud. Apenas se frisa los sesenta, los profesores de secundaria, sin duda, salvo alguna que otra excepción, se marchan escopetados a prados serenos en donde reina la tranquilidad y el silencio, escasos en la vida activa. Les comento las numerosas bajas, algunas de ellas tristemente por fallecimiento, y también, obviamente las muchas altas que se han producido, tantas, y algunas tan jóvenes, que cuesta trabajo retener nombre y apellidos, materia que imparten, años de permanencia en el ilustre convento alfonsí. Creo, les digo, que tal como ocurría en los tiempos en los que el Instituto disponía de 2000 alumnos, 50 aulas y triple turno, algún profesor, cuando hablaba en el claustro,. Decía: "Como dice el compañero...." y decía así porque era posible conocerse dentro de tal conglomerado. Y una vez que recuerdo a unos, instalados en dulce retiro, a otros, descansando en su tumba, les digo que echo de menos el estanque de las ranas, las palmeras que concedían breve oasis a la mirada, descanso a la brega, sustituido ahora por la mole amenazadora del edificio que se construye para Museo. Un edificio nuevo que ha hecho viejo- cutre ya lo era- al antiguo.

Pero volvamos a la Eso aunque sea prematuro hacer juicio rotundo cuando apenas ha transcurrido un mes de mi reposición en el campo de la enseñanza. En principio puedo decir que de los tres Primeros de la Eso con los que tengo relación uno de ellos me concede felicidad y complacencia, un deseo de entrar allí durante tres o cuatro horas seguidas sin cansancio ni fatiga. Silenciosos, reposados, tranquilos, atentos, concentrados en las explicaciones, sumisos, obedientes, educados, receptivos, creadores, pres-tándose al intercambio, a las experiencias, a los trabajos, a las redacciones. El segundo, del que no proporciono muchos datos, todo lo contrario. Mientras sueño con entrar a la primera clase, con el segundo, presiento, que va a ser el culpable de la depresión que me va a atrapar allá, por el mes de febrero o marzo, cuando vea que es imposible sacar punta a un lapicero quebrado y romo, cuando estime que no se puede luchar cuando no hay materia prima o cuando la inteligencia está abotargada por la obligatoriedad, cuando se le ponen cárceles a gentes que pretenden huir, como gaviotas, de las aulas. Un reto para el profesor, piensa la conciencia que, no se sabe la causa, a lo mejor desea salvar a la provincia del horroroso fracaso escolar que la oprime. Una lucha a brazo partido por conseguir salvar de la quema a unos pocos, dice el alter ego, ese otro yo que pretende agotar la última gota de abnegación educativa. Y me queda ese otro curso, que, dicho lo anterior, puede producir alivio unas veces y otras compasión, a ratos horas agradables y a ratos sensación anómala cuando no saben lo que quiere decir la palabra apático, el semema intruso, el fonema o el lexema o la madre que parió a los estructuralistas que han convertido el viejo placer de la asignatura de literatura

en una complicada terminología aparentemente científica, bien alejada de los intereses de los jóvenes alumnos. ¿Quién ha cambiado más? ¿Ellos o yo? ¿Eran mejor los alumnos de antes que los de ahora? ¿Es el sistema, como pretenden algunos, los que los convierte en trastos y cacharros que no funcionan o es acaso una nueva juventud con una nueva cultura (si es que se puede llamar así)? ¿Se debe derribar –como yo creo– todo lo que se ha tejido desde la vieja Logse y acudir al pacto educativo antes de que se produzca la necesaria rebelión (de profesores) en las aulas? Muchas preguntas para tan pocas líneas. De momento confórmense con que les diga que los de la Eso son tremendamente jóvenes, con mucha vida por delante, con mucho que soportar, incluso a profesores novatos como yo.

(15-10-2007)

D E LOS JÓVENES

Hablando con los colegas de la enseñanza, sobre todo los veteranos de guerra, se echan las manos a la cabeza indicando con pelos y señales la fuerte degradación que ha sufrido la enseñanza. Alumnos desganados, mal encarados, sin capacidad de sufrimiento, vida cómoda, muelle, sin pretensiones, cortos de lenguaje y romos de maneras y urbanidad, un estrato bien distinto a lo que había en los años dorados (siempre me pregunto en qué momentos se alcanzó tal gloria que yo no conocí). Y hablo con los agentes culturales, y me llaman la atención sobre la baja asistencia –sólo comparable con lo que ocurre en las iglesias en donde no baja de setenta años el que asiste a misa– de los jóvenes a las actividades que se convocan a diario en una tierra en donde, como he dicho muchas veces, hay más oferta cultural que demanda, en donde, durante el curso, hay un verdadero superávit de programaciones que alcanza el máximo déficit de asistencia.

¿Qué ocurre para que esto ocurra? ¿Acaso es que la cultura que nosotros hemos mamado ya no es la que esperan ellos, nuestros jóvenes? ¿Se la reflanflifan los aspectos literarios, históricos, políticos, sociales, las ideologías, que tanto nos han acompañado a los de la edad madura? ¿Le corresponde a cada edad una determinada cultura? ¿Acaso es que la única cultura que entienden los jóvenes es la de la música y la discoteca y la litrona, los deportes de aceleración alonsiana junto con la informática? ¿Debemos proceder a olvidarnos de todo aquello que nos ha precedido y proceder a cambiar el chip, especialmente en el campo de las humanidades? ¿darle gusto a lo que ellos piden aunque a nosotros nos parezca de un vacío desconsolador? ¿debemos mostrarnos rebeldes a sus gustos y apetencias y seguir fijos en el empeño, a sabiendas de que en unos pocos años, por la ley severa que impone la vida, los conferenciantes se quedarán sin espectadores y los salones en donde se imparte cultura permanecerán más solitarios que Robinson Crusoe? ¿Se deben programar recitales de poesía o de cuentos que sólo le interesa a una pequeña familia, a una secta o a una pequeña tribu urbana, tirando por los suelos los recursos financieros de las instituciones públicas? ¿Se fijarán

conferencias de personajes importantes, sean humanistas o científicos, que no tendrán más allá –y he asistido a algunas en pueblos y muchas en capitales– de quince espectadores?.

No es fácil el diagnóstico de lo que está ocurriendo ni tampoco es fácil calibrar la naturaleza de un fenómeno que ha hecho que ni los jóvenes universitarios –antes tan ansiosos– no vayan de por sí –si no es a través de la reprimenda o de la obligación por parte de profesores– a los mismos actos que se convocan en sus propias universidades,. ¿Qué clase de educación estamos impartiendo? ¿Interesa sólo lo tecnológico o lo científico o existe el mismo rencor que hacia las perspectivas humanísticas? ¿Tiene algo que ver la muerte de las humanidades con la radical escisión de los jóvenes del ámbito intelectual? ¿Cómo es posible que las ediciones de los libros de los autores importantes y cultos sean tan bajas? ¿Sólo se ha de estar y leer la novela histórica que mucho tiene de falsa e impostura? ¿Podremos seguir reflexionando con ellos cuando desconocen los puntos de incidencia de los filósofos más conocidos?

La verdad es que estamos viviendo en una cultura de enigmas y misterios, de modificaciones sustanciales y cambios radicales y muchos de nosotros –sea por comodidad o por no modificar los planteamientos– no queremos abrir los ojos a una realidad sustancial: la cultura vieja no le interesa a los jóvenes, banda que no lee, que no visita las exposiciones, que no acude a los museos, que no siente curiosidad por conocer a las celebridades nacionales a no ser que haya un profesor de Universidad pasando lista, vigilando escrupulosamente si acuden sus alumnos a los actos que ellos mismos convocan. Y lo cierto y verdad es que las instituciones no van a retroceder en sus posiciones de programar. Las Cajas de Ahorro porque no tienen afán de lucro y se ven obligadas a mantener un amplio surtido de ellas para gozo de aquellos que se dignen pasar por ellas. Las Consejerías, Ayuntamientos y Direcciones Generales de Cultura se van a mantener firmes porque han recibido unos libramientos que hay que liquidar a fin de año, sea a base de actos raquíticos y cerrados, en cotos vedados o en parcelas para aquellos cuatro o cinco jubilados que todavía confían en el conocimiento, en la palabra, en las celebraciones de los que algo tienen que decir.

De siempre se ha sabido que la cultura es minoritaria y no concede votos en las urnas, para las páginas finales de los periódicos –en algunos ya ni las registran–, pero llevamos ritmo galopante para que en cuatro o cinco años los pocos que han sido, opten por abandonar. Y dejarán vacíos sus sillars y sus puestos, unos porque no entienden el discurso, los códigos ni las palabras y otros porque no están preparados para entenderlos, mucho menos para comprenderlos y hacerlos suyos. Llevamos camino de ver cómo se suspenden

conferencias, cómo se aplazan actos, cómo se dan de baja aquellos que ya ven que el arte no enseña más que panochadas, estafas y engaños, aunque las instituciones, obligadas a justificar sus gastos, opten por simular la realidad. Con poblar el mundo con cantidades y asistencias que no son verdaderas. Y a todo esto habrá quien, paleta o prepotente, persiste en el empeño de trabajar para los cuatro o cinco que aspiran a entenderle. ¡Dios mío!

(22-10-2007)

Como bien saben los que siguen La Opinión, semanalmente aparecen en nuestras páginas la colaboración de alguna persona que recuerda el momento mágico en el que se enganchó a las letras, alguien que recuerda sus primeros encuentros cara a cara, entre la perplejidad y la locura, con los libros, sus recuerdos al entrar con la sorpresa en los ojos y el corazón rebosante en el mar ancho de los escritores de la adolescencia. Sin duda de ninguna clase, por muy jóvenes que sean, pertenecen a otra época, sin duda a otra cultura ya pasada, enterrada en el nicho de la historia. Porque una vez que estos que ahora escriben pasen a mejor vida –que espero sea larga– ya no habrá lectores, mucho menos, buenos lectores.

El informe Pisa sobre educación lo dice claro. Ni se lee en la adolescencia –a lo sumo hasta los 12 años– ni se sabe leer tan pronto se pasa la edad del pavo. Que España anda por la cola, como en campeonatos del mundo de fútbol, según dicen los expertos que han sumado las estadísticas y han cuantificado lo que ante sí tenían. Que los escolares españoles, y eso que no han pasado por unos cuantos grupos de los que algún día hablaré, no sólo no entienden lo que leen, tampoco pueden comprender de qué se les habla en un mero artículo de opinión y que no saben, y esto lo añado yo, qué significan palabras tan complejas, pese a disponer de quince años bien cumplidos, como apático, saeta, alud, intruso, por solo citar las últimas que me han preguntado mis alumnos, unos alumnos que poco o nada usan del diccionario, una pieza que un día estuvo (y debiera reaparecer) en muchas aulas y que ahora, no sé la razón, ha desaparecido de todas ellas, seguramente porque ya no tiene razón de ser. ¿Para qué? Basta con las 300 de las que echamos mano siempre y en cada ocasión.

No es la primera vez que he traído a esta sección por otra parte el retroceso galopante que viene padeciendo la literatura desde hace unos veinte años y desde hace otros tantos vengo clamando por el abandono de los procedimientos que tratan de otorgarle capacidad científica a una lengua que, siempre viva, se escapa como anguila de cualquier mente juvenil que

intentara comprenderla. Desde hace veinte años vengo solicitando un rotundo giro que penalice el que niños de ocho años empiecen con el dolor de muelas de la morfología (que no pueden comprender en plenitud) y el retorcimiento de la sintaxis al año siguiente(con el odio permanente futuro a todo lo que huelga a subordinada o a copulativas, a condicionales o a exhortativas para el resto de sus vidas). Con el deseo de los maestros –ellos son unos simples mandados tanto de las autoridades como de las editoriales– de iniciar una escalada que no finaliza ni con el curso final de bachillerato, cuando deberían conocer a fondo la estructura de la lengua y se descubre que siguen estando casi al mismo nivel que cuando empezaron. ¿Qué ciencia es esa que propone una escalada de diez años de clase de Lengua (nunca le añadiría lo de Literatura porque esta ha sufrido un proceso liliputuense) que para nada sirve, ni siquiera para estar en un lugar mediano en la lista de países europeos. ¿Creen que por utilizar los profesores de Enseñanza Secundaria los términos narrador testigo, diégesis, catáfora, hipertexto, vamos a ilusionar a los alumnos en el disfrute y placer de la lectura, siendo esta ya de por sí compleja, sobre todo cuando se les obliga desde el punto de vista académico?

Creo que pecamos de vanidosos, rutinarios, convencionales y corremos el riesgo –si no lo estamos ya aunque los profesores universitarios nada digan al respecto– de que lleguen los alumnos a las facultades universitarias sin que le acompañen las faltas de ortografías como fieles compañeras, una legión de tildes sin colocar y unos cuatro o cinco puntos sin colocar adecuadamente y, por supuesto, sin conocimiento de lo que es la lengua pese a los muchos años de servicios en el empeño. Y todo ello pese a los esfuerzos desahogados de maestros, profesores y catedráticos de secundaria que han luchado con denuedo con ellos por cambiar el rumbo de unas promociones que cada vez se alejan más del libro, que apenas entran en los momentos actuales en contacto con los autores que han interesado a tantas otras promociones anteriores. ¿Qué está ocurriendo para que España sea un desastre en la preparación de sus alumnos en una materia tan instrumental y necesaria para todo lo demás? ¿No será que habrá que poner en marcha nuevos procedimientos para subsanar y corregir los defectos que nos señalan? ¿No habrá que abandonar los métodos estructuralistas y darles tan sólo la carnaza de la lectura en las clases y la consiguiente ración de léxico –cuatro o cinco palabras todos los días– para la competencia lingüística? ¿No deberíamos obviar el conocimiento del signo lingüístico por algo tan sencillo como el dictado, la redacción y la descripción en todas las clases de la Eso? Algo así como la vieja escuela. ¿No deberíamos olvidar el excesivo rigor teórico de la gramática, la reiteración de preceptiva y otras nociones por algo tan sencillo como un aprendizaje directo, relacionado

con la lectura y la composición?, tal como han hecho los franceses, no sé si los finlandeses. ¿No sería bueno hacer propuestas temáticas sacadas de los libros para que los alumnos comiencen a tener juicio y opinión? ¿No sería mejor hacer una literatura viva que trabajar con procedimientos muertos y con mecanismos que provienen de cuando las humanidades funcionaban o estaban operativas? ¿No sería conveniente hacer algo para que el próximo informe nos resultara algo más beneficioso? ¿Pero se está haciendo algo?

(14-1-2008)

COLEGIOS PÚBLICOS

De un tiempo a esta parte recojo noticias de los colegios públicos. Si hablan sus regentes –vulgo la Consejería de Educación de esta región– estudian –que no lo es tanto– la conveniencia de abrir sus puertas una vez terminada la jornada escolar para que sirvan de esparcimiento los fines de semana, de solaz y campo de deportes a mucha otra gente, por ejemplo la del barrio en donde están situados los centros, circunstancia ésta que, bien mirado, hasta puede merecer elogio, considerando que las instalaciones, tal como sucede ahora, permanecen clausuradas la mayor parte del tiempo, sobre todo desde que se tomó el acuerdo prácticamente unánime de realizar la jornada continua en la escuela, esa que empieza por la mañana y termina al mediodía, con la posibilidad actual de que el alumno coma en su casa después de haber sufrido o gozado –que nunca se sabe– de las horas de las que consta el repertorio de primaria. Es decir, hay un recorte de ocupación –debo recordar para el que lo sepa o no – que con la antigua jornada partida los niños asistían de nueve a doce de la mañana, que podían seguir en el centro, comer allí y continuar de tres a cinco de la tarde en los centros, siendo esta la hora en la que los niños abandonaban el centro de no mediar otras actividades lúdicas o culturales, así que los escolares podían regresar desde las cinco hasta más allá de esa hora, unos cargados con deberes en la mochila, y otros, por el contrario, con los ánimos prestos a engancharse en las modernas guaridas en donde habitan Internet, las vídeos consolas, las play station y otros artilugios que no han habitado mi infancia, por supuesto más depauperada, austera y artesanal que la de ahora. No es el momento ahora de comentar si aquella medida de la jornada continua fue acertada o no, si sirvió una vez más para conceder las peticiones de las centrales, los deseos del profesorado o de cumplir con las promesas que se habían dado de asimilar la jornada de los niños de primaria a la habitual de la secundaria, apretada hasta extremos intolerantes en algunos centros, con, y lo digo por experiencia, algunos de ellos, a velocidad de bólido de Fórmula I, recibiendo hasta siete horas de clase matutina, una verdadera maratón que los lleva, sin tregua, a aguantar el chaparrón de materias desde

que se pone la luz hasta que llegan extenuados al final de la mañana, con algunas clases (pobres de los profesores que han de impartir las últimas clases, afligidos los alumnos que han de soportar cumplidas y complicadas operaciones a tal hora del día). Como quiera, y repito, que los niños ahora apenas ocupan ya el espacio escolar, se busca solucionar problemas de otra índole para que los colegios, vacíos, sirvan para otra cosa.

Pero hete aquí que las Asociaciones de Padres –y me remito a la información aparecida recientemente en La Opinión– pretenden, sin mediar en las circunstancias anteriores, que los centros escolares abran pronto– siete y media de la mañana en concreto– para la llegada de los escolares y que la salida se produzca a las ocho de la tarde. Un total, como vemos, de doce horas de permanencia en el centro con desayuno, comida y casi cena, extremo éste último que no entra en la expresada petición, eso sí, queda claro que un colegio se convertiría en una permanente guardería para mocitos, como una prolongación de las que existen para niños de teta. Por supuesto, la dilatada permanencia de los escolares en el centro conllevaría actividades extraescolares –prácticamente arrinconadas desde que se implantó la jornada continua, según me comentan gentes muy bien informada y en activo– y refuerzos escolares. Y todo ello, como pueden imaginar, viene apoyado en la bien formulada tesis de la conciliación de la vida familiar y laboral.

Todo ello nos depara una situación abierta a planteamientos y a interrogantes que exigen tiempo y espacio de discusión que, como bien saben, no pueden solventarse en un mero artículo. Pero sí procede, y sin entrar en polémica, preguntarse por lo que ocurre en la sociedad española, y muy especialmente la ligada al ámbito escolar. Varios interrogantes y sin acritud, como digo, se me ocurren al filo de la exposición anterior. ¿Cedió en su día blandamente la Consejería de Educación a la petición severa de los profesores de la jornada continua cuando era medida que no le complacía para no enemistarse con el personal docente? ¿Acaso pretenden los padres de alumnos, en su mayor parte desconectados de los centros y ajenos a la educación de sus hijos salvo honrosas excepciones, regresar a los horarios antiguos? ¿Se crean centros para que estén vacíos la mayor parte del día y del fin de semana o se construyen en los malos terrenos que les ceden los Ayuntamientos para que sigan ofreciendo servicio a la Comunidad en la que se hallan enclavados? ¿Han de pasar los escolares mayor tiempo en el colegio con sus profesores, monitores o sucedáneos o en sus casas asilados y en la más estricta soledad? ¿Qué grado de convivencia familiar podría resultar de la relación padres e hijos en apenas unas horas al día durante toda la semana laboral? ¿Es mejor tener, tal como sucede ahora, a los niños enredados en sus casas, ya sin actividades extraescolares, atascados en las

vídeo consolas durante la tarde entera? ¿Qué tipo de sociedad queremos? ¿Cómo la reglamentamos? ¿Qué soluciones consideramos más necesarias y convenientes? Lo que no debemos permitir es la improvisación general que contemplamos, los tiras y aflojas, los arreones en una dirección para la consiguiente parada posterior en la siguiente? ¿Estamos seguros de lo que queremos o todo se reduce a un mero juego de intereses?

(28-1-2008)

EL DESENGANCHE

Dentro de poco tiempo me cortaré la coleta en la que he ejercido durante los últimos cuarenta años, menos cuatro meses (que suena a condena por la coletilla). Un tiempo repartido entre la docencia y la dirección institucional de un centro educativo y la gestión cultural, archivística, editorial o literaria, lo que me ha permitido estar en contacto con una ingente cantidad de personas de muy distinto rango. Si me ciño a una de ellas, la dirección del Instituto Alfonso X El Sabio, me permitió estar día a día en contacto con más de un ciento de profesores numerarios en cada curso, cada cual de su padre y de su madre, de su rama y materia, en régimen de numerario, interino, expectativa de destino o las múltiples variedades que siempre han existido en la administración, siempre tan dispuesta a clasificar o encajonar en parcelas. Pero me cabía la posibilidad de establecer lazos con más de 3.000 padres que podían acudir al centro para hablar de la marcha del Centro en los Consejos escolares, de los estudios de sus hijos, de las mil y una peripecias que ocurren cuando uno hace una trastada –y los padres han de dar la cara– o cuando han obtenido premio, que todo había en la viña, como ocurre en la vida, lugar donde se mezclan los sabores agrios con los dulces, los amargos con la fruta madura. Y rigiendo aquella entidad en triple régimen –mañana, tarde y noche– podía conocer tres maneras de encarar los estudios por parte de unos estudiantes que por la mañana eran obligados a asistir, como un precepto, a las clases y, de la misma manera, de aquellas personas, ya maduras, que elegían el nocturno para ampliar estudios, mejorar sus rendimientos, procurarse un ascenso económico, social o intelectual. Que siempre hay distintas maneras de encarar un mismo suceso.

Lo cierto y verdad es que he estado rodeado de gente siempre, de mucha gente. Y lo mismo me ocurrió más tarde, cuando consideré, llegado el momento, que había que hacer una pausa en el recorrido educativo y aprender por dentro lo que era la administración. Durante esos años, los años de dirigir los archivos, de trabajar con interinos, estables, contratados o fijos

—la administración con la cabeza cuadrada sigue ordenando el material que parece rebaño humano—, de estar en contacto con algún costado bibliográfico o de entrar en contacto con profesores que deseaban publicar sus libros de innovación, me han permitido conocer, aunque sea de pasada o a fondo, a otro fuerte grupo de personas preocupadas por el factor de la enseñanza, entre ellas un costado oscuro en donde habitan las ambiciones políticas y el ansia de poder que me han servido, de vez en cuando, para conocer algo más de la naturaleza humana. Y no quiero decir cuando don Fernando de la Cierva, ex Consejero, quiso, al fundirse Educación y Cultura, que me hiciera cargo en contra de mi voluntad primera de una Editora en donde cada año llegaban noventa o cien manuscritos que deseaban ser publicados y al que acudían puntualmente toda una gama de artistas, algunos ya consagrados, otros no tanto. Y, aunque parezca increíble por las limitaciones que no vienen a cuento, todos querían ver su nombre en la portada de un libro, incluidos aquellos que han clamado —¿será mejor decir que han ladrado?— contra tan modesta institución.

Quiérese decir que, a lo largo de casi cuarenta años, me he visto rodeado de gentes, de gentes con las que he mantenido relación efímera y otras con las que, sea por esto o aquello, se han convertido en personas fieles y amigos (Estoy en disposición de decir en este momento que puedo afortunadamente elegir entre los que quiero que lo sean y quienes no), gentes que, por afinidad o principios, hemos acabado por congeniar de alguna u otra manera, unas veces hablando de la posibilidad de reformar la educación —uno de las grandes utopías soñadas que nunca se han de cumplir por más que pasen los años— o de mejorar el sistema artístico murciano, de ampliar las limitadas posibilidades que no sólo pasen por el marketing comercial o por la simple adición de grandes toneladas de dineros públicos (Hay que pensar que los niños de la posguerra hemos procurado evitar gastos superfluos, hemos intentado vivir encogidos y no sabemos despilfarrar la pasta gansa, ni siquiera hemos tenido veleidades suntuarias). Creo que hay varias explicaciones —el recato, la modestia y la responsabilidad— para tal comportamiento.

Y debo decir que dentro de muy poco tiempo, en apenas unos meses, una vez desenganchado del breve periplo que me condujo por los vericuetos y laberintos de la Administración, siempre complicados, me desligaré del engranaje educativo —de más corto recorrido, algo tedioso, pero más noble— para pasar —según dicen los que me han precedido— a mejor vida, a una vida que pasa por cortarse, como los toreros, la coleta profesional, al margen de horarios, costumbres y obligaciones propias o adquiridas. Y la pregunta que me hago, cuando estoy a las puertas del alejamiento es el siguiente. ¿De qué me alimentaré espiritualmente de ahora en adelante

que estaré fuera de ambos circuitos? ¿De dónde me procuraré los temas para mis artículos si generalmente me he valido de las experiencias y vivencias que afloraban en las cercanías? (cierto es que después sufrían la correspondiente modificación). ¿Prescindiré de referentes concretos –siempre había procurado un mínimo de verdad ya que la vida alimenta más que el arte– en las futuras anotaciones o, por el contrario, me permitiré el lujo de partir del vacío más absoluto para posibles construcciones. Ya se lo diré en poco tiempo.

(3-3-2008)

UNA CLASE DE ESO

Al llegar al aula de la Eso –no importa el curso– puedes observar que todo está en continuo movimiento, girando y rotando de manera más rápida que la tierra en torno al sol. Parece como si todo estuviera en continua agitación, como si los papeles volaran solos, como si los pupitres cobraran vida, como si las mesas no pudieran contener los barriles de grasa de los gruesos y obesos, las magras fibras de los delgados, los pechos de las muchachas, las manos largas de los mocetones, con dedos que ya han aprendido a manejar con acierto ingenios y miembros. Un vivero de sonidos, aunque se blandee de oído, se desprende de las sillas, de las mesas, de los zapatones de deporte, de los pescozones al cogote ajeno, de los cuchicheos, de los aviones que sobrevuelan el espacio aéreo, de la tiza blanca que, como nieve, cae de las cimas de las montañas aunque se viva en país seco en donde la lluvia es milagro.

No hay que extender mucho la vista para advertir que hay hombretón (con mente de niño) que le ha arreado un mochilazo al que estaba a cinco metros o puedes, si dispones de catalejo, observar cómo, que por equivocación sin duda, le haya caído un proyectil que no le correspondía. Los hay que preparan, aunque falta una hora para el recreo, los aluminios blancos que contienen los poderosos bocatas rellenos de toda clase de embutidos vibrantes de la tierra. Hay parejas en ciernes que han visto, sin parpadear, las series televisivas en la noche anterior y ahora se morrean en las bancas finales hendiendo la lengua hasta el fondo de la garganta, al mismo tiempo que otros aplauden el furor de los largos besos, calculando cuando ha de llegar el fin de la escena. Los hay que estrujan con fiereza papeles de estraza, mensajes que se han pasado de una a otra banca, que esclafan sonrisas guardándose con las manos el origen y hay otros, que de todo hay, que saludan con frescor juvenil al profesor y le desean los buenos días, al mismo tiempo que le dan partes de justificación de enfermedades pasadas escritos con mala letra por ellos mismos han escrito esa misma mañana. Parecen todos, ellos y ellas, como lagartijas en continua danza, esperando

que llegue el profesor para calmar sus fieras ansias de hacer algo, aunque sea la nada. Pero entra este y se detiene para pasar lista, con PDA moderna o con el viejo y caduco bolígrafo. Y trata de poner tranquilidad en esa alborotada vorágine que persiste en el empeño de seguir alimentando la sordera con gritos y truenos. Una vez que ha restablecido el pequeño orden, una vez que se prepara, con tiza, si no se la han comido– y con borrador –que puede ser esponja que habite los fondos marinos de la clase– escribe en la pizarra dos o tres conceptos claves para la lección del día. No muchos porque antes –apenas una decena de años– el profesor explicaba y transmitía conocimientos, ahora, ha de olvidarse en su casa todo cuanto sabía y ha de prepararse para ser el amigo, el confesor, el celador, el vigilante jurado, pero sobre todo el guardián armado (de paciencia y resignación) de una clase vocinglera y alborotadora.

Pero olvidemos estas cuitas y entremos en el meollo de la clase. Cuando se han colocado en el campanario de la pizarra los cuatro ejemplos, cuando el profesor da la espalda al enemigo, éste, valiéndose de que no es observado, tal como en las trincheras, puede ladear el cuerpo hasta extenderse en horizontal, colocando sus espaldas en la pared, los pies encima de la otra silla (no hablemos de cortesía ni de urbanidad). Puede que el otro ya le haya tirado el avión de papel al rostro del adversario, puede que el grupo de muchachas esté cuchicheando, parloteando y gallineando e incluso alborotando el patio, sembrado de vidrios. Los giros rápidos del profesor no son lo suficiente como para captar el juego clandestino y sucio del que le lanza un gesto soez, del que bosteza a lo Tarzán, animado sin duda por el aliento que proporciona saber que le están adiestrando en el subjuntivo o en las subordinadas. Puede que el profesor recrimine alguna distracción, puede que quiera persuadir, mediante la reflexión, de la necesidad de que estén en silencio, todo ello a los veinte primeros minutos de la clase, cuando las lagartijas ya no aguantan al sol de la ciencia y optan por retorcerse en el reducido marco interior del aula. La desidia se percibe en los que han abandonado el libro de texto o el cuaderno de ejercicio, sin nada que esperar, no se te ocurra decirle que es necesario la atención, el esfuerzo, la constancia para lograr un objetivo. Te dirá que como él ha repetido el curso anterior, ha de pasar en el presente. Que de la graduación, ya hablaremos, vendrán años mejores.

El profesor veterano, curtido en el oficio, –que ha vivido años y culturas distintas– se dirige otra vez a la pizarra y trata de aprovechar al máximo los minutos de que dispone concentrándose en la rotundidad de las copulativas, pero desde el fondo del aula se le pide permiso, por parte de una alumna, para ir a mear; es que no puedo contenerme, dice, apurada y con cara compungida y divertida al mismo tiempo; y las carcajadas abundan en

una clase en donde se aprovecha el más mínimo resquicio para brindar por la alegría del vivir y gozar a la intemperie, lejos de la prisión educativa. Y otro solicita cambiarse de puesto, mezclar su mercancía con la del vecino, concertar cita para el próximo fin de semana y solo el timbre de la corneta salva al inocente profesor –víctima del sistema– de la condena a perpetuidad de una clase de la Eso en donde hay unos cuantos repetidores, y otros cuantos que han pasado por imperativo legal, y de tantos otros que se han propuesto poner fin a todo lo que viene del pasado.

(10-3-2008)

A Pascual García

Han pasado 30 años justos y ya no son lo que eran. Fueron escolares a punto de graduarse, como se dice ahora, para alcanzar la Universidad soñada y ahora son jueces, notarios, directores de banco, líderes sindicales, artistas de prestigio internacional, artesanos, profesores, cronistas deportivos que estaban en Austria y otras tareas que no harían sino ampliar esta enumeración hasta extremos intolerables. A muchos de ellos no los había visto en treinta años pese a vivir –alguno sé que vino desde Castellón, Madrid y de Valencia– casi todos en esta tierra nuestra, tan dura para unas cosas, tan generosa para otras. Unos han perdido pelo en los negocios de la vida, otros han ganado peso, algunos lucen ya las primeras canas –están cumpliendo los 47– pero siguen teniendo el vitalismo, el ansia de vivir y algunas cosillas que han de salir en adelante si me dejan la emoción, el agradecimiento y la perplejidad. Posiblemente porque han sido capaces de hacerme sentir lo que todo profesor, pasados treinta años, hubiese querido oír: que todavía me recuerdan, que pude llegar a ser tanto profesor como amigo, que en el fondo no me han olvidado.

Todos eran alfonsinos, estudiantes de un Instituto, ya en el barrio de Vistalegre, que mantenía intacto su prestigio, un centro selecto en donde los profesores podían exigir tanto como quisieran en aquella época –que nada tiene que ver con la que ahora se padece–, a veces hasta con crueldad. Era posible entonces encontrar inteligencias medianas, altas y no eran extrañas las preclaras, algunas tan límpidas, que eran capaces de iluminar las mentes de algunos profesores, entre ellas la mía. Llegaban todos con su sobresaliente al hombro y peleaban por conseguir la media más alta en los expedientes que les permitiera ingresar en las facultades preferidas. Hombres y mujeres de una generación que estrenaba la democracia, que empezaba a gozar y a vivir –también a pensar– de modo distinto a mi generación. Eran jóvenes que

podían estudiar y que sabían divertirse con nobleza, doy fe de ello porque me jugué mis perras al póker en las largas noches mallorquinas, me hube de dar algún trago en el Arenal y eran capaces, al día siguiente, de entrar en la catedral y enterarse de lo que les podía decir el guía.

Y los tuve en el aula de COU B, abajo, junto al pequeño estanque en el que croaban las ranas, y les impartí una asignatura –Literatura Siglo XX– que ya ha desaparecido del mapa y sólo es posible hallarla buscando con lupa junto a la Lengua y al Comentario de Texto. Fueron testigos de una Colmena deshumanizada y tristonera que desmenuzaban a lo largo de todo un mes y todavía algunos de ellos son capaces de expresar la intención moral de Miguel Delibes en 5 horas con Mario. Leían las obras, las juzgaban, las desmenuzaban, sabían de personajes, de tiempos y espacios, de contenidos, de géneros y modalidades. De todo lo que les exigieras, justo lo que ahora es imposible.

Debo reconocer, soy de reflejos tardíos, que me engañaron como a un chino y que durante toda una semana anduve reflexionando de quién podía partir la idea de invitarme un sábado caluroso, cuando todos habían abandonado el polvorín estival, a comer en un restaurante. Pero me seguían enseñando los que habían sido mis alumnos, ahora ya hombres y mujeres con hijos y con responsabilidades. Y seguía aprendiendo de ese diálogo –la palabra era mágica entonces– y concierto entre profesor y alumno. Y aprendía lo que era la gratitud de unas gentes que celebraban verse tras treinta años, que festejaban mi retirada de los ejércitos profesionales tras cuarenta años de ejercicio. Y me parece, que de seguir así las cosas, no me voy a retirar nunca de la enseñanza, porque empiezo a ver claro que quien ha estado, no se retira nunca, que siempre permanece de alguna manera, sea en sí, sea en los que dejó la semilla, la impronta o la amistad.

Me hubiera gustado nombrar a unos y a otros, a hombres y mujeres, con sus apellidos completos en este artículo de mínimo homenaje, pero presiento que les gustará más eso del Cou del 78 en el Instituto Alfonso X; Unos hombres y mujeres que, transcurridos treinta años, recuerdan al viejo profesor –nada que ver con Tierno Galván– que durante un año completo los sometió al bombardeo literario, a la aventura de internarse en unos textos que les hablaban de España, de sus miserias y glorias, de sus nombres y de sus obras. Y ahora le devuelven, en prueba de amistad, una tarde de calor y fervor. Y me dejan como recuerdo un cuadro de Rosa Martínez con una hilera de hombres que se siguen como la cadena humana del conocimiento y de la ciencia. Una hilera, la de COU B; que me devuelve mucho más de lo que yo les di en aquellos días jóvenes en los que vivíamos con entusiasmo, plenamente confiados, no como ahora, en los designios del magisterio. A

vosotros, Antonios y Lolas, Rosas y Bohajares, Aguileras y Maruchis, Pilares y Dorados, a todos vosotros, los del COU B del 78, mi admiración y este mi pequeño homenaje de gratitud.

(8-9-2008)

LAS CÁMARAS

Ha saltado a la prensa –lo que significa dar un paso adelante y sacar del anonimato cuestiones educativas que pasaban desapercibidas hasta ahora, pero de las que teníamos constancia y experiencia– el asunto de las cámaras de vigilancia de un instituto valenciano que, finalmente ha optado por suprimirlas de los puntos vitales como los aseos y ha esquivado el asunto de la entrada al centro de las huellas digitales de los alumnos, rebajando por tanto y reduciendo – tras explotar el asunto en los periódicos– las consideraciones y preocupaciones que el director, imagino que con la complacencia del Consejo del Centro, había tomado con anterioridad. Y no crean que sólo ha ocurrido en el mencionado instituto valenciano, también en nuestra tierra la instalación de dichas cámaras ha sido motivo en alguna ocasión de polémica sin que se llegara, tal como he indicado antes, al caso de que hubiera trascendido a ningún medio informativo hasta el momento. Pero llegará sin duda porque un instituto encierra a todos los institutos que existen.

No es fácil delimitar desde el campo legal –o al menos yo no dispongo de la debida preparación para estimarlo– si se puede o no proceder a convertir un centro educativo en un campo de concentración, vigilado desde los faros o las torres, prestos a captar con sus ojos abiertos todo cuanto pasa en cualquier institución educativa, fuera colegio o instituto. Desde el punto de vista jurídico parece duro admitir que sea posible seguir de modo inescrutible los pasos de este profesor por el umbral, de aquel alumno en el gimnasio, de aquella alumna en un laboratorio, de aquel conserje en su estancia, de un padre que visite la institución, de todo quisque viviente que trabaje o habite la institución. Parece que no están los tiempos democráticos dispuestos a permitir un cierre de fronteras, a que la ley severa se llevara por delante la protección de datos, la de la imagen, la de todas aquellas normas que han prevalecido hasta el momento en que la convivencia de un centro, que antes era una especie de jardín, se esté convirtiendo, aunque les pese a algunos, en un infierno que desquicia a muchos directores que ven como cada fin

de semana buena parte de las instalaciones aparecen deterioradas, rotas las sillas, castigadas las mesas, ennegrecidas las mesas, picadas o acribilladas las pizarras, quemadas las papeleras, descolados los armarios, quemados los enchufes, quebradas y destrozadas las persianas, inundados de chicles y porquerías los techos, pintadas groseramente las pizarras, escupidos con vergajos los cuadros, abatidos los mosaicos, esculpidas las puertas de los retretes, repletos de jeroglíficos, insultos y groserías los aseos, y otras muchas menudencias que ocasiona un alumnado que parece que ha nacido para romper, para destruir, como bien saben todos aquellos que han pasado por la función directiva, por las jefaturas de estudios, por las tutorías. Nadie que haya ocupado cargo –y es desde donde se ve más negra la perspectiva de la docencia– deja de tener la noción de que no se está ante una masa que está allí para aprender y ser educada, antes bien ante un ejército de vándalos o una estampida de búfalos en la estepa europea. Tal es su poder de destrucción.

Si hemos vivido, dirán algunos, sin cámaras ni otras adherencias hasta ahora, ¿cómo es posible que surjan tentaciones en la actualidad, tal como ha ocurrido en el instituto valenciano y en otros lugares, de acorazar una institución docente que debería ser modélica, escuela de convivencia y tolerancia? ¿Qué está ocurriendo para que sea necesario recurrir a tales procedimientos de vigilancia? Podríamos decir que los directores, que afrontan con escaso presupuesto el mantenimiento de los centros, pretenden –no creo que sean fieros sanguinarios que persigan detectar los actos de violencia gratuita, los besos que se arrojan los enamorados, las explosivas manifestaciones de alegría juvenil, las indecorosas maneras de comportarse o tantas otras muestras escolares– preservar a sus centros, como si fueran sus casas, de la rotura o la descomposición. Prolongar por mucho tiempo el mobiliario o las estancias es prueba de una adherencia que no tienen los inquietos y vivarachos mozos y hembras que campan a sus anchas en una hacienda que no es la suya, dispuestos, aunque nos duela, a llevarse por delante, como un vendaval, las cosas que pertenecen a la comunidad.

Si bien se pretende evitar quebrantos y que pague el culpable, no el inocente –cuántos castigos colectivos se han impuestos en pasadas calendas– ocurre que entramos en un tiempo delicado y peligroso en donde instalar las cámaras en los centros significa ni más ni menos aceptar de antemano que no es posible educar a unos jóvenes que han de crecer en libertad, es como desconfiar del todo de esa naturaleza joven que no ha madurado y que maldice su suerte ante un banco o una mesa; es como levantarles parte de sus derechos como personas ante unos objetivos oscuros que persiguen hasta sus sombras. No seré yo quien decida si deben o pueden instalarse

tales ingenios en sus madrigueras, si hay que acudir a tales mecanismos para acabar con la barbarie creciente, o si, por el contrario, deben ser abatidas todas esas cámaras que hoy, con sus ojos ocultos, miran y controlan lo que es delito y también todo aquello que es libertad.

(10-11-2008)

TRES MOMENTOS EDUCATIVOS

Estimados compañeros:

Quiero agradecer en primer lugar a la comunidad escolar –y en concreto a la persona de José Juan Sánchez Solís, su director– la invitación que se me hace –y que no esperaba– de impartir el discurso de apertura de este curso, el del 2008 al 2009– del Instituto Alfonso X El Sabio, un centro que, como bien sabéis, llevo dentro de mí por muchas razones que poco a poco irán saliendo en estos tres momentos educativos a los que haré referencia. Debo indicar que, cuando hace una semana, el director me hizo el ofrecimiento, pensé, interesado como estoy desde hace unos cinco años en historia de la educación, hacer un paso por los tres momentos educativos que ha tenido España desde la Edad Media, plena de religiosidad y órdenes religiosas, hasta la llegada de la laica Ilustración, que hubiera sido el segundo paso, para llegar a un tercero algo más laico que tuvo lugar durante el siglo XIX – que fue el que dio lugar al nacimiento del Instituto Provincial y General que más tarde sería el Alfonso X– y el siglo XX, en donde todo se ha revolucionado, pero en donde los temas educativos cobraban la importancia que no tuvieron en los siglos anteriores.

La programación de un viaje familiar a la serranía segureña me impedía llevarme todos los libros necesarios para llevar en tan poco tiempo y a un buen puerto lo que pretendía. Así que, entre recuerdos y ratos de paseo, me fui inventando la historia educativa que he vivido en estas líneas, con algunos lances, evocaciones y hechos, algunos serios y otros irónicos, que han acontecido a lo largo de casi cincuenta años de mi larga relación con el Alfonso X. Pido excusas por haberme situado en el centro de la fábula, solicito disculpas por anticipado porque se trata de un texto poco científico –inusual en estas ocasiones– redactado con cierta rapidez y con percepciones que pueden ser equivocadas, pero indico que han querido dejar testimonio de un tiempo ido, de un tiempo que no sé si podré recuperar de otra ma-

nera. Pensaba que era una ocasión única de mostrar los movimientos, los cambios que se han ido produciendo desde que me puse en contacto con la compleja realidad educativa, por supuesto mucho más compleja de lo que aquí aparece.

A lo largo de los años me he visto obligado a participar y coordinar la Historia del Instituto Alfonso en 150 años de Historia (Editora Regional de Murcia 1987), escribí el folleto “Un instituto cuenta su historia” (Asociación de la Prensa en 1995), he escrito numerosos artículos en La Opinión sobre el Patrimonio de este Centro cuando muy poca gente sabía lo que se guardaba y allí, hace al menos quince años, expuse mi idea de crear los Museos del Alfonso, una empresa que estuvo a punto de convertirse en realidad entonces si no hubiese sido por un político de cuyo nombre no quiero acordarme; de la misma manera he escrito sobre profesores como Julio Cruz, don Luis González Palencia y he editado, una vez que salí del centro, el libro sobre Conservación, actualización y divulgación del patrimonio histórico-científico-social del Instituto Alfonso X El Sabio de Murcia (Consejería de Educación y Ciencia (2.002) entre los 80 libros educativos que edité en mis años de Jefe del Servicio de Publicaciones de la Consejería, pero nunca hasta ahora, había abordado un proceso de esta naturaleza que empieza así, con el

EL PRIMER MOMENTO:

Hace referencia a los primeros años de la década de los sesenta, cuando ingresé como alumno en el Alfonso X El Sabio para cursar el temido Preuniversitario, recta final de la Enseñanza Media, tras haber cursado un bachillerato libre, silvestre y salvaje en mi pueblo natal, eso sí con una estancia casi de un año en un Instituto francés –que me abrió los ojos a la educación reglada, a la nieve que jamás había visto, a las mujeres fumando (nuestros padres se ocultaban delante de los suyos en aquellos días) y a los besos de los novios en la rue que me dejaban perplejo– y una temporada en el Ibáñez Martín de Lorca, instituto en donde siempre había pasado mis exámenes año tras año, siendo evaluado por vía oral casi siempre, en un solo día. Tengo el recuerdo entrañable y una buena amistad posterior con don Francisco Ros, quien fuera su mítico director.

Os recuerdo, sobre todo para los más jóvenes, que por esa fechas El Alfonso X en Murcia, el Ibáñez Martín en Lorca y el Isaac Peral en Cartagena componían la trilogía única y exclusiva que tenía a su cargo toda la enseñanza pública de la Región de Murcia y numerosos exámenes de los estudiantes libres. No estudiaba mucha gente, menos llegaba a obtener el sustancioso bachillerato superior, mucho menos el título universitario, codiciado certifica-

do que servía para más cosas que hoy en día. Los estudios en aquella época eran una lucha por la supervivencia, pero servía como ascenso social. Los profesores, en una época autoritaria, estaban considerados por la sociedad, tenían prestigio y estima, eran mitos vivientes, contaban con palabra segura y discurso, eran pocos, muy pocos, los conocíamos a todos aunque no nos impartieran clase. No había masificación ni era obligatoria la enseñanza.

Así que tras haber aprobado el consabido ingreso a los diez años, tras cursar el bachillerato elemental de cuatro años y efectuar gruesa reválida tras el 4 curso, accedí al bachillerato superior, compuesto por dos años más, en la especialidad de Letras puras (el que vale vale, se decía, y el que no para Letras) con la consabida reválida al terminar los dos años, lo que permitía acceder al ya mencionado Preuniversitario, ya con 17 años, tras haber sudado bien la camiseta con un largo bachillerato que duraba seis años, siempre que no hubiera retenciones ni atascos en el camino, frecuentes en una época en la que bastaba quedarte con unas pocas – a veces solo una– asignaturas para repetir curso.

El Instituto Alfonso X El Sabio no estaba instalado, tal como se hizo a partir de 1965, en el emplazamiento actual, sino en la avenida Teniente Flomesta, en el centro de Murcia, junto al antiguo seminario mayor y al lado del Martillo. Un vetusto edificio que había sido construido en el siglo XVIII por el cardenal Belluga y que había servido para colegio en donde los sacerdotes que hubieran terminado sus estudios, se perfeccionaran en retórica, en la predicación. El edificio, que había sufrido remodelaciones que están recogidas en el libro que coordiné en 1987 –hoy agotado y que se debería reeditar– por obra de la desamortización de Mendizábal, se convirtió en Instituto público, el tercero de España tras Mallorca, Guadalajara y al mismo tiempo que Gijón.

Debo decir que el edificio estaba en aquellos años sesenta, cuando accedí a él, en precarias condiciones, muy deteriorado, incapaz de contener la demanda educativa que Murcia solicitaba. Aulas polvorientas y deficientes, retretes indecorosos, instalaciones cansadas por el curso de los días, cantina escualida pese a que venía funcionando como único instituto masculino de la ciudad. Por mencionar un dato: el centro no estaba en condiciones de atender tampoco los imperativos categóricos que los deportes solicitaban, lo que obligaba a los alumnos del Alfonso a ir al Malecón para poder ejercitar sus actividades de la Educación Física o de la Gimnasia, tal como la denominábamos en su tiempo.

El Instituto lo dirigía don Rafael Verdú Payá, un experto profesor de Ciencias Naturales, autor como muchos de aquellos catedráticos de libros de texto de la materia, al mismo tiempo que farmacéutico de la calle Cartagena– que

fue al que le correspondió apechar con la decisión –siempre polémica, incomprendida por unos, negativa para los otros, injustificada para los más,– de cambiar el emplazamiento de un noble edificio por este otro de Vistalegre, que, puede que sea en estos momentos, aunque le hayamos tomado cariño tal como sucede con las personas mayores, el más viejo y antipedagógico centro que siga en pie en la ciudad, un centro que ha ido perdiendo posesiones y territorio como la escuela de Empresariales, Artes y Oficios y otras dependencias con el transcurrir de los días y las decisiones polémicas de las autoridades, un centro sobre el que ha de recaer una decisión extraordinaria (se lleva mucho tiempo dándole vueltas al asunto sin que nadie se atreva a echarlo abajo y a hacerlo renacer de sus cimientos). Pero no voy entrar en la deuda pendiente ni en la pequeña herida que llevan clavados muchos murcianos ya veteranos, muchos de los cuales quisieron emprender una cruzada –pienso ahora en don Antonio Pérez-Crespo– para recuperar la antigua sede. Tampoco voy a entrar en aquella decisión, siempre conflictiva, que nos privó de la sede primigenia, sino en aquellas clases que se iniciaban a las nueve en punto de la mañana, en la misma capilla de bellissimo artesonado y con los cuadros de todas las celebridades murcianas a nivel regional y nacional, convertida por entonces en aula múltiple y en donde disfrutábamos de los gestos severos y rígidos de don José Andreu, uno de los profesores más duros que hayan existido en un recinto de Enseñanzas Medias. Un profesor que suspendía y que no permitía trato ni queja del alumno. Un profesor exigente –en general todos lo eran– que nos pedía la ordenación, la gramática y la traducción del latín al castellano con una austeridad y sequedad dignas de encomio, pero en aquellos, el catedrático, subido en su estrado, pontificaba, hablaba, desarrollaba los temas, nos ofrecía la información en estado puro. Y se nos solicitaba la atención que la memoria concede en todo momento. Como alumnos éramos seres pasivos, obligados a abrir la boca cuando se nos preguntaba en clase, con la posibilidad real de que te amargaran la nota trimestral. Y se nos exigía, para superar el examen de latín, 1.500 versos de La Eneida y otro tanto hubiéramos hecho de La Iliada si hubiera sido él el catedrático de la materia, reservada a un profesor catalán, don Miguel Golobardes Vila, un profesor que sentía pasión por la heráldica y el castillo de Peralada, casi tanto como de su propia asignatura que, indudablemente dominaba, si tenemos en cuenta que en aquellos días un catedrático de Instituto había tenido que pasar durísimos exámenes –presididos siempre por un catedrático universitario– y ganaba por ley un diez por ciento más que un titular de Universidad, tal era el prestigio de aquellos ilustrados hombres que contaban con poder omnímodo en clase, emanado tanto de su saber como del temor de los alumnos, pese a que estábamos en el curso superior, a punto de abandonar la modalidad de la enseñanza media. En la mayor parte de las

clases, pongo por caso las de doña Herminia Perales, a la que llamábamos La pájara, transcurrían en un silencio completo, con pocas posibilidades de interrumpir el aprendizaje, con una concentración que rayaba en la desesperación. Se podía oír el vuelo de una mosca en sus clases, el filo de la navaja en caso de uso y sabía mandar –tuve la ocasión de ser compañero suyo años más tarde– pese a ser de frágil figura. Algo más distendidas eran las clases con don Luis González Palencia, basadas en el estudio monográfico de don Marcelino Menéndez Pelayo, pero en la mayor parte de ellas se podía oír el zumbido de un moscardón. Predominaba en todas las clases la lección magistral del profesor, casi siempre sentado en su mesa, la charla que podía durar incluso más de una hora de un tirón, sobre todo si era don Francisco Morote Chapa cuando hablaba de las africanas plazas españolas y en pocas ocasiones había lugar para el intercambio de preguntas o para las dudas. El mundo estaba bien ordenado. Recuerdo que la conducta del alumno, su comportamiento, dependía de un boletín que se nos daba al principio y del que podía recortarse, tal como ocurre en las taquillas, los cupones que podían perjudicar desde el punto de vista académico y disciplinario. Cualquier profesor, en cualquier momento, podía quitar puntos siempre que advirtiera negligencia, desarreglo, griterío. Había respeto, temor reverencial y distante, y una actitud bien distinta a esta otra en la que sobresalen los alumnos actuales aunque, como jóvenes, procurásemos la pequeña trasgresión, la leve espita para escapar de la fiera disciplina, que siempre ha sido así. Quiero recordar, aunque solo sea como anécdota, que si paseaban por los claustros profesores como don Luis González-Palencia, don Jesús de la Peña o Don José Cos, pongo por caso, junto a don José Almela o a don Francisco Morote, de andar tan pausado como su hablar, estábamos obligados por ley no escrita, estirados por un resorte, a ponernos de pie si estábamos sentados en los bancos de un centro en donde se apiñaba la flor y nata de las clases liberales y burguesas en una Murcia en donde la competencia escolar privada se dirimía entre los maristas del Malecón y los capuchinos de la Rotonda. Las damas de la clase alta iban a Jesús y María, en el paseo Alfonso X El Sabio, pero las grandes inteligencias femeninas cursaban estudios en el Saavedra Fajardo, actual Instituto del Carmen –sigue el baile de nombres– adonde nos desplazábamos en los recreos dada la cercanía. El punto de reunión con ellas se producía en los jardines de Floridablanca, aunque las autoridades optaron en algún momento por cambiar los minutos de pausa para evitar las coincidencias. La coexistencia de géneros ya traía problemas.

Se trataba el Alfonso de entonces de un famoso instituto serio, austero, ritualizado, poco dado a la chanza, un centro en donde se guardaban las formas, con un profesorado muy estable si tenemos en cuenta que fue el mismo que algunos años más tarde, en la siguiente década, me recibió casi al

completo en este edificio de Vistalegre en el siguiente momento. La enseñanza era fundamentalmente memorística, se hablaba de Ud al profesor –también los profesores medían entre ellos las distancias y – y no era posible, tal como aparecerá más tarde, el tuteo. No había comunicación, había traspaso de poderes, de conocimiento. Probablemente no estábamos en condiciones de especular sobre las verdades del mundo, de la educación o de la existencia, pero sí sobre todas las materias que nos llevaban de cabeza a la Universidad. No todos aprobaban, pues eran duros y despiadados en las calificaciones que no tenían la menor réplica, pero cabe decir que los que mandaban para que hiciésemos el examen de Preu en la Universidad, alcanzaban altas calificaciones. Tal como ha venido sucediendo hasta hoy.

SEGUNDO MOMENTO

Pongo fin a mi periodo de interinidad, realizada siempre en el Instituto de Santomera (Sección Delegada dependiente del Alfonso X El Sabio), y me incorporo con ilusión al Instituto, en concreto al turno nocturno –con aulas en donde había 67 alumnos matriculados por curso– porque pretendía acabar la interrumpida tesis doctoral sobre Gabriel Miró, en última instancia sustituida por la de Jesús Fernández Santos, todo ello recién muerto un dictador de cuyo nombre no quiero tampoco acordarme y comienzo un segundo momento que da para mucho si tenemos en cuenta que ha estado marcada por varias fases –inabordables en una ocasión como ésta– entre las que puedo distinguir la feliz llegada en octubre del 76, la estancia como profesor a palo seco hasta el 84 impartiendo 24 horas semanales –en Santomera había llegado a las 32 en jornada de mañana y tarde, sábados incluidos–, la etapa de dos años como vice director al mando del alto, jovial y mosquetero Fernando González Manzano, los catorce años de director desde 1986 al 2000 que han sido claves para entender de la naturaleza humana, siete años alejado de la enseñanza, en la Consejería de Educación y Cultura con bastantes cosas culturales –entre ellas la Editora Regional– y un regreso de solo un año –y será el tercer momento– que me han permitido asistir a un proceso acelerado de modificación y cambio en una profesión en donde hay quien dice que no pasa nada. Yo diría que pasa de todo, desde las íntimas e individuales a las colectivas cual corresponde a una entidad que lleva en su lema el servicio “por Murcia y para Murcia”.

Años, los primeros, marcados por la alegría y el orgullo de estar en el mismo instituto en el que había estudiado –el espíritu alfonsí nos lo imbuían con una especie de soberbia y al mismo tiempo de ternura incluso en la revista Brisas Alfonsinas que editara don Rodrigo Fuentes desde los finales de los cincuenta– y en el centro que tenía el máximo prestigio en la ciudad,

un prestigio que se había de mantener ya no en solitario, como había ocurrido en la edad franquista, sino en compañía, con numerosos centros que se iban abriendo y que se convertían en secciones delegadas –todas ellas, como el Infante, el Saavedra, el Carmen, el Floridablanca– que acababan por ser institutos de la misma clase que el nuestro. El Licenciado Cascales acabó por quedarse con la sede antigua y más tarde se restauró el edificio. Y tuvimos que prepararnos durante esa segunda parte, entre otras cosas, para el aniversario del 150 años del centro, el sexquicentenario, para la magnífica exposición de San Esteban a donde llevamos los materiales de los museos, para la exposición en Madrid del Libro y la Escuela que nos dio una extraordinaria proyección, para la del Museo de la Ciencia, para remozar las instalaciones que se habían quedado obsoletas –baste como botón de muestra que siendo director se hizo el servicio para damas que no existía– y otras cosas y proyectos, entre ellas los intercambios y los viajes, que nos hicieron revivir ese entusiasmo por crear un centro cultural, por tener un proyecto amplio y generoso de actividades (algunas de ellas todavía vigentes), por seguir manteniendo el prestigio que atesoraba. Y para recibir durante algunos años a alumnos que tenían media de sobresaliente en sus estudios, lo que nos permitió durante mucho tiempo gozar de clases en donde se podía aspirar a la perfección, al deleite, al gusto soberano, incluso en las clases de humanidades, en aquellos tiempos en donde la historia de la literatura –perdonad que haga referencia a mi modalidad– era parte esencial de los estudios de letras, ahora, sin embargo, postrada y de rodillas como tantas otras ramas de las humanidades. Tiempo para ver cómo se matriculaban los nietos de aquellos abuelos que habían cursado sus estudios en el bachillerato aunque vivieran ya lejos de nuestra zona. De contemplar cómo el centro, heredaba una serie de tic y leit motiv (como los cuadros antiguos, como las fotos del siglo XIX, como las memorias del centro desde la fundación) que pervivían con el paso de los años. Teníamos menos edad, creíamos en algunas ideas científicas y culturales, tuve un equipo sensacional, confiábamos en la posibilidad de redención por el estudio, en la posibilidad de un cambio, en poder combinar la modernidad con la tradición, el viejo espíritu alfonsí con las nuevas pautas de actuación. Pero pretendíamos, a un tiempo nuevo, un nuevo tipo de pedagogía que nos llevaba –aunque no siempre sea generalizable– a procurar un mayor acercamiento al alumno, una interrelación o Inter-actuación –como se dice ahora– en donde también se expresara la voz del alumno, la que había estado quieta y muda en el pupitre durante el período anterior. Aparecieron de golpe, como por obra de magia o de ensalmo, los libros rojos, los libros blancos de la enseñanza, los consejos de dirección, las comisiones pedagógicas de profesores, los gabinetes pedagógicos –aunque el Alfonso lo había creado muchos años antes y Fuensanta

Hernández Pina había trabajado como tal– las oposiciones masivas restringidas tras muchos años de sequía, los expectativas de destino, los cambios de la Logse, la LODE, la Lopece, la Ley de Calidad y otras leyes que nos sumieron en la inquietud y en la preocupación –el Instituto Alfonso fue el último en implantar la ESO y no admitió los ciclos por falta de espacio– y nos hicieron entrar en un universo educativo más dinámico, bien distinto al anterior. Se improvisaba y se experimentaba sin saber hasta dónde se podía llegar y creo que se sigue cerca de aquel mismo espacio educativo, ahora si cabe más politizado.

Pero, antes de seguir por este camino me gustaría cambiar de derroteros y, aunque sé que es empresa condenada al fracaso –hay que pensar que el Alfonso mantuvo a 120 profesores cada año y fueron muchas las entradas y salidas– recordar a algunos profesores que me han brindado su amistad –me hubiera gustado recordar a Luis González– Palencia, maestro, jefe y amigo, a Julio Cruz, con el que mantuve estrecha relación cada domingo, el encanto de Clara Smilg, la buena sombra de mi pariente Belín Calero, de algunos desaparecidos como Antonio Bas, Santiago Vidal, Benito Morón o enfermos como Alejandro Marín– de los que se fueron a otros centros como Carmen Cremades, Raimundo Benzal, Cari López, a jubilados e inquietos como Pepe Vidal, al penacho blanco de Manolo Montero, Amalia de la Peña, de Juana Casado, María Ángeles Gómez, de los que permanecen como Gregorio Ruiz, Luis Luengo, a María Dolores Sanz Cuadrado, la rubia de ojos azules, Nájera, Isidoro, y de una larguísima lista que mencionaré si se llegara a publicar algún día este texto. Por supuesto a miembros de mi departamento (me gusta llamarlo seminario por aquello de lo sacro) de la infinita curiosidad científica de Juan Pedro Gómez, de los desvelos dramáticos de Virtudes Serrano, de la eficiencia y aplomo de Julia Muñoz Ripoll, de David García, de José Luis Martínez Valero, mi mejor amigo de siempre, y un largo etcétera–ahora comprendo la inoportunidad de las menciones– que incluye a los administrativos como Jesús, Ángel, María, Pepe, o a los conserjes como Blaya, Joaquín, Gloria, Enrique, Charo, con los que tanto he disfrutado y disputado. Y tendría, eso sí, que incluir una larga retahíla de nombres que ahora, desgraciadamente no puedo ni debo. Pero si tuviera que hacer página aparte no dudaría en mostrar mi gratitud y agradecimiento, ahora como antiguo director, a una serie de personas con las que he compartido horas de diálogo y amistad, muchas horas de celo compartido por sacar adelante una obra difícil –que trae complicaciones y algunas enemistades– y aunque no enumero a todos, sí quiero mencionar a Carlos López, a Carmina Sánchez, a Evaristo Ibáñez, a Pepa Ruiz, a Sergio Rodríguez, a Juana García Izquierdo, Juan Manuel Quiñonero, Ovidio Bañón, Antonio Albertus, etc, a tantos otros que hicieron posible una travesía afortunada en los catorce años en los que estuve en la

dirección, os aseguro, la peor butaca para ver el espectáculo de la enseñanza. Y acabó el segundo momento, cuando estaba a punto de empezar el siguiente siglo. Justo en el año 2000, una pausa, con despedida y cierre.

TERCER MOMENTO

Muy corto y reducido, limitado a los siete años que he pasado en contacto con la arena política, con los que dirigen el cotarro educativo y a un solo año de estancia final en el Alfonso, el de la despedida. Fueron los siete años de datos estadísticos a nivel regional y nacional, con la documentación educativa que emanaban los 17 países que componen la fauna ibérica con la que he tenido numerosos encuentros gracias al programa Redined, con algún jefe, proveniente de otros ámbitos, que no estaba al tanto del sistema educativo que manteníamos y con otros de gran eficiencia y pulcritud, entre ambiciones y ansias pedagógicas. Con aspectos jurídicos educativos de los que no había tenido noticia, con aspectos informáticos que han variado la concepción clásica de la enseñanza, con las nuevas tecnologías usurpando un territorio que habían permanecido a las humanidades, con técnicos de alta especialización y con políticos que solo sueñan en subir un escalón más alto, con pequeñas intrigas que convierten a la Consejería en una caja de resonancias, observando cómo los sindicatos escalaban en su poder. Viendo cómo la enseñanza pública murciana (en un 75%) iba cediendo sus posiciones frente a la privada, pero transformada esta ahora en concertada o como desaparecían viejas asignaturas y parecía que la enseñanza media serviría para la educación vial, las drogas, una escuela de la vida, no un centro de intercambio del conocimiento. Notando, a través del servicio de documentación, cómo el capítulo 1, el de las nóminas, de Personal y Recursos Humanos, iba ascendiendo de modo alarmante, y cómo debíamos integrar en atención a la diversidad a alumnos de 105 países distintos –algunos no sé ni dónde estaban– con hablas distintas, sin o con baja formación. Un periodo muy fructífero porque me permitió abandonar la perspectiva de una mirada unilateral y micro alfonsí para atalayar una situación general desde el punto de vista de la gestión educativa, dos mundos excesivamente distintos, hasta contrarios, que nunca se miran a la cara. Y llegué al convencimiento de que los problemas educativos son múltiples y están sometidos a campos varios como la política, la economía, lo social y no hay genio que pueda hoy en día dar completa soluciones a los mil problemas que acechan a la educación, ninguna epidemia, desde mi punto de vista, como el virus político. Si la propia consejería, con muchos vericuetos y alternativas, es difícil de llevar –con 22.000 profesores, todos ilustrado entre públicos y concertados–, con un presupuesto que sobrepasa los 200.000 millones de pesetas –ya veis que

soy viejo y sigo hablando con terminología antigua— con más de 800 centros en funcionamiento, es compleja, imaginad lo que sería abarcar la totalidad española.

Volví al centro para despedirme el año pasado como siempre había rondado por mi cabeza, lo pasé bien con un curso (pero hablaban mucho), regular con otro (pero hablaban más), fatal con el tercero (que no dejaban de hablar y otras consideraciones que me resisto a nombrar) formado por un exceso de alumnos repetidores, ampliado con algunos otros que había recibido la venia o el imperativo legal, una pandilla con la que era imposible realizar las dos cosas más importantes para una correcta educación: el traspaso del conocimiento y la comunicación con el discípulo y me sentí impotente y viejo para continuar en el ruedo educativo, sin ganas de volver a toparme con un grupo que había hecho tambalear todas mis convicciones y anhelos. La mayor parte de mis compañeros había abandonado el barco al alcanzar la edad reglamentaria y ya no estaban o impartían clase en Empresariales. Ya había decidido la retirada —intento aprovechar ahora que ando medio bien los pocos años que me queden— pero me gusta decir ahora que ha sido la bendita Eso —que me dio muchos problemas, que me quitó algunos amigos que no supieron separar lo personal de lo profesional— al implantarla en el año 2.000 y de la que podría escribir un largo libro— la culpable de mi abandono tras cuarenta años de asuntos pedagógicos y educativos. Pero debo agradecerle que me permita ahora gozar en las mañanas del jacuzzi, los baños turcos, la piscina, la bicicleta y otros peligrosos riesgos —algunos narrativos— a los que me dedico en estos días primeros de lo que espero sea mi alegre jubilación. Fui muy bien recibido por nuevos y sobre todo jovencísimos compañeros y agradezco ahora por escrito mi agradecimiento.

Y os dejo, compañeros de trabajo, con los problemas que abundan si tenemos en cuenta y aceptamos lo que se afirma en todas partes acerca de la degradación de la educación pública —de la que fuimos ardientes defensores—, de la falta de autoridad en las aulas, unos dicen que heredada de aquellos hombres del mayo del 68 que predicaban el igualitarismo —el maestro debía ser un colega— y que otros achacan a la indisciplina que se ha apoderado de una juventud que no disfruta del esfuerzo, una sociedad hedonista que prefiere el placer y la música al trabajo y al esfuerzo. Hay quien achaca todo el proceso de modificación negativa a la nueva sociedad —los de derechas hablan de las familias desestructuradas— y hay quien achaca la decadencia a la invasión de extranjeros que no ha hecho sino rebajar el nivel de las clases y aumentar el fracaso escolar. Pero habría que escarbar entre los pliegues de la masificación actual frente a la selección de las clases medias o burguesas de pasadas épocas. Podríamos alegar el sistema de contravalores (vida fácil, dinero rápido) para aludir al proceso de rápida transformación que está

sufriendo un país que fue pobre y que se deleita en el estado de bienestar (aunque en estos momentos estamos regresando a las cavernas o a las leyes severas de la crisis y de la recesión); podíamos, enumerando causas, impresiones o sensaciones de esta llamada hecatombe educativa –bastaría señalar el fracaso escolar–, aludir a la rivalidad que nos hacen los medios de comunicación, un simple programa televisivo puede anular el trabajo de seis años de los profesionales de la enseñanza, igualmente desmotivados e inhibidos, que nada escapa a las sagaces referencias de los analistas para enjuiciar un cambio tan tremendo que se ha producido en esta España nuestra, en esta España nueva. Los hay que alegan que educar hasta los 16 años –sin que los críos quieran ni tampoco los padres– va a ayudar mucho ni poco al sector ni que los métodos de la escuela intuitiva o comprensiva ya los ha abandonado incluso Suecia, la promotora. Mucho más si contamos con clases heterogéneas que no comparten ni siquiera el mismo idioma. Hay quien afirma que la enseñanza pública se viene abajo porque hay interés en que crezca la privada, no como tal, sino disimulada bajo el banquete de la concertada. Hay quien habla de que hemos inventado el bachillerato más corto del mundo, si se tiene en cuenta que el 1º del Bachiller depende de nosotros mientras que el 2º lo coordina la Universidad. Podríamos mencionar, entre los desafueros y las deformaciones, el auge de los nacionalismos al ceder las competencias educativas a las Comunidades Autónomas (yo desde años he pensado que no de debieran hacer, tal como ocurre con las de Defensa). Una caída de la dignidad del profesor, ya no respetado como antaño, como esa especie de Dios que organizaba el discurso y la clase, sino como un bendito que ha de entrar, como digo en plan jocos, en clase con espada, rodela y escudo. Se añade, en esta retahíla de disfunciones y desajustes, que se han acabado las vocaciones, que la enseñanza se ha convertido en un oficio mondo y lirondo, que nadie piensa ya de manera idealista ni que pueda cambiar, gracias a su acción benefactora, al mundo, mucho menos a una legión de menores que, a las primeras de cambio, son capaces de aprovecharse de cualquier debilidad. Hay, por supuesto, quien culpa al PSOE de los desafueros de la Logse y de la destrucción de la antigua Enseñanza Media para beneficio de la Formación Profesional, de los inventos del aprender a aprender, de las monsergas pedagógicas para que Marchesi colocara a los pedagogos, obligados con anterioridad a la presentarse a otras materias. Pero habría de culpar a la derecha porque estuvo en el poder y no creó sino la Ley de la Calidad de la Enseñanza cuando se estaba despidiendo del gobierno. Un parcheo sobre otro, cuando se precisaban conceptos más amplios. Y hay que culpar a uno y a otro, y lo he dejado por escrito hace ya muchos años, porque no llegan a un pacto en nuestra materia, pacto más que necesario para arreglar muchos de los problemas que menciono de manera rápida. Sobre todo para

ganar en la estabilidad precisa para enseñar, no con los balbuceos, penduleos y desequilibrios partidistas tan frecuentes en nuestra tribu.

Estamos en tiempos de confusión y cuesta vislumbrar la luz cuando reina la incertidumbre. El largo y tortuoso periodo franquista estaba claro. El poder mandaba, legislaba, ordenaba y los demás cumplían. Recibíamos información, ciencia, conocimientos, saberes, materias rígidas y acartonadas y el alumno, sin libertad, no hacía sino ascender en la escala social a través de los estudios. Un alumno pasivo, atado a su banco, oyendo las explicaciones, el discurso, la amonestación o la lección magistral.

La segunda etapa, la de la transición política, la de acceso a las libertades, la de la conquista de nuevos planos, se pasó a un nuevo tipo en donde interesaban más los aprendizajes y los modos que el mismo conocimiento. No interesaba ya tanto la ciencia ni las verdades estables. Estábamos ante realidades cambiantes que se aceptaban porque la sociedad reclamaba un cambio (fue el lema del PSOE en el 82), una huida de los procedimientos dictatoriales, un aumento en las libertades que ha ido acentuándose hasta desembocar en los libertinajes de 17 estructuras que funcionan cada cual a su aire. Y un tercer momento marcado por la incertidumbre de un futuro que se alarga sin que se aborde en su plenitud el verdadero problema educativo pese a que éste ha cobrado la causa académica un protagonismo que no había tenido en los años anteriores. Con un profesorado, con bajísima afiliación, que no puede marcar pauta. Ahora es el alumno quien rige y manda, quien estudia si lo estima bien, que repite si le parece oportuno, un alumno que puede bostezar en clase, subirse a los bancos, tumbarse en ellos, besar a la novia (de doce años) o meterle la lengua en la boca por solo citar aspectos que he contemplado este mismo año. Con claro perjuicio para los que sí quieren trabajar, para los que se esfuerzan..

Me he marchado por cuarenta años de servicios (con más de treinta de relación con el Alfonso X) que aconsejaban mi alejamiento. Me he jubilado anticipadamente porque sé que ya no soy capaz de entender a las actuales generaciones, que precisan de gente de su tiempo que los entienda y comprenda, que no se asombren (y he sido de tendencia liberal toda mi vida) de sus comportamientos. Y me voy no triste, sino alegre, sabiendo que no sería capaz de desentrañar todos esos problemas que he señalado con anterioridad –salvo para el inconsciente que ni siquiera se pregunta por nada– sobre este estamento que un día fue apreciado y querido, y que ahora, está puesto en tela de juicio o que deja indiferente a la sociedad. Os dejo el reto de seguir poniendo luz a las sombras de los que hemos perdido la juventud y no vemos tan claro el horizonte.

Puede parecer de mi discurso que la ancianidad nos acerca a posiciones ultramontanas, pero lo que pensaba transmitir es que en el terreno de la enseñanza, todo ha sido siempre azaroso, difícil, complejo, posiblemente porque ahí radica su propia naturaleza. Se trata de una profesión abnegada que rara vez adquiere relevancia de cualquier clase, una profesión heroica que ha de luchar contra la adversidad de los mandos y los desaciertos de los propios, una profesión épica en cierta manera porque sabemos que educamos para perder inmediatamente de vista al objeto de atención, una profesión ingrata porque te deja en la soledad radical en muchas ocasiones frente a la ausencia de la administración y en ocasiones bajo la amenaza de los padres; una profesión que ha de ser generosa porque sabe que, tras las dificultades, los alumnos cuentan con el horizonte que nosotros no tenemos. Y trágica, asimismo, porque ellos, los que se sientan en los bancos y pupitres, siempre tienen la misma edad mientras que nosotros nos vamos alejando de sus preocupaciones y de su manera de ser y estar. Una profesión, y sería para mí lo esencial, con dignidad porque te ha de dar la condición moral para solventar los numerosos problemas y asechanzas que surgen en el camino. Os dejo el cuarto movimiento. Vuestro es. Os deseo que sigáis dejando al Alfonso X, tal como presiento, en el mismo lugar que siempre tuvo.

(Murcia. Septiembre de 2009)

I NSTRUCCIÓN PÚBLICA EN ÁGUILAS

*Para Pepe Hurtado, mi archivero favorito,
y Pepi, la que habrá de ser, sin cuyo concurso
no hubiera sido posible llevar a cabo este trabajo.*

(PRIMERAS NOTAS)

Desde hace muchos años me ha interesado –y me ha preocupado– la falta de datos en torno a la escuela –fuera pública o privada– en Águilas, parcela que ha sido en general abandonada –no hay hasta el momento monográfico sobre el tema educativo ni nadie ha estudiado a fondo los planteamientos pedagógicos– por todos los que se han acercado al pasado del pueblo, factor que sin embargo, a mi juicio, debería haber ocupado papel predominante en la historiografía de un pueblo, -lo mismo sucedería si se predicara de una provincia o una nación– pues rara vez se puede hablar de cultura, si no se pasa antes por el otro camino. De lo que se afirme de una y otra es de lo que se vivirá más tarde.

Desgraciadamente la escuela ha sido descuidada hasta ahora por los estudiosos, tal como digo, y no hay muchos datos ni los suficientes documentos para definir hasta el momento lo que ha sido la llamada Instrucción Pública en Águilas, un pueblo que siempre ha pasado por ilustrado, no se sabe bien si porque ha recibido la ciencia infusa, la especial preparación de los ingleses o el trabajo cotidiano de una serie de maestros que se han dejado la piel en la empresa para el progreso cultural de un pueblo.

Los pocos datos con los que contamos, nada nos hace coincidir con lo que manifiestan las comentarios orales. Antes bien hay mucho que ocultar de un panorama estremecedor, horrible, patético, casi desde el mismo momento en que un Procurador en los tiempos de la refundación del pueblo hace presente la necesidad de prever plaza de maestro de primeras letras con la dotación de seis (reales) diarios que se indica, “reuniendo el sujeto que la solicita las circunstancias prevenidas por reglamento para que los infelices

niños huérfanos, los de padres absolutamente pobres y los de jornaleros que su corto jornal lo necesitan para el sustento de su familia, reciban la primera y tan necesaria enseñanza por ser el fundamento de todas y despiertan del letargo de la ignorancia en el que yacen, puedan ser hombres útiles a la nación, a sus padres y a sí mismos; pudiendo dedicarse con estos principios a la carrera literaria y al aumento de la industria agrícola, fabril y comercial y de este modo contribuirán al mayor fomento de los intereses del pueblo. Mediante que el Ayuntamiento no tiene a bien conceder la propiedad a otra plaza a don Antonio García Durán por las razones expuestas y siendo el único maestro de primeras letras que hay en el pueblo, se le puede nombrar interino con la dotación que parezca regular porque entre tanto se concede la propiedad no se priva a la juventud en sus primeros años de una instrucción tan útil". Así mismo, y sigo con uno de los primeros textos consistoriales que hayan salido de Águilas, que habiendo en el pueblo una sola maestra de niñas, no examinada, es también de necesidad y precisión nombrar una que lo esté en los términos prevenidos en los reglamentos, con la dotación de quinientos (reales) que era la señalada para que las infelices niñas huérfanas y de padres necesitados tengan la mejor enseñanza propia de su sexo. De esa manera el Ayuntamiento termina nombrando a don Antonio García Durán, único maestro que hay en el pueblo, como interino por tres reales diarios exigiéndole el mayor celo y eficacia en la instrucción de los niños y recomendándole a los infelices. Estamos hablando de 1836 y esto sucedía en un pueblo como Águilas.

Pero puede parecer simbólico a este respecto que el primer documento que se conserva de la escuela en Águilas lo sea el de un expediente instado por Don Pedro Vicente Abarca, vecino de Cúllar Baza, maestro durante veinte años en Águilas, para cerrar una escuela en su pueblo natal. Hablamos del año 1807 cuando "el maestro del noble arte de leer, escribir y contar, por el Real y Supremo Consejo de Castilla" indica, sin que podamos apreciar su veracidad, que ha estado ejerciendo cerca de veinte años "en la nueva población de Águilas" (legajo 895 del Archivo Histórico de Granada)".

Estas primeras líneas sobre el tema, no son sino una mera aproximación, una primera toma de contacto que bien quisiera que se pudiera agrandar tan pronto aparecieran documentos, se registraran las actas capitulares del Ayuntamiento— cuestión que ha abordado con mucho acierto Juan Navarro en sus dos libros sobre los alcaldes de Águilas—, se levantara expedientes y se formalizara un trabajo que seguro sería más productivo que éste que sólo lanzo como avanzadilla de la cuestión educativa.

Pretendo en estas líneas procurar un acercamiento —que llamo primeros papeles— a este tema, con la esperanza de poder ir recuperando a lo largo

del tiempo documentación suficiente para llegar a algunas conclusiones, que, de momento, han de ser bien provisionales. Así pues, lo que adelanto en esta intervención son primeras notas que se han de ir depurando con el transcurrir del tiempo, cuando podamos marcar las pautas por las que ha caminado el universo académico en una ciudad apartada, aislada, con problemas de comunicación, en crisis, tal como hemos aprendido en el libro de Juan Bautista Vilar, un libro que nos ofrece un aterrador panorama educativo a principios del siglo XX y del que más tarde nos ocuparemos cumplidamente para plasmar la situación tanto educativa como pedagógica, sin olvidar la situación social y política, tan unidas unas a otras. Un pueblo, el de Águilas, que en 1841 cuenta con un colegio de niños a cargo de Don Antonio García Durán, el de niñas que regenta Micaela Martínez y otro de latinidad, primeras y matemáticas a cargo de D. Francisco Molina, presbítero con título para el primer caso de la Universidad de Granada y que en 1843 manda a un joven al seminario de maestros y Escuela Normal de Murcia para que se le concediera autorización para establecer una escuela de enseñanza superior, lo que prueba que de tiempo en tiempo aparecía una idea edificante por parte de los ediles de un Ayuntamiento que siempre se ha debatido entre la angustia económica y la miseria presupuestaria, un Ayuntamiento que en 1863 inicia expediente para la adquisición de casas para escuelas y casas de profesores y que requiere a la Diputación Provincial para que la ayude en el empeño y que más tarde, ya en 1885, en un gesto insólito, inicia expediente de jubilación por incapacidad física de un celebrado maestro de escuela llamado Antonio Sánchez-Fortún Romero, quien, con 66 años de edad, incapacitado por sus penosas afecciones por el ejercicio de la profesión, con catarro asmático, ha dedicado 38 años de servicios al proletariado, heridos y tribunales de justicia. El susodicho maestro, que había sido el fundador, sostenedor y facultativo de la Primera Casa de Socorro que Águilas tuvo, recibió 999 pesetas anuales, la mitad del sueldo que venía disfrutando como titular.

Pero antes de llegar a ese tiempo, podemos rescatar el documento escrito de un niño que pasó buena parte de su vida en Águilas, un viajero por la provincia de Murcia, quien, antes de recalar en nuestra ciudad, nos dejó dicho de la ciudad de Lorca en 1872 lo siguiente: "Al siguiente día de nuestra llegada, me llevaron a la escuela de don Tomás Medina, a la que asistía gran número de alumnos. Observé que el plan de enseñanza era distinto del que habíamos seguido en Huércal. Era lo primero disponernos a escribir, con pluma de acero, abandonando la pluma de ave, es decir, la verdadera pluma, y estábamos haciendo planas hasta que el maestro daba unas palmadas y con voz recia decía: basta. Se procedía al repaso de las lecciones e inmediatamente íbamos a las secciones, a cargo la nuestra de uno de los alumnos mayores, que nos inspiraba más miedo que el propio profesor. No

estaba inactiva la palmeta ni tampoco la correa y no era raro que un primo y colaborador mío y yo, sufriéramos reprensiones acompañadas de alguna que otro correazo por nuestra desaplicación”.

Ya estas palabras de un niño que vivió un tiempo en Águilas, nos pone en situación para comprender los procedimientos rudimentarios que se utilizaban en aquellos días, las formas de trabajo, los métodos pedagógicos basados en el temor y el miedo, la utilización de la memoria como medio de aprendizaje, los trabajos que efectuaban los alumnos en escuelas escasamente planificadas, sin enseñanzas regladas, un tanto al arbitrio del maestro.

Sigue diciendo el mismo testigo, llamado Gabriel Jiménez de Cisneros (2) que “fui llevado a casa de don Alejandro Castillo que desempeñaba la Escuela Superior. Allí vi que se seguía otro plan distinto a los observados en las anteriores escuelas. Preguntado en qué clase de papel escribía, dije que en segunda, mintiendo, porque me daba vergüenza confesar que malamente hacía palotes y perfiles, y esta falta de sinceridad me retrasó considerablemente en la escritura. Con gran pena y sufriendo burlas, estuvo echando a perder muchos cuadernos, sin acertar con la letra de Iturzaeta.

Formaba yo parte de la primera sección, porque si mi letra era pésima. En Geografía, en Historia Sagrada y en Lectura, me encontraba bien. Como individuo de la Primera Sección tenía a mi cargo la 6ª, una sección formada por los niños menores a los que le enseñaba el alfabeto y después a silabear. Por el mundo hay aún gentes a las que enseñé a leer”.

Una escuela, pues basada, en estratos, jerarquizada en función de la edad, con requerimientos para lo más elemental.

Pero el testigo, hijo de maestro, pronto nos informa de lo poco que daba la mata de la educación en una España abandonada a su suerte, sin escuela, ayuna de enseñanzas, atrasada, un país en donde difícilmente se podría sobrevivir, ganar lo primario:

“La escuela de entonces corría a cargo de un maestro a lo sumo con algún meritorio como ayudante. No existían escuelas graduadas. Los maestros, en general eran buenos, y se preocupaban por la enseñanza; los locales, malos, el sueldo, miserable y el comportamiento para con los maestros, indignos. Al mísero sueldo que en las escuelas rurales llegaba a 125 pesetas anuales se unía la befa y el escarnio ante las necesidades no satisfechas y se sacaban refranes y salía a relucir en los sainetes la persona del maestro, como objeto de burla. Algunas veces solía añadirse al sueldo, la cuota que los padres pudientes señalaban por la enseñanza de sus hijos, que rarísimamente pasaba de 2’50 pesetas mensuales. En cuanto a las cantidades destinadas a alquileres de casa habitación y aún los sueldos, en muchísimos casos se los repartían

los alcaldes y sus camarillas” (p15), según narra Daniel Jiménez de Cisneros. Por tierras de Murcia. Academia Alfonso X El Sabio. 1993.

Aparte de otras consideraciones que el autor realiza sobre los métodos pedagógicos de aquellos días, su testimonio, ácido y crítico pese a ser hijo de maestro, guarda en sus renglones la real situación por donde ha discurrido la educación en España, abandonada a su suerte, anárquica, mal considerada a lo largo de los siglos, sin redención posible para los abnegados esfuerzos de profesores que vivían aislados, dentro de un circuito de miseria y un marco de pobreza, sin recursos, sin la consideración por parte de la sociedad que sigue sin reconocer los méritos que concurren entre los docentes.

Ante este panorama general, podemos hacer breve referencia a la situación provincial, con datos que conocemos de la capital: Ya en 1876, y siguiendo con el tópico de la necesidad de la educación sobre la misión del magisterio, cuando se reúne la Junta de Instrucción presidida por el Marqués de Pinares, se sabe que la situación era desoladora y sórdida. Había muy pocas escuelas en la capital –11 en Murcia y 35 en el medio rural– situados en lugares absurdos y los maestros tardaban meses y meses en cobrar su sueldo. Este era escasísimo y, además, desigual, los propietarios de la capital ganaban 1.650 pesetas anuales, pero los de los partidos rurales podían descender hasta 170. Las reclamaciones de los pagos por parte de los maestros es continua, las protestas de los vecinos no acaban nunca y en 1894, y repito que son datos de la capital, se indica en un expediente que “no existe en esta capital ningún edificio de nueva planta que se haya construido con destino a escuela: hállanse instaladas en casas particulares y no todas reúnen las condiciones de capacidad y ventilación necesarias. Por ello su higiene es insuficiente. Es habitual que alberguen a más de 70 niños, por lo cual las epidemias infantiles se propagan como la pólvora: el año anterior se declaró en San Antolín la viruela, el maestro se contagió y murió y hubo de cerrarla. Por si fuera poco, muchas de ellas están fuera de su distrito” (p. 327 de Oligarquía urbana y campesinado en Murcia (1875-1902) de María Teresa Pérez Picazo, Academia Alfonso X El Sabio 1986).

Para rematar del siglo XIX conviene indicar que en diversas ocasiones he podido seguir la evolución de un colegio privado llamado San José, oficial desde 1890, que llevaba a sus alumnos a examinarse al Instituto General y Técnico que más tarde sería el llamado Alfonso X El Sabio. Dicho colegio, patrocinado y subvencionado por el Ayuntamiento de Aguilas, era dirigido por el presbítero Don Antonio Mulero, siendo la subvención anual la de 3000 pesetas. Como contrapartida, el Colegio se obligaba a impartir enseñanza gratuita a veinte niños pobres de la localidad. Como quiera que este Centro debía certificar anualmente la marcha académica del centro, cada año efec-

tuaba una memoria en donde se nos facilita jugosa información de este centro aguileño que fue, sin duda, uno de los primeros en la preparación de jóvenes adolescentes y de los que prometo ampliar información en otra ocasión.

Poco podemos añadir, si acaso que Águilas, en lugar distante, debió padecer con mayor intensidad los rigores ya descritos para el ámbito capitalino. Bastaría repasar los datos históricos para saber que la propia capital hubo de esperar a principios del siglo XX –a los años que van de 1905 a 1915– para contar –gracias al Patronato para el Mejoramiento de la Cultura en Murcia– con los grupos escolares del Andrés Baquero, García Alix, Cierva Peñafiel y el Carmen, que se iba a llamar Angel Guirao. Una población, Murcia, con bajísimos índices de lectura, analfabeta, sin mercado literario, una ciudad anegada por las aguas de la incultura o por maléficas y terroríficas inundaciones que causaban estragos entre la población labriega. De la misma manera, y por los mismos tiempos, en el mismo año 1905, existe un Proyecto de Construcción de Escuelas Graduadas en Águilas, firmado por el excelente arquitecto Pedro Cerdá, autor de todas las construcciones anteriormente mencionadas, quien señala en el preámbulo de la memoria descriptiva que “la instrucción y la educación escolar son la base de la sociedad y la familia. Pueblo bien instruido y bien educado, es un pueblo culto, rico y fuerte, con conocimiento exacto de su deber y amante del progreso y bienestar de la patria y que, sigue diciendo, “las desgracias recientes de nuestra nación han probado hasta la evidencia que el origen y causa de ellas fue debido a nuestra ignorancia y atraso, pórtico para hablar de las subvenciones que el Gobierno de la Nación estaba dando a los ayuntamientos para que se crearan escuelas y de nuestras escuelas públicas con raras excepciones, son centro y viveros de enfermedades y mataderos de niños y adolescentes. La instalación resulta hecha en viejas casas o en edificios de construcción deficiente, destinados a otras actividades que no son la educación y sigue señalando una serie de datos de gran interés para conocer la relación arquitectura pedagogía que no vienen al caso.

El proyecto quedó tan sólo en proyecto técnico, circunstancia que volvería a repetirse en octubre de 1933 cuando un arquitecto madrileño presenta otro proyecto de memoria en el que, encargado por el Ayuntamiento de Águilas, se pensaba construir un Grupo Escolar de doce clases, seis para cada sexo, y en donde en el capítulo de la Necesidad del grupo escolar, se lee que “la población de Águilas es de unos veinte mil habitantes y el censo escolar es de mil quinientos y en la actualidad se da la enseñanza en locales alquilados por el Ayuntamiento que no reúnen condiciones ni higiénicas ni pedagógicas. La propuesta era hacer un grupo inicial cercano a Poniente porque se proyectaba hacer otro para recoger la población escolar del puerto de Levante, cuestión que se repite en estos años republicanos por cuanto el

mismo arquitecto entrega nueva memoria en 1934 para hacer unas escuelas unitarias y vivienda para los maestros en zonas rurales pues se pensaban construir en Los Pachecos, Calabardina, Cuesta de Gos, Garrobillo, Cocón, Los Arejos, Barranco de los Asensios, Tébar y Cuesta de Gos, un total de nueve escuelas que hubieran servido para paliar el grave déficit que padecía Águilas desde el siglo anterior, tal y como ha quedado reflejado con anterioridad. El Gobierno aportaba 10.000 pesetas por escuela y 3.000 por cada vivienda de maestro mientras que el Ayuntamiento hubiera debido aportar algo más de 158.000 pesetas por las nueve escuelas. Extremo que se repite al año siguiente, ya en 1935, cuando el arquitecto Eladio Laredo de la Cortina insiste en la necesidad y en donde se indica que “Estas escuelas cuyo censo escolar es de 378 alumnos tiene en este campo una población escolar superior a 800”, intento que se repite en 1939 y 1944, que se llevó a cabo en el 49, porque se intentaba construir grupos escolares o Escuelas Graduadas.

Pero conviene retroceder un poco para dar idea de lo que ocurría a comienzos de siglo. Y me cabe advertir, aunque sólo sea de pasada que si en 1902 se cerró un colegio de Instrucción Pública en Águilas, se abrió el Colegio Privado Santo Tomás de Aquino, a cuya cabeza figuraba como empresario Joaquín Baldó Esperanza, que fue el que fue modelando algunos de los posteriores ensayos educativos en esta tierra sujeta a avatares políticos y municipales.

Otro testimonio esencial del estado calamitoso de la instrucción pública en la localidad aguileña nos lo presta nos lo presta Juan Bautista Vilar en Un siglo de protestantismo en España (Águilas-Murcia, 1893-1979), publicado por la Universidad de Murcia en 1979, uno de los libros más importantes que se hayan escrito sobre la historia de una comunidad protestante –con amplia riqueza de vida cotidiana en Águilas– en donde, al seguir la vida y milagros de los Simpson, pastores protestantes, en el pueblo, nos dice que “Lina acarició durante años la idea de dotar a la iglesia de Águilas de escuela y residencia de ancianos. En 1911 su marido invirtió una parte de su fortuna en comprar una casa aneja a la capilla (de los protestantes): 272 metros cuadrados con entrada por Jovellanos y salida por la calle de la Gloria. Los cinco hermanos Ruano Mazzuchelli, gente adinerada y católicos practicantes, pero de talante liberal y complacidos con el filantrópico destino del inmueble, pidieron 1.375 pesetas, suma inferior al valor real de la finca”...(p. 77).

Pero el testimonio más fehaciente nos lo presta cuando se indica que “a la espalda de la capilla, el área que daba a la calle de la Gloria quedó habilitada para aulas. Se pretendía abrir allí un centro docente, de los que tan necesitado estaba Águilas. El índice de analfabetismo de la comarca era elevadísimo. Figuraba en cabeza de una de las provincias con mayor coefi-

ciento de analfabetos. De los 10.042 habitantes censados en Águilas en 1887, 8.282 no sabían leer ni escribir (según se indica en el censo de la población de España hecho en diciembre de 1887). En los expansivos años que corren a caballo del cambio de siglo, el panorama cultural no experimentó cambio apreciable: 12.791 analfabetos para una población de 15.868 habitantes en 1900 (Censo de la Población de España de ese año con una situación en la provincia de Murcia del 77'41%, una de las seis provincias españolas de mayor analfabetismo). Todavía en 1930, de 15.745 habitantes –treinta años de estancamiento demográfico–, 9.131 personas eran incapaces de dibujar su firma. La apertura de una escuela privada de primeras letras con capacidad para ochenta o cien niños se hallaba sobradamente justificada” (p-78-79).

Y se añade para rematar acerca del estado desastroso en el que se encontraba la población aguileña que “para nadie era un secreto la precaria situación de Águilas en cuanto a centros de esa naturaleza. Dentro del pueblo faltaban la mitad de los necesarios, en tanto en el campo brillaban por su ausencia. La municipalidad mantenía unos cuantos maestros pagados tarde y mal. Subvencionaba también un colegio de niñas abierto por las Huérfanas hermanas de la Consolación, y otro de niños, el de Santo Tomás de Aquino, confiado al clero parroquial.

Las actas capitulares del municipio abundan en referencias al precario funcionamiento de las escuelas, situación de la que los ediles hacían responsables a los famélicos maestros. Estos, por su parte, se defendían como podían. Con buen sentido afirmaban que de la deficiente educación escolar de los niños de ambos sexos son responsables todos los vecinos de no haber procurado que se crearan las escuelas bastantes para dar cabida a la población escolar”.

En un interesante informe pasado al ayuntamiento en 1923, los docentes subrayan que, siendo 2.674 el número de niños susceptibles de escolarización, “sólo había espacio en las escuelas para trescientos”. De manera que por mucho que los maestros se esforzasen, continuaría siendo bochornoso para Águilas el número de analfabetos”. De la situación en las pedanías rurales no podía ser más desoladora “por cuanto sumando en ellas setecientos el número de niños comprendidos en edad escolar, no había ni una sola escuela”.

De la calidad de la enseñanza o de las condiciones que concurrían en los centros docentes vale más no hablar, nos sigue diciendo Juan Bautista Vilar en su exhaustivo análisis. “Algunas escuelas carecían de hasta de retretes, de manera que en sus alrededores “se percibían los olores en tal intensidad que hacía irrespirable la atmósfera, poniendo en peligro la salud de los pequeños”.

Y un demoledor informe posterior, y con ello finalizamos este testimonio, hace referencia a que “la enseñanza en Águilas deja mucho que desear” por ser los locales existentes pocos y malos, incumplidores los maestros e irresponsables los padres” (p. 80), extremo éste que por doloroso no distaba mucho de la realidad provinciana. No es momento de aducir testimonios de otras localidades, pero les indico que no se apartan un ápice de lo ya dicho y expresado en lo anterior.

Bastaría referirme a otras tantas localidades, y los documentos hablan por sí solos, del estado de postración en que se encontraba la enseñanza, y especialmente la pública, sin que la privada cumpliera los mínimos objetivos, lo que obligaba a una total dispersión que se recoge tan pronto como se habla con nuestros mayores.

¿Cuál es el panorama de Águilas desde principio de siglos hasta nuestros en la situación escolar? ¿Se puede restablecer el circuito educativo del siglo XX desde la ventana del siglo XXI? ¿Podemos distinguir cuál ha sido el camino que han seguido la enseñanza pública y la privada en Águilas a lo largo de más de ciento cincuenta años?. De sobra sabemos que falta documentación, que precisamos de papeles que nos hablen de lo que mucho que ha dado de sí un proceso que aparece como diluido, disperso al inicio del siglo y que acaba contando con numerosas posibilidades tan pronto acaba el siglo XX. Una población, la de Águilas, que no contó con enseñanzas regladas hasta fechas muy recientes y que poco a poco ha ido acumulando escuelas, grupos escolares, institutos, centros de Formación Profesional, incluso algún curso en la llamada Universidad del Mar, tal cual ocurre hoy en día con los cursos de Verano y hasta con la posibilidad, impulsada por Alfonso Escámez, de la existencia de una Fundación en donde se impartieran algunas diplomaduras, extremo éste que se va debilitando conforme pasa el tiempo y no cuajan los proyectos que el marqués alimenta desde hace años.

Podría hablarse, y regresamos a los momentos pasados, de una situación que pasa por un estado de postración (por ejemplo el maestro Antonio García Durán recordaba a la Corporación Municipal en 1843 que aún le debían atrasos del período 1836 al 1840) hasta los tiempos actuales en donde apenas hay problemas de escolarización debido a la implantación de tres institutos (Carlos III, Alfonso Escámez y Europa), colegios de educación primaria, adultos y garantía social, lo que nos coloca, a cien años de distancia en un estado de buena esperanza, si no de gracia, si al menos, y sobre todo comparado con los comienzos del siglo XX, en situación de privilegio. No quiere ello decir, y me anticipo a los optimistas, que no haya problemas, que los hay y bien abundantes, pero el estado de la educación se ha modificado notablemente, han cambiado los modelos y, aunque la educación no sea una de las profe-

siones más prestigiadas (tan sólo se acuerdan de ella para recordar las largas vacaciones de los enseñantes), tampoco responde ahora a aquellos esquemas que conducían a emparentar el hambre con la profesión de maestro.

Todos los que hemos cruzado, tal como diría Dante Alighieri, la mitad del camino, hemos oído hablar de ciertas academias que existían en Águilas como la de don Antonio Salas Segura (fallecido en 1927), situadas unas veces en la Huerta del Consejero y en la actual calle Balart. Todos hemos oído decir a nuestros padres los desplazamientos que había que realizar a Instituto de Cuevas de Almanzora para pasar los exámenes de bachillerato o de los viajes a Murcia para pasar el Examen de estado, una temida prueba para los educandos. Y hemos oído hablar de la existencia de algunos profesores que impartían clases privadas y que preparaban a los aguileños en contabilidad para acceder a los bancos (Crouseilles) o de clases particulares que era lo que regía en aquellos días en los que accedí a la infancia.

Si abro los ojos a ese tiempo, descubro las clases que a los “cagones” nos daban las monjas del Hospital, primera instancia de una larga fila de procedimientos educativos que nos llevaron hasta las Escuelas Nacionales, hoy colegio Urçi, instaladas en la carretera de Almería en donde ya, con enseñanzas regladas, pudimos pasar por las filas marciales de doña Nila (que fue la primera directora), Rafael Rivas, don Emilio Lázaro, Mariano Campos y un largo etcétera que han sido el buque insignia de la enseñanza en Águilas, junto con las aportaciones importantes que realizaban don Joaquín Tendero en el actual Pimiento o doña Caridad, de voz atronadora, en el recinto femenino.

Y luego, como algunas veces he contado, fue la peregrinación, romería o el puerta a puerta que debían hacer los colegiales desde la casa de don José Martínez Flores, junto al enorme ficus de la iglesia, hasta los lindes con Almería, en donde don Agustín Muñoz tenía instalada su aula particular de la Colonia. Con desplazamiento a continuación hasta los arrabales del castillo en donde mi tío Eduardo Fernández-Luna, hombre de ingenio y funcionario de Correos, nos ilustraba en lenguas modernas, muertas y vivas, Filosofía y Literatura, rezagado humanista del siglo XX. Y de la misma manera podíamos acudir a la casa de don Ginés Mula para los primeros latines, hasta que llegó por el año 1957 la Academia Urçi, situada en el Placetón, en la mansión de los Prieto, mencionada en la anterior comunicación. Pero existía la posibilidad de tomar clases particulares con Ginés Ortiz, el Cojo, el hermano de Matías, profesor también de Magisterio, pero que no podía ejercer la docencia pública, pese a ser un extraordinario pedagogo, al ser disminuido físico y apoyarse en muletas para andar.

Y se producía la desbandada: pocos alumnos eran los que podían llegar a los estudios superiores. Poco a poco se iba realizando una criba exhaustiva que finalizaba con las pocas esperanzas que ofrecía la escuela franquista, un territorio, la escuela, en donde predominaba, tal se nos ha contado en *El florido Pensil* (3), consignas políticas producto de una España aislada, al margen de los contornos europeos, sin posibilidades de redención para el pobre, salvo las becas, para los grandes perdedores de la vida. Eran tiempos de atraso y de difícil supervivencia, una escuela que se abastecía con el queso americano y con la leche en polvo que se repartía en los recreos, una difícil realidad a la que no podemos aproximarnos sino con raudos brochazos de manera impresionista, sin tiempo siquiera para hablaros de la depuración política del Magisterio que yo he estudiado en un libro pionero en estos siempre polémicos lances y en los que obviamente no me puedo detener, salvo deciros que al contrario de lo que sucedió en otros pueblos de la provincia, los maestros que desempeñaban la plaza en Águilas, se pusieron de acuerdo para en la declaración jurara que había que efectuar se mostraban favorablemente de los amigos y compañeros, lo que produjo el efecto de que todos ellos fueran autorizados y confirmados en el desempeño de sus clases, cualquiera que hubiera sido su ideología política, circunstancia ésta en la que no me puedo entretener hoy en día, bien que me urge decir que maestros como Indalecio Campillo Ortega, Cándida Díaz Molina, Rafael Martínez Cano, Enrique Máximo Bayarri, Francisco Noguera Navarro, Virginia Pérez Pozo, Dolores Quintana Muñoz, Francisco Ramos Ariza, Rafael Rivas Pérez, Eduardo Torres Nevado, María de los Llanos Valero Serrano hubieron de pasar por el aro de la depuración, un proceso inquisitorial del que algún día prometo hablar largo y tendido. Todos ellos, probablemente bien afianzados en sus decisiones, hubieron de sellar un pacto de caballeros que les permitió, bien que hubieran estado afiliados a los sindicatos republicanos, ser afirmados en sus puestos de trabajo. Seguramente medió pacto entre ellos por cuanto no encuentro declaración jurada en la que ninguno de ellos haya denunciado a un compañero, como bien tenían que haber hecho pues habían sido solicitados y requeridos para ellos, lo que prueba una vez más que hubo de existir entre los miembros del Magisterio aguileño un espíritu de solidaridad y tolerancia que no es fácil de localizar en otras zonas.

Si volvemos al inicio, hay que decir unos hablan de las monjas instaladas junto a la gasolinera de Aníbal, otros hablan de la Academia del masón Cipriano Herrero, de la Escuela Graduada de la Calle Balart que más tarde se instaló en la Plaza de San José, de las clases que impartía Don León, de Francisco Romero o de Baldrich, un maestro muy respetado por la gente madura de esta tierra; o de las clases que impartían los hermanos Jarabo, Agustín Muñoz, Eduardo Fernández-Luna en la Huerta, la de Salas en el

Pimiento, y otros muchos que han participado en ese complejo entramado de la enseñanza en Águilas, mucho más sujeta, como se ha visto, a los esfuerzos de los francotiradores que a la estrategia combinada del Estado y el Municipio.

Una enseñanza, y deseo ser breve, que podía ser causa, a diferencia de lo que hoy ocurre, de ascenso social. Los estudios de bachilleratos, no hablo de la licenciaturas, tenían un prestigio del que hoy carecen. La educación, por tanto, servía como acicate para abandonar la clase baja, pero, como bien se sabe, las clases privilegiadas hacían uso de la escuela privada. Y una nota más: inexistente era la coeducación y no existía la enseñanza femenina. La mujer, destinada a la casa, se contentaba con tenues lecciones de piano y ligeras nociones de francés, y todo ello tan sólo en las clases altas. De todas formas quiero recordar que en 1823 se designó un maestro en Águilas para enseñar a la vez tanto a niños como a niñas.

Y se alzó en el año 1962 la Academia Urci en el mismo Placetón para remediar de alguna manera los males mayores que tenía la plaza, una academia que contemplaba la preparación del bachillerato a cargo de casi los mismos profesores que he nombrado con anterioridad. Al principio de los cincuenta, en el 51 o 52, tras haber dejado atrás las clases en las Escuelas Nacionales de don Rafael Rivas, don Emilio Lázaro o las de don Tendero en la escalinata del Pimiento o las particulares de francés de Madame, caíamos en las manos de don Juan Moreno, el farmacéutico de la Glorieta, quien impartía Ciencias Naturales y Química, don Eduardo Fernández-Luna, (Francés, Filosofía y Literatura) José Martínez Flores (Matemáticas y Ciencias Naturales), Eduardo Torres Nevado (Geografía e Historia), Agustín Muñoz (Inglés o Geografía), Joaquín Baldó (Política o Formación del Espíritu Nacional) y otros varios que eran los que nos preparaban para los exámenes de bachillerato que ahora se realizaban en el Ibáñez Martín de Lorca, a la sazón dirigido por el mítico don Francisco Ros, personaje importante tanto para aquella zona como para ésta, si tenemos en cuenta que fue el primero que influyó para que se creara en Águilas la primera Sección Delegada en 1964, dependiente del mencionado Instituto, con Roberto Mut, catedrático de Lengua y Literatura Españolas a la cabeza y que fue el germen del actual IES Carlos III, el primer Instituto oficial con el que ha contado Águilas desde el curso escolar 1970-71. y del que nos ocuparemos con levedad más adelante.

Con anterioridad a la guerra, los estudiantes aguileños, tras arbitraria o anárquica preparación, tras pasar por diversas coyunturas en clases particulares y academias, solían acudir para realizar las pruebas al Instituto de Cuevas de Almanzora, mucho más que a Lorca por razones, según me dicen, de dureza en los ejercicios. EL rumbo a Lorca en autobús, lo recuerdo

ahora, por un camino intransitable, pleno de curvas y empedrado, no servía sino para acrecentar los nervios del examinando, quien tras la realización de las pruebas orales en su mayor parte, incluido la Gimnasia, recibía las notas o calificaciones en esa misma tarde. La memoria, y no voy a entrar en ello ahora, era la base de la enseñanza, el piñón fijo en el que descansaba la pedagogía de aquellos días, bastante rudimentaria y elemental pero, con el transcurso de los días, ha sido revalorizada ante los métodos posteriores, acaso menos firmes en sus planteamientos, mucho más limitadores de la voluntad del alumno.

Y nació como digo el Carlos III en el Rubial, el primer instituto de Enseñanza Media como Sección Delegada primero en 1966 y en 1970 como Instituto y hubo de esperar a 1977 para que se inaugurara el Alfonso Escámez (así es llamado desde 1980) como Instituto de Formación Profesional, mucho más dedicado en su día a la preparación de contables y mecánicos. Y en fecha reciente, en 1998 nació el Europa, con dinero de la Comunidad Europea, para constituir un trío en el que se asienta actualmente la enseñanza secundaria en Águilas, mucho más fortalecida que en otras épocas como he tratado de reflejar con las líneas anteriores, en las que si nos dejamos llevar por las imágenes, podíamos comparar con una jaula con apenas trinos, vacía y llena de silencios, un pueblo que, salvo los muy pudientes que mandaban a sus hijos a colegios privados, apenas había lugar sino para la supervivencia, una dura lucha para poder llegar a los seis años que componían el Bachiller Superior, un pueblo que se conformaba, pese a la inteligencia y a al talento de sus gentes, con hacer bachilleres elementales que pudieran hacer, tras la reválida, la escuela Normal o que recibían preparación contable para entrar en los bancos en donde los Cortijo o Alfonso Escámez solían echar una mano.

Y fueron naciendo las Escuelas Graduadas o Nacionales tras la guerra civil, de ahí que aparecieran las Escuelas Nacionales o Graduadas en la Huerta del Consejero, lugar por donde hemos desfilado una legión de aguileños y en donde se levantaba la mano para cantar el Cara al Sol. Quizás por eso dichas Escuelas fueron llamadas las de Francisco Franco hasta recibir en el año 88, por desglose, el nombre de Urci con el que se las denomina hoy en día. Queda fuera de toda duda que fueron los tiempos de la transición política los más importantes para el despegue educativo de Águilas. Bastaría mencionar que el Colegio Ramón y Cajal es del año 1980, tal como el San Juan de las Águilas. Del 81 es el Joaquín Tendero mientras que del año 1986 es el Nuestra Señora de los Dolores. El Colegio Mediterráneo y el Rubial son del año 1988, mientras que Las Lomas, de 1993, es la última creación. Lo que supone, y son datos de este curso que acaba de terminar, que sobre una población de 27.000 habitantes Águilas cuente en la actualidad con 756

alumnos de educación infantil, 1.778 de Primaria, 1.220 de Eso, 348 alumnos de Bachillerato Logse, 97 de grado medio, 87 de Grado Superior, 26 de Garantía Social, lo que arroja una población escolar en la educación pública que asciende a 4314 alumnos. Mientras que la privada, centrada preferentemente en el Colegio María Inmaculada, creado en 1948 y reconocido en el año 58, cuenta con 156 alumnos de infantil, 330 de primaria, 260 de Eso, lo que hace un total de 746 alumnos en total. De lo que se deduce que la escuela pública en Águilas alcanza un nivel muy alto. Mucho me gustaría facilitar datos sobre alumnos inmigrantes (155 en el presente curso) y de sus distintas nacionalidades, de gran incidencia en la escuela actual, y asimismo facilitar datos sobre la población universitaria de los aguileños, pero tan sólo me resta agradecerle la atención que me han prestado, felicitarse conmigo por las posibilidades que el pueblo ofrece –de manera distinta a como sucedía en las épocas anteriores– y agradecerle cualquier dato que me pudieran facilitar a fin de enriquecer este texto que debe ir aumentando con nuevas aportaciones futuras.

(Julio de 2002)

ÍNDICE

Prólogo	7
De la batuta a la tiza (16-4-1993)	11
Madera alfonsí (3-12-1993)	13
25 años después (25-6-1993)	15
En pro del francés (9-7-1993)	17
Con la tiza en la mano (23-7-1993)	19
Las emulaciones de Sonia (10-12-1993)	21
La tragedia de la edad (11-3-1994)	23
Don Francisco Ros Giner (22-4-1994)	25
Suicidios y fracasos (29-7-1994)	27
Los días finales (5-8-1994)	29
Problemas de la lengua (3-3-1995)	31
De la noche de los tiempos (12-5-1995)	33
La hora del adiós (9-6-1995)	35
De la Logse (18-8-1995)	37
La delegación japonesa (22-9-1995)	39
Don Francisco Morote Chapa, un viejo profesor (19-1-1996)	41
Males gratuitos (23-12-1996)	43
Crecidas (30-12-1996)	45
Viejos amigos (27-1-1997)	47
Parte de una historia (10-3-1997)	49
El paseo anual (5-5-1997)	51
De adioses y retornos (16-6-1997)	53
Al cierre (30-6-1997)	55
160 años después (6-10-1997)	57
La segunda licenciatura (10-11-1997)	59
Desde la tiza (8-12-1997)	61
El Museo de Educación (16-2-1998)	63
El paquete (2-3-1998)	65
SOS. El Patronato (15-3-1998)	67

Desde dentro (13-4-1998)	69
La ceremonia del adiós (6-7-98)	71
Tiro al plato (13-7-1998)	73
Pros y contras (21-9-98)	75
Bachilleres de 1933 (14-12-1998)	77
Huelgas (21-12-1998)	79
La mala juventud (18-1-1999)	81
Tiempo de confusión (25-1-1999)	83
Carrera o trabajo (1-2-1999)	85
Tres linceos (1-3-1999)	87
La corbata (3-5-1999)	89
El estreno (24-5-1999)	91
Cita con el futuro (7-6-1999)	93
La dirección (13-9-1999)	95
El patrimonio (27-9-1999)	97
Entornos (15-11-1999)	99
¿Qué quieres ser de mayor? (22-11-1999)	101
Amistades (29-11-1999)	103
Formación Profesional (20-12-2000)	105
Viajes de estudios (7-2-2000)	107
Conductores (14-2-2000)	109
Dos escuelas (24-4-2000)	111
El escalón siguiente (1-5-2000)	113
De la literatura (8-5-2000)	115
Empleos (22-5-2000)	117
Ellas (1-6-2000)	119
Dos éticas (16-10-2000)	121
Remembranzas (2000)	123
El espíritu perdido (11-12-2000)	125
Dos tiempos (15-10-2001)	127
Nuevos rostros (21-4-2001)	129
La belleza (2-4-2001)	133
En el frente (15-1-2001)	135
Un profesor (8-1-2001)	137
Instrucción pública (1-7-2002)	139
Los otros (25-3-2002)	141
En julio (16-9-2002)	143
Aprendizajes (27-1-2003)	145
Juegos 17-3-2003)	149
Glorias (31-3-2003)	153
Sobre mis ex (28-4-2003)	157

Dos vidas (23-6-2003)	161
Quien no sepa, que pague (20-10-2003)	165
Alumnos (10-11-2003)	169
Idiomas (5-4-2004)	173
Nuevas asignaturas (19-4-2004)	177
El pacto educativo (28-4-2004)	181
La mano (31-5-2004)	185
Directores (14-6-2004)	189
Madera de eternidad (17-1-2005)	193
Doble función (7-2-2005)	195
Firmas (23-5-2005)	199
Leña al mono (30-5-2005)	203
Por la mañana (13-6-2005)	207
El adiós a un rector (3-10-2005)	211
La familia Redined (14-10-2005)	215
A vueltas con el pacto (21-10-2005)	219
Éxitos (2-1-2006)	223
Don Manuel (18-7-06)	225
El futuro bachillerato (26-2-07)	229
Los nuevos (14-5-2007)	233
Universidades (4-6-2007)	237
La Eso (15-10-2007)	241
De los jóvenes (22-10-2007)	245
Lectura (14-1-2008)	249
Colegios públicos (28-1-2008)	253
El desenganche (3-3-2008)	257
Una clase (10-3-2008)	261
Cou del 78 (8-9-2008)	265
Las cámaras (10-11-2008)	269
Tres momentos educativos (Murcia. Septiembre de 2009)	273
Instrucción pública en Águilas (Julio 2002)	287

